

Cuatro Ochos



Jordi Pou Fernández

Cuatro Ochos

Jordi Pou Fernández



Primera edición: agosto 2026

© Del texto: Jordi Pou Fernández

© Maquetación y diseño: House of Writer

© Publicación: House of Writer

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

A mi familia.

ÍNDICE

- 1 – Jueves, 21/10/2004
- 2 – En la facultad de medicina
- 3 – Viernes, 22/10/2004
- 4 – Manuel
- 5 – Martes, 2/11/2004
- 6 – Miércoles, 3/11/2004
- 7 – Javier y Rosa
- 8 – Jueves, 4/11/2004
- 9 – Viernes, 5/11/2004
- 10 – Alicia y su padre
- 11 – Martes, 9/11/2004
- 12 – Miércoles, 10/11/2004
- 13 – Viernes, 12/11/2004
- 14 – Traiciones
- 15 – Lunes, 15/11/2004
- 16 – Martes, 16/11/2004
- 17 – Jueves, 18/11/2004
- 18 – Ramón Bonmartí i Rubió
- 19 – Viernes, 19/11/2004
- 20 – Martes, 23/11/2004
- 21 – Viernes, 26/11/2004
- 22 – Martes, 30/11/2004
- 23 – Miércoles, 1/12/2004
- 24 – Jueves, 2/12/2004

25 – Jueves, 9/12/2004

26 – La partida

27 – Martes, 14/12/2004

28 – Jueves, 16/12/2004

29 – Lunes, 20/12/2004

1 – JUEVES, 21/10/2004

Un terrible estruendo retumbó en la montaña anunciando la muerte de Javier. Tras él, se hizo el silencio, un silencio sepulcral. Eran las cinco y cuarenta y dos de la madrugada. No había sido capaz de coger una de las muchas curvas de aquella sinuosa y estrecha carretera y el coche se estampó, sin remedio, contra la pared de la montaña. La calma que invadió el ambiente inmediatamente después del golpe parecía querer respetar el desvanecimiento del conductor, cuyo cuerpo reposaba, inconsciente, sobre el *airbag* del volante. Allí, bajo un cielo negro plagado de nubes, Javier esperaba que alguien acudiese en su ayuda. En medio de aquella quietud apareció un ruido de motor que se fue distanciando del lugar de la colisión.

Aún no había amanecido. La previsión era de un día soleado, aunque a aquella hora estaba nublado y hacía un poco de fresco. Matías cogió su cesta y su navaja, se puso la chaqueta y salió a la calle. Tenía el coche aparcado dos manzanas por debajo de su casa. Él sabía que en cuanto el sol se levantase, las nubes se disiparían y le sobraría ropa, incluso el viejo jersey que se había puesto. De momento, agradecía el abrigo que le proporcionaba. Había sido un mes de octubre de temperaturas por debajo de lo habitual y ahora que estaba terminando, la cosa no había cambiado. Como la noche anterior había llovido bastante, se notaba la humedad en el ambiente y esto aumentaba la sensación de frío. Sus cómodas botas impermeables apenas hacían ruido al pisar la calzada mojada de aquella calle vacía y silenciosa. ¿Quién iba a ser capaz de levantarse a aquellas horas si no lo hacía obligado por el trabajo? Él siempre se había preguntado por qué tenía uno que madrugar para ir a recoger

setas. ¿Acaso los hongos se escondían o se iban a media mañana? Félix, su amigo, hombre experto en la búsqueda de estos manjares, le decía que el motivo era tratar de llegar los primeros para evitar que otros se llevasen los trofeos y los dejaran a ellos sin premio. Matías, sin estar demasiado convencido, lo aceptaba y cumplía con la norma de levantarse a las seis para recoger a Félix y llegar, más o menos una hora y media más tarde, al lugar previsto. De acuerdo con sus cálculos, el inicio de la búsqueda coincidiría con la salida de los primeros rayos solares.

Llamó a la puerta con suavidad, dándole unos cuantos golpes con los nudillos. Casi de inmediato apareció su compañero, enfundado en su cazadora con su gorra y su cesta.

—Buenos días —dijo Félix.

—Buenos —respondió Matías—. ¿Lo llevas todo? Ya veo la cesta y con ella va, imagino, la navaja. ¿Y lo demás? No te olvides el bocadillo, que la última vez tuvimos que compartir el mío y eso es un mal negocio.

—Lo llevo todo. Calzado impermeable, ropa cómoda de abrigo que puedo ir eliminando por capas, bocadillo de tortilla de patatas, cesta y navaja, brújula, silbato; es decir, no falta nada.

—¿La tortilla con cebolla o sin cebolla?

—No empecemos a tocar aquello que no suena. ¿Sabes ya a dónde vamos?

—Si a ti te parece bien, iremos a la zona del Montseny, donde ya hemos ido otras veces. Vamos hasta Centelles, lo pasamos y, antes de llegar a Aiguafreda, entramos por aquel camino de montaña que ya conocemos, aparcamos el coche en algún descampado que encontremos y, desde allí, a pie, iniciamos la búsqueda por el interior del bosque.

—Me parece muy bien. Deberíamos tardar unos noventa minutos, más o menos, así que cuando lleguemos allí ya empezará a clarear. Seremos los primeros.

—Esa es la previsión. De todas formas, hoy no es festivo. Imagino que mucha gente no habrá.

—Tienes razón.

Con la ilusión de regresar con la cesta llena de setas, se subieron al Seat Toledo de Matías y emprendieron el camino. Era aún de noche y la carretera que enlazaba con el trozo de autopista que debían coger transcurría entre montañas, era estrecha, oscura y llena de curvas. El pavimento estaba aún mojado. Matías conducía despacio y con mucha prudencia. Tras una curva muy pronunciada, casi de ciento ochenta grados, vieron frente a ellos un coche fuera de la carretera, empotrado en la pared de la montaña. El vehículo no ocupaba espacio en la calzada. La curva coincidía con un espacio de terreno libre que permitía que hubiese circulado unos metros fuera del asfalto, antes de estrellarse contra la ladera. Los faros estaban encendidos; iluminaban la linde del bosque y producían un efecto terrorífico.

—¡Para Matías, para! —dijo Félix, sobresaltado.

—Creo que somos los primeros en ver este coche —respondió al tiempo que trataba de aparcar su vehículo en el espacio de tierra, al lado del coche accidentado—. Es una carretera poco transitada, pero si alguien lo hubiese visto, habría avisado a la policía y a estas horas ya lo habrían retirado o habrían señalado su posición de alguna manera. Seguramente los faros no seguirían encendidos. Me temo que no hace mucho rato que ha ocurrido esto.

—Yo opino como tú. Creo que somos los primeros. A ver qué nos vamos a encontrar porque no se oye nada de nada. ¿Crees que habrá alguien? —dijo Félix con cara de pavor.

—No lo sé. Por esto he parado. Vamos a mirar por si hay quien necesita ayuda.

Cogieron una linterna y despacio, sin hacer ruido, se acercaron a la puerta del conductor. El Audi A4 de color azul, tenía el morro destrozado. La puerta estaba abierta, como todas las otras. Los cristales de casi todas las ventanillas estaban rotos. Se asomaron y vieron, en el asiento del conductor, un cuerpo sujeto con el cinturón de seguridad, totalmente inclinado hacia delante, que reposaba sobre el *airbag* desplegado. Inmóvil. No observaron la presencia de nadie más. Félix se acercó con la intención de tocarlo.

—¡No lo toques! ¡No toques nada! —gritó Matías, desencajado de miedo—. Voy a llamar a la policía y es mejor no tocar nada.

—Me parece muy bien que llames. Yo solo voy a comprobar si está vivo o no, por si debemos avisar también a una ambulancia. No te apures, que no tocaré nada más.

Mientras Matías se acercaba a su coche para llamar por teléfono, Félix se acercó a la víctima y comprobó que ya no tenía vida.

—Es un hombre bastante joven. No tiene pulso y no respira —dijo cuando su amigo regresó—. El suelo está muy embarrado por la lluvia de ayer, pero junto a la puerta hay un gran charco que me parece que puede ser sangre. Mira el brazo izquierdo. Está colgando. Tiene una herida y se ve un reguero de sangre que baja por el brazo, la mano y los dedos como si hubiese estado goteando hacia el suelo.

Aún no se estaba haciendo de día. Los dos amigos permanecieron sentados sobre unas piedras mientras esperaban la llegada de la policía. Félix se entretenía sacándose el barro de los zapatos con un palo.

—Con lo bien que había empezado el día y lo felices que nos pensábamos que íbamos a ser... Mira lo que ha pasado —dijo a modo de queja.

—Peor ha sido para este pobre.

Apenas habían transcurrido veinte minutos desde la llamada de Matías cuando la montaña se llenó de un escándalo de sirenas y entre los árboles se vieron las luces de tres coches de policía acercándose. Uno de ellos cortó la carretera sobrepasando el emplazamiento del coche y puso alarmas luminosas por delante del lugar del accidente. Otro hizo lo mismo por detrás y el tercero aparcó como pudo al lado del Seat Toledo.

Un hombre de unos sesenta años, no muy alto, enjuto, con el pelo canoso, gafas gruesas de color negro, vestido con un traje gris perla, algo ajado y muy arrugado, camisa blanca con cuello desabrochado y sin corbata, bajó del vehículo policial y, sin mediar palabra, se dirigió al coche accidentado, miró al conductor, observó el interior y dio la vuelta alrededor del Audi. Inspeccionó cuidadosamente los aledaños, revisó el suelo con atención y ordenó a los policías que habían viajado con él:

—Precintad el espacio y haced fotos de todo lo que podáis. Luego ya seleccionaremos las que valen y las que no. Sobre todo, no olvidéis el cadáver, este brazo izquierdo que cuelga, en fin, qué os voy a contar. Sabéis de sobra lo que hay que hacer.

Acto seguido se dirigió a los dos amigos que permanecían, ahora de pie, inmóviles y callados en el mismo lugar donde habían estado esperando, y les tendió la mano.

—Buenos días. Soy el sargento Tomás Simón de la Comisaría de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra. Supongo que ustedes son los que han encontrado este coche y nos han llamado, ¿no?

—Sí, señor. Yo he llamado —respondió Matías, atemorizado por todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Me permiten sus DNI, por favor? Cuéntenme lo que ha ocurrido, es decir, lo que han visto y hecho. —Se giró hacia uno de los policías—. Albanell, comprueba y registra estos DNI. —Luego, volviendo a mirarlos, continuó—: Perdonen, les decía que me contasen lo que saben.

Matías y Félix, algo nerviosos, explicaron con todo lujo de detalles, atropellándose uno al otro, lo que habían visto y vivido. Contestaron las muchas preguntas que el sargento les hizo al tiempo que anotaba en una pequeña libreta las respuestas.

—No habrán tocado nada, ¿verdad? —preguntó el policía.

—No, señor. Sabemos que esto no se debe hacer —contestó Matías con aire de suficiencia.

—Bueno, yo he tocado el cuello del conductor. Ha sido para saber si estaba vivo. No he tocado nada más —añadió Félix.

—¿Les parece que ha sido un accidente?

—No lo podríamos asegurar. Cuando hemos llegado no había nadie más que el coche y el conductor muerto en su interior, y hasta que ustedes no han llegado aquí no hemos visto a nadie más, ¿verdad, Matías? —respondió Félix mirando a su compañero, que asentía con la cabeza.

—Eso parece a primera vista. Ahora nos tocará comprobarlo —dijo Simón—. Yo creo que, con esto, de momento tenemos suficiente. Hemos recogido su teléfono, su DNI y su dirección, así

que, si necesitamos algo más, ya les llamaremos. Pueden marcharse.

—Gracias, sargento. Si nos necesitan, ya saben.

De camino al coche, Matías se dirigió a su compañero.

—Aún tendremos tiempo de comprobar si las setas desaparecen o no a media mañana. Nos queda un buen rato para llegar al sitio al que queríamos ir.

—No te creas que tengo muchas ganas —respondió Félix.

—Al menos nos distraeremos.

Se subieron al Seat Toledo y se fueron, cediendo el lugar para que un nuevo coche de la policía que acababa de llegar pudiese aparcar en el hueco que dejaban. La puerta se abrió y salió a una mujer delgada, de mediana edad, uniformada. La inspectora Serra se dirigió directamente hacia el sargento.

—Buenos días, Tomás.

—Hola, buenos días, Lucía. Al menos, esperemos que mejoren porque mal hemos empezado.

—¿Qué tenemos aquí? Un accidente, ¿no?

—Sí, eso parece. Dos buscadores de setas que iban camino a su destino han encontrado el coche accidentado, tal como lo ves, con un cadáver dentro, el del conductor. Ya les he tomado declaración. Acaban de irse. Los tenemos localizados por si hay que ampliar la información. Poco nos han dicho. Yendo hacia la autopista han visto el coche, han parado, han comprobado que el conductor estaba muerto y nos han llamado. No han visto, según cuentan, nada más ni a nadie más. Me han asegurado que no han tocado nada salvo el cuello de la víctima. El escenario está inalterado —explicó el sargento.

—De acuerdo. La primera impresión es que el coche se ha salido de la carretera y ha ido a estamparse en la ladera de esta montañita. Seguramente no ha podido coger la curva a lo mejor por ir bebido o haber tomado otra cosa, o se ha dormido, o iba demasiado rápido. Vete tú a saber —dijo la inspectora dirigiéndose a Simón, que permanecía frente a ella, serio y callado. Tras tantos años juntos él sabía que esta era su manera de actuar: explicar una primera posibilidad y luego ir a inspeccionar con una composición

previa de lo ocurrido en la mente—. Vamos a ver si nos encontramos alguna sorpresa.

Se acercaron al coche accidentado. Serra no perdía detalle. Sus ojos escudriñaron el suelo y los alrededores. Dio la vuelta al vehículo comprobando los daños en la carrocería, buscando señales que no debían pasar desapercibidas a pesar de que suponía que su compañero ya lo había hecho. Como ella siempre decía, cuatro ojos ven más que dos.

—Habéis fotografiado todo esto, ¿no? —preguntó señalando las marcas de ruedas y las huellas del suelo.

—Sí, claro, lo hemos hecho —respondió Simón.

—Sabes que no lo dudaba. Sé que lo habéis hecho, pero tengo que preguntarlo. No creo que tengan mucho interés, ya que este es un lugar ideal para parar si los niños tienen que mear, si hay que reagruparse cuando van varios coches o para descansar. Seguro que encontraremos un montón de huellas que no nos explicarán nada. De todos modos, analizaremos las fotos.

—Lo haremos. No lo dudes.

La inspectora siguió con su trabajo de búsqueda y se acercó a la puerta del conductor. Echó una ojeada al interior del vehículo sin encontrar nada que le llamase la atención.

—¿Habéis visto algo llamativo aquí dentro?

—No, jefa, yo no he sabido distinguir nada interesante.

Acto seguido, empezó a examinar el cadáver. Tras ponerse los guantes movió la cabeza del muerto, cosa que hasta entonces nadie había hecho. Tenía algunas pequeñas heridas y un fuerte golpe en la sien izquierda. Le llamó la atención que estaba pálido. Observó con mucho interés el brazo izquierdo del conductor. Carraspeó. En este momento Simón esbozó una leve sonrisa de aprobación, pues, tras varios años de trabajar juntos, sabía que cuando esto ocurría era porque había visto u oído algo destacable.

—¿Has observado algún detalle que no encaje con la primera historia que hemos contado?

—Seguro que lo mismo que tú. Difícilmente se te escaparía algo. Este brazo izquierdo llama la atención. Parece haber perdido mucha sangre por la herida. Es muy posible que debido al choque puedan

existir lesiones internas. El *airbag* ha funcionado y eso debía haber amortiguado los golpes, pero, tal como está el morro del coche, el impacto habrá sido enorme. También es evidente que los cristales de la ventanilla se han roto y al hacerlo se han convertido en verdaderos cuchillos. Sin embargo, la herida del brazo me recuerda más a una hecha por un puñal que por un corte accidental producido por un vidrio —respondió el sargento.

—Tienes razón. Eso es lo que yo he pensado. ¿Has visto este cristal? —dijo Serra mostrándole un vidrio de forma triangular, con un vértice fino y muy puntiagudo manchado de sangre—. Creo que este es el responsable de toda esta hemorragia.

—Yo también lo pienso. A mí, a pesar de todo, me llama la atención que pueda haberse clavado provocando una herida tan profunda y después caer por sí solo.

—Podría ser que la misma hemorragia, sobre todo si ha pinchado una arteria, lo haya expulsado —dijo la inspectora mirando la cara de incredulidad de su compañero—. Ya sé que es bastante difícil de explicar. No me mires así. Solo estoy elucubrando en voz alta. Trae una bolsa, que nos lo llevaremos como prueba. Si esta es la causa de la muerte, quiere decir que, tras el choque, el hombre estaba vivo y que su corazón latía, y por esta razón su sangre no se coaguló y seguía brotando. También es mala suerte que nadie haya podido ayudarlo. Sigues con tu cara de incrédulo, ¿no? Habrá que esperar al informe forense para saber qué le pasó. Está claro que de momento no hay nada seguro y que vamos que tener que seguir investigando.

—No sé si te has fijado que no intentó frenar. No hay ninguna señal de las ruedas en la calzada. Con la castaña que se pegó y no intentó parar.

—Sí, me he fijado. Al principio he pensado que a lo mejor era porque iba bebido, drogado o dormido. Ahora ya no sé qué decir. Tendremos que esperar el informe médico. Por cierto, ¿sabéis ya de quién se trata?

—Hemos encontrado su cartera. Se llamaba Javier Pie Santacruz, cuarenta y tres años, casado y médico de profesión. Vivía aquí cerca, en Vallvidrera, y parece ser que trabajaba en el hospital Vall d'Hebrón.

—Habrá que empezar por el principio, como siempre. Asegúrate de que hemos recogido todas las pruebas posibles y vayamos a dar la mala noticia y a empezar la investigación. Ven conmigo y que los demás compañeros se distribuyan en los otros coches.

El sol estaba ya a mitad de su camino hacia el sur. El día estaba claro. La carretera cortada provocaba múltiples quejas de los conductores que tenían que desviarse por otra ruta. El médico forense y el juez habían procedido al levantamiento del cadáver. Cuando Serra y Simón se fueron, la grúa estaba trabajando para sacar lo que quedaba del Audi de aquel lugar.

Lejos de allí, Matías y Félix estaban dando buena cuenta de su desayuno. Sentados sobre sendas rocas, comían sin decir nada. A su lado, la cesta con algunas setas, no muchas.

El GPS se perdía al final de la calle Avet, en Vallvidrera. El asfalto, sin avisar, quedaba cortado y lo seguía un descampado de tierra, bastante extenso, del que partían dos caminos, uno mayor que otro. Tomás y Lucía estaban desorientados. Llevaban ya un buen rato circulando por una calle estrecha rodeada de árboles a ambos lados y con muy pocas casas. En estas condiciones, seguir la numeración de los edificios era imposible. El último número que habían visto era el 19, un establecimiento que parecía un bar o un restaurante, y en el DNI del fallecido ponía calle Avet, 31. Estaban parados justo al final de la vía y en el GPS aparecía únicamente la imagen de un descampado. Ni siquiera los dos caminos que tenían delante se mostraban en el dibujo. Se adentraron un poco y la pantalla les mostró un coche, en la nada, con un interrogante.

—Según el GPS, estamos perdidos —dijo Lucía

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el sargento.

—La casa tiene que estar cerca. Vamos a coger el camino de la izquierda, que parece algo más grande, y si no encontramos nada nos volvemos y buscamos por el otro. Estoy segura de que está por aquí. Pocas veces este aparato se equivoca y si nos ha traído hasta aquí es porque la casa no está lejos.

—Esperemos que así sea. Suerte que es de día y hace sol. De noche, sin saber a dónde vas, se te deben poner por corbata —dijo Tomás, que era quien conducía.

—Eso tú, que tienes. A mí por corbata no se me pueden poner. Ventajas de ser mujer. Anda, tira para allí y a ver qué hay, cobardica.

—¿Pongo la sirena? —dijo sonriendo.

—Vamos, hombre, no seas blandengue. Sigue para adelante sin miedo y sin ruido.

Obedeciendo órdenes, sin estar muy convencido, el sargento se adentró en el camino y, tal como había sospechado su compañera, tras un giro a la izquierda y siguiendo un buen rato el camino que se adentraba en el bosque, apareció un caserón. Tomás aparcó en la misma puerta. Dos pilotes de metro setenta sostenían una verja de hierro que sobrepasaba, por muy poco, la cintura de los policías. En uno de ellos, encima de un buzón metálico, una cerámica anunciaba «Avet, 31». Lucía miró sonriendo a su compañero, satisfecha de su intuición.

Tocaron el timbre varias veces y, como nadie contestó, Tomás buscó en el manojito de llaves que había cogido del bolsillo de la víctima tras haber consultado con el juez y obtenido su consentimiento.

La casa, externamente, no tenía ninguna gracia. Se veía poco cuidada. Paredes lisas que en su tiempo estuvieron pintadas de blanco, dos pisos de altura, cuatro ventanas con rejas en la planta baja y otras cuatro, sin rejas, en el piso superior. Se entraba por una puerta de madera labrada, protegida por un pequeño porche.

Tomás y Lucía abrieron la verja metálica, que chirrió con el movimiento, y accedieron a un jardín abandonado que rodeaba los laterales del edificio. Era un parterre con cuatro flores moribundas, unos tiestos con cactus y poco más. Para llegar a la puerta de la casa había que subir cuatro escalones flanqueados por un tiesto a cada lado que, en algún momento, debían haber alimentado bonitas flores. Ahora, las hierbas, algunas bastante crecidas, se habían adueñado del terreno.

Abrieron la puerta y, tras pasar por un pequeño recibidor desnudo, entraron en lo que parecía ser un salón comedor no

demasiado amplio y desordenado. En la mesita colocada entre el sofá y el televisor quedaban los recuerdos de una cena unipersonal. Unos cubiertos, un plato sucio y un vaso vacío. Una camisa negra y una toalla reposaban en el respaldo del sofá. En una de las paredes había una librería repleta de libros amontonados. Encima de la mesa del comedor, un montón de papeles.

Subieron al piso superior tras echar una ojeada rápida a la cocina, en la que abundaban cacharros y platos sucios amontonados en el fregadero. Tres habitaciones grandes y un cuarto de baño completaban la segunda planta. En una de ellas había una cama de matrimonio, sin hacer, y sobre ella reposaban las sábanas y la colcha, arrugadas. Pegada a una pared lateral, una cómoda antigua con varios cajones grandes. A cada lado de la cama había una mesita con su correspondiente lámpara. Sobre una de las mesas reposaba la novela *Casino*, de Nicholas Pileggi. Otra habitación, con dos camas individuales, estaba preparada para recibir cualquier visita. Abrieron la puerta de la tercera, completamente vacía salvo algunos papeles tirados en el suelo. No se molestaron a entrar en el baño. Una simple mirada evidenciaba la dejadez y el desorden reinante.

—Visto. Tras la primera ojeada y a tenor del desastroso aspecto de la vivienda, creo que se trata del hogar, si así se puede llamar, de un tío que vive solo —dijo la inspectora.

—Perdona, Lucía, yo también vivo solo y no tengo la casa así —respondió el sargento.

—Me he equivocado. La casa de alguien que vive solo y es, podríamos decir, un poco guarro —corrigió ella.

— Eso sí, como mínimo, poco cuidadoso con su vivienda. ¿Qué hacemos ahora?

—Aquí no vamos a poder dar la noticia de lo ocurrido a nadie y este era uno de los objetivos, el principal, que nos ha traído hasta este lugar. Poca información vamos a obtener. Yo revisaría las estanterías del comedor por si hay alguna pista de la que poder tirar y si no, tendremos que ir a la comisaría y empezar la búsqueda desde allí.

Revisaron, sin demasiada minuciosidad, los enseres del comedor. Dos cosas les llamaron la atención. Unas fotos y unos documentos. Las fotos correspondían a una niña, con una larga melena rubia, en diferentes etapas de su vida. La que parecía más reciente mostraba a una cría de unos diez u once años. Los documentos evidenciaban que el muerto era un médico del Servicio de Medicina Interna del hospital Vall d'Hebrón.

—Vamos a dejarlo. Ya vendremos más adelante a hacer una inspección rigurosa. Ahora tampoco sabemos qué debemos buscar. Nuestro objetivo al venir aquí era dar la noticia, cosa que no hemos podido hacer, y buscar alguna pista por donde empezar. Hemos averiguado que era médico, dónde trabajaba, que vivía solo y que, muy posiblemente, tenía una hija de unos diez u once años que, seguramente, no vivía con él. Cabe pensar, pues, que estaba separado o divorciado. Dudo mucho que fuese viudo. Corroboraremos nuestras suposiciones en comisaría.

—Totalmente de acuerdo jefa. Vamos a comisaría, a ver que más tenemos. Tendremos que empezar por lo único que sabemos: que trabajaba en el hospital Vall d'Hebrón.

Al salir, mientras bajaban las escaleras observaron el frondoso bosque. No se veía ni una sola casa cercana.

—Yo no sé si sería capaz de dormir aquí estando solo —dijo Tomás.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Albanell, uno de los policías, cuando Lucía y Tomás entraron en la comisaría.

—Mal —respondió ella—. La casa está medio abandonada, mejor dicho, muy descuidada. Sabemos que allí vive alguien, seguramente solo, por lo que hemos podido comprobar, y que muy posiblemente tiene una hija. No hemos descubierto nada más. Por esto estamos aquí, para ver si conseguimos algo más de información.

—Nosotros sabemos que el muerto trabajaba en el servicio de Urgencias y en el de Medicina Interna del hospital Vall d'Hebrón, como sospechabais. Nos han dado poca información, suficiente para

seguir tirando del hilo. Nos han dicho que creían que estaba separado y que vivía solo. Se han negado a darnos más datos por teléfono, así que habrá que ir a ver qué hay —respondió Albanell.

—Me parece lógico. Tal como está todo, cualquiera se arriesga a informar por teléfono. ¿Habéis encontrado algo más en los ordenadores? —preguntó el sargento.

—Únicamente sabemos que estaba casado con una mujer llamada Rosa Gumbau. No hemos conseguido ni su teléfono ni su dirección —dijo Albanell.

—Pues habrá que personarse en el hospital. Seguro que allí tienen más información —dijo la inspectora.

Cuando llegaron al Vall d'Hebrón tuvieron dudas sobre cuál era el mejor lugar al que dirigirse: la Dirección, el servicio de Recursos Humanos o el propio Servicio de Medicina Interna.

—Pienso que es mejor empezar por el servicio médico. Seguramente aún no conocen la noticia y podremos palpar mejor las reacciones. De todas maneras, los datos de teléfono, dirección familiar y lo que necesitemos no van a cambiar —dijo Lucía.

—Tienes razón, como casi siempre. Será importante captar la reacción espontánea de sus compañeros al conocer la noticia —respondió el sargento.

Aparcaron el coche en el lugar reservado a las autoridades y fueron directamente a buscar al jefe del servicio. Al saber quiénes eran y de qué se trataba, la secretaria fue a buscar al doctor Miranda, que en aquel momento estaba en sesión clínica con los MIR del servicio. Se excusó ante sus alumnos, abandonó la sala y, casi sin hacerlos esperar, los atendió en su despacho.

—Buenos días. Soy el doctor Miranda, jefe del servicio. Mi secretaria me ha dicho que se trataba de un asunto urgente, así que ustedes dirán. Soy todo oídos.

El doctor aparentaba algo más de unos cincuenta años, tenía las sienes plateadas, era delgado e iba bien vestido, con camisa blanca y corbata estampada de color rojo. Llevaba una impecable bata blanca, limpia y bien planchada, luciendo su nombre y el logo del hospital sobre el bolsillo del lado izquierdo. El despacho estaba lleno

de libros y papeles y en sus paredes colgaban numerosos títulos y diplomas.

—Buenos días, doctor. En primer lugar, queremos agradecerle el que nos haya podido atender con tanta prontitud. Soy la inspectora Serra y él, el sargento Simón, y estamos aquí porque esta mañana hemos encontrado un coche que se había estrellado contra una ladera del bosque. En su interior hallamos el cadáver de un hombre que se llamaba Javier Pie y que, según tenemos entendido, era un médico de su servicio. Hemos ido a su casa para dar la noticia a quien correspondiese y nos hemos encontrado la vivienda vacía. Estamos aquí para ver si nos puede dar alguna información.

—¿Me están diciendo que el doctor Pie ha muerto en un accidente de coche? —preguntó con cara de asombro—. Vaya noticia más inesperada. Es verdad que esta mañana no lo he visto en la sesión clínica de primera hora. A veces se la salta por uno u otro motivo y no es algo que me llame especialmente la atención. No sé si habrá venido más tarde. Le pregunto a mi secretaria.

—No, no se preocupe, no hace falta que lo haga, no ha venido. Se lo aseguro porque está muerto. Por esto estamos aquí —intervino el sargento—. Lo que pretendemos es que nos dé alguna información sobre él y su familia.

—Estoy consternado. Vaya sorpresa. ¿Quién lo podía imaginar? Habrá mucha gente que lo sentirá mucho en el servicio. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Aún no lo sabemos con exactitud. Lo han encontrado muerto dentro del coche. Hasta ahora no sabemos más y no hemos podido dar la noticia a ningún familiar. Parece que ha sido un accidente. Desearíamos que nos informara sobre el fallecido y, si es posible, sobre su familia, para poder saber a quién deberíamos comunicar el hecho.

—Va a ser un duro golpe para los compañeros. Javier Pie era uno de nuestros médicos más brillantes. Era querido por todos y admirado por muchos. Yo no tenía demasiada relación con él, salvo la laboral. Para trabajar no la necesito y como jefe prefiero mantener una cierta distancia. Lo único que sé es que estaba separado desde hacía unos años y que tenía una hija. Me parece que vivía en

Vallvidrera, en una casa que había heredado de su abuela. Desconozco su dirección y tampoco conozco la de su exmujer ni la relación que tenía con ella. En alguna ocasión me había hablado de su hija, pero de cosas de poca importancia. En cuanto a los datos que me piden, imagino que se los podrán dar en Recursos Humanos. Ahora los acompaño.

—¿Sabe si tenía, en la actualidad, alguna relación estable?

—No se lo puedo asegurar. Yo diría que no. Al menos, que yo supiese. Tenía mucho éxito con las mujeres y sé que había destrozado muchos corazones, pero si en la actualidad mantenía alguna relación estable lo desconozco.

—Muchas gracias, doctor, por ahora es suficiente. Más adelante, si la investigación avanza, volveremos para conocer sus relaciones personales con los compañeros con más profundidad. ¿Sabe si alguien nos puede dar la dirección de su exmujer, de sus padres o de alguien a quien poder informar? —dijo el sargento.

—Como les he dicho antes, en Recursos Humanos tendrán información de este tipo. Yo los acompaño. Permítanme una pregunta: ¿acaso sospechan algo raro? Me dicen: «si la investigación avanza...».

—No. En este momento creemos que ha sido un accidente fortuito. Nuestra obligación es investigar y confirmarlo —dijo la inspectora.

—Lo entiendo.

—Por cierto, ya que estamos aquí, aprovechemos. ¿Tiene alguna información sobre si era aficionado a las drogas, al alcohol o a otras cosas parecidas?

—Que yo sepa, no. Sé que no fumaba y nada más. Ya les he dicho que mi relación personal con él era poca. Yo no tengo información sobre nada de esto. Ya sabe que la gente joven hoy en día difícilmente se divierte sin algún estimulante, y a lo mejor en alguna fiesta pudo tomar algo. No creo que lo hiciese de forma habitual. Al menos yo no tengo noticia de que así fuese. Desde luego, nunca lo vi, ni lo noté, ni nadie me habló nunca de problemas con eso que dicen ustedes.

—¿Y conflictos con algún paciente? De esto sí que se hubiese enterado, ¿no? —preguntó Simón.

—Si los ha tenido, hecho bastante improbable, yo no he tenido constancia de ello. Digo lo de bastante improbable porque lo normal es que, si hubiese ocurrido alguna cosa de este tipo, es decir alguna queja, fuese del tipo que fuese, lo lógico es que me hubiese llegado a mí. De todas maneras, Margarita, la secretaria del doctor Pie, si quieren, les puede dar más información que yo, si es que la necesitan.

—Gracias —contestó el sargento, que bajo la atenta mirada de su superior había estado anotando cosas todo el rato—. ¿Usted notó algo raro, alguna cosa especial, en su comportamiento?

—Ahora que lo dice, es verdad que llevaba unos meses diferente. Fallaba algún día al trabajo sin causa justificada, o llegaba tarde más veces de lo normal, hechos poco habituales en él. No era nada especialmente llamativo, aunque lo comenté con algún compañero, que, además, me dijo que estaba de peor humor. Particularmente, no le di ninguna importancia. No parecía tenerla, pero ahora al preguntar lo he recordado. Para mí, eran detalles que carecían de valor.

—Una vez más, muchas gracias —dijo el sargento mirando a su compañera.

Miranda los acompañó al servicio de Recursos Humanos y allí les dieron los datos personales de que disponían del doctor Pie. Según allí constaba seguía casado.

Al salir del hospital, los dos policías se miraron y él soltó:

—No sé por qué, me huele a que se nos va a dar más trabajo del que imaginábamos.

—Yo también me lo temo.

—Lo sé. Ya te he oído —dijo Tomás dirigiéndose a su jefa, que lo miraba sonriendo.

—¿He carraspeado?

—Sí, jefa. —Sonrió.

Se conocían desde hacía varios años. Cuando ella fue nombrada inspectora y se hizo cargo de aquella comisaría, él ya llevaba unos años como sargento. Simón había sido guardia civil y cuando se creó

el cuerpo de Mossos d'Esquadra, en el año 1983, decidió apuntarse. Aunque había nacido en Andalucía y tenía allí a toda su familia, llevaba ya más de treinta años en Barcelona, que fue su primer destino. Al principio le costó adaptarse. Una relación sentimental con un hombre catalán le hizo olvidar, en parte, sus orígenes. Con diecisiete años ya se había planteado ir a Barcelona por su homosexualidad.

En su pequeño pueblo andaluz todos se conocían y su condición sexual daba lugar a todo tipo de comentarios y habladurías que lo importunaban y le impedían vivir en libertad. Él pensó, como así fue, que trasladándose a una gran capital todo sería más fácil. Con dieciocho años recién cumplidos solicitó el ingreso en la Guardia Civil. Tras superar todas las pruebas físicas y psicológicas ingresó en la Benemérita. Inmediatamente solicitó su traslado y con veintiún años llegó a Barcelona. Al poco tiempo conoció a un barcelonés, algo mayor que él, del que se enamoró perdidamente. Estuvieron conviviendo durante diez años hasta que la relación se rompió. En aquel momento, él ya estaba adaptado a su nueva vida. Cuando tuvo la oportunidad de decidir entre quedarse e integrarse en el nuevo cuerpo de policía catalana o regresar a su Andalucía natal, prefirió quedarse en la Ciudad Condal. Vivía solo, no tenía hijos y para él su trabajo era lo más importante. Nunca tuvo interés en progresar en la escala de cargos policiales. Lo que le gustaba era investigar y odiaba organizar, tener que mandar, estar en los despachos. Lo suyo era la calle, no quería otros problemas. La llegada de Lucía le brindó la oportunidad de hacer este trabajo y, además, a su manera.

Ella, en cambio, sí que había trabajado para ascender en su carrera profesional. Había entrado en los Mossos siendo muy joven y poco a poco había cosechado distinciones. Alcanzó el grado de inspectora con un brillante currículum y tras ganar las oposiciones. Cuando se hizo cargo de la comisaría estaba viuda desde hacía dos años. Se había casado con un compañero de trabajo que falleció como consecuencia de una leucemia. La necesidad de demostrarse que podía salir adelante por sí sola y de aumentar los ingresos familiares para criar a sus dos hijos, Pablo y Alberto, aún pequeños,

fueron acicate suficiente para intentar acceder al ascenso y conseguirlo. Siendo una mujer atractiva e inteligente, había salido con muchos hombres, pero nunca intentó reconstruir su vida.

Lucía conoció a Simón cuando ocupó su cargo de comisaría. No tardaron en congeniar. A ella le gustaba su individualidad. No se metía con nada ni con nadie y trabajaba con una enorme eficacia. A él le encantaba que le dejase hacer las cosas sin presión, sin órdenes, como decía, «a mi manera». Desde el primer momento se convirtieron en pareja de trabajo y compartían, siempre que podían, los casos que requerían más investigación. Por esto Simón sabía que cuando a su jefa algo le sonaba extraño o sospechoso, carraspeaba.

—Dígame —contestó al teléfono.

—¿La señora Rosa Gumbau?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Señora Gumbau, soy la inspectora Lucía Serra, de la Comisaría General de Inspección Criminal de los Mossos d'Esquadra. El motivo de mi llamada es doble. El primero es el darle una noticia poco agradable. Esta mañana a primera hora hemos encontrado un cadáver en un accidente de coche y por la documentación que llevaba creemos que se trataba de una persona llamada Javier Pie Santacruz. Según tengo entendido, era su exmarido, ¿no?

—Sí, sí, es él. En realidad, mi marido, pues no estábamos divorciados. Estábamos separados. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo que ha ocurrido no lo sabemos a ciencia cierta. El coche que conducía se ha salido de la carretera en una curva y se ha estrellado contra la ladera de una montaña. Nadie sabe exactamente lo que ha pasado. Iba solo y no tenemos a nadie que haya visto lo ocurrido. Por esta razón estamos investigando. Siento mucho ser yo quien le dé la noticia, y más por teléfono. No sabíamos a quién llamar. Hemos ido a su casa y allí no había nadie. La única referencia que nos han dado en el hospital ha sido la suya y la de su hija. No sé si usted nos puede dar el nombre de otra persona a la que podamos o

debamos informar. En principio y hasta que no tengamos más detalles, nos parece que ha sido un accidente fortuito.

—Yo no les puedo ayudar en este sentido. Hace ya tiempo que nos separamos, sé poco de su vida y no sé si tiene pareja ni si convive o no con otra persona. Sus padres murieron hace unos años, no tiene hermanos y solo queda su hija, que vive conmigo, y a quien, por descontado, ya le daré yo la mala noticia.

—Le he dicho que el motivo de mi llamada era doble. Uno era el de comunicarle lo ocurrido y el otro el de pedirle que venga a identificar el cadáver. Nosotros creemos que es esta persona por la documentación que hemos encontrado. Necesitamos que alguien que lo conocía nos certifique que es él, no vaya a ser que estemos cometiendo un grave error. Es un requisito muy importante y, por lo que intuyo, en este momento solo usted lo puede cumplir.

—¿Tiene que ser hoy?

—Sí. Ya sé que es un mal trago, pero si no confirmamos la identidad de la víctima, no podemos avanzar. Nos iría muy bien si pudiese ser este mediodía o, teniendo en cuenta la hora que es, esta tarde. Sobre todo, no le diga nada a la niña hasta que no estemos seguros de que se trata de él.

—No se preocupe. Entiendo su petición. Arreglo lo que tengo de trabajo y voy. Será seguramente entre las cuatro y las cinco de esta tarde. No podré entretenerme demasiado porque después tengo que ir a recoger a mi hija. ¿A dónde tengo que ir?

—Muchas gracias. La esperamos en la comisaría de la calle Iradier, encima del paseo de la Bonanova. Nosotros la acompañaremos al depósito de cadáveres. Será poco rato, no se preocupe.

—De acuerdo. Luego voy.

Lucía colgó el teléfono y miró a su compañero.

—Qué cosa más fría. Da la sensación de que le importaba un bledo. Parecía que le estuviese hablando de un conocido, no del padre de su hija. Creo que para ella es solo una molestia. No ha mostrado ni un amago de sentimiento de cualquier tipo.

—Veremos cómo se comporta cuando venga —respondió el sargento.

Algo más de las cuatro marcaba el reloj cuando la señora Gumbau se personó en las dependencias de la policía. Iba con un abrigo de paño de color marrón claro sobre un vestido estampado de tonos verdosos, mínimamente maquillada, con zapatos oscuros de tacón no muy alto. Olía a perfume de calidad, dulce, agradable. Irradiaba tranquilidad, felicidad, algo que atraía las miradas de la gente del despacho. Era una mujer guapa en el inicio de su madurez.

—Buenos días —dijo al entrar en la comisaría—. Soy la señora Gumbau. Vengo a ver a la inspectora Serra.

—Sí, soy yo —respondió Lucía, que estaba esperándola—. Buenas tardes y muchas gracias por haber venido. Lamento mucho las molestias. No hemos encontrado a nadie más a quien dirigirnos para cumplir esta diligencia.

—Se trata de una medida indispensable sin la cual no podríamos seguir nuestra investigación sin riesgo a equivocarnos de víctima. Permita que me presente. Soy el sargento Simón, encargado, junto a la inspectora, de este caso.

—Mucho gusto —respondió Rosa—. Estoy a su disposición. Ustedes dirán.

Los dos policías la acompañaron al depósito de cadáveres y allí Rosa cumplió con el trámite. Reconoció que el cuerpo correspondía a su exmarido.

—Me ha dicho usted que hacía tiempo que no lo veía, ¿no? —preguntó Lucía.

—Vamos a ver. Todo es relativo. Antes nos veíamos por la niña. Ahora padre e hija se veían muy poco y por esto teníamos muy poco contacto. Lo que quería decir es que no teníamos ninguna relación salvo el hola y adiós cuando la venía buscar o yo le llevaba a mi hija, y poco más. Desconozco su vida actual. Hoy en día, para mí, él era prácticamente un desconocido —dijo.

—¿Así que no sabe si había recibido alguna amenaza o tenía algún enemigo? —preguntó el sargento.

—Ya le he dicho que sé muy poco de su presente. Que yo sepa, en este momento, no había nadie que lo amenazase, pero ya le he dicho que sé muy poco de él. Javier era un hombre que tenía

muchos amigos o, mejor dicho, amistades, conocidos, que causaba admiración, sobre todo entre las mujeres, y por esto debía tener tanto gente que lo envidiaba como que lo odiaba y, del mismo modo, tendría otros que lo querían. Amenaza concreta en el momento actual yo no conozco ninguna.

—No se preocupe. Lo que nosotros necesitábamos era cumplir con el reconocimiento, ya que sospechábamos que era él por los papeles. Era imprescindible que alguien nos lo certificase. Nos ha ayudado mucho. Ya le he dicho que nuestra primera impresión es que se trata de un accidente fortuito. Pese a ello, estamos obligados a investigar y descartar todas las posibilidades. Si en el curso del proceso necesitamos su ayuda, tendremos que volver a molestarla —dijo Lucía.

—Lo entiendo. Si en algo puedo ayudar, lo haré con mucho gusto. Ahora me queda el trago de explicárselo a la niña —dijo Rosa antes de dar la mano a los dos policías y despedirse de ellos.

Una vez en el despacho, ya solos, Lucía y Tomás se miraron un rato sin decir nada. Él levantó los hombros en señal de sorpresa.

—Vaya reacción más indiferente, ¿no? Ni un solo indicio de pena, de tristeza. Es como si hubiese visto muerto al vecino del quinto piso, aquel con el que casi no se habla nunca. Es raro, ¿no? Yo no me esperaba una reacción así. Está claro que tú tampoco porque has carraspeado más de una vez —dijo Tomás a su compañera.

—Si te digo la verdad, yo no sabía cómo reaccionar. O le daba el pésame o la felicitaba. Nunca me había quedado tan descolocada. Y eso que, según lo que sabemos hasta ahora, salvo la hija, era la persona más cercana al difunto. Me temo que vamos a tener que indagar mucho más de lo que nos parecía al principio.

—El doctor esconde mucha más historia de la que imaginamos. Habrá que ir tirando del hilo. La pregunta es ¿cuál va a ser el siguiente paso?

Lucía se quedó pensativa un rato y de golpe dijo:

—Iremos a hablar con la secretaria. Seguro que ella sabe más cosas. No tenemos a nadie más cercano a él. Trabajaban juntos cada día y lo más normal es que en algún momento él también tuviese que desahogarse con alguien. ¿Qué te parece?

—Es una buena idea. Me atrevería a decir que es la única posibilidad de intentar deshacer el enigma. De todas formas, no olvidemos que a lo mejor estamos imaginando lo que no es y se trata realmente de un accidente.

—No diré que no. A mí hay algo que me huele mal y estoy segura de que a ti también.

Tomás asintió con la cabeza.

2 – EN LA FACULTAD DE MEDICINA

Su voluntad de ser médico se puso de manifiesto desde que empezó el bachillerato. Javier era muy buen estudiante y, puesto que en su familia no existían problemas económicos, no le fue muy difícil ingresar en la Facultad de Medicina.

Era un joven alto, fuerte y deportista, además de estudioso. Desde muy pequeño había jugado al balonmano y pronto destacó por su condición física y su capacidad de esfuerzo. A los dieciséis años fue fichado por un equipo de la Primera División Nacional, donde llegó a ser titular y uno de sus jugadores más importantes.

Sus inicios en la facultad fueron titubeantes. No conocía a nadie, se encontró con una nueva manera de aprender, con una libertad absoluta, y todo ello al principio lo desorientó. Pasó las primeras semanas cohibido, timorato, algo poco frecuente en él. A muchos de sus compañeros les sucedía lo mismo. La universidad era un mundo nuevo, desconocido, muy diferente al escolar. No tardó demasiado tiempo en ser conocido por muchos y, sobre todo, por muchas. Un pelo rubio corto, peinado hacia atrás, con ojos azules, rasgos suaves y labios carnosos unidos a un cuerpo espectacular lo convertían en un hombre muy guapo y deseado. Tuvo muchos amoríos, pero nunca duraderos, pues a él le parecía que no era un momento apropiado para relaciones serias.

Román, un compañero que ya estaba en tercero, era el capitán del equipo de balonmano de la Facultad de Medicina. Al saber de su presencia en el primer curso, fue a buscarlo y le propuso enrolarse en el equipo para participar en los campeonatos universitarios. Fue

muy fácil convencerlo. Javier se unió al grupo y desde el primer día se convirtió en uno de sus puntales más importantes.

Los dos deportistas tardaron muy poco en congeniar y en convertirse en inseparables. Salían, estudiaban y pasaban vacaciones juntos. En el equipo universitario mantenían, sin embargo, cierta rivalidad: Javier, pivote y máximo goleador, recibía la admiración del público, mientras Román, central y capitán, sentía que su labor quedaba en segundo plano.

Un año ganaron la final del campeonato universitario contra el equipo de arquitectura de la Universidad del País Vasco por veinticuatro a veintitrés. Javier marcó trece goles, incluido el de la victoria, y acaparó las felicitaciones del público; Román había dado dieciséis pases de gol, nueve de ellos a su compañero. En el vestuario, Javier se sentó a su lado y, sonriendo, le dijo:

—Anda, capi, que hoy os he dado el torneo. No te quejarás.

—No, no me quejo de ti ni de nadie porque los trece goles que has metido son la lógica consecuencia de que nosotros hemos hecho nuestro trabajo y te hemos dado el pase final. Por si no lo recuerdas, nueve de ellos y alguno más que fallaste fueron míos, así que menos fardar, que parece que has ganado solo —respondió Román, sensiblemente enfadado y dolido, mientras se dirigía a la ducha.

El incidente quedó ahí, pues la alegría era tanta que contrarrestaba cualquier contratiempo. Román celebró como todos y con todos, incluso con su amigo, el campeonato. Cuando se fue a dormir notó como algo de rabia y de envidia quedaba dentro de él. Su compañero durmió feliz y convencido de que era el mejor.

A finales del quinto curso de carrera Román empezó a salir con una compañera de la facultad de un curso inferior al de Javier. Se enamoró perdidamente de Clara y desde ese momento su relación con él quedó en un segundo plano. Seguían viéndose. Salían a cenar y de fiesta los tres o los cuatro, si Javier iba acompañado. Seguían hablando, pero todo era diferente. Ya no eran inseparables. Román, que era un estudiante brillante gracias a su enorme esfuerzo, le hablaba de sus proyectos, de su intención de sacar una buena nota para poder entrar como residente de medicina interna en el hospital Vall d'Hebrón y casarse con Clara en cuanto fuese posible. Para

cumplir sus deseos, inmediatamente después de obtener el último sobresaliente de la carrera, se encerró en su casa y, con una férrea disciplina de horario y hábitos, empezó a preparar el examen MIR. La consecuencia fue que los dos amigos dejaron de verse.

Javier estaba ya en el cuarto curso. Había empezado las prácticas clínicas en los hospitales y, entre esto y sus entrenos, acudía muy poco a la facultad. Solo se lo veía por allí cuando las clases eran de presencia obligada o las prácticas lo exigían.

Aquella mañana salía con prisa de clase cuando, al cruzar el claustro del edificio docente, vio a Clara caminando con una compañera.

—¡Clara, Clara! —gritó Javier.

—¡Hola! —respondió ella. Pidió disculpas a su compañera y corrió hacia él tirándose a sus brazos. Clara no era bajita. Tenía un cuerpo esbelto y lleno de curvas. Su cara redonda, con unos bellos ojos oscuros, tenía un brillo especial. El abrazo la había hecho desaparecer al apretarla contra su cuerpo y envolverla con sus poderosos brazos.

—¡Qué ilusión! Hacía tiempo que no te veía. ¿Estás bien? ¿Cómo va todo? Y Román, ¿cómo está? —preguntó él sin dar tiempo a responder.

—Chico, pareces una ametralladora. Todo está bien. Román apenas sale de casa. Está empollando como nunca. Se sabe hasta la letra pequeña, aquella que habitualmente nadie lee, de cada libro. Está repitiendo exámenes antiguos sin parar para habituarse. Tal como es él y como estudia, estoy segura de que va a sacar un buen número y parece ser muy necesario, ya que hay muy pocas plazas. El año pasado quedaron más de tres mil compañeros sin posibilidad de trabajar como MIR —respondió ella.

—Y tú, ¿qué tal?

—Bien. Un poco abandonada. Lo veo mucho menos que antes, aunque muchos días voy a estudiar con él. Salimos poco. Su prioridad ahora es el estudio. Imagino que antes del examen MIR todos pasaremos por lo mismo o por algo parecido. Dependerá de los objetivos.

—Sales con las amigas o los compañeros de facultad, ¿no?

—Sí, sí. Yo salgo y no paro. No estoy encerrada como él, pero no es lo mismo. Solo son unos meses hasta que llegue el examen. Hay que respetarlo. Se juega una buena parte de su futuro.

—Es lógico. Como decías hace un momento, a todos nos tocará pasar por ahí y si queremos un buen sitio para hacer la residencia, habrá que estudiar mucho.

—¿Y tú? ¿Cómo te va?

—Como siempre, estudiando y jugando al balonmano.

—Y conquistando mujeres, que te conozco.

—Se hace lo que se puede. No te voy a engañar.

—Por cierto, el viernes organizamos una fiesta para recaudar dinero para el viaje de paso del ecuador. ¿Quieres comprarme una entrada? Tengo que vender diez y no sé cómo lo voy a hacer.

—Pues claro. Dámela. ¿Irás Román? A lo mejor es la manera de verlo.

—No, no vendrá. Solo se toma un día de fiesta. Sale, bueno, salimos, el sábado por la noche y el domingo. Los demás días son sagrados para el estudio.

—Si vas a ir sola, yo te puedo acompañar.

—Me parece buena idea. Se lo diré a Román y así se quedará más tranquilo. Cuando salgo sola a estos sitios de discoteca se queda preocupado hasta que regreso a casa.

—Pues, si no me dices lo contrario, te paso a buscar a eso de las once.

—De acuerdo. Quedamos así.

Exactamente a las once de la noche recogió a Clara, que fue puntual, como acostumbraba. Llevada un vestido rojo ceñido al cuerpo, resaltando su sinuosa figura, con la falda corta. Sus zapatos rojos con tacón de once centímetros realzaban sus piernas, que parecían aún más largas y finas. Javier se dio cuenta, quizás por primera vez, de lo guapa que era la novia de su amigo. Nunca había tenido la oportunidad de verla tan arreglada y tampoco se había fijado mucho en ella, ya que por la facultad iba siempre con tejanos, sudaderas y jerséis anchos. Siendo poco entendido en perfumes, en cuanto ella se subió al coche, notó un aroma intenso, dulce, a flores, principalmente a rosas.

Fueron a tomar una copa antes de acudir a la discoteca. Estuvieron hablando de muchas cosas. Clara le explicó que no se veía capaz de elegir ninguna especialidad quirúrgica o médico-quirúrgica y que tampoco se imaginaba estudiando algo tan extenso como la medicina interna, y por eso se decantaba más por especialidades como la cardiología, su primera opción, o la neumología, o algo parecido. Iba a depender de la nota. Ella no se veía capaz de hacer el sacrificio que estaba haciendo su novio. Por su parte, él le explicó que él también quería hacer medicina interna como su amigo. Hablaron de muchas más cosas. No hubo pausas. La conversación fluyó sin problemas y Javier se percató de que la belleza de Clara no era exclusivamente física.

Hacia las doce y media se incorporaron a la fiesta. La discoteca estaba llena de gente, la mayoría compañeros de estudios. Bailaron, rieron, bebieron y se perdieron en los diferentes grupos de conocidos. Durante toda la noche los ojos de Javier estuvieron persiguiendo a su acompañante. Ella estuvo más distraída. En algún momento cruzó su mirada con la de él y ambos notaron un destello especial, algo que no imaginaban.

La fiesta acabó tarde. Él la acompañó hasta su casa. Cuando el coche se paró se miraron para despedirse. Tras unos segundos en los que sus ojos se enfrentaron, sus bocas se unieron en un beso largo, profundo e intenso. Después del primero, vinieron más. Sus bocas se unían una y otra vez, ávidas de labios y de placer. Javier acercó la mano a los pechos de Clara y ella se separó, abrió la puerta del coche y se bajó. Antes de cerrarla se agachó y, asomando la cabeza al interior, dijo:

—Lo siento. No debía haberlo hecho. Espero que me perdone. —
Tras estas palabras, se marchó.

Tardaron mucho tiempo en volver a verse.

3 – VIERNES, 22/10/2004

El despacho del doctor Pie se encontraba en la cuarta planta del hospital, dentro del espacio que correspondía al servicio de medicina interna, a no mucha distancia del que ocupaba el doctor Miranda. En la puerta aún estaba el rótulo: «Dr. Javier Pie. Jefe de Sección».

Entraron tras golpear la puerta con los nudillos y recibir el permiso para hacerlo. Nada más abrirla, se encontraron frente a ellos a la secretaria, sentada en una mesa no muy grande. Detrás de ella había un ventanal, con las cortinas abiertas de par en par, por el que entraba gran cantidad de luz. El contraluz impedía, en un primer momento, ver la cara de aquella mujer morena.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirles? —dijo la secretaria.

—Buenos días. Soy la inspectora Serra y me acompaña el sargento Simón. La he llamado antes para pedirle una cita.

—Sí, claro. Les estaba esperando y al verlos entrar ya me he imaginado que eran ustedes. Me llamo Margarita y soy la secretaria, bueno, ahora la exsecretaria, del doctor Pie. Tomen asiento, por favor —les dijo al tiempo que les daba la mano y les ofrecía las sillas que se encontraban frente a la suya.

Margarita aparentaba rondar los cincuenta años. Sobre su vestido azul llevaba una bata blanca con un bolsillo a nivel del pecho izquierdo sobre el que había dibujado el logo del hospital y del que colgaba una tarjeta acreditativa con su nombre, Margarita Borrás, y su categoría profesional, secretaria.

—Ustedes dirán. Por teléfono me ha avanzado, supongo que era usted —dijo dirigiéndose a la inspectora—, que querían hacer algunas preguntas relacionadas con el doctor Pie. ¡Vaya desgracia! Porque ya han confirmado que era él, ¿no? El doctor Miranda me

dijo que no estaban seguros, ya que faltaba identificar el cadáver. Ya lo habrán hecho, ¿no?

—Ahora ya sabemos seguro que era él —respondió el sargento—. Por esto hemos venido a hablar con usted.

—¡Madre mía! ¡Qué desgracia! Quién lo iba a decir. Con la vitalidad que tenía ese hombre. En el servicio la noticia ha caído como una bomba. Hay mucha gente triste. Era un hombre muy querido y, según dicen sus compañeros, una lumbrera. Tenía mucho prestigio.

—Con esto nos está usted insinuando que no tenía envidias, celos, profesionales, claro está, ni enemigos en el equipo —puntualizó el policía.

—En la plantilla de profesionales de un gran hospital siempre hay muchos egos y puede ser que haya eso que ustedes dicen, incluso de tipo personal, pero nada que dificulte o impida un trabajo cordial y en equipo.

—¿Sabe usted si el doctor Pie estaba saliendo con alguien en especial o si tenía alguna relación con alguna persona del hospital? —preguntó Lucía.

—En este momento, no que yo sepa. Javier, perdonen que lo tutee, pero era como yo lo llamaba, era un hombre con mucho éxito con las mujeres y yo sé de buena mano que había salido con muchas compañeras del servicio y del resto del hospital. Que yo conozca, nunca había mantenido una relación seria o larga con ninguna de ellas. Sé que durante un tiempo estuvo con una doctora que no era del hospital. Tampoco fue muy larga, que yo sepa, y, por lo visto, con varias interrupciones. Al parecer, la cosa acabó mal. De esto ya hace un tiempo.

—¿Qué quiere decir con lo de las interrupciones? —preguntó Simón.

—Que salieron un tiempo, lo dejaron, luego volvieron y luego se acabó, más o menos así. Ella no trabajaba aquí, pero tengo entendido que era la pareja de otro médico del servicio que acabó yéndose a otro hospital. No puedo darles muchos detalles porque en aquella época yo aún no estaba con él, trabajaba en otro servicio. Lo que sé es lo que se rumoreaba.

—¿Conoce el nombre de esta mujer? —preguntó Simón.

—Ya me perdonarán si me equivoco. No estoy muy segura. Creo que se llamaba Clara. Ignoro su apellido y no sé nada más de ella.

—Y el nombre del médico que se fue, ¿lo conoce?

—No, no lo sé. El que estaba en boca de los chismosos era Javier, no el otro. El doctor Miranda debe saber quién era. Creo que él ya estaba aquí cuando todo esto sucedió.

—Ya le preguntaremos a él. No se preocupe. ¿Recuerda algo más? Algún problema con algún paciente o con alguien que no fuese del servicio —volvió a preguntar el sargento.

—No. Era muy querido por los pacientes. Mientras yo he estado aquí nunca hemos recibido una queja de él.

—¡Qué suerte! Parece mentira; en un lugar con enfermos tan graves y complicados, casi siempre hay alguien descontento —dijo Lucía.

—Ahora que lo dice, recuerdo una situación muy conflictiva que viví con él aquí, en el despacho. No tuvo nada que ver con la asistencia. Fue un error del servicio de documentación. Al doctor Pie le tocó pagar el pato.

—Cuéntenos lo que pasó, por favor —inquirió el policía.

—Un día estábamos aquí los dos. Por cierto, no se lo he dicho, esta puerta cerrada es la que da a su despacho. —Margarita señaló una puerta cerrada en la pared de su derecha—. La mantengo así porque él no está. Normalmente permanecía abierta, salvo cuando tenía alguna reunión o alguna entrevista o conversación que requiriese intimidad. Como les decía, estábamos los dos trabajando cuando la puerta por donde ustedes han entrado se abrió con mucha brusquedad y pasó un hombre muy alterado. Me miró y, sin decir nada, se fue directo hacia el doctor. Entró en su despacho y con mucha agresividad se le encaró.

—¿Sabe quién era aquel hombre? —interrumpió la inspectora.

—No, en aquel momento no. Iba muy desaliñado, con el pelo muy largo y sucio. Parecía gitano por el aspecto físico. Gritaba mucho. Se lo veía muy enfadado. No sabíamos qué quería ni qué le pasaba.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Serra.

—Yo me asusté mucho y llamé enseguida a seguridad. Lo que oí y conseguí entender, porque costaba mucho saber qué decía, es que por culpa del doctor toda su familia se había enterado de que tanto él como su mujer estaban contagiados con VIH, el sida. Repetía una y otra vez que le había arruinado la vida y que lo iba a pagar. Lo amenazó de muerte hasta que llegaron los de seguridad y se lo llevaron.

—¿Consiguieron saber a qué se debía todo aquello? —preguntó Simón.

—El doctor se puso muy nervioso. Temblaba y estaba acojonado, perdonen la expresión. Cuando se pudo tranquilizar me explicó que un día que el doctor Hernández, un compañero del servicio, se puso malo y no pudo venir al hospital, él le había suplido y visitado sus pacientes. En una de las visitas se confundieron de documentación y le dieron al doctor Pie la historia clínica de la hermana gemela, no la de la persona que iba a visitar. Como no eran sus pacientes, él no conocía a la señora. ¿Me siguen? La historia clínica que el doctor tenía no correspondía a la paciente que visitaba. ¿Me siguen? —Los policías asintieron con la cabeza por lo que ella prosiguió—: En el historial constaba que aquella mujer tenía VIH. Es decir, que la hermana gemela de la que estaba visitando tenía VIH, pero la que estaba en el hospital no. Por lo que sé, le preguntó si se estaba tomando la medicación y si le sentaban bien las pastillas sin saber que la paciente que tenía delante no estaba enterada de que su hermana padecía esta enfermedad. Así, con esta confusión, la familia se enteró de que la hermana, y también el marido, estaban contagiados. Por lo visto, los dos lo habían escondido hasta que se produjo esta equivocación. El hombre que vino desquiciado y amenazante era el marido, también enfermo, de la hermana con sida. No sé si me han entendido porque es un poco confuso.

—La hemos entendido —dijo Lucía.

—¿Puede darnos el nombre de estos pacientes? —preguntó el sargento, que no paraba de anotar cosas en su pequeña libreta.

—Se lo puedo buscar porque el doctor me pidió los tres expedientes para anotar lo ocurrido y en algún lado me constará, aunque ya hace tiempo de esto —contestó Margarita.

—Si nos los manda cuando los tenga, nos hará un gran favor —dijo el sargento mientras le entregaba una tarjeta con su nombre, el teléfono, la dirección de la comisaría y el correo electrónico.

—¿Usted cree que sería posible hablar ahora con el doctor Miranda? —preguntó la inspectora.

—Tengo que preguntarlo. Esperen un segundo. —Cogió el teléfono, hizo una llamada, y mantuvo una breve conversación. Tras un momento de espera, siguió—: Me dicen que sí, que tiene un rato. Tiene que ir a clase en veinte minutos. Si van ahora podrá atenderles.

—Muchas gracias por todo. Esperamos no tener que molestarla otra vez —dijo Serra al despedirse.

—De nada. Si he podido ayudar, ha sido un placer.

Los dos policías salieron del despacho del doctor Pie y cuando iban a emprender el corto camino hasta el de Miranda se quedaron mirándose uno al otro.

—Espérame un momento —dijo ella.

Volvió a entrar en el despacho y dirigiéndose a la secretaria, que ya estaba sentada en su puesto de trabajo, preguntó:

—Perdone, Margarita. Me he olvidado de preguntarle si había notado algún cambio en la conducta del doctor

—Me atrevería a decir que sí, no gran cosa, pero sí. Desde hacía unos meses se lo notaba muy nervioso. Llegaba tarde más veces de lo habitual. Esta no era una de sus características. Siempre había sido muy puntual. También faltaba algunos días sin motivo aparente, cosa poco normal en él, estaba más irascible, se enfadaba más. Podría decir que sí. No sé por qué. De todas maneras, nada importante. Ahora, porque usted me lo pregunta, me atrevo a decir que sí. En otro momento yo no le hubiese dado importancia.

—Muchas gracias. ¿Recuerda si este cambio coincidió con la visita del que lo amenazó o con cualquier otra cosa? —preguntó la policía.

—Yo diría que no. Fue después de la visita de aquel hombre, eso sí. Yo diría que bastante después. Tampoco me atrevería a asegurarlo.

—Gracias por todo una vez más —dijo la inspectora.

Lucía le contó a su compañero lo que acababa de conocer mientras recorrían el corto camino de un despacho a otro. Justo cuando llegaban al de Miranda, Margarita los alcanzó tras una corta carrera y les dio un papel con los nombres que habían solicitado: Zaira Heredia González, casada con Manuel Flores Flores, infectados por VIH, y Saray Heredia González, la hermana gemela. Tras darle las gracias, los policías abrieron la puerta del despacho en la que se leía «Prof. Dr. Darío Miranda. Jefe de Servicio».

—Buenos días —dijo la secretaria que los recibió—. El doctor los espera. —Y los hizo pasar.

—Inspectora, sargento, buenos días. ¿Qué les trae otra vez por aquí? —dijo Miranda dándoles la mano—. ¿Han descubierto algo nuevo?

—No, no, ni mucho menos. Aún estamos empezando y no tenemos novedades. Tampoco sabemos si las va a haber. Nuestro trabajo es preguntar y buscar, y en eso estamos. Margarita, la secretaria del doctor Pie, nos ha contado que hace un tiempo él tuvo un conflicto, o algo parecido, con un compañero que acabó marchándose. Por lo visto, ella aún no estaba en este puesto y no nos ha podido dar más detalles. Nos ha sugerido que usted, a lo mejor, nos podía ayudar.

—Sí, claro, algo les puedo contar. No sé si será de interés para la investigación. Fue un momento muy desagradable. El médico que se fue se llamaba Román Torres Benito. Era bueno, supongo que lo seguirá siendo, un excelente médico. Hizo los cuatro años de residencia en nuestro servicio. Había sacado un número muy bueno del MIR. Creo recordar que por debajo del cien. Al acabar la residencia consiguió una plaza de médico adjunto y se quedó en el servicio. Cuando el doctor Pie ganó las oposiciones y vino aquí, Román fue el primero en recibirlo y acogerlo. Por lo que tengo entendido, durante la carrera, habían sido muy buenos amigos. Ambos jugaban a balonmano en el equipo de la facultad, salían juntos, se iban de vacaciones juntos, etc. Era uña y carne. Todo fue muy bien hasta que se presentaron dos circunstancias profesionales que los enfrentaron, se enemistaron, tanto que, al final, Román decidió irse a otro hospital.

—¿Cuáles fueron estas circunstancias? —preguntó Simón.

—La primera fue la convocatoria en nuestro servicio de una plaza de jefe de sección, dedicada específicamente a las urgencias. Además del currículo, como es habitual, se pedía presentar una memoria sobre la organización de esta unidad y defenderla oralmente frente al tribunal. Los currículos eran muy parecidos y poco servían para establecer diferencias. Me he olvidado de decir que Román y Javier eran los dos únicos candidatos. Los dos proyectos, curiosamente, también eran muy semejantes en su esencia. Algunos pequeños detalles los diferenciaban. Por ejemplo, el de Javier tenía un mejor estudio económico. En lo relativo a lo asistencial y lo docente, aparte de ser muy buenos, eran muy parejos y ambos con la misma concepción de lo que debía ser la unidad. En la presentación oral, Pie estuvo mucho más brillante que su compañero y eso motivó que el tribunal le otorgase la plaza a él. Román tuvo una gran decepción.

»Unos días después el doctor Torres, Román, vino a verme y me contó que Javier le había robado la idea del proyecto y que se lo había apropiado. Me dijo que unos meses antes habían estado hablando sobre el servicio y que le había contado su proyecto porque él le dijo que no se iba a presentar como candidato. El relato que me hizo de lo que había ocurrido parecía verdadero, pero yo no tenía manera de demostrarlo. Él tampoco podía y no le quedaba otro remedio que aceptar la decisión. Al parecer, su única intención era que yo supiese a quién me había quedado como jefe, cuál era la calaña del personaje. Por descontado que yo, aunque no se lo dije, a pesar de creer lo que me estaba diciendo, pensaba juzgar a Javier por sus hechos futuros y no por lo que me pudiese contar él. También quiso mostrarme su indignación, su enfado, su rabia, y me pidió que, si podía, tratase de no ponerlo a trabajar nunca con él. Yo no podía asegurar que el relato de Román fuese cierto y, por tanto, solo pude calmarlo y prometerle que, siempre que fuese posible, evitaría que trabajasen juntos.

»Con la intención de apaciguar su frustración, le propuse que hiciese la tesis doctoral, ya que de este modo podría enfocar su futuro profesional hacia la docencia y la investigación en la

universidad. En aquel momento se hablaba de una nueva enzima, la elastasa, que podía convertirse en un buen marcador de inflamación y, por tanto, ser útil en la detección de infecciones y, sobre todo, en el diagnóstico diferencial entre las enfermedades bacterianas, que requieren tratamiento antibiótico, y las víricas, que suelen curar solas y en las que los antibióticos son ineficaces. A ustedes no les interesará mucho, pero este es un problema al que se enfrentan diariamente los médicos clínicos. Le propuse que hablase con la responsable de la biblioteca para hacer una exhaustiva búsqueda bibliográfica, que se la estudiase y que luego me hiciese una propuesta de proyecto de investigación. Le dije que, si él quería, yo sería su director de tesis. Creo que el proyecto le gustó y salió de mi despacho mucho más conforme y, al menos me lo pareció, ilusionado.

»Mi gran sorpresa fue cuando, al cabo de tres meses o tres meses y medio, el doctor Pie vino a mi despacho y me comunicó que iba a empezar su trabajo de investigación para hacer la tesis doctoral. Pueden ustedes imaginar el tema escogido: valor de la elastasa en el diagnóstico diferencial de las enfermedades infecciosas de origen bacteriano o vírico. Yo me quedé de piedra. Me dijo que su director de tesis iba a ser el jefe del laboratorio, Bellido, que, como yo, es catedrático y especialista en enfermedades infecciosas. Le pregunté si había hablado con Román. Su respuesta fue que no porque Román no quería hablar con él desde que había ganado la plaza. Tras conocer la noticia intenté llamar al doctor Torres. No tuve tiempo porque él se presentó en mi despacho al cabo de muy poco tiempo. Me preguntó si era cierto lo que le habían dicho sobre la tesis. Como pueden imaginar, yo no pude hacer otra cosa más que corroborar lo que él ya sabía. Lógicamente, no estaba en mis manos el impedir que su compañero hiciese su tesis. Román se puso furioso, fuera de sí, gritaba, exclamaba y amenazaba. La verdad es que no era para menos. Cuando salió de mi despacho tenía los ojos llorosos, me atrevería a aventurar que de rabia.

—No está mal la historia, doctor —dijo Lucía—. Nos ha dicho que el doctor Torres era un médico brillante.

—Y lo era. Espero que lo siga siendo. Hace tiempo que no sé nada de él. De toda esta historia soy incapaz de saber lo que hay de verdad y de mentira. Los dos eran magníficos médicos. Al cabo de unos días Román vino a verme y me dijo que había decidido irse del servicio, bueno, del hospital, ya que él no podía seguir trabajando ni estar con semejante hijo... Me salto el resto de la calificación. Intenté hacerlo razonar y retenerlo, sin éxito. No tardó mucho en encontrar trabajo en otro hospital y se fue. Tengo que reconocer también que el doctor Pie, durante todo el tiempo que estuvo aquí, hizo muy buen trabajo. Acabó su tesis y se incorporó como profesor asociado en la universidad. Como les decía, él también era un médico sobresaliente.

—Perdone. Ha dicho que el doctor Torres profirió amenazas cuando supo lo de la tesis. ¿De qué tipo eran? —preguntó el sargento tras consultar la libreta.

—Dijo muchas barbaridades. Insultó, blasfemó, se cagó en él, en fin, un montón de cosas. De todo lo que salió de aquella boca pude intuir que, además de lo profesional, había algo más de tipo personal. Sería incapaz de decir de qué se trataba. Estaba fuera de control, hecho un energúmeno, rezumaba ira por todos lados y muchas de las cosas que decía eran ininteligibles. Yo permanecía callado. Pensaba que era una reacción esperable después de lo sucedido.

—Disculpe una vez más, doctor. ¿Lo amenazó de muerte? —preguntó la inspectora.

—Sí. Varias veces. Dijo que, si lo cogía, si se lo encontraba, lo mataría.

—¿Cree que lo decía en serio? —intervino el sargento.

—Es difícil de afirmar. Yo pienso que el doctor Torres no es una persona violenta, ni mucho menos; sin embargo, en un momento de descontrol, sin ser capaz de razonar, de estar poseído por la ira, cualquier persona puede hacer algo imprevisible. Tengo que reconocer que su reacción llegó a preocuparme. Estaba fuera de sí.

—¿Quiere usted decir que, en ese estado, cualquier persona puede actuar con suma violencia? —preguntó el sargento.

—Sí, creo que podría. No me atrevería a asegurarlo, pero sería posible. Lo recuerdo en aquella entrevista como una verdadera fiera. De esto hace ya bastante tiempo.

—Una última pregunta. ¿Sabe si tuvo algún problema con algún paciente? —preguntó Tomás—. Margarita nos ha dicho que desde que ella trabajaba con él nunca hubo una queja. ¿Tiene conocimiento sobre si tuvo algún problema con algún enfermo?

—En la anterior entrevista les dije que no había tenido problemas en mi hospital, y así es. Sé que tuvo una demanda judicial. Fue muy al principio de su estancia en mi servicio. Un paciente, que finalmente falleció por un tumor de Ewing, un cáncer de huesos maligno, sufrió, al inicio de su enfermedad, un error diagnóstico. Esto había ocurrido cuando Javier aún trabajaba en otro centro, justo antes de venir aquí. Por esto el juicio tuvo lugar cuando ya trabajaba con nosotros. No se trataba de una situación negligente ni mucho menos, ya que al principio de la enfermedad es fácil confundir esta patología con un proceso infeccioso del hueso, una osteomielitis. Nos ha ocurrido a casi todos en hospitales de este nivel y no es infrecuente. Lo que pasó es que, por razones que desconozco, el doctor Pie tuvo una mala relación con la familia y esta, tras el fallecimiento del paciente, un chaval joven de unos diecinueve años, lo denunció.

—¿Cómo acabó? —preguntó Tomás.

—Hubo un juicio penal y se demostró que no había habido ninguna negligencia médica, por lo que todo acabó con la sentencia.

—¿Quiere usted decir que fue considerado inocente?

—Efectivamente. Era lo lógico, ya que lo que ocurrió no fue culpa de nadie. A veces las enfermedades, al principio, no dan la cara y la confusión es fácil. El problema, y lo que suele provocar las denuncias, es la mala relación que se puede establecer con los pacientes por falta de información, por prepotencia, por mil razones. Esto es lo que ocurrió en este caso. Que yo sepa, la cosa acabó aquí. El proceso judicial duró tres o cuatro años, como suele ocurrir, y durante este tiempo el doctor Pie recibió amenazas y mucha presión por parte del padre del joven. Creo que todo terminó con la sentencia, al menos que yo sepa. En nuestro servicio, los enfermos

pueden ser muy complejos y situaciones de este tipo, por suerte, son poco frecuentes, pero no raras. Me parece que Javier aprendió mucho con este caso.

—No le molestamos más. Si surge alguna duda o algo nuevo, volveremos a verle. Muchas gracias por su colaboración —dijo la inspectora mientras le tendía la mano.

—De nada. Encantado de poder ayudar.

Los dos policías salieron del hospital y, antes de subirse al coche, se quedaron parados uno frente a otro.

—Muy bien. Cuando me llamaste ayer me dijiste que era un caso de rutina, un accidente. Ahora ya estoy convencida de que no será así. No sé por qué me temo un buen lío —dijo Lucía.

—Entonces no me imaginaba todo esto. No pensé que se podía complicar así. De todas maneras, no tenemos nada cierto.

—Tienes razón. No puedo olvidar que algunas cosas no me cuadran y otras no me acaban de gustar. En este momento tenemos varias personas que podrían ser sospechosas.

—Totalmente de acuerdo. En mi libreta tengo anotado que hay que hablar con su amante o pareja, con el doctor Torres, con la pareja enferma de sida y con el señor que lo denunció.

—No olvides reclamar el informe forense, pieza fundamental, y revisar todo lo que tenemos sobre el escenario del accidente. Es muy posible que con esto sepamos si debemos seguir o no.

4 – MANUEL

Poco imaginaba Manuel que en su casa lo estaban esperando. Con lo que recibía del paro y algún tejemaneje buscando y removiendo basura o afanando algún objeto vendible, ganaba lo justo para mantenerse él y su mujer, Zaira. Vivía en casa de sus suegros con ellos, la abuela, los cuñados y los dos sobrinos, como suelen vivir muchas familias gitanas. La suegra era la que mandaba y administraba la hacienda. Todos los demás obedecían. Mientras tuvo trabajo, todo lo que él ganaba servía para llenar el pote familiar. Ahora que llevaba casi un año en el paro recibía muy pocos ingresos. Estos también iban a parar a la matriarca. Esto le permitía disfrutar de una casa y del apoyo del clan.

Su esposa, Zaira, también estaba en el paro. Trabajó un año en una fábrica, pero luego enfermó y tuvo que dejarlo. Ahora ya se encontraba bien, la fase aguda ya había pasado. Había buscado trabajo sin suerte. Vivían en casa de los padres de ella, ya que para esto estaba la familia, para ayudarse en momentos difíciles. Zaira era más joven que él. Había cumplido, junto a su hermana gemela, Saray, veintiuno recientemente. Él estaba a punto de cumplir los veintinueve.

Manuel no disponía de un currículum de buen trabajador. No tenía continuidad. Había trabajado de mecánico, es decir, ayudando en un taller, de camarero en diferentes bares y algún restaurante y como agente de limpieza urbana en Sant Vicenç dels Horts, su pueblo natal. Siempre habían sido trabajos de corta duración, de unos meses, sustituciones, nada con continuidad. En algunos momentos de su vida había trapicheado con la marihuana y fue en este mundo donde conoció a su mujer, Zaira. Empezaron a salir cuando ella aún

no tenía dieciocho. Durante dos años habían sido frecuentes usuarios de sustancias prohibidas. Él fue quien la introdujo en este mundo. Habían fumado, esnifado y se habían pinchado muchas veces. No se podría decir que estaban enganchados, pero sí que lo habían probado todo y con asiduidad. Este era uno de los motivos por los que los trabajos de Manuel durasen tan poco. Cuando se casaron, la madre de Zaira se los llevó a casa, impuso su control, y dejaron este mundo. Solo acudían a la droga muy de vez en cuando, aunque era demasiado tarde, pues ya se habían contagiado.

A diferencia de sus cuñados, que tenían dos, ellos no tenían hijos. A su suegra le llamaba la atención, pues ya llevaban dos años casados y no cesaba de verbalizarlo.

— A ver si el Manuel no va a servir para ser padre. ¿Ya funciona como debe? Mira tu hermana, ya tiene dos, y tiene tu edad.

—Que sí madre, que sí. Déjame tranquila, que siempre estás con lo mismo —respondía Zaira.

—Hija, es que lo veo tan canijo, y no será porque no coma, que pienso que a lo mejor no sirve.

Manuel y Zaira se habían planteado lo de la paternidad alguna vez, pero la inestabilidad económica y laboral, unidas a la enfermedad de ambos, no habían permitido, hasta entonces, buscar descendencia. Lo cierto es que su madre tenía razón porque canijo era, y bastante. Manuel era muy delgado. Era un nervio que nunca paraba quieto. No medía más de un metro setenta y cinco. Parecía imposible que aquellas piernas tan flacas pudieran aguantar un cuerpo y correr como habían demostrado en alguna persecución tras un pequeño hurto de los suyos. Usaba gafas y lucía un bigote fino, largo, negro como su pelo, que le servía para disimular la escasez de labio superior. Esto le confería un aspecto de ser mayor de lo que era. A Zaira le había encandilado la mirada de sus ojos oscuros, penetrantes y candorosos. Cumplir con sus obligaciones maritales, cumplía sobradamente. Gracias al cobijo que les daba la familia en los momentos difíciles, como los que estaban pasando, eran felices.

El olor a potaje de garbanzos estimuló su apetito nada más abrir la puerta de la casa. A diferencia de otros días, su esposa se abalanzó sobre él y lo abrazó mientras lloraba desconsolada.

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó, sorprendido, y abrazando fuerte a su mujer.

—¡Ay, qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande, Manuel! —dijo ella entre sollozos y lágrimas.

—Manuel, ven aquí y siéntate —dijo la suegra. Él, sin entender aún lo que ocurría, obedeció y ocupó su lugar en la mesa en la que estaba toda la familia, con caras largas y serias—. Nos vas a contar lo que pasa.

—¿Qué pasa? —preguntó Manuel mirando extrañado a su esposa.

—Mira, Manuel, sabemos que tienes eso del sida y que se lo has contagiado a mi hermana —soltó Saray, su cuñada, subiendo el tono de voz y encarándose con él y poniendo de manifiesto su ira.

—¿De dónde has sacado tú esto? —respondió el hombre mientras sentía como todo su mundo se desmoronaba en un instante.

—Me lo ha dicho el médico.

—¿Qué médico? —preguntó Manuel en medio de un silencio sepulcral solo alterado por los sollozos de Zaira.

—El otro día fui al hospital y no sé por qué razón me atendió un médico que no era el mío. Imagino que no sabía que tenía una hermana gemela. Por lo visto, se equivocaron de expediente y le dieron el de Zaira en lugar del mío. Lo primero que me dijo es que algunas de las cosas que me pasaban podían ser consecuencia del tratamiento de mi enfermedad, el sida ese. Al oírlo, le dije que yo no tenía esto, y fue entonces cuando descubrieron que se habían equivocado de historial. Así me enteré de todo. Luego hablé con mi hermana y supe que tú también estás contagiado.

—Esto no quiere decir que yo la haya contagiado. No sabemos si yo la contagié a ella o si ella me contagió a mí o si nos contagiamos por separado —respondió Manuel, excusándose y defendiéndose.

—Esto es lo de menos. No vamos a discutir de quién es la culpa. Seguramente es de los dos —intervino la suegra—. Lo importante es que los dos estáis contagiados y esto es un peligro para todos. En esta casa somos muchos y hay dos niños. Puedes comprender que no podemos correr el riesgo de que se infecte alguien más.

Manuel, muy nervioso y aturdido, abrazaba a su mujer y se puso a llorar con ella. En cuanto el llanto se lo permitió dijo con tono

sumiso:

—Esta enfermedad no se contagia de cualquier manera. A nosotros nos dijeron que podíamos hacer vida normal siempre que no hubiese contacto con nuestra sangre u otros fluidos. Es por ello por lo que no dijimos nada. El especialista nos dijo que, si teníamos cuidado con estas cosas, no había ningún peligro.

—Puedes decirme lo que quieras. Piensa que todos estamos muy cabreados de que no os dignaseis a decirnos la verdad. Por si fuese poco, yo no quiero entrar en detalles, pero estoy convencida de que si mi hija no hubiese estado contigo no estaría enferma. Nos habéis engañado y, además, yo no quiero tener que estar vigilando y pendiente de un posible contagio. No podría perdonarme que alguno de los demás se infectase. La consecuencia es simple: tendréis que buscar otro lugar para vivir, y lo antes posible. A mi hija no la puedo echar porque es mi hija. Espero que ella misma se dé cuenta de lo terrible que es para mí esta decisión. Yo le pido por favor, que, por el bien de todos, se vaya. A ti no te lo pido, a ti te lo ordeno. Haced lo que tengáis que hacer lo antes posible. Tenéis dos días.

Dicho esto, se levantaron todos de la mesa y dejaron a la pareja hundida y llorando sin consuelo.

La decisión familiar sumió a Manuel en la tristeza y la desesperación. Tuvo que irse de casa y buscar cobijo en algún lado. Lo encontró en el bar de su primo Julián. Este le proporcionó lo único que tenía, que era un pequeño espacio en el almacén del bar, con un camastro y una mesita, convirtiendo aquello en el nuevo hogar de su pariente.

Una vez aposentado, la cabeza de Manuel no paró de pensar en su desgracia, su mala suerte y en quién había provocado aquella situación. Poco a poco, ayudado por las drogas, a las que volvió a pedir auxilio, fue alejando el dolor y lo sustituyó por odio y deseos de venganza hacia el responsable de lo ocurrido.

Tras una pequeña investigación, averiguó el nombre del médico que le había dado la noticia a su cuñada. Luego, se fue a buscarlo al hospital, decidido a amenazarlo y a hacerle saber que, puesto que había destrozado su vida, él, Manuel Flores, arruinaría la suya.

Manuel entró en el despacho de Javier sin llamar, bruscamente, exaltado, como una fiera herida, y se encaró con él:

—Tú, hijo de puta, mírame a la cara porque a partir de ahora me vas a ver más y me vas a temer. Yo, a partir de hoy, que ya te conozco, no tengo nada más que hacer que amargarte la vida y si puedo, a lo mejor matarte. Estaré aquí cuando salgas del hospital, te seguiré si vas a pasear, al cine, donde vayas. Conoceré a toda tu familia y todo lo que hacen, cuándo salen de casa, cuándo vuelven, si van al colegio, en fin, todo, y cuando menos te lo pienses, pagarás por lo que has hecho.

Javier se quedó quieto en su silla, asustado, sin poder articular una sola palabra. Estudiaba cómo huir del despacho o cómo enfrentarse a aquel hombre, al que no conocía, que lo increpaba. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Estaba muerto de miedo.

Desde el despacho contiguo, Margarita, la secretaria, no hacía más que exclamar:

—Perdone, doctor, no lo he podido parar, no me ha dado tiempo a evitarlo. Ya he llamado a seguridad y ahora vienen.

Manuel fue expulsado del hospital por el servicio de seguridad no sin antes luchar para evitarlo, sin cesar en amenazar e injuriar a Javier, y tras ser identificado, por si se tenía que hacer una denuncia policial. El doctor prefirió no ponerla hasta que se hubiese aclarado lo ocurrido. Pidió a su secretaria que sacase la historia clínica y consiguió entender el porqué de la amenaza.

—¿Te acuerdas de aquel día que me hice cargo de la consulta del doctor Hernández?

—Sí —respondió Margarita—. Hace una semana o dos.

—Aquel día me dieron una historia clínica equivocada y di una noticia que no debía. Revelé, sin querer, a una de las hermanas gemelas que su hermana estaba infectada por VIH, hecho que ella desconocía. Ella se lo debió contar al resto de la familia a juzgar por lo que ha pasado hoy. Este hombre me culpa a mí de haber desvelado lo que, al parecer, era un secreto. Lo he pasado muy mal. Me he asustado mucho porque, al principio, pensaba que había cometido algún error médico y ya he tenido una denuncia y no

desearía volver a pasar lo que estoy pasando. En este caso, el error no ha sido mío y estoy seguro de que este hombre entrará en razón cuando conozca con exactitud lo ocurrido. No creo que debamos preocuparnos ni complicar la cosa con denuncias. Hablaré con el doctor Hernández, que es su médico, para que se lo explique todo y los calme. Se le pasará. Yo estoy tranquilo y, por tanto, tú, Margarita, también debes estarlo.

Javier se equivocó porque, desde aquel día, Manuel decidió hacerle pagar por lo sucedido.

5 – MARTES, 2/11/2004

Hacía ya doce días desde la muerte del doctor Pie. Lucía y Tomás habían aparcado temporalmente sus investigaciones, ya que los indicios que tenían eran insuficientes para asegurar que lo ocurrido no era un accidente. En sus indagaciones habían descubierto que la víctima era una persona egoísta, capaz de crearse enemigos con facilidad, pero ello no quería decir que alguien hubiese podido cumplir los deseos, que quizás albergaba, de darle muerte. Los dos policías habían decidido esperar a tener los resultados de la autopsia y el análisis del escenario para iniciar el siguiente paso.

El despacho de Lucía era de lo más funcional y parecido a los que se ven en las películas de policías. Cristales frente a ella, donde se ubicaba la puerta, y en la pared de la derecha, ambos con visión a la gran sala donde estaban las mesas de sus compañeros. En la espalda y a la izquierda, paredes blancas de pladur. Detrás de ella, la bandera nacional catalana junto a la española y la foto del rey. En la pared de la izquierda, una pequeña taquilla y un gran corcho en el que colgaban tres fotos y un montón de chinchetas de diferentes colores sin nada que sujetar. Su silla, bastante cómoda, estaba situada frente a la puerta y pegada a una sencilla mesa de despacho llena de papeles, un teléfono y varios bolígrafos. Frente a ella y dando la espalda a la puerta había dos sillas más.

A través de los cristales la inspectora vio cómo Tomás se acercaba con marcha apresurada y unos cuantos folios en la mano. Entró en el despacho sin llamar.

—¡Chiquillo! ¿A dónde vas con tanta prisa? —dijo Lucía.

—Ha llegado el informe médico forense. Aún no está completo porque faltan algunos análisis toxicológicos. Nos explican los

hallazgos físicos, la causa de la muerte y la hora en que se produjo.

—No está mal. ¿Qué nos cuentan?

—No lo he leído con detalle porque he preferido venir enseguida. Lo que he entendido es que murió desangrado. La causa de la muerte fue la hemorragia producida como consecuencia de la herida en el brazo. Por lo visto, era profunda y afectaba a una arteria importante.

—¿Y no había nada más? —dijo Lucía.

—Sí. Han encontrado bastantes golpes y hematomas más o menos grandes. No describen lesiones internas importantes. Hablan de un edema cerebral sin hemorragias intracraneales. Salvo la del brazo, todas las demás lesiones, según ellos, no son suficientes para causar la muerte. Esta es la primera impresión que he tenido tras la lectura rápida del informe. Mejor será que nos lo leamos detenidamente para que no se nos escape nada.

Los dos policías se acomodaron en sus respectivos asientos y empezaron una lectura minuciosa de aquellos papeles. El informe no era muy extenso. Contenía algunos tecnicismos que tuvieron que consultar.

—Es tal como tú has dicho —dijo Lucía una vez leída y releída la información médica—. La causa de la muerte fue la hemorragia que se produjo por la herida del brazo.

—Eso parece. Tenía múltiples lesiones, nada raro teniendo en cuenta la castaña que se pegó, todas de pequeña importancia. Según consta en el informe, la herida del brazo era profunda y seccionó una arteria, la radial, dice aquí. Debe ser una arteria importante para provocar tanta pérdida de sangre. Yo recuerdo que en el suelo había un buen charco.

—Así es. Es una arteria importante. Me pregunto si se habría desangrado si el brazo no hubiese estado colgando. Esto habrá que preguntarlo. Además, si alguien hubiese estado allí, lo habría encontrado a tiempo y podría haber parado la hemorragia con una simple compresión o un torniquete. Deduzco que murió solo y que debía estar inconsciente.

—Voy a ser mal pensado. A lo mejor alguien estuvo allí y no quiso parar la pérdida de sangre. Se me ocurre otra pregunta más que

hacer: ¿podía algún cristal punzante, en especial el que encontramos manchado de sangre, provocar una herida tan profunda de manera fortuita?

—Amigo Tomás, la cosa se complica. Lo primero que tenemos que hacer es aclarar esto con el equipo médico. Ellos se han limitado a describir lo que han encontrado y punto. Nosotros tendremos que mojarnos. Para eso tenemos que sonsacarles lo que opinan y no han escrito.

—La hora de la muerte la sitúan entre las cinco y quince y las seis y quince de la mañana. Siendo, como es, una carretera poco concurrida, es posible que nadie descubriese el accidente hasta que llegaron aquellos hombres.

—Pues manos a la obra. Primero el médico, luego el escenario y luego recapitulamos.

La visita a la clínica forense era relativamente frecuente. Los policías querían obtener siempre las opiniones de los médicos, aquellas que, por no ser demostrables u objetivas, no se atrevían a poner por escrito.

—Buenos días, María —saludó la inspectora—. Tenemos cita con el doctor Bosch.

—Buenos días. Adelante, les está esperando en la consulta —respondió la secretaria.

Entraron en el despacho; el doctor dejó lo que estaba haciendo y se levantó para saludarlos.

—Hola a ambos. Bienvenidos. Hacía tiempo que no nos veíamos y esto quiere decir que hasta hoy no llevabais nada complicado entre manos. Sentaos donde podáis —dijo Bosch—. ¿Cuántas preguntas tenéis preparadas? A lo mejor os puedo responder alguna que os pueda ayudar.

—Seguro que sí, seguro que sí —soltó Tomás con cara de pocos amigos mientras se sentaba en la camilla—. Vosotros siempre hacéis igual, describís lo que veis y que los demás interpretan. Parece que os guste vernos aquí.

—Por descontado que me gusta veros y, aunque no te lo creas, nos gusta, aún más, ayudaros, pero no podemos escribir lo que son suposiciones, eso os toca a vosotros, que sois quienes disponéis de

toda la información. ¿Qué queréis saber? —respondió el doctor, dando muy poca importancia a las palabras del sargento.

—Vamos a ver —intervino Lucía—. Tú nos dices que la causa de la muerte es una anemia aguda por la hemorragia que nacía del brazo izquierdo, a nivel del codo, ¿no?

—Cierto. Así es.

—Nos hablas de un edema cerebral que, si no lo entiendo mal, es como una hinchazón del cerebro, ¿no? —siguió Lucía.

—Vas bien. El edema, como consecuencia del golpe, provocó, casi seguro, una pérdida de consciencia. Por el traumatismo, el cerebro se inflamó, hizo que el cráneo se llenase de líquido y un aumento de la presión intracraneal dio lugar a una pérdida de conocimiento. Esto, en este caso, no provocó la muerte. Si no hubiese existido la hemorragia del brazo, es posible que, bien espontáneamente, bien con tratamiento, se hubiese recuperado.

—De acuerdo —siguió la policía—, luego murió por la herida del brazo.

—Sí.

—En el informe se dice que la hemorragia es consecuencia de una arteria, creo que la radial, seccionada. ¿Cierto?

—Cierto.

—¿Y esto se puede producir de manera fortuita? —preguntó Lucía.

—A ver, doctor —intervino Tomás—, la pregunta clave, o mejor, las preguntas clave son las siguientes: ¿es fácil seccionar esta arteria accidentalmente? ¿Con un pinchazo, es decir, con cristal puntiagudo que se clave en el brazo, se puede seccionar la arteria o hay que hacer un corte?

—Os explico. La arteria radial, a la altura de la flexura del codo, no es profunda. Es donde te pinchan cuando te sacan sangre. Con los dedos puestos sobre el brazo notarás su pulso. Los vasos sanguíneos no están fijos, es decir, se pueden desplazar ligeramente. Por tanto, que un cristal se clave en el brazo y seccione la arteria es bastante difícil, no imposible. Este hombre tenía una herida que llegó a la arteria. Era un corte profundo de casi un centímetro de largo. Para provocarla debería clavarse un cristal de esta medida.

Insisto, es difícil, aunque no imposible, que esto ocurra accidentalmente.

—Es decir, a ver si no me equivoco —dijo el sargento que ya estaba empezando a cabrearse—, según tu opinión y tu docto criterio, la herida que dio lugar a la hemorragia la provocó alguien y dejó que la víctima se desangrara, ¿no?

—Sí, en principio, esto es lo más probable. No se puede descartar del todo el mecanismo accidental, aunque sería muy raro.

—Joder, Bosch —dijo el sargento levantando los brazos—. A veces parece que os la cogéis con papel de fumar. Es increíble lo que os cuesta mojaros. La conclusión es que seguramente alguien lo mató, ¿no?

—Sí, lo más probable es esto.

—Pues aclarado lo que queríamos saber. Muchas gracias, doctor —dijo Tomás.

—Una cosa más, por favor —intervino Lucía—. Si el brazo hubiese estado hacia arriba en vez de colgando, ¿hubiese ocurrido lo mismo?

—Es difícil de contestar. La pérdida de sangre hubiese sido más lenta y a lo mejor la hemorragia hubiese parado antes de que se perdiera un volumen muy grande. Nadie lo puede asegurar.

—Y tu opinión ¿cuál es? —preguntó Tomás.

—Creo que la herida es suficiente para que se hubiese desangrado igual.

—Eso es todo. Muchas gracias por las aclaraciones. Adiós, doctor —dijo Lucía

—Adiós —dijo el sargento, que salió de la consulta refunfuñando.

Durante el camino hasta la comisaría Tomás no paró de quejarse y de blasfemar en contra de los informes de los forenses. Lucía trató de calmarlo. No lo consiguió hasta que llegaron al despacho, se sentaron y empezaron a pensar.

—Muy bien. Tal como nos temíamos, estamos frente a un asesinato y casi sin ninguna pista —dijo la inspectora.

—De momento no la tenemos, es verdad. Nos falta revisar al detalle el escenario del crimen, ver si hay huellas en el cristal y empezar a interrogar de otra manera a los sospechosos. De estos ya

hay unos cuantos —contestó Simón mientras escribía nombres en pequeños papeles y los iba clavando en el corcho.

—Yo empezaría por revisar el escenario, a ver si encontramos algo que nos permita obtener alguna pista que seguir o, a lo mejor, descartar algún sospechoso.

—De acuerdo, pero, paralelamente, empezaría a citar al personal. Por cierto, para no perder tiempo, para mañana he citado a la exmujer.

—¡Tomás eres la hostia! No pierdes ni un segundo. Bien hecho —respondió ella.

6 – MIÉRCOLES, 3/11/2004

La señora Gumbau había acudido a la cita con algo de antelación y se encontraba sentada en la sala, esperando, cuando Albanell la llamó para acompañarla al despacho de la inspectora. El paso por la sala grande llena de policías trabajando con el ordenador y los teléfonos la puso algo nerviosa. En realidad, tanto Tomás como Lucía lo tenían establecido así para conseguir este efecto en las personas que iban a entrevistar.

—Buenos días, señora Gumbau —dijo al abrir la puerta de su despacho—. Perdone el desorden reinante. Nosotros acostumbramos a trabajar en medio de este caos aparente, sobre todo al inicio de un caso.

—Buenos días, inspectora, buenos días, sargento —contestó dirigiéndose a este, que se acababa de levantar de su silla para saludarla.

—Buenos días. Por favor, tome asiento —respondió él al tiempo que le ofrecía una de las dos sillas situadas frente a la mesa.

Rosa se sentó y miró a su alrededor mientras el policía sacaba su libretita, se sentaba en la otra silla y buscaba las páginas que correspondían a la testigo. Con una mirada rápida, Rosa descubrió en el corcho que colgaba de la pared las fotos de varias personas, entre ellas la suya, y diferentes imágenes del coche incrustado en la ladera del bosque, el brazo izquierdo colgando y lleno de sangre y varias fotografías del suelo lleno de huellas de ruedas de vehículo.

—Ustedes dirán —dijo una vez acomodada en la silla—. Por la forma en que me han citado en esta ocasión y por lo que veo aquí —señaló con el índice derecho el panel de corcho—, intuyo que la cosa ha cambiado, ¿no?

—Efectivamente. Tal como usted dice, la situación actual es otra. La autopsia que se ha practicado a su exmarido ha puesto de manifiesto que su muerte no fue accidental, sino que alguien lo mató. Por esto hemos tenido que volver a llamarla.

—No me dirán que piensan que fui yo quien lo hizo. Lo digo porque veo mi foto clavada en este corcho.

—No, por favor, no se trata de esto. Lo que ocurre es que ahora estamos investigando un asesinato y, como puede comprender, tenemos la obligación de hablar con todas las personas que se relacionaron con él, y usted fue una de las que más lo hizo. En principio, solo es rutina —respondió con educación la policía.

—Admito, porque así lo he visto en las películas, que en este momento todo el mundo es sospechoso. Lo entiendo. Pregunten y yo contesto.

—La otra vez que vino a vernos, cuando reconoció el cadáver, nos dijo que hacía mucho tiempo que no lo veía. ¿Me podría especificar cuánto, aproximadamente? —preguntó el sargento, que acababa de consultar los datos de su libreta.

—Es difícil de precisar. Más o menos, hará un año.

—Y en este año, ¿no tuvo ningún contacto con él? —volvió a preguntar.

—Contacto personal no. Hablé con él varias veces, demasiadas, pero no nos vimos.

—¿Cómo se explica esto? —insistió el policía.

—Cuando nos separamos, Javier y yo acordamos un régimen de visitas para la niña. Él la veía los fines de semana alternos y siempre que la niña y él quisieran. Yo no puse ningún obstáculo, al contrario. Su traición me hizo mucho daño y lo que menos deseaba era verlo, así que, una vez roto el matrimonio, él se entendía con la niña y yo lo veía muy poco, lo imprescindible. Pasado un tiempo, cuando Alicia, mi hija, tenía cerca de ocho años, me pidió no ir con él porque, según ella, su padre no le hacía caso y había cambiado de carácter. Fui a hablar con él, pese a las pocas ganas que yo tenía, y esta fue una de las pocas veces que lo vi.

—Perdone que la interrumpa. ¿Desde la separación no se veían nunca salvo por motivos como este? —preguntó el sargento.

—Hablábamos por teléfono por cosas relacionadas con la niña y nada más. Él iba a buscarla al cole cuando tocaba y la devolvía el domingo. Nunca o casi nunca se salió de esta norma. Al principio, cuando vivía sola, yo la recogía. Luego acostumbraba a hacerlo mi actual marido y así yo me ahorraaba verlo.

—Es decir, que no lo quería ver ni en pintura —insistió el sargento.

—No, como usted dice, ni en pintura. A mí me hizo mucho daño la separación. Nunca le perdoné que me engañara con otras, que me mintiese. Me sentí muy humillada. Como durante un tiempo aún sentía algo por él, y él siempre me buscaba, porque, dicho sea de paso, era un cabrón, decidí que la mejor manera de protegerme, de olvidar, era verlo lo menos posible.

—Podemos decir que lo odiaba, ¿no? —intervino la inspectora.

—Entonces, yo diría que no. Si me pregunta por últimamente, sí, lo odiaba mucho.

—Perdone la interrupción. Nos estaba hablando de lo que le había dicho la niña —siguió la policía.

—Sí. Como le estaba diciendo, fui a hablar con él. Me contó que estaba pendiente de un juicio, que, según tengo entendido, terminó bien, y que esto lo ponía muy nervioso. Me prometió enmendar la situación y cambiar de actitud. Lo hizo. Duró muy poco. Al cabo de un tiempo volvió a olvidarse de su hija. Quedaba con ella y luego anulaba la cita o se olvidaba de recogerla, de manera que Alicia cada vez tenía menos ganas y ponía más excusas para no ir con su padre. Sé que, en aquel momento, alguien lo amenazaba porque la niña cogió una carta en la que lo hacían y me lo dijo. Se preocupó mucho. Hablé con él y me contó que un padre de un enfermo que murió, y que lo denunció, lo amenazaba. Poco más sé del asunto

—¿Obligaba a la niña a ir con su padre? —preguntó el sargento.

—No, nunca. Ya les he dicho que yo no intervenía en esta relación y que era cosa de ellos dos. Así fue hasta los últimos meses en que se vieron.

—Debía sufrir mucho con la actitud del padre —intervino la inspectora.

—Pues claro. Yo lo pasaba fatal. Veía a la niña esforzándose para ir a verlo, porque lo hacía sin ganas, y a él actuando como siempre, como un egoísta, que es lo que era, entre otras cosas. Estoy segura de que él, querer, lo que se dice querer, no quería a nadie más que a sí mismo.

—¿Qué más pasó? —preguntó el sargento, que no paraba de anotar en la libreta y estaba deseando llegar al momento actual.

—La niña explicaba que el papá estaba muy raro, nervioso, irascible, vamos, que, según ella, había cambiado mucho. Cada vez se veían menos, hasta que la pegó.

—¿Dice que la pegó? —preguntó la inspectora con cara de sorprendida.

—Como lo oye, la pegó. La niña estaba con él, es decir, que dormía en su casa porque así lo habían convenido, tenía doce, casi trece, y fue a una fiesta, cena y baile, en casa de una amiga, con permiso mío y de él. El padre le dijo que la quería en casa a la una. La niña llegó a las tres, no por su voluntad, sino porque quienes la tenían que acompañar de vuelta se retrasaron. Cuando Alicia entró en casa, él le pegó dos bofetadas y una patada mientras la insultaba, la humillaba. La mandó a la cama sin querer escuchar ninguna explicación. Alicia me llamó a primera hora de la mañana y, como es lógico, fui a buscarla y me la llevé.

—Supongo que hubo bronca —dijo el sargento.

—Imagínese como estaba yo. Le dije de todo, le chillé, le tiré todos los objetos que encontré a mano y que pude, con intención de darle, sin conseguirlo. La niña me cogió de la mano y me sacó de la casa, porque si no...

—¿Lo amenazó de muerte? —preguntó el sargento

—No lo sé seguro. Imagino que sí, porque si lo llego a coger, hubiese hecho un disparate. De hecho, todo lo que le tiré fue con intención de darle.

Los dos policías se quedaron mirándose. Lucía carraspeaba repetidamente. Tras una pausa, Rosa siguió.

—Antes me ha preguntado si lo odiaba. Puedo asegurarle que, desde que sucedió esto, lo odiaba profundamente.

—¿Qué pasó después? —preguntó la inspectora.

—Me llevé a la niña y ella no quiso ver más a su padre. Él la llamó muchas veces. Quería hablar con ella, no sé si para pedir perdón, aunque no era de hacer eso nunca. Alicia no se quería poner al teléfono y entonces él me daba la tabarra a mí con que estaba arrepentido, que no lo volvería a hacer y mil gilipolleces más. Yo le aguantaba poco el rollo y acostumbraba a mandarlo a la mierda al cabo de un rato. Sus llamadas eran continuas durante unos días, como cinco o seis al día, y luego pasaba semanas sin decir nada.

—¿Le ha afectado en algo esta muerte? —siguió preguntando la policía.

—No. Yo ya había borrado a este cabrón de mi vida. He de decirles que a la niña tampoco pareció afectarle mucho cuando se lo comuniqué.

—Después de la agresión, ¿planeó alguna vez vengarse, si así se puede decir, de él? —preguntó el sargento.

—Idear algo para matarlo no, pero desear que se muriese sí, muchas veces. Era un verdadero hijo de puta.

—Tenemos que confesarle que, a medida que vamos conociendo sobre su vida, estamos adquiriendo una imagen de él diferente de la inicial —dijo el sargento.

—En resumen, usted llevaba unos meses, bastantes, sin tener contacto físico con él, aunque sí por teléfono, ¿es así? —preguntó la inspectora.

—Así es.

—¿Tiene idea de si actualmente tenía pareja o vivía con alguien? —preguntó Tomás.

—Sé muy poco de su vida. Creo que actualmente vivía solo y que, durante bastante tiempo, unos años, tuvo una relación con una compañera, una cardióloga del hospital de Mataró. Que yo sepa, nunca llegaron a vivir juntos, a pesar de que, por lo que conozco, se veían con frecuencia. Lo poco que sé es por cosas que me contaba la niña. Alicia nunca me dijo que viviese en casa de su padre, aunque sí la había visto muchas veces.

—¿Sabe cómo se llama?

—Creo que Clara. Sé, como ya les he dicho, que es cardióloga y que trabaja en Mataró. Según tengo entendido, había sido novia de Román, su amigo de juventud. No sé más.

—Por último, perdone porque es protocolario preguntarlo, ¿dónde estaba usted el día en que su exmarido murió? —preguntó el sargento.

—Si no recuerdo mal, murió en un día no festivo. Yo debía estar en casa con mi pareja y mis hijos.

—¿Tiene usted más hijos? —preguntó la policía.

—Sí, además de Alicia, tengo un niño.

—¿Puede asegurar que estaba en casa? —insistió el sargento.

—Sí.

—¿Su marido podrá corroborarlo? —insistió.

—Sí, claro. ¿Acaso van a llamarlo?

—No, en principio, no. Solo es por si fuese necesario.

—Esto quiere decir que soy sospechosa.

—Vamos a ver, hasta que no encontremos al culpable, todos los que tenían contacto con él son sospechosos. Usted es la primera persona a la que interrogamos. Nuestra obligación es investigar a todo el mundo, y hacer esta última pregunta, es para nosotros, ineludible. A su actual marido seguramente no lo llamaremos, pero con Alicia tendremos que hablar.

—Lo entiendo. Espero que sean cuidadosos con ella. Este cabrón nos va a joder la vida incluso estando muerto. Perdonen el vocabulario. No lo puedo remediar. ¿Algo más?

—No, muchas gracias. Si la necesitamos, volveremos a llamarla.

Una vez solos en el despacho, Lucía y Tomás, sentados en sus respectivas sillas, se miraron.

—Menuda joya el doctorcito —dijo ella.

—Yo me he sorprendido. No me esperaba algo así. Lo cierto es que esta mujer lo odiaba con toda el alma. Como se dice, pasó del amor al odio. Creo que no resolvió bien su separación.

—Motivo le dio alguno. De momento, tiene coartada y hacía tiempo que no se veían —dijo ella intentando zanjar el tema.

—Tienes razón. Parece difícil que pueda ser ella la culpable, aunque nunca se sabe.

—Hay que buscar a esa Clara.

—Ahora mismo le doy la orden a Albanell para que la busquen.

7 – JAVIER Y ROSA

A diferencia de su amigo Román, Javier estudió para el examen MIR sin tomárselo como un objetivo primordial, uno de aquellos que hay que conseguir a toda costa. Estableció una disciplina de trabajo diario sin renunciar a salir y divertirse. Dedicaba cada día siete u ocho horas al estudio, de lunes a viernes, y el resto de las horas, fines de semana y festivos, a la diversión y el ocio. Si alguna vez se terciaba una salida de juerga entre semana, no la desaprovechaba e intentaba recuperar después. El resultado fue que, a pesar de sus buenas notas durante la carrera y de su demostrada capacidad de estudio, debido a su limitado interés en alcanzar un buen número, consiguió una plaza de residente en la especialidad que deseaba, medicina interna, pero no en el hospital que anhelaba. Entró como MIR en el Hospital Comarcal de Igualada y se conformó con ello. Su objetivo, sin embargo, era dar el salto al Vall d'Hebrón en cuanto le fuese posible. Estaba resuelto a hacer todo lo necesario para conseguirlo.

Su llegada al hospital de Igualada se acompañó de un buen recibimiento. El suyo era un equipo no muy numeroso, por lo que le fue fácil integrarse. Lo acogieron desde el primer momento con amabilidad. Al ser un servicio sin demasiadas especializaciones tuvo la oportunidad de ver enfermos con patologías muy diversas y esto le permitió adquirir una gran experiencia y una completa formación. Estaba satisfecho con su elección. Sus jefes pronto se fijaron en él y empezaron a darle más responsabilidades, a tenerlo en cuenta en los trabajos de investigación y a promocionarlo.

En cuanto a las relaciones personales, no tuvo ningún problema. Aparte de la gran aceptación entre el género femenino, pronto hizo

amistades, compañeros y un grupo de mayor afinidad. Lo que él no había incluido en sus planes es que se enamoraría perdidamente de una joven enfermera llamada Rosa.

Se conocieron en una de estas cenas navideñas que organizan las empresas. Una vez terminada, un reducido grupo de compañeros y compañeras decidieron acabar la fiesta en una discoteca cercana. Entraron en una que estaba de moda, en la que se habían reunido un gran número de grupos como ellos. Todos estaban recién cenados, eufóricos y con ganas de divertirse. Una de las enfermeras de su equipo se encontró con otra, compañera de su mismo curso y se pusieron a hablar.

Aquella joven a la que no conocía acaparó desde el primer momento su atención. No era una mujer especialmente guapa. Él había salido y tenido relaciones con chicas mucho más bellas; sin embargo, ella atrajo su atención desde el mismo instante en que la vio. Alta, morena, esbelta, con una silueta sinuosa y piernas exageradamente largas debajo de su minifalda, labios pintados de rojo perfectamente dibujados, se movía con una gracia especial. Estaba hablando, todo lo que se puede hablar en una pista de baile, con su amiga, la compañera de Javier. Él no se lo pensó ni un segundo y, como atraído por un imán, se dirigió hacia ellas.

—Cecilia, ¿qué haces hablando y sin bailar? —dijo mirando fijamente a los ojos de la interlocutora y sonriendo.

—Ya lo ves, aquí hablando con mi amiga —respondió Cecilia—. Tú no has venido hasta aquí porque te interese lo que yo hago. Tú quieres conocer a mi amiga.

—Me has descubierto. Al verla me he dicho: «Esta noche no me puedo ir de aquí sin conocer a esta mujer».

—Pues mira, ella es Rosa Gumbau, una compañera de curso que está trabajando en el hospital de la Esperanza. Rosa, él es el doctor Pie, uno de nuestros residentes. Te advierto que es un peligro y que ya ha conquistado a la mitad de las mujeres, no de mi servicio, no, de todo el hospital. Ándate con mucho cuidado con él —dijo Cecilia.

—Ya será menos. Lo que puedo asegurar es que por muchas conquistas que haya hecho, seguro que no hay ninguna como ella —

dijo Javier, embelesado con aquellos ojos oscuros y brillantes y la enorme sonrisa de Rosa.

—Para empezar, no está mal. Ya veo que vas fuerte. No dudo de que tienes razón Cecilia. Estoy prevenida, así que voy a ir con cuidado —respondió ella mientras recibía dos besos en las mejillas.

Estuvieron un rato hablando los tres. Por el ruido de la música, cada vez que alguno quería decir algo tenía que acercarse la cara a la del otro para hablarle al oído. Él notó cómo su cuerpo se estremecía cada vez que se acercaba a su nueva conocida. Pasados unos minutos, Cecilia se excusó y los dejó solos.

—¿Te apetece tomar algo más? —preguntó Javier.

—Sí, me tomaría, bien a gusto, un *gin tonic* —respondió Rosa.

—Si te parece bien, vamos a la barra, que hay menos ruido y es más fácil hablar.

Se sentaron en un espacio algo aislado de la música. Se quedaron mirándose el uno al otro mientras esperaban las bebidas. Javier sintió el deseo de poseerla. Él notaba que no era como en otras ocasiones. No solo ambicionaba gozar de aquel físico; sentía la necesidad de tenerla toda, el cuerpo, la mente, el alma, todo. Percibía algo que nunca había sentido antes. Con las copas en la mano, se miraron una vez más y, tras brindar por la amistad, tomaron un pequeño sorbo de sus bebidas. Dejaron sus vasos en la barra y, como si una corriente eléctrica los hubiese activado, se acercaron las caras y empezaron a besarse apasionadamente. Estuvieron un buen rato mordiéndose suavemente, fundiendo sus labios cada vez más blandos y suaves y entrelazando sus lenguas mientras se miraban el uno al otro. Al rato descansaban, entrecruzaban las miradas y volvían a engancharse. Él notaba cómo su grado de excitación iba subiendo y cómo su pantalón empezaba a ser insuficiente para lo que debía contener.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

—Vámonos —respondió ella sin dudarlo.

Javier vivía solo en un pequeño piso cercano al hospital. La distancia desde la discoteca no era mucha, pero para él fue un viaje larguísimo. No hablaron en todo el camino. No pararon de mirarse con los ojos empapados de deseo, ansiosos de amarse. En el

ascensor volvieron a engancharse. En esta ocasión, él empezó a acariciar, por encima del vestido, los pechos de ella. Tenía una erección como no recordaba. Abrieron la puerta de la casa y empezaron a desnudarse cuando apenas acababa de cerrarse. Lo hacían con prisas, atropelladamente, mezclándolo con caricias, hasta que llegaron a la cama ya desnudos.

Su nada despreciable pene se hundió en la húmeda vagina de Rosa e hicieron el amor mirándose uno al otro, besándose, absorbiendo cada uno todo lo que podía del otro. Sus cuerpos se entrelazaron una y otra vez hasta que, agotados, se durmieron.

Se despertaron tarde. Fueron a desayunar, a pasear, luego comieron en un restaurante italiano. Por la tarde regresaron a casa y volvieron a entrelazar sus bocas, sus cuerpos, como si se hubiese dado el aviso del fin del mundo. Por la noche, él la acompañó a casa de sus padres, donde ella aún vivía.

—¿Me permites que te llame para volver a vernos? —preguntó él.

—Lo que te prohíbo es que no lo hagas. Espero que no te olvides de hacerlo y que no tardes demasiado.

—No te preocupes, no tardaré.

La llamó al día siguiente. Volvieron a verse una y otra y otra vez. Se hicieron inseparables. Estaban locamente enamorados. A los seis meses, más o menos, Rosa se fue a vivir con él. Seis meses más tarde decidieron casarse, alquilar un piso nuevo e iniciar una vida juntos. Javier pasó su último año de residencia aprendiendo y completando su formación en otros centros de mayor complejidad asistencial. Poco antes de acabar su cuarto año de MIR, un día, al llegar a casa, Rosa lo recibió con una sonrisa enorme.

—Hace un poco más de un mes que no me viene la regla —dijo ella.

—¿Tienes náuseas? ¿Te duelen los pechos?

—Sí —le respondió y, sin decir nada más, le enseñó la prueba de embarazo con el resultado positivo.

—¡Qué alegría más grande! —contestó él abrazándola y besándola.

A los nueve meses, en pleno invierno, nació una preciosa niña a la que bautizaron con el nombre de Alicia porque, según decía su

padre, lo había transportado al país de las maravillas. El nacimiento de Alicia no fue nada buscado ni programado, aunque tampoco habían hecho nada para evitarlo. La niña les aportó aún más felicidad.

Al mes de vida, Alicia enfermó. Cogió una bronquiolitis que obligó a ingresarla en el hospital, con estancia durante unos días en la Unidad de Cuidados Intensivos pediátricos. Llegaron a temer por su vida. Como consecuencia de esta primera infección, la pequeña sufrió múltiples crisis de broncoespasmo en sus primeros años de vida. Sus pequeños bronquios se cerraban impidiendo la salida del aire, lo que le producía ahogo y una gran dificultad para respirar, como ocurre en los enfermos que padecen asma. Los médicos les aconsejaron que, para evitar la aparición de las crisis o, al menos, reducir su frecuencia, la niña no fuese a la guardería para minimizar los contagios de enfermedades respiratorias víricas, principales desencadenantes de las crisis de espasmo bronquial. Rosa se vio forzada a pedir una excedencia y a quedarse en casa con ella.

Todo esto ocurrió en un momento en el que Javier necesitaba engrandecer su currículum para poder optar una plaza fija en su hospital y, sobre todo, para progresar y dar el salto al Vall d'Hebrón, que era su verdadero objetivo profesional. El hospital comarcal le quedaba pequeño. Su ambición le impedía continuar con el trabajo que tenía. Para conseguir el paso al otro centro tenía que acumular méritos y, para ello, debía acudir a muchos congresos, dar conferencias, hacer estudios y trabajos de investigación y publicarlos. Necesitaba mucho tiempo para conseguirlo. Viajaba mucho, estaba mucho tiempo fuera de casa y cuando permanecía en el hogar tenía que trabajar. La relación de pareja, entre la enfermedad de la niña y el trabajo, fue deteriorándose poco a poco.

Un día, mientras él estaba en la ducha, sonó su teléfono móvil. Rosa lo cogió y descolgó. Era un número desconocido.

—¿Diga?

—Hola. ¿Está Javier? —preguntó una voz femenina al otro lado de la conexión.

—Ahora no se puede poner. ¿De parte de quién?

—Soy Amanda. Dígale que cuando pueda me llame para saber a qué hora pasará a buscarme mañana.

—Óigame, ¿usted quién es?

—Huy, me parece que me he equivocado, perdone. —Y colgó.

Rosa, que ya llevaba un tiempo mosqueada por las continuas ausencias y los horarios de su marido, sospechó de inmediato lo que podía estar ocurriendo. Ni corta ni perezosa, empezó a husmear en el teléfono y encontró lo que no quería saber. Por lo que se podía entrever en las conversaciones del WhatsApp, Javier mantenía relaciones con otras mujeres. No sabía cuántas. Rosa halló conversaciones comprometedoras con Amanda y otras tres más. No quiso seguir indagando, pues con lo que sabía tenía más que suficiente. Se puso a llorar amargamente y el llanto fue tan intenso que él la oyó desde el baño y acudió de inmediato.

—¿Qué te pasa cariño?

—Acaba de llamar una tal Amanda —dijo Rosa, con la voz entrecortada por el llanto— y como se ha puesto en evidencia, se me ha ocurrido indagar en tu móvil.

—Es una compañera de trabajo, nada más.

—No me seas cabrón. Acabo de leer tus conversaciones con ella y con otras tres que, al menos, se han dignado a no llamar por teléfono cuando estás en casa. ¿Qué pasa, que Amanda no sabe que estás casado? —Llena de rabia y aún llorando, siguió—: Eres un verdadero hijo de puta. Yo aquí, en casa, cuidando de nuestra hija y sufriendo su enfermedad mientras tú vas dando vueltas por ahí tirándote a todas las que puedes. ¿Se puede ser peor persona, más ruin? No te mereces nada y menos las lágrimas que estoy derramando.

Javier trató de justificarse dando explicaciones vagas, necias, infantiles, increíbles. En ningún momento se atrevió a negar lo que su mujer acababa de descubrir. Ella permanecía allí sentada, llorando sin consuelo, sin escuchar la ristra de mentiras y sandeces que él iba soltando, mientras cavilaba cuál iba a ser su siguiente paso. Al cabo de un buen rato, algo más serena, se levantó y dirigiéndose a su marido, que, sentado en la mesa, cabizbajo y lloroso se había quedado mudo, le explicó su decisión.

—Esta casa que tú y yo alquilamos en su día con todo el amor del mundo, el lugar donde nació nuestra hija, acaba de convertirse en un cementerio. Acabas de matar y enterrar todo el cariño que te profesé. Como yo no quiero que mi hija, ni tampoco yo, vivamos en un sitio lleno de dolor, de mentiras, de horror, y como tampoco te voy a poder perdonar porque lo tuyo no ha sido un desliz, sino que es una manera de vivir porque te tomas las relaciones como si fuesen un deporte, hoy te vas, recoges a tu Amanda y el domingo, cuando vuelvas del congreso, mi hija y yo ya no estaremos aquí. Ahora te ruego que no me contestes ni me dirijas la palabra hasta que te hayas ido y, si es posible, no tardes demasiado. Esperaré en el cuarto de la niña a que salgas de casa.

Rosa cumplió su palabra. Se fue primero a casa de sus padres. Luego alquiló un piso para ellas dos y solo lo volvió a ver para pactar cosas de la niña.

8 – JUEVES, 4/11/2004

—¿Quedamos para comer? —preguntó Tomás, asomando la cabeza por la puerta del despacho.

—Vale. A la una y media, si te va bien —respondió Lucía.

—De acuerdo. Hasta luego.

Fueron a un pequeño restaurante, Casa Gabriel, cercano a la comisaría, un lugar habitualmente muy concurrido. La mayoría de los comensales eran compañeros de trabajo que aprovechaban el hecho de que allí servían un menú más que aceptable a precio económico. A pesar de que en la carta había cinco primeros y cinco segundos a escoger, Tomás y Lucía acostumbraban a pedir siempre lo mismo. Tomás empezaba con un gazpacho o un salmorejo, cuando lo había, y luego algo de pescado, el que tocara aquel día, a la plancha. El flan, su postre favorito, y un buen vaso de vino blanco eran imprescindibles en cada comida. Lucía, en cambio, se decantaba por las verduras para empezar y no conseguía evitar un segundo de carne con salsa para mojar pan. Las albóndigas con sepia de la señora Carmen, la cocinera, eran su plato preferido. Solo bebía agua, no por falta de ganas de beber otra cosa, pero evitaba tomar alcohol cuando trabajaba. Un helado de turrón y un café corto completaban el ágape.

—Comiendo como comes, no me extraña que estés tan delgado —comentó Lucía.

—Cierto es que no engordo mucho. Es que no soy un gran comedor, ya lo sabes, y menos en casa cuando tengo que cocinar yo. Para mí solo, con un yogur o algo parecido, basta. Entre esto y que debo ser de mala raza, me mantengo. Bueno, a lo mejor la mala leche ayuda.

—Para ya de decir tonterías. Lo que pasa es que tienes suerte de ser así. Yo engordo con mucha facilidad, casi solo respirando.

—Reconozco que hay constituciones y naturalezas corporales diferentes. Mi metabolismo es de quemar calorías, aunque yo lo ayudo y no mojo pan... Como dice un buen amigo mío, en los países donde hay guerra y hambruna, hay muy pocos o casi ningún gordo.

—Ya salió. Mensaje recibido. Qué quieres que te diga, los guisados de doña Carmen lo exigen. Además, he notado que cuando estoy ansiosa como más y peor de lo que debería.

—¿Estás ansiosa? No será por el caso que tenemos entre manos ahora.

—No, no es por eso. Estoy preocupada por mi hijo pequeño, Pablo.

—¿Puedo preguntarte qué ocurre? O, mejor dicho, ¿puedo ayudarte en algo o de alguna manera?

Lucía y Tomás llevaban ya años trabajando juntos y compartían un elevado nivel de confianza. A ella le iba bien hablar con aquel hombre experto en el arte de vivir. Desde que había enviudado, se había convertido en su consejero en múltiples ocasiones. Tomás, aunque era más bien solitario, apreciaba mucho a su jefa y trataba de ayudarla siempre que podía. Le sabía muy mal el estado en el que se encontraba actualmente y que no tratase de rehacer su vida. Por eso cuando le hablaba de sus hijos, él sabía que hablaba de lo más importante para ella. Criar a dos adolescentes sin el padre debía ser harto difícil, pensaba él.

—Lo que ocurre es que Pablo se está metiendo en un lío y me preocupa.

—¿No estará fumando o tomando otras cosas?

—No, qué va. En este sentido he de reconocer que es un buen chaval. Bueno, él y su hermano mayor. Ambos son buenos chicos. Lo que ocurre es que está viviendo de cerca un caso de acoso escolar en su clase y se está involucrando mucho.

—¿Lo acosan a él? Si hace falta, voy a dar una vuelta por allí y lo arreglo.

—Huy, qué mayor estás. Hoy en día las cosas no van así. Es mucho más complicado de lo que *a priori* parece. Por suerte, él no

es la víctima.

—¿Pues qué pasa?

—Un compañero suyo, el típico chico con gafas, algo gordito y estudioso, está siendo incordiado por varios compañeros de clase. Lo insultan, lo ignoran, lo apartan del grupo o, cuando no lo hacen, se meten con él, le rompen los libros, los trabajos de clase, lo manchan, lo ensucian y más de un golpe se les ha escapado. El pobre chaval lo está pasando muy mal.

—Vaya pandilla. Tan jóvenes y ya tan cabrones. ¿Son de su edad?

—Son cuatro o cinco de su clase. Salvo uno que creo que ya tiene quince años y repite curso y que, por lo que sé, es el que lleva la voz cantante del grupo, los demás son de su edad, más o menos.

—¿Qué tiene que ver Pablo con todo esto?

—Mi hijo se ha dado cuenta de lo que ocurre y está apoyando a Raúl, el chaval al que putean.

—¿Los padres lo han denunciado? No sé dónde se denuncia algo así porque la policía no debe poder intervenir, puesto que no hay delito. ¿A los profesores? ¿Le han hecho algo a Pablo?

—No, por ahora a él lo dejan tranquilo y eso que mi hijo es el único que lo ayuda. Lo acompaña para que no esté solo, se sienta con él en clase, le hace compañía en el patio y se ha encarado alguna vez con los agresores. Hasta ahora es el único que lo defiende. No hay nadie más que mueva un dedo por el chaval. Todos lo ven y pasan.

—¿No será que el Raúl ese se lo ha buscado?

—¡Qué va! Por lo que me cuenta mi hijo, es un buen chico, discreto, que no se mete con nadie y saca muy buenas notas. No es culpa de él. Es el típico niño vulnerable, y los otros lo aprovechan.

—¿Y tú que has hecho?

—Nada. Este es el problema. Solo sé lo que Pablo me cuenta. Está indignado por lo que está pasando y ha tomado partido ayudando a Raúl. No quiere, no me deja hacer nada. Me ruega que no me meta y dice que son cosas que tienen que arreglar entre ellos. Por esto sufro. Me preocupa, me da miedo que vaya a más y estoy atada de pies y manos. Yo pienso que se equivocan, tanto Raúl como él, que deberían pedir ayuda, aunque no sé muy bien a

quién, porque, como tú has dicho, nosotros no podemos intervenir en eso, pero, además, es que él no quiere. Ni él ni Raúl quieren que nadie se meta y siguen sin decir nada, sin reclamar ningún apoyo. Según Pablo, si lo cuentan, si se chivan, como dice él, puede ser peor.

—Te juro que me cuesta mucho entender estas cosas modernas y mucho más aceptarlas. Si esto le pasase a un hijo mío, iría al cole y lo arreglaría. No sé cómo, pero algo haría. Quizás un par de hostias bien dadas zanjaba el conflicto.

—Ya salió el siete machos. A lo mejor los padres del niño no saben la verdad de lo que está pasando. De todas maneras, cualquiera de los chavales de los que hablo hace casi dos como tú. Cuando ibas al colegio, ¿ibas de matón?

—No, ni mucho menos. Por suerte, entonces no pasaban estas cosas o no nos dábamos cuenta. De todas maneras, aquí donde me ves, menudo, enjuto como he sido siempre, nadie se atrevía a torearne. Lo de pequeño lo compensaba con dos quilos de... digamos de rabia.

—Viendo cómo te estás encendiendo, me lo creo. Las cosas hoy en día van de otra manera. Estoy muy orgullosa de la actitud de mi hijo. Sin embargo, temo que la cosa vaya a más y pueda pasar algo grave. Yo trato de hacerlo razonar. Por ahora no lo consigo. Veremos qué derroteros toma el problema.

—Si necesitas ayuda, no de la que he citado, la que sea, me lo dices. Me portaré bien y no haré nada que tú no me dejes hacer. Lo prometo.

—No te preocupes. Espero que no sea necesario. Paga y vámonos.

—¿Yo? ¿No te toca pagar a ti hoy?

—No te escaquees. Hoy te toca a ti.

—¡*Collons*! Estos catalanes como sois —dijo Tomás, sonriendo—. Bueno, somos.

Cuando regresaba al trabajo después de comer y haberse separado de su compañero antes de entrar en comisaría, distraída pensando en sus cosas, de camino a su despacho por el pasillo central de aquella gran sala llena de mesas, de ordenadores y de policías trabajando en busca de teléfonos, matrículas de coches o de motos, identidades..., un compañero la paró.

—Inspectora Serra, disculpe. Ha llegado este informe de la policía científica. Imagino que debe estar relacionado con el caso del coche. No lo he leído porque he pensado que preferiría hacerlo usted o el sargento —dijo uno de los agentes que estaba sentado frente a su ordenador.

—Muchas gracias, Agulló. Estábamos esperándolo. Vamos a ver si hay suerte y nos ayuda a desatascarnos —dijo ella cogiendo el montón de papeles que le entregaba—. ¿Sabe usted donde se encuentra Simón?

—No puedo ayudarla. Se ha ido a mediodía y aún no ha vuelto. No nos ha dicho dónde iba —respondió Álvarez.

—De acuerdo. Gracias. —Y siguió su camino hacia el despacho.

Lucía se sentó en su silla y empezó a consultar los papeles. Era un informe extenso. Casi una hora más tarde, levantó la cabeza y, a través de los cristales, vio cómo el sargento se acercaba al despacho a toda prisa.

—Pensaba que no llegaba a tiempo —dijo al entrar.

—¿Lo has leído? No he tenido tiempo para leer todo esto. Por cierto, a la hora de comer he olvidado preguntarte dónde has estado esta mañana —dijo Lucía

—He tenido una corazonada y he ido al lugar del accidente. No me preguntes qué iba a buscar porque no lo sé. No he encontrado nada especial. Solo me ha servido para hacerme una mejor idea de lo que pudo ocurrir y elaborar una teoría. Como solo han pasado unos días y no ha llovido, todavía había huellas visibles. Te lo contaré después de que hayamos comentado todo este informe —dijo cogiendo los papeles—. Esto es un rollazo. Si sacas toda la paja te quedas con dos o tres hojas interesantes, al menos para nosotros. Esta vez se han esforzado escribiendo, aunque seguramente está

lleno de cosas inútiles que solo sirven para justificar sus conclusiones ante el juez.

—Eres un quejica. Protestas de los forenses y de los científicos y al final son ellos los que nos ayudan a encontrar el hilo. Sin el informe forense no hubiésemos sabido que se trataba de un asesinato, así que menos protestar y a la faena.

—Vale, me callo. Vamos por partes. Empecemos por lo fácil, el coche.

—Parece claro que el vehículo no tenía ningún desperfecto y que, por tanto, el choque no se produjo por un fallo mecánico, ¿cierto? —preguntó Lucía.

—Sí, señora. Esto es lo que nos dicen. Por tanto, hay que pensar que el coche salió de la calzada por una distracción del conductor o por otra causa.

—Efectivamente. Por ejemplo, porque se distrajo, o iba bebido, o alguien lo obligó a ir hacia allí y le impidió tomar la curva.

—De acuerdo —dijo Tomás mientras miraba sus apuntes.

—Un día me gustaría saber todo lo que escribes en esta libreta. ¿No había una más pequeña que comprar?

—Yo me entiendo con esta. Es pequeña, me cabe en el bolsillo, de esta forma nunca la olvido y siempre está lista para usar y, además, en ella me cabe todo. Pocas veces necesito otra. Hace muchos años que las uso. Cada caso, una libreta.

—Ya lo sé, después de tantos años lo he aprendido y, aun así, sigue llamándome la atención.

—Pues dejémonos de puñetas y a lo nuestro. Las señales de las ruedas deberían confirmar nuestra teoría.

—No hay, según dice el informe y tampoco las vimos nosotros, señales de frenazo de las ruedas en el asfalto. No frenó. Hay que creer que no tuvo tiempo de reaccionar. Se estrelló contra la pared a la velocidad que iba.

—Esto explica el estado en el quedó el coche y, seguramente, que el conductor quedase aturdido e incluso llegase a perder el conocimiento. Tú has dicho que no tuvo tiempo de reaccionar y yo añadido que quizás no pudo.

—¿Qué quieres decir?

—Para mí solo hay una explicación a esta pregunta. Otro vehículo se puso a su izquierda, impidiéndole coger la curva.

—¿Otro coche?

—De momento prefiero decir otro vehículo que iba detrás de él. A lo mejor lo perseguía o lo incordiaba, y en la curva lo adelantó y se puso a su izquierda, sin llegar a pasarlo, le impidió girar y lo obligó a estamparse contra la pared.

—La carretera es muy estrecha, con muchas curvas. La maniobra hubiese sido muy peligrosa, temeraria para el que la intentase. Según el informe, en el momento de la colisión el coche iba a unos cien kilómetros por hora. Es mucha velocidad para intentar algo así.

Tomás, que revisaba su libreta mientras Lucía razonaba, levantó los ojos y, callado, se quedó mirando fijamente a su jefa mientras con su bolígrafo daba golpecitos sobre la mesa. La inspectora lo observó, callada, esperando una respuesta, hasta que entendió lo que su compañero trataba de decirle con una ligera sonrisa.

—¡Una moto! Estás pensando en una moto, seguramente lo bastante grande para perseguirlo, adelantarlo e impedirle el giro. ¿Lo he dicho bien?

—Bingo, jefa. Es lo que pienso que pudo ocurrir.

Lucía se quedó callada, pensativa. Estaba tratando de reconstruir mentalmente lo que podía haber sucedido y se iba convenciendo, poco a poco, de que aquella hipótesis era la más probable. Pasados unos minutos, durante los cuales Tomás leyó y releó el informe técnico, se decidió a hablar.

—Vale, de acuerdo, te compro esta hipótesis. Ahora tendríamos que poder probarlo. Hasta ahora solo es eso, una posibilidad.

—Va a ser muy difícil conseguirlo. No nos queda más remedio que confiar en esta idea y hay bastantes datos que nos ayudan a hacerlo.

—Claro, el resto del informe de las marcas de las ruedas. Si no recuerdo mal, nos dicen que hay signos de embarraduras. —Empezó a buscar entre las hojas—. Aquí, en la página 15, pone que hay huellas de barro en el lado izquierdo de la calzada, a la altura de la curva, y no muchas. Las marcas parecen indicar que este vehículo se paró en el barro y luego volvió a entrar en la calzada para volver por

el camino por el que había llegado. Esto se deduce porque las huellas de barro se ven salir del lugar del accidente y regresar por la dirección contraria a la que venía el coche. No hay huellas por delante del accidente y, en cambio, sí las hay en la dirección de vuelta. Si nos fijamos en las señales que había en el suelo donde encontramos el coche, observamos huellas de un vehículo que se situó justo al lado, de forma casi paralela. Y aquí nos dicen que solo se ven los rastros de dos ruedas, luego todo hace pensar en una moto, como tú decías.

—Ya ves, mi libreta sirve para algo.

—¿En tu libreta hay escrito quién lo hizo?

—Todavía no, pero ya lo pondré. Paciencia.

—Muy bien. ¿Qué hay de los cristales?

—Me imagino que preguntas por el cristal, aquel triangular, manchado de sangre que recogimos, porque de los demás no hay nada interesante.

—Evidentemente, a este me refiero. Nos dicen que la mancha de sangre que había era del muerto, para eso no hacía falta ser un gran científico, y lo que sí tiene interés es que la mancha es de unos 0,78 centímetros. Podemos decir que el susodicho cristal fue el causante de la herida que se clavó, no por casualidad, en el brazo del muerto. Los centímetros que nos indican corresponderían a la profundidad a la que se clavó el vidrio. Por tanto, tenemos que suponer que el que lo hizo tuvo que cogerlo por la base del triángulo y deberíamos encontrar huellas en este punto.

—Lo siento, jefa. Lo que nos dicen es que no hay huellas dactilares claras. Hay varias y la única que destaca sobre todas las otras, no está completa. Es decir, es incompleta y no limpia, una mierda, vamos.

—¡Qué bien! Suponemos lo que ocurrió y sabemos con qué se hizo la herida que le provocó la muerte y no tenemos ni idea de quién estuvo allí y hundió el cristal en el brazo o se quedó mirando cómo se desangraba.

—Efectivamente, así mismito es. Las huellas del suelo tampoco ayudan demasiado. Hay muchas, también nuestras. Lo único que señalan es que en la zona del charco de sangre que vimos bajo el

brazo hay una huella muy clara que corresponde a una zapatilla de deporte y nada más. Los he llamado para saber si pueden descubrir algo más sobre esta pista y me han dicho que va a ser muy difícil conocer la marca e incluso el tipo de zapatilla.

—De saberlo, tampoco nos ayudaría mucho. Lo más normal es que el asesino se haya deshecho de ellas.

—Tal como va todo, va a ser muy difícil averiguar quién fue el autor del crimen porque, además, hay unos cuantos pretendientes al título. Tendremos que pillarlo en algún error o contradicción. No veo otra posibilidad.

—Recapitulemos —dijo Lucía. Sonó su teléfono. Tras contestar, se levantó de la mesa, salió del despacho y permaneció unos minutos hablando por el inalámbrico. Cuando entró de nuevo tenía la cara muy seria, asustada. Cogió su chaqueta y le dijo a Tomás que seguirían en otro momento, ya que tenía que marcharse urgentemente.

Lucía entró en el hospital, enfurecida y preocupada, a la velocidad de un cohete. Tras preguntar en la recepción, se dirigió a toda prisa hacia la habitación que le habían indicado.

—¿Cómo te encuentras, hijo? ¿Qué te duele? —preguntó al entrar.

—Bien, mamá. Me duele todo, nada en concreto. Bueno, algunos de los morados que tengo se hacen sentir. Me noto muy cansado. Tengo sueño —dijo Pablo, abrazándose a su madre y con lágrimas en los ojos—. Me han dado un calmante o varios, no sé. Acabo de subir de donde me han puesto el yeso y este suero en la vena.

Lucía miraba a su hijo y no se podía creer lo que estaba viendo. Tenía varios hematomas en la cara, en la pierna izquierda. La derecha estaba enyesada, así como el brazo izquierdo. El brazo derecho estaba también lleno de morados. Levantó la ropa del pijama y vio también hematomas en el abdomen, la espalda y alguno en el tórax.

—¿Qué ha ocurrido, hijo?

—Te lo puedes imaginar. Lo de siempre, pero hoy a lo bestia. Eran cinco. En realidad, tú ya me lo habías avisado. Nunca imaginé que fuesen capaces de ser tan brutos. Lo siento. Yo no puedo mirar hacia otro lado.

—Lo sé. Ya lo hemos hablado varias veces. Antes que nada, debo decirte que estoy muy orgullosa de ti. Yo tampoco podía imaginar que se atreviesen a hacer tanto daño. Cuando te veo sufrir así no puedo remediar el pensar que lo más cómodo es hacerse el despistado, pero está claro que lo correcto es lo que tú has hecho, no lo que hacen todos los demás, y por esto te felicito. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Lo de costumbre. Al salir del cole han empezado a meterse con Raúl. Le han tirado la mochila al suelo, la han pisoteado, se han reído de él, le han cogido las gafas, las han tirado no sé dónde y han empezado a golpearlo. Primero bofetones y luego puñetazos, en fin, lo que te he contado que suelen hacer. Hasta hoy yo no los había visto pegarle de esta forma. Cuando me he dado cuenta de lo que pasaba, no me he podido aguantar. Me he puesto a su lado y les he pedido que lo dejaran en paz. Entonces, se han metido conmigo. Uno de ellos me ha pegado en la cabeza. Me he encarado con él y le he devuelto el golpe. Enseguida han venido los demás y han empezado a pegarme.

—¿Y esto ha ocurrido dentro del colegio?

—Sí, en el trozo de patio que va desde la puerta hasta la verja que da a la calle.

—¿Había gente? ¿Otros chicos?

—Sí, claro. Estábamos saliendo del cole. Nadie ha movido un dedo. Todos miraban, algunos gritaban, pero ayudar, ninguno.

—Y los profesores, ¿dónde estaban?

—Han aparecido al cabo de un rato y nos han separado. Después se han quedado allí conmigo y con Raúl, esperando una ambulancia.

—¿Tú recuerdas cuántos y quiénes eran?

—Los cinco de siempre: Pedro, el que te dije que repite curso, Carlos, Rafa, David y Noah.

—¿Con qué te han pegado?

—Con todo lo que podían. Yo también le he dado a alguno. Me ha parecido que Raúl también ha hecho lo que ha podido. Cuando han conseguido tirarme al suelo, han empezado a darme patadas por todos lados. Pedro, el mayor, y otro, no sé cuál, llevaban palos. No he visto mucho porque al caer al suelo me he encogido y he escondido la cabeza para que no me la golpearan. Por esto no sé si había alguno más.

—¿Sabes algo de Raúl?

—No sé nada. Los profes han apartado a todo el mundo y me han tenido tendido en el suelo hasta que ha llegado la ambulancia. Lo único que he visto es que él también estaba tumbado en el suelo. Yo solo hacía que llorar. Estaba cagado de miedo y con dolor en todo cuerpo, en especial en la pierna.

—¿Cómo han podido romperte la pierna y el brazo?

—La pierna ha sido con un pisotón. Lo he notado enseguida porque me ha hecho mucho, mucho daño. El brazo creo que ha sido con el palo. He puesto el brazo para protegerme de un bastonazo y me han pegado allí. Me ha dolido bastante. No ha tenido que ver nada que ver si lo comparo con lo de la pierna. Ha sido muy diferente. De hecho, no me he imaginado en ningún momento que el brazo pudiese estar roto. En la pierna sí que lo he notado enseguida. Estaba en el suelo y he tenido la sensación de que la pierna se doblaba. El doctor que me ha atendido, y que me ha dicho que ahora vendrá para hablar contigo, me ha contado que la del brazo no es una verdadera fractura, es decir, de estas que parten el hueso en dos. Él lo ha llamado algo así como fisura, que son las fracturas más pequeñas y que se curan más deprisa. La de la pierna es otra cosa. Ahí el hueso está roto de verdad. Ahora no me duelen.

—No hablemos más de eso. Después el doctor me contará. Con reposo, calmantes y unos días, todo pasará. Piensa que los moratones también molestarán. Tómalo con calma. ¿Te arrepientes de haber intervenido?

—No, para nada. No es justo lo que hacen con Raúl. Él no los molesta ni se mete con ellos. Tampoco entiendo por qué se queda todo el mundo mirando sin hacer nada.

—Tienes razón. No hay quien pueda comprender lo que está ocurriendo con este tema y es culpa de todos. Cuando estés un poco mejor, vamos a tener que hablar de ello. La última vez me pediste que no me metiera y no lo he hecho. Lo de hoy no puede quedar así. Te guste o no, voy a intervenir. Uno de ellos, el repetidor, se acerca, si no los tiene, a los quince años, y debe aprender que así no se puede ir por la vida, que hay cosas que no se pueden hacer y que, si decide hacerlas, tiene que apegarse con las consecuencias.

—Has dicho que lo hablaremos, ¿no? Pues ya lo haremos porque me estoy durmiendo.

Se quedaron callados. Lucía, sentada al lado de la cama de su hijo, empezó a discurrir los pasos que debía seguir. Escogió, mentalmente, al compañero que le iba a encargar la investigación del caso, pues de lo que estaba segura es de que iba a poner una denuncia, ya que se trataba de una agresión y uno de ellos rondaba los quince. También tenía claro que debía ir a hablar con la dirección del colegio y con los profesores, que son los que tienen más posibilidades y la obligación de atajar el problema y, por esto, en parte, eran responsables de lo ocurrido. Estaba indignada de ver que ninguno de ellos estaba con los niños en el hospital. Mientras permanecía absorta en estos pensamientos y Pablo dormía, llamaron a la puerta de la habitación.

—Perdone, ¿podemos pasar?

Una mujer alta, morena, con gafas de pasta marrón, vestido gris adornado con un pañuelo rojo, acompañada de un hombre poco más alto que ella, más bien gordo, cara redonda, bigote generoso y vestido con un traje azul marino, camisa blanca, sin corbata, le tendieron la mano y, tras el saludo, entraron en la habitación. Pablo seguía dormido, seguramente bajo efectos de la medicación.

—Buenas tardes —dijo la mujer con un tono de voz bajo para no despertar al paciente—. Somos los padres de Raúl y veníamos a darle las gracias a Pablo.

—Buenas tardes. Soy Lucía, su madre.

—Mucho gusto. No sabe usted cómo sentimos lo que le han hecho a su hijo por tratar de ayudar al nuestro. Él es el único apoyo de Raúl en la escuela y por esto se lo han hecho pagar de esta

manera. Es muy injusto. No se puede imaginar lo agradecidos que estamos, no solo por lo de hoy, sino por todo lo que ha hecho hasta ahora. Nos sabe muy mal que le hayan pegado. Pablo es la única luz que nuestro hijo ha encontrado en el infierno que está viviendo.

—Se lo agradezco. ¿Cómo está Raúl? Hace un momento que Pablo me ha preguntado si sabía algo.

—Físicamente está bien. Bueno, magullado, con moratones y mucho dolor de cabeza. En esta ocasión, se han desentendido un poco de él y se han ensañado con Pablo. Le han dado algunos golpes en la cabeza. Por suerte, el TAC dice que no hay lesiones internas. Nos han dicho que tiene que quedarse en observación hasta mañana y ahora lo tienen sedado y duerme. Otra cosa es su mente. Ya no aguanta más. Está convencido de que su presencia molesta a todos, de que sobra, que no sirve para nada, que nadie lo quiere y cosas de este tipo que no conseguimos quitarle de la cabeza. No hace mucho que ha entrado en una fuerte depresión y no quiere salir de casa, no quiere ir a la escuela, casi no come y duerme muy poco. Lo está pasando muy mal y nosotros, imagínese —dijo la mujer, que se giró para mirar a su marido, que había empezado a llorar.

—¿Han pedido ayuda?

—Hasta hace unos meses no sabíamos lo que estaba pasando. Lo veíamos raro, triste, diferente, pero no sabíamos por qué. Cuando nos contó lo que ocurría lo pusimos en manos de un psicólogo, supuestamente especializado en estos temas. Al principio pareció mejorar. Como no paran de incordiarlo y maltratarlo, ahora ha recaído y yo lo veo peor. Tenemos mucho miedo de que haga un disparate. Las cosas que dice parecen anunciar un final fatal. —Al decir las últimas palabras, ella también se puso a llorar y se abrazó a su marido.

—¿Han hablado con el colegio? ¿Con el director, el tutor, algún profesor o alguien?

—Hasta hace una semana, más o menos, no, porque él no nos dejaba. Nos decía que, si lo hacíamos, sería peor. Hace una semana hablamos con su tutor y se lo explicamos todo. Ya no podíamos aguantar más y lo hicimos sin su consentimiento, no le advertimos

que íbamos a hablar con él. El profesor, bueno, el tutor, prometió que tomaría cartas en el asunto. No sé si lo que ha sucedido hoy es consecuencia de esta visita. Raúl me ha contado que la violencia de esta tarde es muy superior a lo ocurrido otras veces. Dice que no paraban de llamarlo chivato y que además llevaban palos.

—Sí, esto me ha dicho mi hijo —respondió Lucía, que trató de sujetar a la madre de Raúl, que, además de llorar desconsoladamente, estuvo a punto de caerse.

—No sé cómo va a acabar todo esto —dijo entre sollozos—. Nadie hace nada salvo Pablo y mire lo que le han hecho. Para nuestro hijo, él es el único clavo al que agarrarse.

—A pesar de lo que ha ocurrido, estoy muy orgullosa de su comportamiento. Ya hace un tiempo que estuvimos hablando de lo que le pasaba a Raúl. Al igual que el suyo, mi hijo me rogó que no me metiese, que me apartase y que no hiciese nada. Hace un momento, antes de que se durmiese, le he dicho que lo sentía mucho, pero que iba a intervenir y que se había acabado el rollo. Esto no puede y no debe continuar.

Siguieron hablando un buen rato fuera de la habitación tratando de compartir los pasos que iban a seguir. El padre de Raúl, algo más sereno, le explicó a Lucía que el tutor había estado en el hospital acompañando a los dos jóvenes y que había permanecido con ellos hasta que a Pablo se lo llevaron a la sala de curas. Como le dijeron que estarían más de una hora con él, le confirmaron que su madre ya estaba a punto de llegar y que el director había convocado a todos los profesores para una reunión urgente, de acuerdo con los médicos y tras comentárselo a ellos dos y pedirles que se lo explicaran a ella, decidió marcharse.

—Menos mal que se ha dignado a venir. A mí no me basta. Debía haberse esperado a que yo llegase y dar la cara. No olvidemos que los hechos han ocurrido dentro del colegio. —Su tono de voz, hasta entonces muy suave, sereno, cambió de golpe y subió en energía y volumen—. Les aseguro que me van a oír y que se van a tener que poner las pilas o, de lo contrario, se les va a caer el pelo. Por esto el director los ha reunido de urgencia, porque sabe que se la juegan de

verdad. Les puedo asegurar que esto se va a acabar de una forma u otra.

—Nosotros vamos a hablar ahora con el director. Le hemos dicho al tutor que queríamos hablar con él y que nos esperase, y me ha confirmado que lo hará. Nos estará aguardando. Dejamos a Raúl con su abuela, que también está destrozada.

—Ya le pueden decir que yo iré mañana por la mañana y que no sé la hora. Que no ponga excusas porque me va a recibir en cuanto llegue, le guste o no. ¿Saben dónde están los agresores y si han puesto alguna denuncia?

—No, no sabemos nada. Suponemos que estarán en su casa —respondió el padre.

—Como ustedes van a la escuela ahora, háganme el favor de pedir los nombres y los domicilios de estos cabroncetes. Pablo me dijo que se llamaban Pedro, Carlos, Noah, Rafa y... David. Mañana van a recibir una visita poco agradable.

—Sí, estos son los nombres que nos ha dado Raúl.

—Pues pidan los nombres completos y su dirección, por favor. Si les ponen alguna pega, les dicen que los pido yo. Soy inspectora de policía, no sé si ustedes lo sabían. Ellos lo saben. Si ponen pegas les dicen que, si no se los dan a ustedes, los haré ir a comisaría para darlos.

Se despidieron tras haber intercambiado los teléfonos y acordado pasarse la información. Al marcharse, los padres de Raúl parecían algo más aliviados y con un ápice de esperanza.

9 – VIERNES, 5/11/2004

—Buenos días —dijo Tomás, como siempre al trote, al entrar en la sala común donde se encontraban sus compañeros—. ¿Ha llegado ya la jefa?

—Sí, está en su despacho.

Siguió su camino entre ordenadores en busca de Lucía aprovechando el trayecto para dar algún que otro sorbo al café con leche que llevaba en la mano.

—Buenos días —dijo tras haber pedido permiso para pasar.

—Buenos días. ¿Cómo va todo? —respondió la inspectora, que continuó leyendo los papeles que sostenía en la mano.

—¿Qué pasó ayer, que tuviste que marcharte con tanta prisa?

—Lo que me temía. Pablo recibió una paliza en el colegio.

—¿Una pelea?

—No, bueno, sí, pero de cinco contra dos. Aquellos de los que te hablé mientras comíamos. Atacaron al compañero de siempre y Pablo decidió defenderlo. Entre los cinco les atizaron a Raúl y a mi hijo una buena tanda de golpes. Iban provistos de palos y les dieron con ellos, con los puños, con los pies, en fin, con todo lo que pudieron.

—¿Cómo está Pablo?

—Dolido, lleno de morados y con alguna fractura. Hoy seguramente le darán el alta. Ahora está con mi madre en el hospital.

—¡Qué bestias! Me cuesta creer que chavales tan jóvenes sean tan salvajes. Y tú, ¿cómo estás?

—Imagínatelo. Por un lado, jodida e indignada, y por otro, orgullosa de mi hijo, al menos tanto como lo está él, por su

comportamiento y su valentía. Estoy decidida a tomar cartas en el asunto y así se lo he dicho, aunque él insiste en que no haga nada. Hoy tengo una reunión en el colegio. En cuanto acabemos la entrevista con la niña, me voy a ver al director. Me van a oír, te lo aseguro.

—Te entiendo. Es una locura. Esto no puede seguir así. Vaya jodienda la gente joven. Son unos salvajes y hay que reprimirlos de una forma u otra. En mi época no pasaban estas cosas.

—O sí. A lo mejor era igual y no nos enterábamos. Lo que sí te aseguro es que en el caso de mi hijo voy a terminar con ello. No sé cómo, pero lo haré.

—Si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé, lo sé y te lo agradezco. Espero que no sea necesario y que pueda arreglarlo sola. Vamos a lo nuestro. ¿A qué hora tenemos el interrogatorio?

—Ahora. Puse la visita a primera hora. Desconocía lo de Pablo. Si no me equivoco, debe estar al llegar. Si hace falta, cambiamos la hora y la hacemos venir otro día.

—No, así es perfecto, ya que, en cuanto acabemos, me puedo ir a la escuela primero y al hospital después.

Alicia entró en el despacho de la inspectora visiblemente nerviosa. Era una bella adolescente rubia, con el pelo liso y un corte de largo medio, ojos azules y estatura considerable. Todos los rasgos de su desarrollo como mujer habían aparecido ya. Su vestido azul claro estampado de colores vivos, corto hasta media pierna, y unos zapatos deportivos blancos le daban un aire juvenil, divertido y desenfadado. Entró con su madre y otra mujer. Rosa explicó a los policías que era una abogada amiga suya y les pidió que, puesto que suponía que ella no iba a estar presente durante la entrevista, permitiesen que estuviera su amiga para acompañar a la joven. Los policías le explicaron que era una medida innecesaria, pues Alicia, además de no ser sospechosa de nada, era una menor y, por tanto,

debía declarar acompañada de su madre, pero que, si esto la hacía estar más tranquila, no había ningún inconveniente.

Mientras Tomás salió a buscar otra silla para él.

Lucía, que no iba uniformada intencionadamente, utilizó los primeros minutos para dar a la joven el pésame por la muerte de su padre. Luego estableció una conversación sobre cosas intrascendentes para conseguir que se relajase y ganarse su confianza.

Alicia respondió sin titubear a las preguntas de la inspectora y del sargento. Explicó que lo pasó muy mal cuando sus padres se separaron. Para ella fue difícil, ya que los quería a ambos y porque significó el derrumbe de su bienestar, de su tranquilidad. Tenía miedo de perder a uno de los dos. Les contó que durante un tiempo no sabía el porqué de la separación, ya que, en apariencia, todo estaba bien en casa, aunque ella era muy pequeña para darse cuenta de otra cosa. Tardó unos años en conocer el motivo. Con el tiempo se fue adaptando a la nueva situación y como tenía compañeras y compañeros en sus mismas circunstancias, aceptó lo que le había tocado.

La joven expuso un sinfín de detalles de cómo su padre, al principio de la separación, se desvivía cuando ella iba a su casa. En aquel momento se sentía querida por él. Sabía que su madre evitaba encontrárselo, pero esto a ella no le afectaba. La fluidez de la conversación permitió que pasados unos minutos Lucía y Tomás pudiesen entrar a investigar lo que realmente les interesaba.

—Tu madre nos contó que llegó un día en el que decidiste hablar con ella porque ya no querías ir más a casa de tu padre.

—Sí. Fue cuando yo tenía unos ocho años, más o menos. Desconozco el motivo, pero mi padre cambió mucho. Empezó a pasar de mí. No hacía lo mismo que había hecho hasta entonces. Cuando llegaba a su casa me ponía la tele, las películas que yo quería, eso sí, y se sentaba en su mesa con sus papeles. Casi no hablaba conmigo. No me preguntaba por la escuela ni por los deberes, no me ayudaba con las tareas, no íbamos a ningún sitio, y yo me aburría mucho. Un día llegué a ver tres películas seguidas yo sola. Alguna vez se olvidó de ir a buscarme a la escuela o, si llegaba,

lo hacía muy tarde y yo tenía que esperarlo mucho rato, sola, en la puerta del cole. Decidí hablar con mamá y dejar de ir a su casa. En aquel momento, para mí, ir a verlo era como un castigo.

—¿Tu madre te obligaba a ir? —preguntó el sargento.

—No, nunca lo hizo. Era yo quien creía que era mi obligación.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Lucía mientras Tomás no paraba de escribir y la abogada permanecía callada.

—La verdad es que no lo sé. Mamá me contó que hablaría con él. Lo hizo y me explicó que papá estaba pasando un mal momento por una historia de un juicio o algo parecido. La verdad es que no me lo creí mucho porque ya llevaba unos meses pasando de mí.

—¿Cómo acabó?

—Tengo que reconocer que cambió un poco. Parecía que se esforzaba en que yo estuviese bien. Todo iba mejor, pero no acababa de funcionar, al menos para mí. Lo que hacía me parecía forzado, no como al principio. No sé cómo explicarlo. Me daba la sensación de que hacía las cosas obligado, no porque tuviese ganas de estar conmigo. Poco a poco me fui distanciando e iba a verlo mucho menos que antes. En aquella época, siempre que iba a su casa era por obligación, no por otra cosa.

—¿Sabes cómo acabó el juicio?

—Sé que se hizo al cabo de unos meses y que no pasó nada, que era inocente o no sé cómo se dice.

—¿Cambió después de esto?

—Algo sí. No demasiado. La relación con él ya nunca fue la misma. Yo diría que él no era el mismo.

—¿Por qué lo dices?

—Un día encontré encima de la mesa una carta y la leí. Ya sé que no tenía que hacerlo, pero lo hice. No la repasé con detalle porque temía que me descubriese. Entendí, de lo poco que vi, que alguien lo amenazaba de muerte. Me asusté mucho. La volví a guardar en el sobre sin que me viese. Luego, pasado un rato, él la cogió. Yo lo vigilé y vi que la guardaba en un cajón de su cuarto.

—¿Abriste el cajón?

—Sí, a escondidas, mientras estaba en el baño. No me pude aguantar. La curiosidad y el miedo me podían.

—¿Qué encontraste?

—Había bastantes cartas. La mayoría parecían de la misma persona, aunque había unas cuantas de otras. Lo poco que entendí es que eran amenazas que, por lo que vi, llevaban tiempo produciéndose.

—¿Se lo contaste todo a tu madre? —siguió Lucía.

—No. Solo le hablé de una, la que leí sobre la mesa. Si se hubiese enterado de que busqué en el cajón y miré las otras cartas, me hubiese reñido.

—¿Qué más pasó?

—Todo esto ocurría cuando yo llevaba muy mal lo de ir a su casa. Entre que se olvidaba de venir a buscarme, bueno, yo creo que pasaba de mí, y no me recogía en la escuela, que yo tenía un hermanito y me lo pasaba bien con mamá y Quique, el novio de mamá, y que tenía pocas ganas de verlo a él, fui alargando las visitas y cada vez lo veía menos. No me gustaba ir a su casa.

—¿Él no reclamaba las visitas? ¿Lo viste raro o diferente?

—A él le daba bastante igual si iba o no, creo yo. Ya le he dicho que fue cambiando. Yo lo veía triste. Me parece, por lo que hablaba, que tenía problemas de dinero. Dejó de comprarme cosas y salíamos muy poco. Recuerdo que un día volvíamos de cenar y nos encontramos un hombre de piel oscura, pelo largo, mal vestido, en la puerta de casa. Le dijo algo a papá y él se puso muy nervioso. A mí, aquel hombre me dio miedo. Papá discutió con él y al final me cogió la mano y echó a correr escaleras arriba. En fin, que todo se juntó y yo iba muy poco hasta que me dio el bofetón. Entonces dejé de verlo. Después se fue a vivir al caserón.

—Mamá nos contó que te pegó. ¿Qué pasó? —preguntó Lucía mientras Tomás seguía anotando y la abogada permanecía con la boca callada.

—Fui a una fiesta y mi padre me dijo que tenía que volver a la una. Me tenían que acompañar los padres de una amiga. Entre que llegaron tarde a buscarnos y que cuando entraron se quedaron hablando y tomando algo con los de la casa, llegué muy tarde.

—¿Cómo no avisaste por teléfono?

—Lo tenía descargado y, además, nunca imaginé que pudiese pasar lo que pasó. Él tenía que estar tranquilo, pues yo iba con otros padres, no sola o con compañeros y compañeras. Nunca lo entendí. En cuanto entré en la casa me pegó con las manos y con los pies al tiempo que me chillaba, me insultaba. —Alicia tuvo que parar un momento, ya que se puso a llorar, y en cuanto pudo siguió—: No me dejó hablar. No pude justificar lo ocurrido. Estaba hecho una furia. Yo nunca lo había visto de esta manera. Me encerré en la habitación y puse una silla detrás de la puerta. Tenía mucho miedo. En cuanto pude llamé a mamá y me vino a buscar.

—¿Volviste a verlo después de esto?

—A partir de aquel día, para mí, dejó de ser mi padre. Lo odiaba con todas mis fuerzas. No tenía ganas de verlo. Quería borrarlo de mi memoria. Yo lo veía como un ser extraño, desconocido.

—Pero ¿volviste a verlo? —insistió Lucía.

—Sí. Dos o tres veces, cuando ya estaba en el caserón. Llamaba continuamente a mamá. Por lo visto, quería pedir perdón. Insistió tanto que un día hablé con él y me dio pena. Fui a verlo dos o tres veces a su casa. No me quedaba mucho rato. Un día, solo uno, comí con él. Nunca me quedé a dormir. Aquella casa, aquel lugar y él me daban miedo. Yo creo que en aquella época él estaba muy mal. No sé por qué ni si realmente era así, pero lo cierto es que no me interesaba saberlo.

—¿Quién te llevaba a esta casa? —preguntó Tomás, que hasta entonces no había hablado.

—Mi madre —respondió.

—¿Siempre te llevó ella? —siguió Tomás.

—Sí.

—¿Qué hacía ella mientras estabas con tu padre?

—Me parece que se iba a un bar o a un restaurante cercano y leía mientras me esperaba. Me contó que un día se encontró a un antiguo compañero de papá, también médico, de cuando era joven y que estuvieron hablando un rato.

—¿Quieres decirnos alguna cosa más? —preguntó la inspectora.

—Bueno, no sé si tiene importancia. Un día al salir del caserón vi otra vez al hombre que nos encontramos en la puerta de casa.

—¿Tú crees que era gitano?

—No lo sé seguro. Podría ser que sí. Estaba sentado sobre una moto frente a la casa.

—¿Sucedió alguna cosa? —preguntó Tomás.

—No, esta vez, no. Se quedó mirando como salíamos, allí quieto, sin decir nada. Nosotros nos fuimos y allí seguía.

—¿Sabes si había alguien más, aparte de este hombre que nos has contado, que siguiese a tu padre? ¿Viste algo más que te llamase a atención?

—No. Solo este tío. Me dio miedo.

—¿Te ha dolido la muerte de tu padre? —preguntó Lucía.

—Menos de lo que creía. He llorado poco. No lo encuentro a faltar y esto me sabe muy mal.

—No te molestamos más. Muchas gracias.

Una vez solos, los dos policías permanecieron callados, sentados en sus sillas. Lucía estaba pensativa. Tomás revisaba sus apuntes.

—Creo que a la señora Gumbau se le olvidó contarnos un trozo de la historia. Se le olvidó o lo ocultó, no sé —dijo Tomás.

—Sí, lo he notado. Me gustaría saber el nombre del compañero de Javier con el que se encontró. Mucho me temo que me imagino quién es.

—Yo también lo pienso. Veremos que nos cuenta cuando hablemos con él.

—Lo que es inevitable es que vayamos a investigar en este caserón. Hay que buscar esas cartas si es que aún existen.

10 – ALICIA Y SU PADRE

La relación entre Javier y Rosa quedó totalmente destruida cuando ella descubrió que estaba siendo engañada y decidió irse de casa. En un primer momento establecieron un acuerdo verbal en el que la niña, que aún no había cumplido los cinco años, estaría con él los fines de semana alternos y siempre que él y ella quisieran mientras no desorganizase demasiado la vida de los demás. No creyeron necesario ir a abogados para redactar un convenio. Rosa tenía muy claro que Alicia debía tener la posibilidad de ver a su padre siempre que lo deseara. Ella no iba a ser un impedimento para esta relación mientras todo funcionase bien. Rosa estaba segura de que esto era bueno para ella y que la ayudaría a mitigar el sufrimiento. No pidió ninguna pensión, pues prefería no tener ninguna obligación con él y que de esta manera fuese siempre Alicia la que decidiera lo que quisiese hacer. A pesar de ello, él optó por pasarle una mensualidad para ayudar a la crianza de la pequeña.

Javier no tardó demasiado en reanudar una vida de soltero y empezó a salir con otras mujeres tras un par de meses de separación. Sentía mucho lo ocurrido, pero ni podía ni quería evitarlo. Como él mismo decía, era un mujeriego.

Al principio cumplió con su hija y siguió a rajatabla el compromiso adquirido con Rosa. Iba los viernes que le tocaba a recogerla al colegio y la devolvía a casa de su madre los domingos por la tarde. Como es habitual en los padres separados, mientras estaba con él la niña era mimada, consentida. Él era permisivo al máximo. Jugaba con ella, iban, al cine, al parque de atracciones, al zoo, invitaba amigas y amigos para que jugase, iban a comer o cenar siguiendo los caprichos de la niña; es decir, se desvivía por hacerla feliz.

La niña tenía en su casa una habitación para ella que había decorado como ella quería. Fueron juntos a escoger muebles, luces y objetos de decoración para que estuviese lo más a gusto posible en aquella casa.

Alicia parecía feliz, tanto como se puede ser en las circunstancias que le tocaba vivir. Su padre procuraba que las visitas a su casa no alterasen demasiado los planes que la niña podía tener durante el fin de semana, como fiestas, aniversarios, excursiones, etc.

Rosa, por su parte, inició una nueva vida. Al principio estuvo en casa de sus padres con su hija durante un tiempo. El hogar paterno fue un buen refugio para los primeros meses dominados por el dolor, el desengaño y la tristeza. La presencia de los abuelos ayudó mucho a aliviar la pena y a superar el momento. Desde el primer instante ella tuvo claro, y así se lo comunicó a ellos, que aquello era una solución temporal y que su objetivo era buscar otro piso para trasladarse allí con su hija. Tardó seis meses en conseguirlo. Medio año después de la separación se fue a su nueva casa con Alicia. La niña pudo seguir en la misma escuela con los mismos amigos. Aparentemente, se había adaptado muy bien a sus nuevas circunstancias. Rosa también lo había hecho. Volvió a trabajar como enfermera. Salía poco. De vez en cuando, iba a cenar o a tomar copas con algunas compañeras de trabajo. Tenía pocas ganas de fiesta. Había tenido muchas oportunidades de salir con otros hombres. Las pocas veces que las había aprovechado habían sido un fracaso. A ella no le gustaba el sexo por el sexo, necesitaba acompañarlo con sentimientos.

A los casi dos años de la separación conoció a un joven del que tardó poco en enamorarse. Empezaron una relación seria y así ella volvió a estabilizar y rehacer su vida. Quique, que así se llamaba su nueva pareja, hizo buenas migas con Alicia desde el primer día. Los fines de semana que la niña no estaba con su padre salían de excursión o iban a lugares de ocio y de distracción. Actuaban como una verdadera familia y la niña estaba feliz con la nueva situación.

Un día, cuando Alicia estaba a punto de cumplir ocho años, quiso hablar con su madre.

—Mamá, ¿yo tengo la obligación de ir cada quince días con papá?

—No, hija. Yo creía que tenías ganas de ir y que allí te lo pasabas muy bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—No ha pasado nada especial, solo que ya no me lo paso como antes. Estoy mejor contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Desde hace un tiempo papá no me hace ni caso. No salimos, no me lleva a ningún lado, no me ayuda en las tareas, no hacemos nada. Me aburro. Cuando llego me pone la tele y me tiene todo el fin de semana viendo películas y la mayoría de las veces sin él. Y esto no es lo peor. Se enfada por cualquier tontería, me riñe por todo, refunfuña todo el rato y siempre está removiendo papeles. Está raro. Yo tengo la sensación de que lo molesto cuando voy.

—¿Tú se lo has dicho? ¿Has hablado con él? A veces los mayores tenemos problemas y no nos damos cuenta de que nos portamos mal con quien queremos.

—Yo no sé si me quiere. Yo creo que no. —Y se puso a llorar.

—No llores, cariño. Por favor, no llores. Vamos a tratar de arreglarlo. Yo hablaré con él, aunque hace mucho que no lo hago, y averiguaré que pasa. Tú no has hecho nada que lo haya podido enfadar, ¿no?

—No, mamá, te prometo que no.

—Quédate tranquila, lo arreglaremos. Tu padre y yo no tenemos firmado ningún acuerdo y, por tanto, hoy por hoy, no tienes ninguna obligación de ir. Yo pensaba que era bueno que fueses a verlo, que lo conozcas, que convivas con él porque es tu padre y estoy segura de que te quiere mucho. Lo que no puede ser es que vayas a pasarlo mal. No dejaré que esto ocurra.

—Yo lo quiero, mamá, lo quiero mucho y antes iba muy a gusto. No sé qué le pasa que está muy raro.

—No te preocupes más. Mañana hablo con él. Te felicito por decirme las cosas. Agradezco que me lo cuentes. Si no las conozco, no puedo buscar soluciones, así que de verdad que aplaudo tu actitud. ¡Qué mayor que eres!

Tal como había prometido, haciendo de tripas corazón, Rosa llamó a su exmarido y quedo con él para hablar de su hija.

—¿Qué pasa con Alicia? ¿Hay algún problema? —preguntó Javier.

—Tú me lo tienes que decir. ¿Te pasa algo especial? ¿Te representa algún impedimento, algún obstáculo, el que te venga a ver? —respondió Rosa.

—No, yo no tengo nada nuevo con ella, al menos que yo sepa. ¿Por qué?

Rosa le explicó lo que la niña le había contado.

—En resumen, me ha pedido que la libre de venir contigo los fines de semana. Yo no soporté tu deslealtad, tu egoísmo, para no convertirme en alguien infeliz y un juguete en tus manos. Me costó aceptar que eres un..., bueno, me lo callo. No estoy dispuesta a tolerar que hagas daño a la niña, que la riñas sin motivo, que no le hagas ni caso. No pasaré por ahí —dijo ella.

—He tenido pocas oportunidades de pedirte perdón por lo que ocurrió y te separó de mí. Sé que ya nada tiene remedio. Sin embargo, ahora que tengo la oportunidad, te pido perdón —respondió.

—Déjate de gilipollices y vamos al grano. ¿Qué pasa con la niña?

—Estoy pasando un momento de mucha tensión y es posible que, sin darme cuenta, no me esté portando con ella como debería.

—No lo hago por ti, sino por ella. ¿Qué te pasa? ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, no. Gracias. Lo que ocurre es que me han puesto una demanda judicial por un paciente que se murió y estoy nervioso y preocupado.

—¿Qué hiciste?

—Nada especial. Era un paciente joven que tenía un tumor maligno, con muy mal pronóstico, que en un primer momento no diagnosticué y se murió. Desde un punto de vista médico, lo que hice fue correcto. Era imposible diagnosticarlo antes de lo que lo hice. Lo que ocurrió es que tuve una mala relación con la familia. Cuando aún no sabíamos lo que padecía discutí y me peleé con ellos. El padre del joven, además de ponerme una denuncia, me persigue constantemente, me amenaza, me dice que si la justicia no me lo hace pagar que lo hará él, me hace la vida imposible. Recibo cartas, llamadas de teléfono, me sigue, en fin, que me tiene loco.

—¿Dices que te pegaste con él?

—No, fue solo verbalmente. La evolución fue muy mala y el joven murió en unos meses. El padre no aceptó los hechos y me culpa a mí de la muerte. No entiende que esta enfermedad puede evolucionar así en algunos casos, no lo admite. No me deja vivir tranquilo. Espero que cuando acabe el juicio, que será dentro de poco, recapacite y se olvide de mí.

—¿Y si te condenan?

—Lo veo muy difícil, casi imposible. Hemos revisado el caso, hemos consultado con otros compañeros y con peritos importantes y parece claro que no se cometió ninguna negligencia. El juicio es el mes que viene.

—¿Te parece bien que la niña te vea menos durante este tiempo, hasta que todo esto se acabe?

—Si ella lo quiere así, ningún problema. Lo hablaré y lo pactaré con ella.

—Lo que te exijo es que cambies de actitud cuando estés con Alicia. Esfuérzate un poco. Si no lo haces, acabarás perdiéndola, y yo no pienso ayudar para que esto no ocurra. Estás advertido.

—No te preocupes. Cambiaré y tendré en cuenta lo que me has dicho.

Rosa habló con su hija y le explicó, sin entrar en detalles, el momento que su padre estaba pasando. A su manera, y teniendo en cuenta la edad de la niña, le pidió un poco de paciencia, aunque también le hizo saber que la culpa no era de ella y que su padre tenía que cambiar. Le dijo que, si esto no ocurría y no se sentía a gusto cuando iba con papá, lo debía explicar y tomarían otras medidas. Le confirmó que ni su padre ni ella querían que se sintiese obligada a ir con él.

Transcurrieron unos meses y la relación padre e hija mejoró sin que llegase a alcanzar el nivel que había tenido al principio. Al cabo de un tiempo, Rosa supo por su hija que el juicio se había celebrado y que Javier fue declarado inocente, lo que ayudó a que su carácter mejorase.

Bastante tiempo después de aquel episodio, madre e hija tuvieron un día una conversación.

—Mamá, ¿tú sabes que papá recibe cartas que lo amenazan de muerte?

—¿Qué dices, Alicia? No sé de qué me hablas. ¿Cómo lo sabes tú?

—El otro día había una carta sobre la mesa del comedor. Ya sé que no se debe hacer, pero la leí. Era muy corta. Venía a decir que nada había cambiado, que no olvidaba y que pagaría. Al acabar, con letras muy grandes, ponía algo así como «Estoy planeando tu muerte» y «yo haré justicia».

—¿Estás segura?

—Sí. Me asusté. Luego vi que papá la guardaba en un sitio donde había otros sobres como el de la carta que leí.

—¿Preguntaste o hablaste de esto con tu padre?

—No, no me atreví. Yo sabía que no tenía que haberla leído.

—No hagas caso. Si hubiese algún problema, me lo habría dicho. A pesar de todo, no te apures, se lo preguntaré. Olvídalo.

Era una mañana soleada, de atmósfera limpia como corresponde después de una lluvia intensa. Javier se sentía feliz. El puesto de jefe de sección que había conseguido lo llenaba de satisfacción. Mandar era lo suyo. Cuando le sonó el teléfono estaba entrando en el hospital.

—Dime, Rosa. ¿Qué ocurre?

—Disculpa que te llame tan pronto. No he podido dormir tranquila y he pensado que aún no habías entrado a trabajar.

—Acabo de aparcar e iba a entrar en el hospital.

—Te llamo porque Alicia leyó ayer una carta que dejaste encima de la mesa del comedor en la que te amenazaban de muerte, o al menos es lo que ella entendió. Está muy preocupada. ¿Qué está ocurriendo? Tú haz lo que te dé la gana, pero yo no voy a permitir que metas a la niña en ningún lío ni que la hagas sufrir. Desde que leyó lo que leyó, no hace más que preguntarme.

—Siento haberme dejado la amenaza a su alcance. Con todo el trabajo que tengo, estoy muy atareado y me debí descuidar. No es

nada grave. Es el padre del chico que se murió. Me parece que ya sabes que se celebró el juicio y que me declararon inocente.

—Sí, Alicia me lo contó.

—Pues, a pesar de esto, el padre de aquel joven sigue amenazándome y molestándome repetidamente. Me escribe, me llama al hospital, ha venido a verme, me sigue, en fin, que no para de avisarme de que se tomará la justicia por su mano y que me matará, que es lo que me merezco. Al principio, las amenazas eran muy frecuentes, casi mensuales. Ahora se ha calmado un poco y ha espaciado sus ataques. Entre la carta que leyó Alicia y la anterior han pasado tres meses, al menos. Yo creo que se irá apaciguando y acabará por aceptar la realidad. Pienso que no tiene mayor importancia.

—Cuesta creerte. Ojalá que sea así. Haz el favor de hablar con ella para que no sufra. Por cierto, que no se me olvide, si un día no vas a ir a buscarla, avísame, que no cuesta tanto. El pasado viernes, que habías quedado con ella y no fuiste a recogerla. La pobre te estuvo esperando una hora hasta que se decidió a llamarme a mí. Si no piensas ir, no la putees, llámala y avísala. A ella o a mí, da igual, pero avisa. Se siente muy mal cuando no la tienes en cuenta y pasas de ella. El fin de semana lo pasó fatal porque además tienes los santos cojones de no darle ninguna explicación ni de justificarte. Está muy enfadada.

—Es que a última hora tuve que asistir a una reunión de expertos en Madrid y fui, con muchas prisas. Se me olvidó.

—No me cuentes rollos que te conozco demasiado. ¿Cómo se llamaba la reunión: Adela, María, Marta, Obdulia o Gertrudis? Deja ya de mentir, que llamar por teléfono no cuesta nada. Nunca cambiarás. Eres odioso, solo piensas en ti. Una cosa más. Veo que has dejado de pasarme el dinero que me dabas cada mes. No pasa nada. Solo quiero que sepas que este dinero, que yo no te pedí, está guardado y es para cuando Alicia sea mayor. Yo no necesito nada de ti.

—Lo siento. Tengo problemas económicos y no he podido pagarte. Intentaré arreglarlo.

—Ya te he dicho que yo no lo necesito y ahora ya sabes para quién es, así que allá tú. —Y colgó el teléfono.

Con el móvil aún en la mano, Javier recordó el fin de semana que pasó con Marta en Menorca, justo cuando se olvidó de recoger a su hija en la escuela.

La vida de Rosa con su pareja, Quique, y el hijo de ambos era muy estable. Alicia estaba muy ilusionada con su hermano. Continuaba visitando a su padre, pero con menor frecuencia y procuraba pasar solo un día, no todo el fin de semana. Él tampoco pedía más. La niña fue observando un deterioro lento y continuo. Estaba más dejado, cuidaba menos la casa, vigilaba más los gastos, cosa que nunca había hecho antes, y volvía a estar irritable, irascible y agresivo. Ella lo soportaba porque cada vez lo veía menos, en parte porque lo evitaba y en parte por sus numerosos incumplimientos. El avisar que no podía estar con ella cuando habían quedado se convirtió en un hábito frecuente. Para la niña, ir a casa de su padre se había convertido en una obligación poco agradable. Iba a visitarlo con desgana. Lo veía mal y procuraba huir de su compañía tanto como podía. Su familia era la otra, la de su madre, Quique y su hermanito. Allí se encontraba a gusto.

Un jueves, cuando tenía ya casi trece años, Alicia llamó a su padre para decirle que el viernes iría a dormir a su casa.

—Hola, papá. ¿Te parece bien que vaya este fin de semana?

—Sí, hija, no hay ningún problema.

—En realidad, sí hay uno, pequeño. El viernes por la noche tengo una fiesta con cena en casa de una amiga que vive cerca de tu casa. Me gustaría ir. Pensaba que, si me das permiso, mamá ya me lo ha dado, iría a la fiesta y luego iría a dormir a tu casa y estaría contigo sábado y domingo.

—¿Cómo vas a ir y volver?

—Tú me tendrías que acompañar. Es un momento. Vive muy cerca de tu casa. Cuando la fiesta acabe, los padres de otra amiga

se han comprometido con mamá a devolverme a tu casa. Así no tienes que esperarme.

—De acuerdo. Me parece bien. Iré a buscarte el viernes a la salida del cole.

Alicia subió al coche de su padre contenta, muy nerviosa. A sus casi trece años iba a salir, por primera vez, por la noche a una fiesta. Javier, en cambio, estaba taciturno, serio, a lo mejor incluso algo triste. Ella lo definía, desde hacía tiempo, como preocupado. Los nervios de arreglarse, vestirse, llamar, volver a llamar a una, a otra, comentar la vestimenta, en fin, todos los preparativos propios de la situación consiguieron que Alicia no le preguntase nada a su padre y llegase a olvidarse de él.

Eran ya las ocho. Hora de partir.

—Hija, estás guapísima. Pareces una mujercita. ¿Mamá ya te deja que te maquilles? ¿También van chicos a la fiesta?

—Sí, me deja pintarme y empolvarme un poco, como voy ahora, y sí, también van algunos chicos, compañeros de clase. Habrá baile.

—¿Hay alguno que te hace tilín?

—No, ¡qué va! Me gustan todos, ninguno en especial. Son unos críos.

—Vete con cuidado con la bebida. Pórtate bien.

—No hay alcohol, papá. Somos muy jóvenes. Los papás de la casa estarán allí.

—De acuerdo. No vuelvas tarde. A la una en casa, como muy tarde.

—Menos mal que no has dicho a las doce como la Cenicienta. — Se echó a reír—. Vamos ya. Me traerán los padres de una compañera, Claudia, así que tranquilo.

Durante el camino Javier no abrió boca. Seguía serio, pensativo. Se despidió de su hija en la puerta de la casa. Ella entró contenta, pensando que su padre era, como se suele decir, muy guay.

Cenó las sobras que había en la nevera. No tenía demasiada hambre. Luego, se puso a ver una película. Creyó que lo mejor sería esperar a la niña despierto. Quería distraerse y olvidar las preocupaciones del momento. Intentó ver *Bugsy*, una película de Warren Beatty, uno de sus ídolos, nominada al Oscar en el 91, que

estaban dando por la tele. Entre el cansancio, el sueño y las preocupaciones, desconectó y se durmió en el sofá.

Se despertó con un sobresalto. La pantalla de la tele mostraba un documental sobre la II Guerra Mundial. Miró el reloj y vio que eran las dos y veinte. Fue al cuarto de Alicia y lo encontró vacío. Cogió el teléfono, la llamó y no obtuvo respuesta. Empezó a dar vueltas por el comedor como un animal enjaulado. Se planteó ir a buscarla. No lo hizo. Empezó a pensar que podía haber ocurrido alguna cosa. Se autoinculpó. ¿Cómo podía haber sido tan necio, tan imprudente, que no sabía quién debía traerla a casa? Solo conocía el nombre de la compañera. Se había fiado de lo que le había dicho la niña y no se había preocupado de nada más, siempre pensando en sus cosas. No sabía quiénes eran los padres que debían devolverla a casa. Tampoco tenía el teléfono de la casa donde se celebraba la fiesta. Se iba poniendo nervioso, cada vez más. Se culpaba por todas las negligencias que había cometido. Pensó en llamar a Rosa, pero no se atrevió, pues no había hablado en ningún momento con ella de la fiesta. ¿A lo mejor no sabía nada y todo era mentira? No podía llamarla y ponerse en evidencia si esto era así. A medida que pasaba el tiempo empezó a justificarse y a dejar de culparse para trasladar la responsabilidad a la niña. Le había dicho que a la una en casa y ya eran cerca de las tres. Si hubiese regresado a la una como él le había mandado, esto no estaría ocurriendo. «A saber qué estará haciendo», «Habrà bebido o tomado cosas peores», «Que esto me tenga que pasar a mí...», «Demasiada confianza he tenido en ella», «A lo mejor se ha acostado con alguien», se iba diciendo mientras seguía dando vueltas sin parar. Se sentaba, se levantaba, daba dos vueltas, miraba el reloj, volvía a sentarse, volvía mirar la hora y, a medida que pasaba el tiempo, iba aumentando su nivel de cólera. La rabia que lo invadía se encauzaba hacia su hija y no hacía más que pensar en cuál iba a ser el escarmiento que le iba a aplicar. Estaba enfurecido.

Poco después de las tres, la puerta se abrió. Alicia entró sonriente y feliz, ignorando lo que le esperaba. Al verla, Javier se abalanzó sobre ella.

—¿De dónde vienes a estas horas? —chilló, hecho un energúmeno, mientras la pobre niña lo miraba sin entender lo que ocurría.

—Es que...

No tuvo tiempo de explicar nada porque su padre le atizó dos solemnes bofetadas y se puso a gritarle desaforadamente.

—¡No quiero oírte! Yo te doy un poco de confianza y tú me das por el culo. A la cama. Vete a la cama cagando leches o te vuelvo a dar. Fuera de mi vista, golfa, que eres una cualquiera.

Alicia, sin entender nada de lo que estaba sucediendo, huyó como pudo hacia su cuarto. Al pasar delante de él, recibió una tremenda patada. Se encerró en su habitación y se puso a llorar. Le dolían los bofetones, le dolía la patada, pero le dolía aún más la actitud de su padre y las palabras que había pronunciado. No durmió. Aún no eran las siete cuando llamó a su madre.

Cuando Rosa llamó al timbre eran algo más de las siete y media. Su hija le abrió y se echó a sus brazos.

—¿Dónde está este hijo de puta? Lo voy a matar —gritó Rosa, dirigiéndose al cuarto de Javier—. ¿Qué te has creído, cabrón, que tienes derecho a hacer lo que quieras?

Los gritos de Rosa lo habían despertado. Abrió la puerta de su cuarto y apareció en pijama, despeinado y sin saber muy bien qué estaba pasando. Nada más verlo, Rosa empezó a coger todo lo que encontró a mano, tijeras, pisapapeles, jarrón, libros, cualquier cosa, y a tirárselo con la intención de dañarlo.

—A las tres, ha llegado, a las tres —dijo él a modo de excusa.

—¿Y qué? ¿Por esto tienes que pegarle sin darle siquiera la oportunidad de explicarse? Eres el hijo de puta más grande que he conocido. Esto no va a quedar así. Te he aguantado muchas cabronadas, pero esta ya te aseguro yo que no. Ahora porque está la niña delante, pero en cuanto me sea posible te machacaré. Ándate con cuidado porque te voy a hacer todo el daño que pueda y voy a esperar el momento oportuno para hacerlo, no tengo prisa. Vámonos Alicia. —Cogió la mano de su hija y salió del piso pegando un portazo que hizo temblar las paredes.

11 – MARTES, 9/11/2004

Justo cuando el teléfono sonó anunciando la llegada de su entrevistado, el sargento apareció por la puerta del despacho

—Buenos días, Tomás.

—Buenos días, jefa. ¿Preparada para la jornada? La entrevista de hoy puede ser importante para nuestras pesquisas.

—Me ha gustado esto de las pesquisas, aunque yo tengo serias dudas de que saquemos algo de provecho. Ya veremos.

Lucía se levantó, estiró la chaqueta del uniforme y se atusó el pelo con la intención de darle algo más de volumen. Mientras, Tomás permanecía sentado buscando el bolsillo en el que guardaba su preciada libreta y su bolígrafo.

—Gracias por venir —dijo Lucía al tiempo que tendía la mano para saludar a Román—. Soy la inspectora Serra y él —señaló a su compañero— es el sargento Simón. Usted es, supongo, el señor, bueno, el doctor Román Torres.

—Sí, señora. Aquí soy el señor Torres. Lo de doctor corresponde más al trabajo. Ya me dirá usted a qué se debe su citación aquí, en comisaría.

—¿No se lo imagina? —intervino el sargento usando un tono serio y algo inquisidor.

—Sé que Javier Pie ha muerto. Oí que lo comentaban en el hospital algunos que también habían sido compañeros suyos. Lo que no sé, y no logro entender, es qué puede tener que ver esto conmigo.

—Estamos empezando una investigación porque, no sé si lo sabe, el doctor Pie no murió en un accidente. Fue asesinado. Su muerte no fue accidental como parecía en un primer momento. Como en toda

búsqueda, al principio vamos algo perdidos y necesitamos hablar con todas las personas que llegaron a conocerlo o a relacionarse con él. Según tenemos entendido, él y usted fueron muy amigos, ¿no? —intervino la policía en tono conciliador.

—Lamento tener que decir que sí. Cuando estudiábamos éramos muy amigos. Podría añadir que, con el tiempo, se convirtió en mi peor enemigo.

—Entonces debe estar contento de su fallecimiento —inquirió el sargento.

—Tanto como contento no lo diría. Me atrevería a decir que me es indiferente. De verdad, lo que pienso es que así hay un hijo de puta menos en el mundo. En otro momento de mi vida seguramente me hubiese alegrado. Ahora ya no. Me da igual.

—Vaya afirmación la suya, ¡un hijo de puta menos! —dijo la inspectora, que acababa de carraspear—. Es un poco duro.

—Entiendo que les parezca mal. Puedo asegurarles que es lo que era, un verdadero hijo de puta.

—Vamos a ver, cuéntenos su relación con él y todo lo que ocurrió para que sea capaz de afirmar y reafirmar esto —dijo la policía.

—Como ya les he contado, fuimos compañeros y muy amigos durante los estudios. Después coincidimos en el Vall d'Hebrón y allí empezó mi calvario.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Simón.

—Primero se lió con mi mujer a mis espaldas. Después se aprovechó de mi confianza y utilizó el proyecto que yo había preparado para quedarse con la plaza de jefe de sección.

—Esa parte ya la conocemos. ¿Qué ocurrió después? —preguntó Lucía.

—Miranda me propuso hacer la tesis doctoral y me puse a trabajar en ella durante meses. Javier se enteró, se lió con la bibliotecaria y consiguió la bibliografía que yo había seleccionado. Inscribió antes un proyecto sobre el mismo tema y bloqueó el mío.

—¿Cómo reaccionó usted? —preguntó Tomás.

—Monté en cólera. Clara acababa de contarme, además, que llevaba años acostándose con él. Lo busqué, le escribí mensajes, le

rayé el coche, le deshinché las ruedas y un día llegué a pegarle un puñetazo antes de que escapara.

—¿Lo amenazó de muerte?

—Supongo que sí. Ganas tuve de matarlo en un primer momento, aunque luego no creo que hubiese sido capaz.

—A su manera lo intentó, ¿no? —inquirió el sargento.

—¿Qué pasa? ¿Me está acusando de algo? Yo no lo he matado —dijo Román alzando la voz y visiblemente nervioso.

—No, doctor, nadie ha dicho esto. ¿Cómo acabó todo? —preguntó la inspectora.

—Después de que este cabrón me hubiese destrozado la vida tanto profesional como personal, decidí irme del hospital, apartarme de él y tratar de empezar de nuevo en otro sitio. Entré en una gran depresión y necesité ayuda de un psicólogo que me trató durante un tiempo y aún sigue haciéndolo. Con el tiempo, la ayuda y mucho trabajo conseguí levantar cabeza.

—¿Podría decir que ahora está bien? —preguntó la inspectora.

—Me atrevería a decir que nunca he vuelto a estar como estaba antes. Acepto lo ocurrido porque no lo puedo cambiar y ya está. Vivo algo diferente a lo que vivía, esta es la realidad. No sé si me atrevería decir que soy feliz. Consiguió destrozarme mi vida, mis ilusiones, todo por lo que había luchado. Reconozco que al hablar de todo esto la sangre me hierve y las entrañas se remueven.

—Podríamos decir que nunca lo ha perdonado y que ha seguido odiándolo siempre —dijo la inspectora.

—He tratado de olvidar. Si en algún momento pienso en él, como ha ocurrido ahora, un sentimiento de rabia se enciende. Creo que, si hubiese tenido oportunidad de vengarme, lo hubiese hecho.

—Motivos y razones no le faltan —terció el sargento ahora, usando un tono conciliador—. ¿Se podría decir que se ha alegrado de su muerte?

—Su muerte a mí ya no me arregla nada. Yo no diría que me he alegrado, pero pienso que hay un hijo de puta menos en el mundo y que, si lo han matado, ha encontrado el final que merecía.

—Sabe que estamos investigando un asesinato y que, por tanto, hay algunas preguntas rutinarias inevitables —dijo Simón—. Por

ejemplo, ¿tiene usted una moto?

—Sí, tengo una, una Honda CB500X.

—¿Y coche?

—Sí, un Renault.

—Por último, ¿dónde estuvo la noche en la que se produjo el accidente?

—Supongo que, en casa, durmiendo. Si no me equivoco, fue un día no festivo, ¿verdad?

—Sí, era un día laborable. ¿Vive solo?

—Sí, vivo solo.

—¿Tenía conocimiento de dónde vivía él?

—Tengo entendido que en una casa vieja en Vallvidrera.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque de vez en cuando hablo con Clara y ella me lo dijo.

—¿Conoce a Rosa Gumbau, la ex de Pie?

—Sí.

—¿La ha visto últimamente?

—Hace tiempo que no.

—Por hoy es suficiente. Gracias por venir. Si aparece alguna cuestión nueva, nos pondremos en contacto con usted.

—Lo entiendo. Perdónenme si en algún momento me he exaltado. Cuando encuentren al asesino, lo felicitan de mi parte. Adiós —dijo dirigiéndose al sargento, que seguía escribiendo y no se había levantado de la silla. Le tendió la mano para despedirse.

Lucía cerró la puerta y se sentó en la silla que hasta entonces había ocupado el doctor, junto a la de Tomás.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó.

—Este tío está muy dolido. Rebosa odio y ganas de venganza por todos lados, y razones no le faltan. Yo pienso que no está curado. Veremos cómo sigue todo. Creo que volveremos a interrogarlo. Dudo mucho que lo haya contado todo. ¿En qué piensas?

—Estaba dándole vueltas a las maniobras practicadas por nuestro muerto para llegar a conseguir todo lo que ansiaba.

—Yo tengo claro que era un verdadero hijo de puta. Hemos hablado solo con dos personas y ambas coinciden. Creo que era una

de las personas más egoístas del mundo. No sé si seremos capaces de llegar a conocer todos los enemigos que tenía.

—Tenemos que volver a aquella casa que visitamos, averiguar por qué vivía en ella e inspeccionarla minuciosamente. Cabe la posibilidad de que encontremos algo que nos ayude.

12 – MIÉRCOLES, 10/11/2004

Lucía y Tomás llegaron a la casa de Vallvidrera a primera hora de la mañana. En esta ocasión, quizás influenciados por lo que ahora ya sabían y por la luz del día, la impresión que tuvieron fue diferente. Seguía siendo un edificio viejo, mal cuidado, triste, aunque no les pareció tan lúgubre como en la primera visita.

Puesto que ya se conocían el camino, les fue fácil encontrarla. Aparcaron justo frente a la puerta. El edificio mostraba la presencia de los pertinentes precintos que anunciaban que había sido tomado por la policía.

Abrieron la verja de hierro del exterior, que los recibió con su habitual y sonoro chirrido, y subieron las escaleras invadidas por las hierbas. Tomás se dirigió directamente a la puerta sin mostrar el más mínimo interés por todo lo que tenía a su alrededor. Lucía se paró unos instantes para contemplar los dos enormes tiestos y su decoración, con figuras moldeadas en serie que mostraban mujeres cargando sacos con uvas o algo parecido. Eran los dos iguales, enormes, altos. Su interior, repleto de tierra, había sido invadido por tréboles, hierbas de todos los tipos y alguna que otra flor silvestre. Ella imaginó que en algún momento debían haber estado llenos de flores de colores diversos, muy vistosas, mostrando su esplendor, y recordó los versos de Miguel Hernández que decían: «las flores se desvanecen devoradas por las hierbas». La inquisidora mirada de su compañero la hizo volver a la realidad y se acercó a la puerta. Tomás acababa de arrancar el precinto que impedía la entrada a personas no autorizadas.

Orientados por la luz de sus linternas, llegaron a las ventanas del comedor. Las abrieron y permitieron que la claridad invadiese la estancia. El ambiente agradeció la entrada de un aire limpio capaz de empujar al exterior el olor a enmohecido. Luego recorrieron toda la casa, abrieron todas las ventanas y se distribuyeron el trabajo. La vivienda tenía dos pisos y el reparto fue sencillo. Tomás revisaría el comedor, la sala de estar y el resto de las salas del piso inferior y Lucía las habitaciones y todo lo que correspondía al piso superior.

El sargento empezó su labor haciendo un rápido repaso ocular. La experiencia le aconsejaba no perder el tiempo revisándolo todo e ir directamente a los lugares en los que era más posible encontrar lo que buscaban. Entró en la cocina, miró a uno y otro lado, abrió algún que otro cajón y comprobó que contenían enseres de cocina, cubiertos y otros utensilios de uso diario. Cambió de habitación y fue a lo que parecía ser una sala de estar pasando por alto el pequeño cuarto de baño situado entre la cocina y este espacio. La sala tenía pocos muebles y ninguno de ellos con cajones. Un sofá de tres plazas, una mesita sobre la que había algunas revistas del corazón y dos separatas de trabajos científicos con algunos comentarios escritos a mano en los márgenes, una lámpara y un enorme televisor frente al sofá. Tomás vio que ya no estaban los restos de comida, ojeó las revistas y las separatas y pasó rápidamente al comedor sin entretenerse más de lo necesario. Estaba convencido de que, en el caso de que hubiese algo de interés para él, allí no estaría.

Dos grandes ventanas abiertas al desastroso jardín ofrecían luz más que suficiente para su investigación. No era un espacio demasiado grande. La mesa, acompañada de cuatro sillas bastante viejas, estaba cubierta por el montón de papeles que había visto en la primera visita. En la pared de la izquierda había una biblioteca, bastante grande, repleta de libros encerrados en una vitrina y un mueble de madera en la parte baja con dos puertas de un par de hojas cada una. Tras revisar los papeles que reposaban sobre la mesa y comprobar que carecían de utilidad para él, Tomás empezó su búsqueda por el mueble, convencido de que encontraría algo. Miró los libros uno a uno, pasando las hojas a gran velocidad en

busca de algún papel escondido entre ellas, sin éxito. La mayoría eran libros de medicina y encontró alguna nota escrita a mano sobre temas médicos. Nada interesante para la investigación. Miró en la parte baja de la librería. Abrió las puertas de madera. Solo había unos estantes en los que se guardaban manteles, servilletas, platos, vasos y piezas de cubertería antiguas. Nada que le llamase la atención. Dejó el mueble y se dirigió hacia la pared contralateral, en la que reposaba una gran cómoda llena de cajones.

Cuando oyó la voz de su compañero diciéndole que creía haber encontrado lo que buscaban, Lucía estaba revisando el último cajón de lo que suponía era el cuarto del doctor. Había mirado, sin mucho detenimiento, el baño y la habitación que parecía no haber sido nunca usada, pese a estar preparada para ello. Sus armarios y cajones estaban vacíos, como si nadie nunca hubiese entrado allí. La otra habitación estaba vacía, sin muebles; solo tenía en el suelo algunos papeles, sin importancia para Lucía. Se dedicó a mirar con detalle en el cuarto de Javier y allí encontró un sobre grande que contenía unos cuantos documentos procedentes de un juzgado, dos hojas manuscritas, poco interesantes, y un revolver con su caja de munición por estrenar.

—¡Lucía, baja! Creo que he encontrado lo que buscábamos. Ven en cuanto acabes —gritó Tomás mientras se sentaba en la mesa y colocaba sobre ella las cartas encontradas en la cómoda.

—Voy. Solo me queda un cajón y bajo —respondió ella.

Cuando Lucía entró en el comedor se encontró a su compañero sentado frente a un montón de sobres. Ella llevaba en su mano el arma, las balas y el sobre grande que había encontrado.

—¿Qué es todo esto? —preguntó la inspectora.

—Por lo poco que he podido ver hasta ahora, son cartas interesantes. Algunas están escritas a mano y son difíciles de leer.

—Yo he encontrado una pistola con munición y un documento que parece ser una sentencia judicial. Está en un sobre grande y solo he leído el encabezamiento.

—Déjame ver el arma —dijo Tomás cogiendo la pistola y mirándola por todos lados—. Me parece que es una Glock17

adquirida en el mercado negro. Mira aquí, el número de serie está borrado.

—Sí, ya me he dado cuenta. Lo que desconocía era el modelo.

—Bueno, esto es lo que creo yo. Ya veremos si me he equivocado. Es un modelo que circula mucho fuera de la ley. Las venden por cuatro duros. Viendo la caja de municiones que está por abrir, pienso que nunca la usó.

—Seguramente, pero algo debía temer para tener algo así a mano. A ver qué has encontrado tú.

—Son cartas. He leído algunas, así por encima, y he podido intuir que contienen amenazas. Habrá que leerlas con cuidado.

—Por descontado. La pregunta solo era para saber si podían tener interés o solo eran chorradas de amor y cosas así.

—No, no, son de interés. Estamos obligados a leerlas todas y con cuidado. Creo que nos servirán. Por lo que he visto, hay tres remitentes. La mayoría son del padre que lo denunció. Hay unas cuantas de un tal Nico Barnils, del que hasta hoy no sabíamos nada y que parece que no se llevaba muy bien con él. Así, por encima, he visto que contienen problemas de dinero y amenazas. Pocas cartas, pero creo que serán jugosas. Las otras son de su amante, Clara. En total hay unos dieciocho sobres, espero que con dieciocho cartas.

—Te propongo lo siguiente. Ahora las clasificamos en dos grupos según el remitente. Tú te llevas un grupo y yo el otro. Nos las leemos esta misma mañana, cada uno las suyas, luego las intercambiamos y, finalmente, las comentamos.

—Me parece bien. Hay que hacerlo rápido.

—De acuerdo.

Las separaron en dos lotes. Cada uno cogió el suyo y se fueron.

Tomás llegó al despacho de Lucía acalorado, pues, como era costumbre en él, había ido a toda velocidad tratando de ser puntual. Lucía lo esperaba sentada en su silla frente al lote de cartas que había recibido por la mañana de su compañero.

—No te quejarás, jefa. Cada vez hay más oponentes al título de asesino del doctor Pie.

—Tienes razón. ¿Cómo lo hacemos? ¿Hablamos primero de un lote y después del otro?

—De acuerdo. De la amante poco hay que decir, sobre todo teniendo en cuenta que vendrá mañana.

—Pues empecemos por Ramón Bonmatí, el padre del pobre Joan, que murió de un cáncer y que fue quien llevó a juicio al doctor —dijo ella.

—A mí me ha quedado claro que este hombre no ha pasado página de la muerte de su hijo y que lo sigue culpando y odiando.

—En el documento que encontré, que corresponde a la sentencia, queda claro que el doctor Pie fue exonerado y, por lo que se desprende de los informes periciales y de los forenses, no hubo ninguna negligencia. A lo sumo, un error de diagnóstico en un primer momento que, de no haberse cometido, tampoco hubiese cambiado la evolución de la enfermedad. Algo más debió pasar, pues las cartas contienen amenazas y dejan entrever un rencor enorme. La última es de hace tres meses, es decir, que seguía empeñado en la venganza. ¿Tú que crees?

—Estoy convencido de que algo grave ocurrió entre Bonmatí y el doctor. Si no, no se entiende. Hay dos cartas muy significativas. Una es la que explica que lo ha estado vigilando y que un día llegó a estar muy cerca de él, aunque no encontró el momento de dañarlo.

—Él habla de matarlo, sin paliativos —dijo Lucía.

—Sí, sí, siempre utiliza el término matar. En la otra, que es la última, le recuerda que no se ha olvidado del tema y que acabará con él en cuanto tenga oportunidad. Es decir, que este hombre lo ha estado persiguiendo y parece persistir en su obsesión. Es un sospechoso de peso. —Al acabar la frase, Tomás se levantó y clavó en el corcho de la pared una cartulina con el nombre Bonmatí—. Cuando tenga una foto lo cambiaré. Me gusta verles la cara a los sospechosos. Ya me encargo yo de buscarlo y citarlo.

—Vale. Hay que investigar sobre él y averiguar datos personales y de la familia, dónde trabaja y qué hace. Hay que interrogarlo cuando

tengamos el máximo de información. Por cierto, ¿has contado cuántas cartas mandó este Bonmatí?

—Nosotros tenemos aquí diez, y todas con amenazas. No sabemos si hay más. Como muestra de una obsesión no está mal. Tampoco sabemos si hay otras que no hemos encontrado.

—Dejamos a este hasta tener más información y pasemos al otro, hasta ahora un desconocido para nosotros. Se llama Nico Barnils, ¿verdad?

—Sí. Yo no he entendido muy bien lo que se traían entre manos los dos. Me ha parecido entender que se trataba de un problema de dinero.

—Este mandó pocas cartas. Por lo que he leído, el doctor le debía dinero, un dinero que él a su vez debía a otros que lo amenazaban si no pagaba.

—Efectivamente, esto he entendido yo. En una de las cartas viene a decir que, si no le paga, lo obligarán a matarlo o lo matarán a él, y le pone un ultimátum. Lo que no acabo de entender es cómo estaba el doctor metido en un lío así. Es como si tuviese problemas con unos mafiosos o algo parecido. No lo he entendido mucho, pero parece una deuda de juego.

—Yo tampoco lo he entendido bien. ¿Y si buscó protección? Piensa que tenía una pistola. Seguramente temía algo.

—¿Por Bonmatí?

—O por algo que no sabemos aún.

—No sé. Mira esta es la última que le mandó Barnils. —Y leyó—: «Ayer noche estuvieron aquí y me recordaron una vez más el ultimátum. O les doy los ciento noventa y dos mil euros en quince días o acaban conmigo. Les he explicado que te di el dinero a ti y la respuesta ha sido que les da igual, que yo te haga esta misma propuesta a ti. Así que ya sabes. Quiero el dinero antes de quince días o atente a las consecuencias».

—Si, este aspecto está claro, y la fecha del matasellos es de diez días antes del accidente mortal. Lo que no he acabado de ver en las cartas es el origen de la deuda. Intuyo, como tu bien dices, que parece relacionada con el juego. Nos han contado que el doctor no

se drogaba, al menos aparentemente. Da la sensación de que el tal Nico está entre esta gente y Javier.

—Esta es la sensación que he tenido. No nos queda más remedio que meternos en la vida de este tío y averiguar que hace antes de interrogarlo porque tratará de colarnos todas las trolas que pueda. Anda, clava otro papel en el corcho, que de este tampoco tenemos la foto, de momento.

—A sus órdenes, jefa. —Tomás clavó otra cartulina en el corcho con el nombre de Nico Barnils y se giró mirando a Lucía—. Esto se está poniendo interesante.

13 – VIERNES, 12/11/2004

Con su casco rojo en una mano y su Barbour desabrochado, Clara entró en el despacho de Lucía, donde la estaban esperando.

—Buenos días —dijo en un tono seco y con la cara muy seria.

—Buenos días —respondieron los dos policías casi al unísono—. Soy la inspectora Lucía Serra y él, mi compañero, el sargento Simón. En primer lugar, queremos agradecerle su colaboración al venir a hablar con nosotros. Aprovechamos para darle nuestras condolencias por la muerte del doctor Pie.

—No se molesten. Hace ya tiempo que dejó de ser alguien importante en mi vida. Su muerte ya no puede hacerme daño. Ustedes dirán en qué puedo ayudarles —dijo mientras se sentaba y se quitaba la chaqueta.

—¿Quién le comunicó que el doctor Pie había muerto?

—Fue Román. Me llamó para anunciármelo y para avisarme de que me citarían, ya que, según me dijo él, lo habían asesinado.

—Vemos que está bien informada. Supongo que en este caso entenderá que tenemos que hablar con todas las personas que tuvieron relación con él.

—Puedo entender que tengan que hacerlo, aunque no entiendo en qué puedo ayudar yo. Hace tiempo que ya no tenía contacto con él.

—Es posible que últimamente haya sido así, pero durante bastante tiempo tuvo usted mucha relación con él, ¿no? —inquirió Tomás.

—Sí, así es, y entiendo que quieran hablar conmigo. ¿Qué quieren saber? —dijo con semblante muy serio.

—Como usted ya se ha comunicado con él, sabe que hemos interrogado al doctor Torres y, por tanto, conocemos ya algunos detalles. Lo que nos interesa es escuchar su versión de todo lo que sucedió y que nos diga todo lo que usted piensa que nos puede ayudar. Para empezar, ¿cómo conoció al doctor Pie?

—Lo conocí siendo muy joven, en la Facultad de Medicina. Él y Román eran muy amigos en aquel momento. Salíamos de vez en cuando los tres o los cuatro, si Javier traía pareja. En aquella época, un día que me acompañó a una fiesta, porque Román estaba preparando el MIR, lo besé y deseé irme a la cama con él. Me provocó un apetito sexual como nunca había tenido.

—¿Lo hizo?

—Por aquel entonces estaba enamorada, o así lo creía, de Román y me pareció que no era correcto traicionarlo. Reconozco que me quedé con las ganas.

—¿Qué más pasó?

—A partir de aquel momento nuestras vidas siguieron caminos diferentes y dejé de verlo.

—¿Cuándo volvió a encontrarse con él?

—Javier ganó una plaza de médico adjunto en el hospital de Román. Se encontraron y reanudaron su amistad. Un día fuimos a cenar los tres. Habían pasado unos años y yo ya no estaba tan ciegamente enamorada de Román como al principio. Podría decir que nuestra relación no estaba en su mejor momento. En cuanto lo vi, el deseo me invadió y decidí apagar aquel fuego. En esta ocasión no quise reprimirme.

—¿Entonces fue cuando se convirtió en su amante? —intervino Tomás.

—Sí, si quiere llamarlo así, así fue —respondió Clara, algo molesta—. Al día siguiente fui a su casa y comenzó nuestra relación. Duró unos años. Cuando pienso en ello, me doy cuenta de que fui muy egoísta.

—¿Por qué dice esto? —preguntó Lucía.

—Al principio estaba con él solo por puro deseo, por sexo puro y duro. Este motivo se mantuvo durante bastante tiempo. Después creo que seguí viéndolo solo por lo que la relación tenía de secreto,

de prohibido, de aventura. Yo estaba bien con él. Lo pasaba muy bien con el sexo. Él era un experto en esto. Me atrevería a decir que con él encontraba lo que me faltaba en Román. Era una situación cómoda y, en el fondo, me aproveché un poco de cada uno. Esquemáticamente, diría que uno me ofrecía pasión, sexo, aventura, y el otro, personalidad, diálogo, un amor, digamos, no únicamente físico.

—¿Cómo acabó? —siguió preguntando la inspectora.

—Estuve en esta situación mucho tiempo, demasiado, unos años, hasta que me di cuenta de que no podía seguir de aquella manera. Me sentía culpable por traicionar a Román, por no ser capaz de contar la verdad, por aprovecharme de la situación. Me fastidiaba mucho que a Javier parecía no importarle. Me costaba pensar que me quería y era capaz de tolerar la situación hasta que entendí que no me quería. Cuando Javier robó la plaza que Román tanto deseaba, me di cuenta de quién era. Supongo que Román les ha contado toda la historia de la plaza y de la tesis. —Los dos policías asintieron con la cabeza y ella siguió—: En aquel momento decidí que debía contarle la verdad a Román e irme a vivir sola. Traté de esperar un tiempo para aclarar mis ideas y mis sentimientos y, sobre todo, para evitar añadir más daño a Román del que ya le había hecho su compañero. Yo no sabía cómo explicarle que le estaba poniendo los cuernos con el que había sido su amigo, el mismo que le había robado la plaza. Antes de poder esclarecer mis decisiones y hablar por separado con uno y el otro, descubrí lo de la tesis doctoral. Me enteré de cómo Javier había embaucado a la bibliotecaria, me había engañado a mí y había jodido la vida de Román. El día en que esto ocurrió fue el peor de mi existencia. Me di cuenta de lo sucia que era, de lo mal que me había portado, de mi egoísmo. Aún me siento horrorizada cuando lo pienso. Me sentía culpable porque fui yo quien le chivó lo de la tesis. Me he arrepentido tantas veces de haber hecho lo que hice... —pronunció estas palabras entrecortadas y con alguna lágrima brotando de sus ojos—. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Nunca pude imaginar que fuese capaz de una felonía como aquella. Aquel mismo día decidí contarle toda la verdad a Román y acabar con la relación.

—¿Cómo se tomó el doctor Torres la traición, bueno, la última traición, de su supuesto amigo?

—Se lo puede imaginar. Entró en cólera. Se puso fuera de sí. Yo nunca había imaginado que pudiese tener una reacción tan enérgica, tan primaria. Parecía un animal herido. Lo maldijo, lo insultó, a mí también, como es lógico, y aseguró que lo mataría. Intenté frenarlo porque quería ir a su casa con un cuchillo que cogió de la cocina. Me ordenó que me fuese de casa si no quería acabar como é. Me amenazó. Yo aguanté como pude. Tenía mucho miedo.

—¿Cuándo se calmó? —continuó preguntando Tomás.

—Román no es violento en circunstancias normales. Aquel día parecía otro. Estaba enloquecido. Mostró una rabia, un odio, que yo desconocía. Solo quería venganza y me pedía que me fuese porque no sabía si sería capaz de controlarse. Lloraba, gritaba, insultaba, daba golpes a la pared, a todo lo que tenía delante de él. Yo estaba muy asustada. En aquel momento pienso que podía haber hecho cualquier disparate.

—Vamos a ver si yo consigo entender lo ocurrido. Cuando el doctor Torres se enteró de que su compañero le había robado la plaza, ¿tuvo una reacción así? —intervino Lucía

—No, no, la primera vez, cuando esto que usted dice ocurrió, reaccionó violentamente, muy cabreado, y quería darle un puñetazo. Nada que ver con lo que ocurrió después. En esta primera ocasión conseguí controlarlo y darle un calmante. En aquel momento él no conocía mi relación con Javier. Luego fue a ver a su jefe y como le hizo la propuesta de la tesis, se tranquilizó un poco. Aquello actuó como un bálsamo pese a que trató de buscarlo para decirle cuatro cosas y a lo mejor le hubiese pegado una buena hostia si hubiese podido. Lo pasó muy mal, pero nada que ver con lo que sucedió la segunda vez. En esta segunda ocasión yo también era motivo de su enojo y poco podía hacer. Yo quería ayudarlo, lo intentaba, pero era evidente que solo conseguía encenderlo más. La cabronada de su teórico amigo junto a la mía lo habían hundido.

—¿Ha dicho «cabronada»? —preguntó Tomás.

—Sí. Javier era un cabrón, un hijo de puta. Tardé demasiado en darme cuenta de ello. Entiendo que ustedes piensen que yo también

lo había sido y lo reconozco. Lo que estoy contando tiene que ver con lo que le hizo a Román. Lo mío, siendo una gran putada, es otra cosa de la que no creo que tengamos que hablar ahora. Lo mío fue una traición sentimental en toda regla. Lo de Javier era una traición sentimental y profesional y, además, en dos ocasiones. Era hundirlo en la puta miseria, y con ello no quiero eludir mi parte de culpa.

—Es decir, que después de robarle la plaza a Román, usted siguió con él como si nada —siguió preguntando el sargento.

—Sí, reconozco que no debía haberlo hecho. Me he arrepentido muchas veces. No trato de justificarme, solo les explico lo que ocurrió. Como ya les he dicho, yo, después del disgusto que Román tuvo al perder la oposición, intenté dejar que transcurriese un tiempo antes de contarle que tenía decidido irme de casa a vivir sola. La verdad es que, en un primer momento, no pensaba explicarle lo de mi relación oculta. Lo que este había hecho con su amigo me había abierto los ojos y yo estaba decidida a dejarlos a los dos. Quería dejar pasar un tiempo, el suficiente para que Román se serenase. Seguí viendo a Javier para evitar que pudiese contarle algo sobre nuestra relación antes de que lo hiciese yo. Trataba de evitar nuevos problemas. Lo que acababa de hacer me había demostrado qué tipo de persona era. No era el tipo de hombre que yo creía conocer. No me atreví, o no pude, o no quise. No lo sé. La cuestión es que no lo hice. A la segunda ya no pude soportarlo más.

—Por tanto, cuando usted se enteró de lo de la tesis y de su relación con la bibliotecaria, fue cuando decidió tirar la bomba —apuntilló Tomás.

—Efectivamente. El día que descubrí lo que estaba haciendo, ya no pude aguantar más. Llegué a casa y se lo conté todo a Román.

—¿Así, sin anestesia? —dijo Tomás irónicamente.

—Sí. Ya no podía más.

—¿Cómo acabó todo después del gran cabreo que nos ha contado? —preguntó Lucía.

—Como les he dicho, después de gritar, chillar, insultar, amenazar, golpear todo lo que tenía a mano, se fue a la cocina, cogió un cuchillo grande y se fue, según dijo, a casa de Javier. Traté de frenarlo. Mis esfuerzos fueron infructuosos. Desde luego, yo no era

la persona más apropiada para conseguir calmarlo. Él salió de casa en busca de Javier y yo aproveché aquel momento y me fui de allí. Unos días después supe que había estado esperándolo en el portal toda la noche, pero Javier no apareció. Por suerte, creo que todos la tuvimos, aquel día y aun unos días más, estaba, según parece, en un congreso de medicina interna. A lo mejor no era verdad y estaba con una tía, vaya usted a saber. Los pocos días que pasaron hasta que volvió permitieron que Román se serenase un poco.

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó Tomás.

—Yo me fui de casa aquella misma noche, como acabo de decirles. Al cabo de unas semanas fui a recoger mis cosas y hablé con Román. Quería pedir perdón, explicarme, ivaya tontería! Fue imposible. Solo hablaba de Javier. Me contó lo de aquella noche y de que llevaba unos días persiguiéndolo, que había conseguido pegarle, pero que no le bastaba. Solo hablaba de hacerle daño. Luego tuve que verlo, por necesidad, dos o tres veces. Me daba mucha pena. Yo me sentía muy culpable por la infidelidad y por haber sido quien le había contado a Javier lo de la tesis. Es evidente que nunca pensé que fuese capaz de hacer lo que hizo. Jamás imaginé que fuese tan malo, tan egoísta, tan hijo de puta. Cuando le expliqué que Román había iniciado el trabajo de investigación para la tesis lo hice pensando que tenía algún remordimiento por lo que había hecho con la plaza y que por esto me preguntaba cómo estaba. Yo creí que contándole el nuevo proyecto podría aliviar su sentido de culpabilidad, un sentimiento que, ahora lo sé, nunca tuvo. No me planteé, no se me ocurrió, no sospeché lo que era capaz de hacer.

—¿Vio más veces a Román después de todo aquello?

—Sí. Al cabo de un tiempo, no demasiado. Entró en una depresión y, aconsejado por alguien, decidió irse del hospital. Lógicamente, yo era uno de los motivos de su malestar y no lo podía ayudar.

—¿Lo vio más veces?

—Con el tiempo se serenó y pude pedirle perdón. Ahora mantengo una relación amistosa, lejana pero cordial. Hablamos por teléfono y nos hemos visto algunas veces.

—¿Cree que olvidó lo sucedido con Javier? —preguntó Tomás.

—No. No lo ha superado. Las veces que he hablado con él acaba sacando el tema y habla de *vendetta*. Repite mucho aquello de que la venganza es un plato que se sirve frío.

—¿Sabe usted si ha ido a verlo a su nueva dirección? —siguió Tomás.

—No, no lo sé.

—Por cierto, ¿usted sabe por qué cambió de dirección y se fue a vivir a ese caserón destartado?

—Seguro no lo sé. Creo que fue por dinero. Un día, ya llevábamos mucho tiempo sin contacto, Javier me llamó. Necesitaba verme. Parecía bastante desesperado. Nos reunimos en un bar cercano a su casa. Lo vi muy desmejorado. Iba desaliñado, mal vestido, no como él acostumbraba a ir. Acabó pidiéndome dinero. Me dijo que estaba montando un negocio y que necesitaba ayuda. No le creí ni una palabra.

—¿Se lo dio? —preguntó Tomás.

—No. Yo no me fiaba ni un pelo de él. Lo intentó unas pocas veces más. Cada vez me contaba una cosa diferente. Lo último es que debía mucho dinero y que si no lo devolvía podía pasarle algo.

—Algo, ¿cómo qué? —insistió Tomás

—Que lo podían matar. No lo creí, aunque a la vista de lo ocurrido ya no sé qué pensar.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó Lucía.

—Hará unos dos meses, más o menos.

—¿Conoce a un hombre llamado Nico?

—Conocerlo no. Hablaba de un tal Nico como alguien relacionado con todo este tema del dinero. Según entendí, era a quien le debía y, por lo visto, le asediaba continuamente. No me enteré demasiado bien de lo que ocurría. Yo no quería meterme en sus temas y había acudido a sus citas porque me sentía obligada por el pasado. Lo que le pudiese pasar no me interesaba y nunca intenté saber de qué se trataba. No quería involucrarme en nada relacionado con él. Eran encuentros esporádicos y muy cortos. Yo no sabía decirle que no cuando me llamaba, pero trataba de evitarlo al máximo. Lo veía muy apurado y, sin embargo, no me sabía mal.

—¿Ha estado en su última casa?

—No. Sé que está en Vallvidrera, solo esto.

—¿Quiere decirnos algo más que nos pueda ser útil? —preguntó Lucía.

—No, no se me ocurre nada. Creo que les he contado lo que sé.

—Perdone —interfirió Tomás—, antes de irse. Veo que va en moto —dijo señalando el casco—. ¿Qué moto es?

—Una Harley-Davidson.

—Para finalizar, ¿dónde estaba usted el día del accidente? Es un formulismo necesario.

—Lo entiendo. En casa con mi actual novio.

—Imagino que, si le preguntamos, él lo podrá corroborar.

—Evidentemente.

—Pues creo que ya estamos. Si necesitamos algo más, ya la llamaremos. Muchas gracias —dijo Lucía para despedirse de ella.

Clara cogió su chaqueta y su casco y se fue.

14 – TRAICIONES

Siguiendo el camino que se había trazado, Javier, en cuanto acabó su residencia, ocupó una plaza de médico adjunto en el mismo hospital donde la había hecho, el de Igualada. No le fue difícil, ya que durante los años de formación había destacado por encima de sus compañeros. Sus jefes estaban deseando que acabase el MIR para poder incorporarlo al *staff* del servicio. Sin embargo, su objetivo era otro. Él pretendía dar un salto a un hospital más grande, de mayor complejidad en sus patologías y con mayor posibilidad de llegar a estar entre los mejores internistas del país. Su meta deseada era conseguir una plaza en el hospital Vall d'Hebrón. Mientras esperaba poder cumplir su deseo, aceptó el contrato de médico adjunto en el hospital de Igualada y, transcurridos algo más de dos años, tuvo la oportunidad de dar el salto. Ganó unas oposiciones y entró en el hospital anhelado.

Su amigo Román, que se había formado como residente en el Vall d'Hebrón y ahora formaba ya parte del *staff*, conoció la noticia de su incorporación y lo estaba esperando en su primer día de trabajo para recibirlo.

—¡Cuánto tiempo ha pasado! —dijo Román mientras lo abrazaba dándole la bienvenida.

—Entre los años de residencia y los dos que he trabajado en Igualada han sido seis años. Parece que fue ayer cuando jugábamos a balonmano y nos íbamos de fiesta y mira ahora, qué mayores y qué responsables somos —respondió Javier.

—¿Qué es de tu vida? Me dijeron, no me preguntes quién, que te habías casado, te habías separado y que tienes una hija.

—Te dijeron bien. Me casé y tuve una hija, Alicia, y me separé cuando ella tenía unos tres años. Al principio todo fue muy bien. Yo estaba realmente enamorado y el nacimiento de la niña me llenó de felicidad. Un día cometí un error. Ya me conoces, tuve un ligue, bueno, tengo que reconocer que fueron más de uno, y mi mujer me descubrió. En cuanto se enteró de mi infidelidad, Rosa, mi exmujer, cogió a la niña, se fue a casa de sus padres y me dejó plantado. Ahora hago vida de separado. Tengo a la niña cada quince días y el resto, a vivir como siempre. Bueno, igual igual no, porque la edad y el trabajo obligan a ser más responsable y ya no puedo hacer como cuando estudiábamos. Sea como sea, no me puedo quejar. ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Sigues con Clara?

—Sí, vivimos juntos. No nos hemos planteado ni casarnos ni tener familia ya que los proyectos profesionales exigen no distraerse y creemos que lo primero es lo primero. Ella trabaja como cardióloga en el hospital de Mataró. Ahora está preparando unas oposiciones para subir de categoría. Yo, ya ves, aquí. Estoy muy a gusto. Además del trabajo asistencial, que es muy absorbente y me apasiona, hago docencia y bastante investigación. Ahora mismo estoy metido en dos publicaciones que pronto mandaremos a una revista americana. Estas son las cosas que hacemos los médicos de aquí y que tú, dentro de poco, también harás. Nosotros lo de los niños de momento lo hemos pospuesto. Ella aún es joven y tenemos tiempo. Perdona, vamos a tener que dejar la conversación o llegaremos tarde a la sesión y hoy es tu primer día, conviene ser puntual. Si te parece, a la hora de comer te busco y aprovechamos este rato para seguir hablando.

—De acuerdo.

Aquel día no pudieron comer juntos, pues Javier estuvo muy ocupado con las presentaciones a los compañeros y todo el trabajo de papeleo y registros en los diferentes servicios: recursos humanos, ropería, informática... En su primer día, tuvo que comer cuando pudo y no cuando quiso.

En contra de lo que cabía suponer en un primer momento, se veían poco durante el horario laboral y siempre con prisas, ya que cada uno tenía sus obligaciones y en los espacios intermedios no

coincidían. Un día Román decidió llamar a su compañero por teléfono y le propuso salir a cenar para poder conversar con tranquilidad y así reencontrarse.

—Iré con Clara, si no te importa —dijo Román.

—¡Cómo me va a importar! Tengo ganas de verla. Como me pasó contigo, hace mucho que no la veo, así que será un placer.

Román había reservado en un restaurante, poco conocido por el gran público, al que iban mucho en su época de estudiantes, la Taberna Provenza. Javier acudió a la cita puntual, como solía hacer. Puesto que no sabía si sus amigos habían llegado, entró. Tras dejar atrás la barra y una clásica puerta de madera enmarcando una cristalera, llegó al pequeño comedor y preguntó por ellos. Le dijeron que no habían llegado y lo sentaron en la mesa que tenían reservada. Pidió una cerveza y apenas había tomado el segundo sorbo cuando los vio llegar.

—Hola, Javier. Perdona el retraso. No sabíamos dónde dejar el coche. Esto de aparcar por aquí está imposible —dijo Román.

—Hace muy poco que he llegado. No hay problema —respondió Javier al tiempo que le daba la mano a su amigo—. Hola, Clara. ¡Qué ilusión volver a verte! Hacía mucho tiempo. Sigues tan guapa como siempre. —La abrazó con fuerza y la besó en las mejillas.

—Hola. Tienes razón. Hacía ya mucho. Veo que para ti tampoco ha pasado el tiempo. Sigues tan apuesto como cuando te conocí.

Javier se había fijado en Clara al verla entrar. Realmente estaba muy guapa, mucho más de lo que él recordaba. Iba vestida con unos tejanos azul claro, apretados, una blusa de color rojo y cubierta por un abrigo de paño azul marino. Se dio cuenta, cuando ella se quitó el abrigo, de que no llevaba sujetador. Olía, o así le pareció a él, de la misma manera que aquel día en que se besaron. Sus miradas se cruzaron y se quedaron fijas, cada una en los ojos del otro, durante unos instantes. Parecía que ambos estaban recordando que tenían alguna cuenta del pasado aún sin resolver. Tuvo la misma sensación que notaba cada vez que veía alguna mujer que provocaba su deseo. Fue solo un segundo. Román no se percató de lo que acaba de ocurrir entre los dos. El trayecto del deseo había seguido una línea recta olvidándose de él.

Decidieron cenar de tapeo. La conversación fue fluida y no pararon de poner al día todas sus historias vitales, en especial las profesionales. Javier les explicó lo mucho que había deseado conseguir una plaza de médico adjunto en el Vall d'Hebrón y el esfuerzo que había tenido que hacer para alcanzarlo. Ahora había cumplido un sueño y vislumbraba un sinfín de proyectos nuevos y un futuro prometedor. Clara habló de su trabajo en un hospital de menor complejidad y de la satisfacción que le daba la cercanía de sus pacientes, el no tener que abordar grandes patologías y el compensarlo con el cuidado personalizado de sus enfermos. Román explicó lo mucho que había aprendido en la residencia al estar en un gran hospital y la gran oportunidad de la que había gozado quedándose allí. Explicó a su amigo, ya que Clara ya lo conocía, su proyecto para reformar y mejorar la actividad de la sección de urgencias. Estaba convencido de que en un tiempo no muy lejano habría la oportunidad de acceder a una plaza de jefe de sección de esta unidad, ya que las urgencias planteaban una problemática tan particular y grande que obligarían a que alguien se ocupase específicamente de ellas.

Tras hablar del trabajo entraron en el mundo de lo personal. Javier contó con más detalles su separación y el nacimiento de su hija. Román y Clara estaban de acuerdo en ser padres en un futuro. No se lo habían planteado hasta el momento, ya que los proyectos profesionales habían ocupado el primer lugar y podían esperar. Durante el transcurso de esta conversación Javier notó cómo Clara, con el pie descalzo, le acariciaba la pierna. Él se había pasado toda la cena mirándola de forma furtiva para evitar que su compañero se diese cuenta. Había notado que Clara también lo miraba frecuente y fijamente a los ojos, sobre todo en aquellos momentos en los que él se perdía observando el movimiento de sus pechos libres, turgentes, insinuantes, marcando los pezones. Cuando esto ocurría, Clara sonreía provocativa y daba lugar a que él desviase la mirada para evitar que su amigo descubriese lo que estaba sucediendo. Las caricias de Clara, que se acompañaban de una mirada insinuante, le habían provocado un deseo enorme de poseerla y una erección. El juego se repitió en varias ocasiones. Cuando el reloj se acercaba a la

una, como ya no quedaba nadie más que ellos en el restaurante, decidieron marchar. Intercambiaron los teléfonos y se despidieron.

Llegó a su casa creyendo que estaba soñando con lo ocurrido. Le costó dormirse. Tuvo que ponerse un vídeo porno y aliviarse. En su mente, la idea de volver a ver a Clara luchaba con el deber moral de no traicionar a un amigo. Al final, la fuerza del deseo de poseerla, impulso que, por otra parte, nunca había reprimido con ninguna mujer, reforzado por la actitud que ella había mostrado, ganaron frente a la duda moral de la traición. Se durmió habiendo tomado la decisión de llamar a Clara al día siguiente lo más pronto que le fuese posible.

Parecía que era su primera cita. Durante toda la mañana, en el momento en el que disponía de un espacio libre, cogía el teléfono para llamar. En cuanto lo tenía en las manos, titubeaba y desistía. Lo intentó tres veces. Dudaba sobre si ella había jugado con él o si realmente deseaba el reencuentro. Al cuarto intento se decidió y marcó el número que le había dado.

—Buenos días. Había apostado conmigo misma a que llamarías antes del mediodía, y he ganado —dijo Clara al otro lado del teléfono—. Veo que entendiste el mensaje, que, por cierto, era bastante claro y fácil de captar.

—Sí. Fue evidente, claro y directo. Pese a ello, tenía dudas. No sabía si habrías cambiado de idea, si lo de ayer fue cosa de un momento, en fin, que he estado dubitativo hasta ahora.

—No, no he cambiado de idea. Lo de ayer fue totalmente calculado y premeditado. Tenía ganas de verte y estar contigo a solas. Ya me quedé con ganas hace años. ¿Y tú?

—Yo me muero de ganas. Dudaba por si no era correcto que nos veamos a espaldas de Román.

—Esto es algo aparte. La relación entre Román y yo es cosa mía y yo ya he dado este paso. Ahora eres tú el que tiene que decidir lo que debes o no debes hacer. ¿Quieres que nos veamos?

—Claro que quiero, por eso te he llamado.

—¿Te va bien a las cinco? Tendré tiempo hasta las ocho, más o menos.

—¿Quieres quedar en algún sitio para tomar algo?

—¿Puede ser en tu casa? Algo tendrás para tomar y, si no me equivoco, ayer dijiste que ahora no tienes pareja. ¿Es así?

—No tengo, no.

—Pues no se hable más. Dame la dirección y voy.

Cuando sonó el timbre faltaban dos minutos para que el reloj marcara las cinco. Javier estaba nervioso, expectante. Abrió la puerta y allí estaba ella. Seguía llevando los tejanos azules y cubría su cuerpo con un jersey blanco bajo una chaqueta tejana. No tuvo tiempo, ni ganas, de mirar sus zapatos. Estaba bellísima. Se quedó parado, embobado en la puerta.

—¿Me vas a dejar entrar? —dijo ella con una enorme sonrisa en los labios.

—¡Claro! Perdona, estaba paralizado. Adelante. ¿Cómo estás?

—¿Cómo voy a estar? Muy bien, ¿y tú?

Clara entró en el apartamento sin esperar respuesta, fue directa al comedor, se quitó la chaqueta tejana y se giró para ponerse frente a él. Se miraron fijamente unos segundos y, sin mediar palabra, se abalanzaron uno contra otro y entrelazaron sus bocas, sus lenguas, una y otra vez, aumentando en cada beso la profundidad de sus intercambios. Las manos de Javier poco tardaron en acariciar sus pechos. Ella se separó un momento y se despojó del jersey y del sujetador, mostrando sus pechos erguidos y desafiantes. Él los cogió con las manos, los acarició, los apretó, los besó, los lamió y, con un suave movimiento, hizo girar su cuerpo, colocándose a su espalda. Seguía acariciándolos, pellizcando con suavidad los pezones, mientras sus labios recorrían el cuello y las orejas posando en ellos suaves besos y pequeños lengüetazos. Poco a poco su mano derecha se deslizó por el abdomen y trató de introducirse por debajo del pantalón de Clara, quien, para facilitar el recorrido, desabrochó los botones y la cremallera, permitiendo la llegada de la mano a sus genitales húmedos y receptivos. Javier los acarició provocando algunos gemidos de placer a su pareja. Ella, como pudo, acercó la mano a la bragueta y empezó a acariciar la zona, notando la verga grande y dura a punto de explotar. Luego se giró, le desabrochó el pantalón y permitió la liberación del pene erecto. Lo acarició con suavidad y lo introdujo en su boca durante unos instantes.

Llegaron a la cama desnudos, dejando un rastro de prendas por el camino. La penetró con suavidad, lentamente. Fue el único momento pausado del encuentro, tratando de prolongar la entrada de su miembro en la vagina que lo esperaba con ansiedad. Volvieron a iniciar los movimientos rápidos hasta alcanzar el deseado orgasmo casi al mismo tiempo. Luego permanecieron estirados en la cama, sonrientes, sin hablar, mirándose y acariciando sus cuerpos hasta que, al cabo de un tiempo, follaron por segunda vez, en esta ocasión de forma menos acalorada. Lo hicieron tantas veces como pudieron. Hablaron muy poco. No mencionaron a Román en ningún momento. Tal como ya había anunciado, Clara, unas tres horas más tarde, abandonó el apartamento, no sin antes emplazarse para una siguiente cita.

Habían pasado unas cuantas semanas desde la cena cuando Román fue a buscar a su amigo a su consulta para tratar de juntarse a la hora de la comida. Clara y Javier seguían manteniendo sus citas sexuales con cierta frecuencia, aunque ella seguía viviendo con Román. A diferencia de la primera cita, la relación había ido adquiriendo un aspecto más sentimental, sobre todo por parte de ella, que creía haberse enamorado. Javier temió que la reunión con su compañero tuviese relación con este tema.

El comedor del hospital reservado para el personal era muy grande. Siempre estaba lleno, pese a lo cual era relativamente fácil encontrar alguna mesa aislada. Los dos amigos se sentaron al lado de una ventana.

—Tengo que pedirte un favor. Necesito ayuda —dijo Román mientras aliñaba la ensalada—. Ha salido, como me imaginaba y te pronostiqué, la plaza de jefe de sección con dedicación a las urgencias del servicio. Además de presentar el currículum, y en esto creo que no voy a tener problemas, pues el mío es bueno, hay que aportar y defender en público una memoria. Yo tengo todas las ideas en la cabeza, ya lo sabes, pero creo que me sería muy útil si pudieras ayudarme a estructurarlas y a preparar la presentación. El hecho de que alguien vea las cosas desde otra perspectiva puede ser de gran utilidad.

Aceptó gustoso. Como llevaba poco tiempo en el servicio, no pensaba optar a esta plaza y así se lo dijo a su compañero. Durante los siguientes cuatro meses se reunieron en múltiples ocasiones y elaboraron el proyecto. Román ponía las ideas y él lo ayudaba a organizarlas. Mientras Román invertía mucho tiempo en el trabajo, él se seguía viendo con Clara, en secreto, de forma regular.

—He decidido que yo también me voy a presentar a la plaza de jefe de sección —dijo Javier una tarde, mientras acariciaba los pechos de Clara tras haber follado.

—¿Qué dices? —respondió ella dando un salto sobre la cama hasta quedar sentada. Empezó a vestirse—. ¿Román lo sabe?

—No, no le he dicho nada. Presentaré los papeles el último día y se lo comunicaré momentos antes.

—Le va a sentar muy mal. Está obsesionado y muy ilusionado con este proyecto. ¿No crees que es una muy mala jugada? Espero que no le copies la idea.

—Un poco sí. Al fin y al cabo, es un proyecto que hemos trabajado juntos y algunas ideas mías también están en él. Román es muy teórico y muchas cosas no sabe traducirlas a la práctica. Yo sí. A partir del trabajo que he hecho construiré una memoria real y realizable. Se trata de una oposición y tengo tanto derecho a presentarme como él, y que gane el mejor.

—No sé lo que vas a hacer. Imagino que el cuerpo, la parte más importante del trabajo, se basará en sus ideas. Puede ser cierto que tú las hayas mejorado, pero siguen siendo idea de él. Es una cabronada que no se merece. Va a ser horroroso cuando se entere. Yo te había dicho que mi idea era separarme de él, que no quería seguir engañándolo, pero, sabiendo esto, me veo incapaz de abandonarlo ahora. Va a necesitar ayuda. Si mi opinión sirve para algo, tu decisión me parece una horrible traición.

El último día del plazo para la presentación de la documentación para optar a la plaza, Javier fue a buscar a su compañero y le explicó sus intenciones.

—¿Qué dices? ¿Que tú también te vas a presentar? ¿No tendrás la desfachatez de copiar mis ideas? —dijo Román al enterarse de la voluntad de su amigo.

—No, yo presento lo que se va a tener que hacer en el servicio. Es diferente a lo tuyo. De todas maneras, tengo que decirte que las ideas, mientras solo son ideas y no están registradas a nombre de alguien, no son propiedad de nadie —respondió y se fue sin dar opción a ninguna respuesta de su compañero, que se quedó perplejo.

Román llegó muy nervioso al auditorio donde se iba a celebrar la oposición. Temía la traición de su otrora amigo y esto lo preocupaba tanto como lo enfurecía. La oposición era pública, de forma que unos cuantos de sus compañeros se habían acercado a escucharlos. Ambos opositores se sentaron separados, uno en cada esquina de la fila. El primer ejercicio, la defensa del currículo, transcurrió con mucha igualdad. Tenían un gran expediente académico y pocas diferencias los separaban. La defensa del proyecto era, pues, definitiva. Román estuvo nervioso, impreciso, titubeante y con poca fluidez en su presentación. Javier, en cambio, mostró aplomo, conocimiento y eficacia y se lo puso fácil al tribunal, que acabó concediéndole la plaza.

Cuando Javier ganó la oposición, Román entró en un estado inhabitual en él. Clara nunca lo había visto tan desquiciado, tan iracundo, tan lleno de rabia. Se enfadaba por todo, golpeaba con fuerza la cama, chillaba sin motivo, blasfemaba, cosa que nunca había hecho, no hacía más que maldecir a su compañero y repetía una y otra vez «si lo cojo, lo mato». Clara tuvo serias dudas sobre si había urdido un plan para hacerlo. Ella trató de calmarlo, de quitarle la idea de la cabeza haciéndole ver que solo conseguiría empeorar las cosas. Él le hacía poco caso. Solo la escuchó cuando le pidió que cogiese la baja y se tomase un tiempo para reflexionar y sosegarse.

—¿Has pensado en ir a hablar con tu jefe y explicarle cómo han ido las cosas? —preguntó Clara—. Creo que, a pesar de no haya ninguna posibilidad de reconducir la situación, es bueno que lo sepa. Lo que te ha hecho no está bien y no puede quedar sin que nadie conozca la verdad. Tu jefe es, creo yo, quien debería saberlo.

Ella amaba a Javier, pero tenía un indudable aprecio por el que aún era su pareja y reconocía su esfuerzo. Había desaprobado y le

había afeado múltiples veces a Javier lo que había planeado hacer. Quería ayudar a Román. Temía que descubriese su relación.

—Tienes razón —respondió él—, al menos tengo derecho a una pataleta. Mañana voy a verlo.

Cuando volvió de su entrevista con el doctor Miranda, Román parecía una persona nueva. Estaba más tranquilo, menos enfadado, pese a que seguía frustrado y dolido.

—Qué tal, ¿cómo ha ido? —preguntó Clara nada más verlo entrar.

—Bien, mejor de lo que esperaba. Como es lógico, la decisión ya está tomada y no se puede dar marcha atrás. Para mí ha sido importante que conociese mi enfado, mi desilusión, que conociese la verdad. Él me ha escuchado, ha soportado mi agresividad y pienso que ha entendido que lo que le estaba contando era cierto. Le he pedido que, por favor, evite ponernos juntos en cualquier labor, y ha accedido. Algo es algo. Al menos no tendré que ver a ese hijo de puta en el hospital, salvo en momentos imprescindibles.

—Es una buena noticia, ¿no?

—Lo que más me ha gustado es que me ha ofrecido la posibilidad de hacer la tesis doctoral con un nuevo proyecto. Me ha sugerido un tema y se ha ofrecido a ser mi director de tesis.

—¡Qué bien! ¿Ves cómo valía la pena ir a verlo? Con esto demuestra que te tiene confianza y que seguramente se ha creído tu versión de lo ocurrido. ¿Sobre qué la vas a hacer?

—Primero tengo que hacer una exhaustiva búsqueda bibliográfica para ver si es posible hacer un proyecto de investigación. Luego, una selección de los trabajos más interesante y más útiles para el proyecto. Esto se traduce en leer montones de publicaciones, seleccionaras, ordenarlas, clasificarlas, en fin, un montón de trabajo. Me va a tener ocupado unos cuantos meses. Hecho esto, prepararé la hipótesis y el cómo llevar a cabo el estudio y, si todo está bien, es decir, si Miranda lo aprueba, empezaré el trabajo de campo. Se trata de investigar la utilidad de una enzima intracelular recientemente descubierta, se llama elastasa, y ver si sirve para diferenciar las enfermedades bacterianas de las víricas, con lo que podría mejorar el pronóstico, disminuir el uso de antibióticos y ya veremos qué más.

—Parece muy interesante. ¡Qué ilusión!, ¿no?

—Sí. No me ha quitado la frustración y el cabreo de lo otro, pero me ha abierto una puerta nueva que a su vez me puede conducir a la universidad, la docencia y más investigación. Me ha ayudado mucho. Ya he ido a hablar con la bibliotecaria y le he pedido que me proporcione todas las publicaciones que encuentre sobre el tema. Se ha ofrecido a buscarme los originales y a ayudarme a seleccionarlos, ordenarlos y clasificarlos. Así que voy a empezar a trabajar cuanto antes.

—Me alegro mucho.

Clara lo abrazó y le dio un beso en la boca. Él respondió al instante. La apretó contra su cuerpo y empezó a besarla con pasión. Ella aceptó la invitación y poco más tarde se encontraban en la cama haciendo el amor. En aquellos momentos ella no pensaba en Javier.

Durante las siguientes semanas Román aparecía en casa con un montón de publicaciones sobre la elastasa que la bibliotecaria le proporcionaba. Cada día había cuatro o cinco nuevos trabajos que revisar. Él los leía, los valoraba, tomaba notas, escogía algunos, desechaba otros y los clasificaba según su valor científico y su utilidad. Los que iban a servir para el estudio los devolvía a la bibliotecaria, que se encargaba de encontrar los originales, si no los tenía aún, y de ordenarlos por orden alfabético, tipo de estudio y fecha. Poco a poco y con mucho esfuerzo iba elaborando la bibliografía necesaria para redactar su proyecto. Por suerte, había encontrado pocos estudios que se planteasen una investigación con el mismo objetivo que el suyo, lo que hacía que su tesis pudiese ser muy novedosa.

Mientras su compañero estaba ocupado en lo suyo, Javier, que ya había estrenado su nuevo puesto de trabajo, seguía viéndose con Clara. Cuando se reunían, hacían el amor desaforadamente, casi sin descanso. Hablaban poco. Los encuentros solían ser cortos aunque frecuentes. En sus citas se dedicaban a otras cosas. Una tarde, unos meses después de la oposición a la plaza de jefe de sección, desnudos sobre la cama, hablaron de Román, hecho insólito, ya que nunca acostumbraban a hacerlo.

—¿Cómo está Román? —preguntó Javier.

—Mejor. Sigue muy dolido. No ha olvidado lo que ocurrió. No te ha perdonado, si es que te interesa saberlo. La putada que le hiciste fue demasiado grande. Suerte que ahora está preparando un proyecto de investigación para hacer la tesis doctoral y esto lo ha animado. Se lo ha ofrecido Miranda, y será su director. Piensa en un futuro nuevo. Está trabajando intensamente, con ilusión, y esto le hace olvidar poco a poco lo ocurrido. Ha cambiado mucho. Vuelve a parecer el mismo de antes.

—¿Sobre qué la hace?

—Sobre una enzima nueva y su utilidad en el diagnóstico diferencial de las enfermedades víricas y bacterianas. Está haciendo un gran esfuerzo. Suerte que cuenta con la ayuda de la bibliotecaria que le proporciona bibliografía, se la ordena y la clasifica. ¿La conoces?

—No mucho. Voy poco por allí. Es una chica nueva, relativamente joven, a pesar de lo cual dicen que tiene bastante experiencia. Sé que ha trabajado en otro hospital antes de venir aquí, no sé cuál, y parece ser que es muy eficaz.

En cuanto se quedó solo, empezó a cavilar sobre lo que acababa de oír. La idea de convertirse en doctor en medicina le rondaba la cabeza desde hacía tiempo. No había empezado ningún proyecto porque no encontraba tema. Clara, de forma involuntaria y sin saberlo, había despertado su voracidad, su desmedida ambición, y desvelado la posibilidad de un tema novedoso.

Al día siguiente, en cuanto dispuso de un momento libre, que a la biblioteca con la idea de investigar sobre la enzima de la que le había hablado Clara y ver qué posibilidades tenía de hacer un estudio. Se puso a rebuscar entre las revistas y las referencias de laboratorio, temática que dominaba poco, y al cabo de un rato decidió que era la hora de pedir ayuda.

—Perdona que te moleste, ¿cómo te llamas? —le preguntó a la bibliotecaria.

—Mi nombre es Marta, doctor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando información sobre nuevos marcadores de inflamación y no sé cuáles son las revistas que me pueden ser más útiles, ya que es un tema de laboratorio y yo soy un clínico.

—Yo le ayudo. Este parece que es el tema de moda.

Marta se acercó al ordenador en el que estaba Javier, cogió una silla y se sentó a su lado. Y empezó a buscar citas. Olía muy bien. No sabía distinguir a qué, pero era un aroma muy agradable. Era una mujer joven, de pelo moreno y unos preciosos ojos verdes. La proximidad hizo que sus miradas se cruzasen en varias ocasiones. Al principio ella se ruborizó, pero tardó poco en buscar la mirada de Javier intentando disimular. Su instinto depredador le informó de que Marta estaba llena de deseo. Le había gustado. Aquel día no ocurrió nada importante. Aprovechó su descubrimiento, en el fondo era lo que buscaba, y empezó a acudir a la biblioteca cada dos o tres días para tratar de intimar con Marta.

No tardaron mucho en mantener una cordial relación de amigos, aunque ambos sabían que había algo más. Hablaron mucho, tontearon, se acercaban las caras disimulando cuando estaban frente a la pantalla del ordenador... hasta que un día, estando solos en la sala, él la besó y ella respondió. Tuvieron que reprimir su fogosidad por encontrarse donde estaban y quedaron para verse fuera del hospital.

Las visitas de Marta al piso de Javier empezaron a ser diarias. La joven se enamoró perdidamente. Él alternaba y combinaba sus visitas con las de Clara. Cuando Marta se iba, eliminaba cualquier pista que pudiese hacer sospechar a Clara, quien solía llegar más tarde.

A las pocas semanas, Javier invitó a Marta a pasar el fin de semana en Menorca. Ella accedió encantada. Por la tarde, después de hacer el amor, mientras descansaban en la cama con los cuerpos desnudos, él decidió cumplir el plan que tenía previsto.

—¿Quién más, aparte de mí, está interesado en esto de los marcadores de la inflamación? —le preguntó.

—El que está trabajando más es el doctor Torres. Lleva ya un tiempo buscando bibliografía y ya tiene una buena recolección de estudios sobre una enzima que se llama elastasa. También se lo ha mirado, aunque de forma no tan exhaustiva y desde otro punto de vista, el de las técnicas de laboratorio y normalización de resultados,

Bellido, el jefe del laboratorio de infecciosas. El doctor Torres es más clínico.

—Hasta ahora, en lo que llevo leído, hay pocos trabajos sobre la elastasa y su uso en la clínica.

—No creas. El doctor Torres, que ya lleva unos meses y ya ha revisado mucho, ha encontrado ya mucha información. Lleva más de trescientos artículos leídos. Tengo entendido que está elaborando un proyecto de investigación.

—Si yo pudiese utilizar esta información ya seleccionada, me ahorraría muchas horas y la lectura y análisis de muchos estudios que no aportan nada. ¿Tú tienes acceso a ellos?

—Claro que tengo. Yo se los guardo, clasifico, en fin, lo ayudo en la parte que corresponde a la bibliografía y le ahorro trabajo. Lo que no sé es si él accedería a cederlos.

—Es evidente que no. Él no debería saberlo y, desde luego, por mí nunca lo sabría. Me harías un gran favor si me los pudieses facilitar. Ganaría mucho tiempo que podría seguir dedicándote a ti, cariño.

—Eres un poquito cabrón. Quieres aprovecharte de mí y no sé si es correcto hacerlo.

—Tienes razón, pero esto no quita que me ayudarías muchísimo. —Y mientras decía esto, bajó la mano hacia sus genitales y empezó a acariciarle el clítoris.

—Eres incorregible. Lo haré porque te quiero. No sé si te los podré dar todos, pero al menos los más importantes.

Marta acarició su pene hasta conseguir una erección completa. Luego se subió sobre él, que estaba tendido de espaldas, se lo introdujo en la vagina y empezó a moverse hasta lograr el orgasmo de ambos.

Cumpliendo su compromiso, Marta empezó a proporcionar a su amante gran parte de la documentación que había conseguido para Román. Este utilizó el esfuerzo de su compañero, leyó los trabajos que Román había señalado como los más importantes y elaboró un esbozo de un proyecto de investigación. Él sabía que era un simple esquema inicial, que no tenía ni el rigor ni los detalles que requería un verdadero proyecto para una tesis doctoral. También sabía que

era suficiente para conseguir lo que en este momento pretendía. Pidió una cita con el profesor Bellido.

—Buenos días, doctor. Gracias por recibirme —dijo al entrar en el despacho.

—Buenos días. Estoy encantado de verte, doctor Pie. No es muy frecuente ver a un clínico en el despacho de un jefe de laboratorio, así que estoy contento de tenerte aquí. ¿En qué puedo ayudarte?

Bellido era un hombre de unos cincuenta y pocos años, doctor en medicina y profesor en la Universidad Autónoma de Barcelona. Dirigía desde hacía unos siete años el laboratorio de enfermedades infecciosas del Hospital Vall d'Hebrón. Su motivación principal consistía en abrir líneas de investigación, dirigir tesis y trabajos con temas novedosos. Javier, que se había informado convenientemente de todos estos hechos, había acudido a la visita con una selección de los trabajos consultados. Explicó su proyecto y la bibliografía recogida y con ello enamoró al profesor.

—Te felicito de todo corazón, Pie. Has tenido que pasar muchas horas leyendo para hacer una selección de publicaciones como esta. Tu proyecto, como esbozo inicial, es bueno. Habría que hacer algunos cambios y algunas correcciones capaces de evitar errores estructurales que pudiesen alterar el valor de los resultados. Para empezar, está muy bien. Aquí tienes un trabajo que podría servir para hacer la tesis doctoral, si aún no la tienes. A mí me puede servir para convencer al gerente y conseguir la introducción de nuevas técnicas en el laboratorio. No puedo hacer otra cosa que felicitarte y agradecerte que me hayas venido a ver. ¿Ya has hablado de esto con tu jefe? Tiene que estar orgulloso de que alguien haya tenido la idea de hacer este estudio.

—No, profesor, aún no he hablado con él. He venido a verle a usted primero porque he pensado que, al ser una técnica nueva de laboratorio, a lo mejor alguien de su equipo podría aprovechar y hacer un estudio paralelo. También he pensado que, al ser necesaria una gran implicación del laboratorio, usted podría ser mi director. Mi presencia aquí también es para pedirle esto, si quiere usted dirigir mi tesis doctoral.

—Nada me encantaría más. Por mi parte, la respuesta es un sí. Pienso que es una gran idea. Para mantener las formas y evitar malentendidos, deberías hablarlo con Miranda por si él quiere ser el director de la tesis. Si no hay contraorden, pide una nueva cita a mi secretaria, la encontrarás al salir, para que podamos empezar a trabajar.

De camino hacia el despacho de Miranda, Javier planeó cómo enfocar el tema. Debía plantear la situación al revés de como había sido, es decir, hacer creer que la idea había surgido del laboratorio, que él se había enterado por casualidad y que, pensando que era algo bueno para el servicio y para él, había ido a hablar con el doctor Bellido y que este le había ofrecido la posibilidad de realizar el estudio bajo su dirección.

Entró en el despacho del jefe de servicio y le dio la noticia, tal como había planificado, ante la cara de estupefacción de Miranda.

Aquella tarde, Clara acudió a casa de su amante decidida a contarle su decisión de acabar su relación con Román. Estaba enamorada de Javier. Quería a Román por todo lo que habían vivido, porque era un buen hombre y no quería hacerle más daño del necesario. Ella tenía dudas de plantear a Javier el vivir juntos. Lo que tenía claro es que quería dejar el doble juego y quería ser libre para poder gozar de su relación, acabase como acabase. No había avisado de su visita y él no la esperaba. No hacía mucho que Marta acababa de irse. Al verla entrar, él palideció. Sobre la mesa de trabajo en que se encontraba reposaban un montón de las publicaciones seleccionadas por Román que Marta le había proporcionado.

—¡Sorpresa! —dijo Clara. Se quitó el abrigo y lo colgó en el recibidor—. Hola, cariño.

—¿Qué haces tú aquí a estas horas? —respondió muy serio y arisco, como dando a entender que no le gustaba su presencia.

—Tengo algo importante que decirte. Quería hablar contigo y por esto he decidido venir en cuanto he podido. —Se acercó a la mesa para darle un beso.

Él empezó a actuar como un niño pequeño al que pillan haciendo una fechoría y, con evidente torpeza, trató de recoger, de esconder,

los artículos científicos que tenía allí amontonados.

—¿Qué estás haciendo con tantos trabajos? —preguntó Clara mientras lo besaba.

—Estoy preparando un proyecto de investigación.

—No está mal el follón que tienes aquí. No me habías dicho nada.

Clara cogió una de las separatas y leyó su título: *Inhibition of Elastasa from Granulocytes by the Low Molecular Weight Bronchial Proteasa Inhibitor*. Mientras ella leía el título, él trataba de recoger el resto de los trabajos y alejarlos de su vista.

—¿Tú también estás con la elastasa? —preguntó sorprendida al mismo tiempo que cogía otro trabajo, y otro, y otro, y se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo—. No me lo puedo creer. ¿Te estás aprovechando del trabajo de Román y estás haciendo lo que creo que estás haciendo? —dijo, visiblemente alterada y confundida—. De verdad que no me puedo creer lo que estoy viendo. ¿Quién te ha proporcionado todo esto? ¿De verdad puedes ser tan cabrón?

Clara empezó a dar vueltas por el apartamento repitiendo una y otra vez «no puede ser, no puede ser, no me lo creo». Le costaba razonar. Estaba ofuscada. Casi sin darse ni cuenta entró en la habitación y vio la cama desecha. Como si de un corderito se tratase, él la iba siguiendo y farfullando un montón de excusas, de razones que ella no escuchaba.

—¿Y esto? —dijo Clara señalando la cama.

—Es que estaba muy cansado y me he echado una siesta —respondió él, con un tono de voz muy bajo.

—¿Una siesta? No será solo, ¿verdad? Porque, que yo sepa, esto no es tuyo —dijo ella mostrándole una carpeta azul con el logo de la biblioteca del hospital, una pequeña foto de él pegada en la portada y un nombre al pie del portafolios: Marta.

Clara fue a sentarse, desencajada, en una silla del comedor. Lloraba amargamente con la cabeza entre las manos. Javier trató de consolarla con palabras vacías y explicaciones incongruentes.

—Sal de aquí. ¡Apártate! No te acerques a mí. ¿Cómo se puede llegar a ser tan hijo de puta? Así que te has ligado a la bibliotecaria, esta joven tan amable, tan diligente, tan eficaz que me habías dicho, te la follas para chantajearla y para que te proporcione todo el

trabajo que Román ya ha hecho. ¿Qué pasa? ¿Piensas robarle la tesis? Le robaste la plaza, la mujer, aunque en esto yo también soy culpable, y ahora, aprovechándote de su esfuerzo, de su trabajo, ¿vas a robarle y joderle la tesis doctoral? ¿Se puede llegar a ser peor persona? ¿Hay alguien más cabrón, más hijo de puta, que tú en este mundo?

Clara no podía soportar la presencia del que había sido su amor. El desengaño que sentía era inacabable. Se levantó y, sin decir nada, cogió su abrigo y se fue. Unos instantes después volvió a abrir la puerta y lanzó con fuerza las llaves del apartamento al interior. Él se quedó sentado, consternado e incapaz de reaccionar. Luego, a medida que pasaba el tiempo, se fue autoconvenciendo de que seguramente era lo mejor. Llevaba un tiempo convencido de que su relación con Clara había concluido y que tenía que acabarla. No pretendía hacerlo de esta manera, pero había sucedido así y debía aprovecharlo. Estaba triste, pues había sido una relación muy bonita, muy intensa. No creía que se pudiese llamar amor. Al menos, él no se había enamorado de verdad. En el fondo tenía dudas de si realmente había querido a alguien alguna vez. Con una sensación agridulce cogió las publicaciones y continuó con lo que estaba haciendo. Pensó que tenía que registrar el título de la tesis y el director a primera hora de la mañana, ya que temía que, por lealtad, Clara le explicase la situación a Román, aunque ello significase reconocer su infidelidad. A lo mejor el tener que revelar lo de su adulterio podía frenarla, aunque, tal como la había visto, lo dudaba. En cualquier caso, lo mejor era inscribir el proyecto nada más llegar al hospital y así evitaría que cualquier otra persona, sobre todo Román, pudiese hacer un trabajo similar. Una vez registrado el título, el resumen, el autor y el director, ya nadie podría hacer otra tesis sobre exactamente el mismo tema.

15 – LUNES, 15/11/2004

Aprovechando que Lucía se había tomado el día libre para dedicarlo a su hijo Pablo y mantener algunas entrevistas en la escuela por la agresión recibida, y tal como había acordado con ella tras el interrogatorio de Clara, aquella mañana Tomás empezó la investigación de los sospechosos que aún no conocían. Ambos creían que era interesante tener información sobre ellos antes de entrevistarlos.

Eran conscientes de que algunas de las declaraciones habían puesto de manifiesto pequeñas contradicciones o verdades incompletas y que, por tanto, habría que retomarlas. Esto, sin embargo, no era un impedimento para realizar un trabajo paralelo y avanzar en el conocimiento de todos los posibles culpables.

Sentado en su mesa, ubicada en un pequeño espacio, aislado de todos los demás compañeros, disponía de tranquilidad para pensar y planear los siguientes pasos.

Empezó por lo más fácil. Cogió la sentencia que habían encontrado en casa de Javier y buscó información sobre el nombre del que se había querellado contra él: Ramón Bonmatí i Rubio. Anotó en su libreta los datos obtenidos y se puso a investigarlo. Se trataba de un hombre de sesenta y un años, casado, con domicilio en Igualada y propietario de un pequeño comercio. Puesto que quería consultar el historial de Joan Bonmatí, hijo de su sospechoso, para conocer lo que sucedió, decidió desplazarse al hospital de la ciudad y ver de cerca el domicilio y el negocio y obtener toda la información que le fuese posible sobre Bonmatí.

Avisó a sus compañeros de cuál era su intención por si la inspectora preguntaba por él, cogió su chaqueta y se fue.

La visita al hospital, que fue lo primero que hizo, resultó muy fructífera. Tras justificar el motivo de su solicitud y de haberse identificado como investigador de un asesinato, le facilitaron el acceso al historial clínico del joven Joan.

—Creo que es el dossier clínico que he fotocopiado más veces en mi vida —dijo el encargado del archivo—. Primero fue el juzgado, luego los médicos forenses, el doctor Pie, creo que se llamaba así, el director del hospital y alguno más que no recuerdo. Le agradezco que solo quiera consultarla.

—De poco me serviría a mí tanto conocimiento médico. Mi intención es únicamente mirar algunos detalles. Gracias —respondió Tomás.

Casi nada de lo allí escrito tenía interés para él y poco entendía de mucho de lo que contaba. La visión global que tuvo fue la que ya conocía. Un error de diagnóstico, retraso en el tratamiento y mala evolución hasta la muerte del joven y una familia enfadada que culpaba a los médicos del error y del fallecimiento.

Lo que le llamó la atención fue el ver que en múltiples anotaciones de enfermería se constataban las continuas quejas de los progenitores, especialmente del padre, por la mala evolución de la enfermedad. Se detuvo en una observación escrita por la enfermera, que correspondía al séptimo día de ingreso, en la que constaba: «Durante el pase de visita, el padre se ha puesto muy agresivo, violento, dudando de la capacidad del equipo para resolver el problema de su hijo. El doctor Pie le ha contestado de forma muy dura, tras lo cual se ha producido un fuerte enfrentamiento verbal entre los dos. El padre ha despedido al doctor advirtiéndole que, si a su hijo le pasaba algo grave, se lo haría pagar».

Las notas sobre la actitud agresiva y disconforme del padre aparecían en más lugares. Tomás anotó esta en su pequeña libreta, así como las fechas de las otras, añadiendo algún comentario personal.

Salió del centro hospitalario convencido de que aquella discusión, unida a la mala evolución de la enfermedad, había sido el desencadenante de la denuncia. Bonmatí así se lo había advertido al doctor Pie.

Entre el viaje, la espera para conseguir consultar la historia y su lectura se había hecho tarde. Se acercaba la hora de comer y Tomás aprovechó el poco tiempo que quedaba para intentar visitar el comercio de Bonmatí. Era una ferretería, grande y muy conocida en la ciudad. Entró en ella sin llamar la atención, tratando de observar a las personas que allí estaban. Además de algunos clientes, había dos muchachos jóvenes ataviados con una bata azul eléctrico y un hombre mayor, también con bata azul, en la caja.

Intuyó que aquel era Ramón Bonmatí. Lo observó durante un corto rato, tratando de no hacerse ver, y se marchó. Lucía y él habían acordado que lo interrogarían juntos en la comisaría, por lo que estaba fuera de lugar hablar con él o darse a conocer.

Salió de allí satisfecho. Le gustaba conocer a sus sospechosos en su salsa. Cuando podía hacer lo que acababa de hacer, acostumbraba a salir con una impresión sobre la culpabilidad o no de aquella persona. Estaba convencido de que aquello lo ayudaba en el interrogatorio. Dio un breve paseo por los alrededores y los exploró hasta encontrar un lugar para comer.

Era exactamente lo que buscaba. Un bar pequeño, familiar, con muy pocas mesas, en el que el dueño, un hombre de unos cincuenta años, era el único camarero y empleado y su esposa, la cocinera. El bar La Gamba estaba a unos cien metros de la ferretería Bonmatí. El acento andaluz de Joselu, nombre del bodeguero, facilitó que muy pronto los dos entablaran conversación sobre su tierra natal. De esta forma, supo que su paisano llevaba ya mucho tiempo en Cataluña, siempre regentando aquel local, y que, por tanto, era conocedor de lo que ocurría en la ciudad.

Con la habilidad de un profesional, Tomás fue conduciendo la charla hacia la familia del joven fallecido. La tienda había sido inaugurada por el padre de Ramón y este había continuado el negocio. Era la ferretería más importante de la comarca y todo el mundo la conocía. Supo que los Bonmatí eran una familia burguesa, adinerada, conocida en la ciudad, gente creyente, de misa los domingos y seguidora de las tradiciones.

Según le contó Joselu, su vida había cambiado desde la muerte, según él, a causa de una «cagada» médica, del único hijo varón,

Joan.

Desde aquel momento, Bonmatí ya no fue el mismo. Tuvieron cerrada la ferretería durante tres meses, más o menos. Luego, según la versión de Joselu, basada en habladurías, la familia puso una denuncia que no consiguió su objetivo. El doctor quedó exculpado de la muerte del joven. El camarero explicó que durante aquel tiempo en la ferretería solo se hablaba de esto, pero que cuando el proceso terminó, Bonmatí no pasó página. A la que podía, en cualquier conversación aludía al tema, despotricando de los médicos y de la justicia. Para Joselu, desde aquel suceso se había convertido en un hombre resentido, seco, poco amable y taciturno.

Tomás escuchó y preguntó maliciosamente al dueño del bar y, en cuanto le fue posible, anotó todo lo que había oído en su libreta. Salió de La Gamba aún más satisfecho que de la ferretería. No había descubierto nada especial; sin embargo, estaba contento de haber conocido un poco a su sospechoso y convencido de que todo aquello le sería de utilidad para el interrogatorio. Antes de salir del local supo que don Ramón Bonmatí se desplazaba por Igualada en una moto. Su paisano no supo decirle qué moto era, pero le aseguró que era de gran cilindrada.

16 – MARTES, 16/11/2004

—Buenos días, jefa —dijo Tomás al entrar en el despacho.

—Buenos días. ¿Cómo va todo? —respondió Lucía.

—Bien. ¿Qué tal Pablo? ¿Qué te ha dicho el médico?

—Está mucho mejor. Todo va bien, de acuerdo con lo previsto. Las heridas están sanando y dentro de muy poco ya se va a poder reincorporar a la escuela. Está ansioso por hacerlo. Lo ha pasado mal, pero su autoestima ha aumentado de forma espectacular. Durante estos días ha estado en contacto con Raúl, el chivo expiatorio, y han acordado volver juntos a clase. En este tiempo no ha parado de recibir muestras de apoyo de alumnos y profesores en mensajes, llamadas y visitas y se siente orgulloso de lo que hizo. Algunos compañeros lo han alabado por su comportamiento y le han confesado que ellos veían lo que ocurría sin atreverse a mover ni un dedo. Esa pandilla los tenía acojonados. La heroicidad de Pablo ha conseguido que la mayoría de ellos reaccionen y han prometido ayudarlo para evitar que algo parecido pueda volver a ocurrir. Y no solo los de su clase, muchos de otros cursos también lo han felicitado.

—¿Y la escuela ha hecho algo?

—Ayer, después de la visita con el médico, tuve una reunión con el director, el tutor y algunos profesores. El primer día, inmediatamente después de lo ocurrido, fui a verlos y les dije de todo, puedes imaginarte cómo estaba de enfurecida. Los amenacé con denuncias a la policía, al juzgado, a todo lo que se me ocurrió. Luego recapacité y pensé que era mejor dejar pasar unos días, ver cómo reaccionaban, qué medidas tomaban, y abordar el tema con sosiego.

—¿Ha ido bien? ¿Han hecho algo?

—Sí, la verdad es que sí. Empezaron por lo más fácil, que fue expulsar a los agresores durante un mes, salvo al mayor, el que parecía ser el cabecilla, que ha sido derivado a otra escuela. Han hablado con los padres de los agresores para explicarles lo que ocurría y el motivo del castigo. Por cierto, los padres de uno de los chavales me han llamado para excusarse por lo que había hecho su hijo e interesándose por la salud de Pablo. Los otros no han dicho ni mu. También han contactado con un equipo de psicólogos especializado en el tema, aunque hay que reconocer que nadie tiene demasiada experiencia.

—Bien, ¿no? Espero que en esta ocasión hayas estado más contenida.

—Sí, la reunión fue muy fructífera. Este equipo de psicólogos está trabajando también con los profesores enseñándolos cómo detectarlo, gestionarlo cuando se produce y, sobre todo, prevenirlo. Me explicaron que, según los psicólogos, es un problema que se debe resolver en la escuela y, lo más importante, deben resolverlo los chicos, ellos solos, bueno, con ayuda profesional, pero sin grandes intervenciones de los profesores y otros adultos. En este caso, la acción de Pablo ha sido muy útil y ha servido para hacer reaccionar a bastantes y esto ayudará muchísimo. No me puedo quejar. Me han hecho entender, con buenas palabras y razonamientos lógicos, que todo lo que dije de las denuncias y la policía no tiene ninguna utilidad en estas situaciones. He reconocido que tenían razón y he pedido excusas por mi actitud. Les he comunicado que, en pocos días, Pablo y Raúl se reincorporarán y se han comprometido a preparar a los compañeros para recibirlos.

—A raíz de lo de Pablo busqué casos de acoso escolar y, como es lógico y como te dijeron en la escuela, en nuestros archivos no hay nada. Luego hablé con un amigo pedagogo que trabaja en la Conselleria d'Educació y me contó que este tema del acoso escolar empezó a conocerse como tal con motivo de un estudio publicado fuera de España hacia 1980 o así, aunque es un problema mucho más antiguo al que no se hacía demasiado caso. Es muy posible que la explicación resida en el hecho de que o era menos frecuente o no

se detectaba. Ya sabes, nadie encuentra lo que no conoce. Aquí, siempre nos ocurre igual, nos dimos cuenta de su existencia un poco más tarde que en otros países, así que, como tú dices, es bastante nuevo y hay poca experiencia. ¿Has mantenido la denuncia a los chavales?

—Sí. Seguramente no es lo más correcto después de todo lo que he oído, pero, por mucho que se arrepientan, tienen que asumir las consecuencias de lo que hacen. Un poco de interrogatorio en comisaría los ayudará a comprender que lo que hicieron fue muy serio y no les irá mal. Tampoco pasará nada más por su edad. Un pequeño susto. Los psicólogos de los que te he hablado van a trabajar con ellos, si pueden. En estos temas, para que todo vaya bien es necesario que ellos, principalmente, y también la familia colaboren y quieran ayuda. Ya veremos. Después de lo mal que lo pasé, ahora estoy más tranquila y contenta de cómo van las cosas.

—Y orgullosa de tu niño, claro.

—Por descontado. Es una gran persona. Ahora hágame de ti. ¿Qué hiciste ayer? ¿Investigaste algo?

—Pues sí. A ver si te vas a creer que cuando tú no estás las cosas se paran y vamos perdidos —dijo sonriendo.

—Ya sé que no. Hasta es posible que vayan mejor.

—Como ya sabes, tenemos tres personajes —señaló el panel de corcho donde había tres cartulinas con un nombre, sin foto y sin ningún comentario—que se relacionaron con el doctor y de los cuales sabemos muy poco. Yo creo que no debemos interrogarlos sin saber nada de ellos. Ayer empecé a investigarlos. Tengo a Albanell buscando en los ordenadores y siguiendo la vida de dos de ellos. Yo ayer fui a Igualada para saber algo más de lo ocurrido en el hospital, averiguar el porqué de la denuncia y quién es Bonmatí.

—¿Y?

El sargento explicó con detalle, consultando de vez en cuando su libreta para ser fiel a lo escrito en la historia clínica, lo que conoció de la vida del comerciante igualadino. Además, le dijo que lo había citado en comisaría en cuarenta y ocho horas para interrogarlo.

17 – JUEVES, 18/11/2004

Bonmatí se hizo esperar algo más de lo habitual y llegó con casi una hora de retraso. Los policías lo estaban esperándolo, ella leyendo papeles oficiales y él repasando algunos datos en su libreta.

Acompañado de Albanell, la puerta del despacho dio paso a un hombre muy enojado y agresivo.

—Buenos días —dijo al entrar—. Esto de hacerme venir a Barcelona a las nueve de la mañana es la cosa más absurda que hay. ¿No saben que a esta hora hay una caravana de cojones? Una hora casi entera he tenido que estar con el coche parado. Bueno, del todo no porque íbamos avanzando metro a metro hasta llegar aquí. —Lucía y Tomás oían estas palabras mirando atónitos al recién llegado—. Ahora supongo que me explicaran qué coño hago yo aquí. ¿Para qué me han llamado?

—Buenos días, señor Bonmatí, porque supongo que usted es el señor Bonmatí, ¿no? —Y sin esperar respuesta siguió—: Soy la inspectora Serra y él es el sargento Simón. Veo que ha llegado usted un poco cabreado —dijo en tono suave, aunque muy seria—, y lo sentimos. Nuestra obligación es hablar con usted y le hemos citado a la hora que podemos hacerlo, ya que, como podrá imaginar, esta conversación no es la única cosa que tenemos que hacer hoy. Habíamos pensado incluso que, si venía pronto, se podría ir también pronto y así no tendría que desatender más de lo imprescindible su negocio. Ya veo que, a pesar de nuestra buena intención, hemos cometido un craso error, aunque estoy convencida de que, si hubiese venido a otra hora, también se estaría quejando, así que dejémoslo correr y vamos al grano.

—Totalmente de acuerdo. Dígame, ¿qué hago yo aquí?

—¿Usted conocía al doctor Pie? —preguntó ella en un tono un poco más amable.

—Tanto como conocerlo, no. Tuve la desgracia de que se cruzara en mi camino y por su culpa mi hijo falleció.

—¿Sabe que el doctor Pie ha muerto?

—No lo sabía, bueno, sí, algo había oído en la tienda, pero solo eran rumores. Saberlo a ciencia cierta, no lo sabía. Se comentaba que había tenido un accidente.

—¿En qué quedamos? ¿Lo sabía o no lo sabía? —intervino el sargento en tono autoritario.

—Sí, lo sabía. ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

—Ahora se lo explicaremos o, mejor dicho, a lo mejor nos lo tiene que contar usted, porque digo yo que algo tendrá que decir de su relación con el doctor —insistió Tomás con cara de pocos amigos.

Estas últimas palabras y los modos del sargento acabaron con la actitud altiva y agresiva del comerciante. Como si de un globo que acaban de pinchar y empieza a desinflarse se tratase, Bonmatí aflojó toda la musculatura, se hundió, se hizo pequeño en su silla y cambió el tono de voz. Parecía un animalito acorralado.

—¿Qué quieren saber? —dijo sumiso mientras Tomás esbozaba una sonrisa como queriendo decir «aquí te quería tener».

—Nos interesa conocer todo lo que sabe, cuál fue su relación con el muerto, cómo lo conoció, lo que pasó, en fin, todo, absolutamente todo lo que nos pueda aportar —dijo Lucía, volviendo a tomar las riendas de la entrevista—. Por cierto, no sé si es conocedor de que el doctor Pie no tuvo una muerte accidental —hizo una pequeña pausa para valorar la reacción de su interlocutor—, fue asesinado. Por esto está usted aquí, ya que nosotros estamos obligados a investigar y, si podemos, averiguar lo que ocurrió.

—Espero que no me estén culpando de su muerte. ¿Qué quiere que le diga? Si lo mataron será porque alguien más lo odiaba como yo, pero yo no fui. No lamento ni que esté muerto ni que lo asesinaran. Era un malnacido.

—No sé si se da cuenta. Con lo que acaba de decir está usted justificando su presencia aquí y que le estemos interrogando, que no acusando, al menos por ahora —intervino el sargento—. Cuéntenos

lo que pasó en el hospital, por qué lo denunció y todo lo que ocurrió después.

—Les aseguro que yo no lo maté.

—Nadie lo ha dicho. Por esto necesitamos que nos cuente su historia —dijo Lucía.

—Está bien. Les contaré lo que sé —contestó Bonmatí viendo que no tenía escapatoria—. Mi hijo Joan, un joven fuerte, deportista, de vida muy sana, mi único hijo, ingresó cuando tenía diecinueve años en el hospital de Igualada aquejado de una fiebre muy alta y un dolor intenso en el muslo. Tras realizarse analíticas, radiografías y otras pruebas nos dijeron que tenía una infección en el hueso, lo ingresaron y le dieron tratamiento antibiótico endovenoso. A los cinco días seguía igual o peor. El dolor era insoportable a pesar de los calmantes, la fiebre no bajaba y el muslo parecía hinchado y rojo. Yo estaba desesperado y pedí hablar con el médico responsable, que era el doctor Pie. Le expliqué mis cuitas, le dije que, a mi entender, la evolución no me parecía normal y le pedí permiso para trasladarlo a otro hospital y así disponer de otra opinión. Su respuesta fue grosera, maleducada, ofensiva, vaya, lo peor que he visto en mi vida. Con sus palabras me dio a entender que yo era un ignorante, un exigente, que lo había ofendido y, además, insinuó que mi hijo estaba siendo atendido por el mejor médico del mundo. En resumen, me sentí como una mierda. Mi hijo siguió empeorando y unos quince días después, durante los cuales estuve reclamando insistentemente el traslado a otro centro hospitalario o, al menos, otra opinión, me comunicaron que lo que tenía no era una infección del hueso, sino un cáncer maligno, un tumor de Ewing. Unas semanas más tarde, Joan falleció. El gran sabio la había cagado, había cometido un error de diagnóstico y se habían perdido quince preciosos días que a lo mejor podían haber salvado la vida de mi hijo.

—Esto son cosas que pueden ocurrir, ¿no? —interrumpió Lucía—. Los médicos no son infalibles.

—Soy muy consciente de ello. He hablado con muchos especialistas y me han contado que esto puede ocurrir los primeros días. No quince días después. Puedo llegar a aceptarlo, no a

entenderlo, después de las muchas veces que le visitó y las muchas advertencias y ruegos que le hice. Lo que no admito de ninguna manera es que el doctor Pie no quisiera reconocer su error por orgulloso, por prepotente. Nunca aceptó su equivocación y fue incapaz de justificar la forma en que me había tratado. Esperó mucho más de lo debido para el diagnóstico despreciando mi angustia y la de mi mujer y la vida de mi hijo. Su ego pudo más que cualquier otra cosa y nos costó la vida de Joan. El trato que nos dispensó y el menosprecio con el que nos despachó no tienen perdón. Llegó a decir o dejar entrever que él era casi Dios. Lo peor de todo fue que, en el momento en que se descubrió el error y se conoció que Joan tenía un cáncer, el muy cabrón desapareció. No lo vimos más. No se atrevió a comunicarnos el diagnóstico. Lo tuvo que hacer otro médico del hospital al que apenas conocíamos. No vino a excusarse, ni a pedir perdón, ni a aguantar el chaparrón que le hubiese caído. Jamás volvimos a verlo. Con un buen diagnóstico o un médico humano, comprensivo, a lo mejor Joan estaría vivo. De haber empezado el tratamiento quince días antes, la evolución podía haber sido otra.

—De acuerdo. Sea como sea, usted culpa de la muerte de su hijo al doctor Pie. ¿Qué hizo cuando su hijo falleció? —terció Tomás.

—Puse una denuncia. Esa es otra.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucía.

—Que existe un corporativismo exagerado entre los médicos y que unos cubren a otros y esconden los errores.

—¿Perdió usted el juicio?

—Sí. Si al hecho de que parecía que no había pasado nada, que todo había sido correcto, según el juez, y que el único imbécil que había allí era yo, que había perdido un hijo, se lo puede llamar juicio, pues sí, lo perdí. Tuvo lugar cuatro años después de la muerte de Joan y el tío salió de la sala de vistas mirándome como si el hijo de puta fuese yo y no él. Solo me sirvió para saber que la justicia es una mierda. Es todo menos justicia. Acabaron diciendo que sí, que había habido un error diagnóstico inicial, pero que nada habría cambiado aunque se hubiese hecho el diagnóstico antes. ¿Cómo coño saben ellos lo que podía haber ocurrido? ¿No son los médicos

los que dicen que el diagnóstico precoz es lo más importante? Pues en el caso de mi hijo la cagaron y tardaron más de lo debido en hacerlo.

—Comprendo su enfado. Lo que ocurre es que, como la justicia declaró que el doctor era inocente, decidió tomarse la justicia por su mano —dijo Tomás.

—¿Insinúa que yo lo maté?

—No, por favor, nadie ha dicho esto. No sabemos quién lo mató. Lo que sí sabemos es que usted amenazó al doctor. ¿Es así? —preguntó el sargento.

—Tienen que entender que yo estaba indignado. Lleno de rabia. Nadie me convencerá de que de haber hecho las cosas bien mi hijo podría estar vivo. Podría aceptar que a lo mejor hubiese evolucionado como lo hizo, pero se hizo mal, y lo que no conseguí perdonar nunca fue su trato vejatorio, su desprecio, su menosprecio, sus ganas de humillarnos continuamente, su actitud de superioridad, de creerse un dios. Sí, tiene usted razón, lo amenacé.

—Cuéntenos lo que hizo.

—Le escribí cartas en las que le advertía que me vengaría, que le haría pagar su negligencia. Quería que fuese consciente del daño que me había hecho y que yo no olvidaba. Al principio fueron muchas. Poco a poco fueron disminuyendo.

—Nosotros tenemos entendido que no fue lo único que hizo —continuó Tomás.

—Tiene razón. Lo perseguí —dijo Bonmatí cada vez más nervioso.

—¿Qué significa que lo persiguió? —insistió el sargento.

—Fui a su casa, lo vigilé, lo seguí, me acerqué a su coche, me encaré con él, lo increpé y lo insulté.

—¿Muchas veces?

—Unas cuantas. No demasiadas.

—¿Qué pretendía con eso? ¿Tenía intención de hacerle daño?

Bonmatí se estaba desmoronando. Parecía un niño pequeño al que han pillado haciendo una travesura, algo prohibido. La insistencia y la presión a la que estaba sometido lo hacían dudar, temer la posibilidad de cometer errores y provocar dudas en los entrevistadores.

—En un primer momento, sí. Necesitaba vengarme.

—Me está diciendo que, si lo llega a pillar, lo hubiese matado. Si no recuerdo mal, en sus cartas, esta era la amenaza.

—Ganas no me faltaban, lo confieso. No sé si hubiese sido capaz de hacerlo. Alguna vez estuve cerca de él y no me atreví a nada. Creo que era un deseo y poco más.

—Si no me equivoco —siguió Tomás—, le ha mandado cartas hasta poco antes de su muerte. ¿Diría que aún persistía este deseo de venganza?

—No es lo mismo. Al principio estaba dominado por la rabia, el rencor. Ahora ya no siento eso, aunque sigo pensando que era un hijo de puta y que merecía morir. De todas maneras, les juro que yo no he sido. —La voz de Bonmatí era débil, temblorosa.

—¿Sabía dónde vivía el doctor?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la calle Craywinckel, en... —Bonmatí no pudo acabar porque Tomás lo interrumpió.

—No, no le hablo de antes, sino de ahora. ¿Dónde vivía ahora?

—En Vallvidrera —respondió muy turbado bajando los ojos, sabiendo que había sido descubierto.

—Por tanto, conocía su vivienda actual.

—Sí. Un día lo perseguí cuando salía del hospital hasta su nuevo domicilio.

—Esto habrá sido recientemente, pues tengo entendido que no hacía mucho tiempo que vivía allí —siguió el policía—. ¿Con qué intención quería saber dónde vivía?

—Hará unos cuatro meses. Las últimas cartas que mandé me habían sido devueltas y quise averiguar la nueva dirección. Deseaba que siguiese recordando lo que me hizo.

—Por tanto, usted ha estado en el caserón.

—Sí, lo vi. Fui allí, vi dónde vivía y me marché. Ya sabía dónde escribirle. Sé que lo que estaba haciendo solo servía para incordiarlo, para nada más. Yo solo pretendía que no se olvidase de lo que había hecho. Necesitaba hacerlo.

—Y ha seguido mandando cartas.

—Sí. La última hace unos meses, cuando descubrí su nueva casa.

—Es decir, seguía odiándolo, buscando venganza.

—No, ya no. Tengo que reconocer que no me ha dolido su muerte. Para mí ha sido un alivio. Creo que ahora podré pasar página o, al menos, eso espero. Pese a todo, insisto, yo solo quería que él no se olvidase de lo que hizo.

—¿No le extraña que lo hayan asesinado?

—Era una mala persona, un verdadero hijo de puta, o al menos así se comportó conmigo y con mi familia y jamás lo perdonaré, vivo o muerto. En un momento de mi vida quise hacerle todo el daño posible, pero fui incapaz.

—Hasta que planeó con esmero el plan para deshacerse de él —dijo muy serio Tomás.

—No se equivoque. Si lo que pretende decir es que yo lo maté, comete un grave error. Ya se lo he dicho antes y lo repito, yo no fui —dijo muy enfadado.

—¿Dónde estuvo el día del accidente? —preguntó Lucía tratando de rebajar la tensión

—En casa, con mi mujer.

—¿Cómo sabe el día en que murió? —intervino Tomás con rapidez.

—Lo leí en el periódico y se comentó en Igualada porque nuestro caso fue muy conocido.

—No sé si se acuerda, pero al principio de nuestra entrevista parecía que se había enterado por habladurías, incluso nos ha hecho dudar de si lo sabía o no. Ahora resulta que conoce el día exacto en que ocurrió y, sin dudar ni un segundo, recuerda lo que hizo aquel día. Parece un poco raro, ¿no? ¿Sabe algo más? Supongo que nos está diciendo la verdad —dijo la inspectora.

Al oír las palabras de la policía, Bonmatí se puso muy nervioso. Empezó a moverse en la silla como si sus nalgas no soportasen el peso del cuerpo, cogía objetos de la mesa, bolígrafos, clips, y los dejaba al instante. Bajó la cabeza y se mantuvo callado un buen rato, tras el cual reinició el diálogo.

—Esto está tomando un cariz que no me gusta. Yo he venido aquí sin saber de qué iba la cosa. Ustedes me están intentando culpar de

algo que no he hecho. No voy a hablar más. Les he contado la verdad, todo lo que sé. Si quieren seguir hablando conmigo, será cuando esté con mi abogado.

—Usted decide. Nuestra obligación es investigar y esclarecer los hechos. Ha tratado de ocultarnos cosas, así que no se preocupe, que, si es necesario, le citaremos otra vez y podrá venir con su abogado. Permítame que le haga una última pregunta. Si quiere la contesta y si no, no lo haga. ¿Tiene usted una moto?

—Sí. Tengo una moto de 500 cc, de color rojo. ¿Algo más?

—No, nada más. Muchas gracias por haber venido.

—De acuerdo. Buenos días. Adiós.

—Hasta pronto diría yo, porque me temo que nos volveremos a ver —dijo Tomás mientras Bonmatí salía.

—¿A qué ha venido lo del final? —preguntó Lucía una vez solos en el despacho.

—No sé si es culpable o no, lo que sé es que se siente culpable. Si fue quien lo hizo, el ponerle nervioso como he hecho puede hacer que cometa algún error y allí es donde podemos pillarlo. Haré que lo vigilen —respondió Tomás.

18 – RAMÓN BONMARTÍ I RUBIÓ

Ramón Bonmatí i Rubió pertenecía a una familia acomodada y muy conocida de Igualada. Sus antepasados, llegados desde La Mancha a finales del siglo XIX, habían prosperado primero con la agricultura y después con la industria.

Ramón creció rodeado de comodidades, estudió con los jesuitas y, ya casado con Montserrat Camprubí, se puso al frente de una próspera ferretería. La pareja tuvo un único hijo, Joan.

Joan fue buen estudiante y destacó como portero de fútbol. A los diecinueve años, poco antes de enfermar, acababa de incorporarse al C. E. Sabadell.

—¿Qué te pasa, Joan? —preguntó Bonmatí a su hijo un día cuando este volvía de un entreno.

—No lo sé. Tengo un dolor muy agudo, intenso, aquí, en la pantorrilla. No me he dado ningún golpe ni he notado ningún tirón ni nada que lo pueda explicar. Duele mucho.

—Tómate una aspirina. A lo mejor, si te pones calor te alivia. Lo más seguro es que habrás tenido un pequeño desgarró muscular por algún esfuerzo que has hecho sin darte cuenta. En caliente no se suelen notar, pero al enfriarse el músculo son dolorosos. Vete a dormir en cuanto puedas y mañana veremos.

—Sí, eso haré. Voy a cenar un poco y luego a la cama. Me tomo el calmante. Si mañana persiste, iré a ver al masajista del equipo.

Aquella noche Joan apenas durmió. Tenía un dolor insoportable en un punto de la pierna que de madrugada se acompañó de fiebre. De repente empezaba a temblar sin ser capaz de controlar el

movimiento del cuerpo y luego, cuando sus músculos se calmaban, sudaba en gran cantidad. Por la mañana, las sábanas, el pijama e incluso la cama aparecieron empapados de sudor.

Al ver aquello su padre y su madre decidieron llevarlo al hospital. Estaban realmente preocupados. A Joan le hicieron pruebas de todo tipo, análisis, radiografías, consultas a otros especialistas, en fin, todo lo que se debía hacer. Bonmatí no paró ni un momento de exigir que no se escatimase en nada, que si hacía falta pagar algo, lo pagaría y que si en el hospital de Igualada no había suficientes recursos, que lo trasladasen a otro sitio.

Hacia las dos de la tarde, el responsable de urgencias llamó a los padres de Joan a su despacho.

—Hola, buenos días. Los padres de Joan, ¿no? —Ambos asintieron con la cabeza—. Mucho gusto —les dijo tendiéndoles la mano—. Soy el doctor Comas, jefe de urgencias. Tras los estudios realizados a su hijo creemos que el diagnóstico es de osteomielitis, es decir, una infección del hueso.

—¿Creemos, ha dicho creemos? —interrumpió Bonmatí—. Esto quiere decir que no saben lo que tiene, ¿no?

—Vamos a ver si consigo explicárselo —continuó, sin inmutarse, el doctor—. Al principio, el diagnóstico de esta enfermedad es clínico. La confirmación nos llegará con los resultados del cultivo de sangre, que suele tardar de tres a cinco días, con los resultados de la gammagrafía ósea que ya se ha pedido y con la evolución. Como esta es la principal hipótesis diagnóstica, y ya hemos descartado otras patologías, mientras esperamos los resultados de las pruebas ingresaremos a Joan y, para no perder tiempo, iniciaremos el tratamiento antibiótico y vigilaremos la evolución. Debe tener en cuenta que el tratamiento es largo, puede llegar a seis semanas, y que al principio debe ser endovenoso; por tanto, Joan quedará ingresado unos días. La evolución nos dirá cuándo se puede ir. Todo esto ya se lo hemos contado a él y está de acuerdo con nosotros.

—Muy bien. Lo ingresamos, ¿no? —dijo Bonmatí mirando a su esposa que asintió con la cabeza—. Una cosa más, quiero que lo ingresen en una habitación individual. Si hay que pagar algo, se paga.

—Haremos lo que podamos —respondió Comas con cara de pocos amigos.

Aquel primer día de ingreso, Joan lo pasó muy mal. Tuvo fiebre y dolor que no cedía con los calmantes. Pudo dormir muy poco. Por la mañana, alrededor de las diez y media, la puerta de la habitación se abrió y dio paso al doctor Pie, que iba acompañado de dos médicos muy jóvenes.

—Buenos días. Soy el doctor Javier Pie, médico responsable de la atención de su hijo. Ellos —dijo señalando a sus acompañantes— son el doctor García y la doctora Cols, médicos residentes del hospital.

—Buenos días. Ya era hora. Mire la hora que es y aún no había pasado nadie —dijo Bonmatí de forma insolente.

—¿Usted es...? —preguntó Pie.

—Ramón Bonmatí, padre de Joan, su paciente.

—Señor Bonmatí, para su conocimiento, a partir de las diez empezamos a pasar visita cada día porque de ocho a diez estamos haciendo otras cosas. Supongo que hasta ahora ha visto usted a la enfermera más de una vez. En caso de necesidad, ella nos avisaría. —Sin inmutarse y dándole la espalda, se dirigió a Joan—: ¿Cómo estás? ¿Qué tal has pasado la noche?

—Está igual. Ha pasado muy mala noche, con fiebre y mucho dolor —contestó Bonmatí anteponiéndose a la respuesta de su hijo.

—Le he preguntado a él, no a usted. Joan ya es capaz de explicarme cómo se encuentra —dijo el doctor en tono autoritario y mirando al padre con cara de pocos amigos.

El doctor Pie habló un rato con el paciente y luego examinó la pierna enferma. Finalmente, se dirigió a todos y explicó la situación.

—Aún es pronto para valorar la evolución, ya que no llevamos ni veinticuatro horas de tratamiento. Es normal que siga unos días así. Tenemos que esperar al resultado del cultivo para hacer algún cambio si es necesario. También tenemos que esperar algunas pruebas que faltan, aunque no creo que nos hagan variar mucho lo que ya estamos haciendo. Si te duele —siguió, dirigiéndose en esta ocasión al enfermo—, llama a la enfermera y te dará alguno de los calmantes que ahora te pautaré. Hasta mañana.

—¿No le van a hacer más pruebas para estar seguros de que tiene esto que usted dice? —preguntó el padre antes de que el doctor saliese de la habitación.

—¿Realmente piensa que si hicieran falta más pruebas no las hubiese pedido ya? Déjeme a mí, que sé lo que tengo que hacer. Me parece, y creo no equivocarme, que no entiende nada de esto, así que es mejor que no intervenga. —Salió de la habitación dando un portazo.

Los siguientes días transcurrieron sin cambios clínicos. El paciente seguía con dolor y fiebre. A partir del segundo día Javier trataba de pasar visita cuando el padre no estaba en la habitación intentando evitar los roces, que eran continuos. Al séptimo día no lo consiguió.

—Buenos días —dijo al entrar en la habitación.

—¿Buenos días? Serán para usted. Llevamos ya siete días y todo sigue igual o peor. ¿Tiene ya el resultado de los cultivos y las pruebas que estaba esperando? Nadie nos ha dicho nada.

Como vio que iban a discutir, Javier, que veía que las cosas no iban como debían ir y, a pesar de ello, quizás motivado por la actitud del padre, no quería dar su brazo a torcer, hizo salir a los padres para no hablar frente al paciente y, muy enfadado, en voz bastante alta y muy serio les dijo:

—Vamos a ver, empiezo a estar un poco harto de usted. Si le digo que sí, ¿qué hará? Lo mismo que si le digo que no, porque no tiene ni idea de medicina, así que, por favor, cálese y deje a trabajar a los que sabemos. ¿Acaso cree que su hijo es el primer paciente con osteomielitis que trato? Está usted delante de un especialista en medicina interna con una gran experiencia en tratar enfermos como su hijo. Por si fuese poco, he dado un montón de conferencias y he publicado algunos estudios sobre el tema. Por favor, compórtese, no haga el ridículo y déjeme trabajar.

—Usted será lo que sea, pero mi hijo no evoluciona y sigue como el primer día. Esto no es lo que nos explicaron cuando ingresó. Nos dijeron que el tratamiento era largo, pero es que sigue como entonces. Algo raro debe pasar, ¿no? Será usted lo sabio que sea, pero la cosa no va bien, esto es evidente. ¿No sería mejor trasladarlo y que lo viera un especialista de los huesos o el que sea?

—Lo que faltaba. Ahora resulta que el que menos sabe del tema es quien va a decidir lo que hay que hacer. —Las enfermeras y los residentes que acompañaban a Javier se miraban entre sí y no entendían la agresividad y la soberbia con la que hablaba—. Entérese bien, aquí mando yo. Trasladamos a los enfermos que necesitan alguna prueba o algún tratamiento de los que nosotros no disponemos o no podemos realizar. Este no es el caso. Su hijo seguirá aquí y quien decide lo que se debe hacer soy yo. Si usted se lo quiere llevar, hágalo, allá usted. Será el responsable de lo que le ocurra a Joan.

—¿No puede hacerle más radiografías o lo que sea? —dijo Bonmatí, casi implorando y mirando a su mujer, que empezaba a llorar.

—¡Vaya, hombre! Si tuviese usted la más mínima idea de medicina, sabría que más radiografías en este momento no nos ayudarían y solo servirían para irradiar sin motivo a su hijo. Yo le aconsejo que se calle y no diga más sandeces.

Estas últimas palabras fueron la gota que colmó el vaso y enfurecieron a Bonmatí, quien, con la cara enrojecida y los ojos que parecían salirse de las órbitas, le espetó:

—Muy bien. Me voy a callar. Escuche bien lo que le voy a decir: le aseguro que como a mi hijo le pase algo se va a acordar de mí. No descansaré hasta acabar con usted profesionalmente o como sea. — Se giró y entró con su mujer en la habitación.

Durante los siguientes días Joan fue empeorando. Al dolor y la fiebre se añadió una tumefacción dolorosa de la zona, que además estaba enrojecida. Bonmatí no hacía más que quejarse y suplicar, reclamar una y otra vez el traslado a otro hospital sin que nadie atendiese sus ruegos. El doctor Pie continuaba empeinado en su diagnóstico pese a que sus compañeros le avisaron de que aquello no era normal. Repitió los análisis de sangre, la gammagrafía y, finalmente, las radiografías, lo que permitió comprobar el error de diagnóstico y la gravedad del proceso. Joan padecía un tumor maligno de muy mal pronóstico.

Javier no tuvo el valor de dar la noticia a la familia y pidió unos días de permiso huyendo del padre. No volvió al hospital hasta que

Joan fue trasladado al servicio de oncología del Hospital Clínico de Barcelona, donde acabó falleciendo.

Bonmatí cumplió su promesa. Denunció al doctor Pie y se prometió a sí mismo que acabaría con él.

19 – VIERNES, 19/11/2004

Tomás era consciente de que hasta el momento los interrogatorios no habían servido de mucho para avanzar en la investigación y que, a pesar de disponer de bastantes candidatos al puesto de asesino, se encontraban algo atascados. Tal como había dicho a su jefa, se puso a indagar sobre los dos sospechosos que aún no conocían y a los que habría que interrogar. A diferencia de Lucía, él aún abrigaba la esperanza de resolver el caso y descubrir al culpable.

El sargento dio órdenes a su equipo de vigilar de cerca a todos los que ya habían sido entrevistados, en especial al doctor Torres, por si alguno cometía algún error y ofrecía información nueva. Les pidió que estuviesen atentos y vigilantes sobre movimientos bancarios, cambios de domicilio, viajes, en fin, cualquier cosa fuera de lo esperado que pudiese dar lugar a un nuevo interrogatorio. Un dato sobre el que hizo hincapié fue la vigilancia de las motos. Cualquier intento de venderlas o un arreglo inusual de la moto de alguno de los sospechosos debía serle comunicado. Él tenía fe en que el asesino intentase, en algún momento, desprenderse del vehículo.

Luego pidió específicamente al inspector Albanell que buscase todo lo que pudiese encontrar sobre Nico Barnils y que fuese a inspeccionar en persona su casa, su coche o moto, su lugar de trabajo, etc. En este caso pidió un seguimiento personal durante unos días para estar preparado con la máxima información cuando llegase la hora de interrogar. Tomás no olvidaba que el tal Nico Barnils no había sido nombrado por nadie, parecía ser un desconocido para todos los demás entrevistados y, sin embargo,

habían encontrado cartas amenazantes escritas por él antes del asesinato.

Él se había reservado la investigación de Manuel Flores, el hombre que entró en el despacho del doctor Pie amenazándolo. Sus compañeros de la comisaría habían buscado información sobre él sin obtener resultado. No aparecía en ninguna cuenta bancaria, en ningún domicilio, no se le sabía dueño de ningún vehículo, nada de nada. Tomás solo conocía su nombre, el DNI, que estaba caducado desde hacía tiempo, el nombre de su esposa y la dirección que les había proporcionado Margarita, la secretaria del doctor Pie. Con esta mínima información, se puso a buscar.

Para llegar a la calle de la Llibertat, 32, tuvo que llamar a Margarita para comprobar que no había error. El número 32 no aparecía en la calle.

—Aquí pone calle de la Llibertat, 32, tienda. No hay más información. Lo siento, sargento —dijo la secretaria.

Fue suficiente. Tomás comprobó que entre el 26 y el 34 de la calle Llibertat había una puerta, grande, de madera, muy estropeada, que no parecía corresponder a una vivienda y que debía ser el 32. Si no se equivocaba, este debía ser el domicilio de Zaira y Manuel.

—Las familias gitanas suelen vivir varias generaciones en una misma casa y lo más posible es que la titular de esta sea la madre o la abuela, porque en la historia clínica de la hermana gemela consta la misma dirección —le había dicho Margarita.

Tomás conocía de sobra los hábitos de estos clanes, pues había trabajado durante mucho tiempo en la Barceloneta y allí, como ocurría en el barrio de Gracia, donde estaba ahora, vivían muchos grupos familiares de esta etnia. En pisos de sesenta o setenta metros podían cohabitar los abuelos, si aún estaban vivos, los padres, sus hijos, a veces dos y hasta tres, con sus respectivas parejas y sus respectivos hijos, si los tenían. En total, cuatro generaciones en habitáculos minúsculos. Había visto como durante el día los colchones estaban adosados a la pared y al llegar la noche ocupaban un lugar determinado en el suelo para acomodar y acompañar en su sueño al inquilino al que le correspondía aquel

sitio. Conociendo las circunstancias, decidió observar el comportamiento de aquella familia a la que ahora tocaba investigar. Seguramente era costumbre hacer durante el día gran parte de la actividad en la calle. Quería conocer las entradas y salidas de cada uno para tratar de identificar a Zaira y buscar el mejor momento para abordarla.

La casa estaba en un edificio viejo, con paredes descorchadas, con dos pisos, a tenor de las ventanas que se veían. Un gran portal de madera despintada, grande, de dos hojas, parecido al de un almacén, presidía la entrada y, a su lado, un ventanal con una reja. Sobre ella aparecían otras dos ventanas, no demasiado grandes, de las que colgaban unos geranios sin flor. Pasó por delante de la puerta, que estaba entreabierta, y vio a dos mujeres, una de ellas con el pelo blanco y otra más joven, sentadas en el zaguán, cosiendo. Detrás de ellas se veía una gran cantidad de diferentes objetos amontonados. Pensó que eran chatarreros y decidió esperar para comprobar el movimiento de las personas y tratar de hablar con Zaira o con Manuel. No había pasado ni una hora cuando vio acercarse a dos jóvenes acarreando sendas bolsas llenas de víveres. No tuvo dudas que se trataba de las dos gemelas. Las vio entrar en la casa y pensó que no hacía falta esperar más para abordarlas. Su objetivo no era otro que el de conocer el paradero de Manuel, ya que no sabían con exactitud dónde vivía, y por esto creyó que bastaría con hablar con Zaira en su casa sin necesidad de citarla en la comisaría. Se acercó a la puerta y golpeó con los nudillos. La más joven de las dos mujeres se levantó y, abriendo algo más el portón, preguntó:

—¿Dígame? ¿Qué quiere usted?

—Disculpe, venía a preguntar por Zaira Heredia González.

—¿Quién la busca? ¿Qué se le ha *perdío* por aquí? Zaira es mi hija. ¿Qué quiere de ella?

—Soy el sargento Simón, de la policía, y desearía hablar un momento con ella.

—¿La policía? ¿Y por qué? Mi chiquilla es muy buena y no ha hecho nada.

—¿Quién es? —preguntó desde el interior la mayor de las mujeres.

—La policía, madre, que viene preguntando por Zaira —respondió la hija.

—¿La policía? Dile que se vaya, que aquí no tiene nada que hacer. A nosotros no nos gustan los maderos, así que aire. ¡Fuera de aquí! —espetó la abuela a grito pelado.

—No se asusten, que no pasa nada —dijo Tomás tratando de tranquilizar el revuelo que se había creado al saber que era policía—. Zaira no ha hecho nada. En realidad, a quien busco es a Manuel Flores.

—¡Ay, el Manuel! Hace ya mucho que no viene por aquí. Es una mala pieza. Tuvimos que echarlo de casa porque nos infectó a la niña y era un peligro, perdido por las drogas esas. No sabemos nada de él. Que dios lo ampare y nos deje tranquilos —dijo alzando los brazos al aire.

—Déjeme hablar con Zaira, por si ella sabe dónde puedo encontrarlo.

—Bueno, ahora la llamo, pero la niña de aquí no sale, ¿eh?

—De acuerdo. Será un momento.

—¡Zaira, Zaira! —gritó a pleno pulmón desde la misma puerta—, baja, que un señor quiere hablar contigo.

La joven apareció al poco rato y miró con cara de extrañeza al policía que la esperaba en la puerta. Su hermana bajó con ella y al ver a Tomás preguntó:

—¿Quién es ese tío?

La que debía ser la madre de ambas les explicó el motivo de la visita, tras lo cual Zaira se dirigió hacia él mientras su hermana regresaba al piso superior. Zaira salió a la calle y ajustó la puerta para evitar que la oyeran.

—¿Qué quiere? Yo hace bastante que no veo a Manuel. Cuando en casa supieron que tenía el sida y que me había contagiado, mis padres lo echaron. Estuvimos bastante tiempo viéndonos a escondidas, pero era muy difícil. Él vivía en la parte de detrás del bar de su primo, en el almacén. Allí puso una cama y allí dormía.

—¿Trabajaba? —preguntó Tomás.

—¡Qué va! Nunca hizo nada. Alguna vez ayudaba en el bar a su primo y trapicheaba con las drogas. Bebía mucho. Se pinchaba. Yo lo dejé porque ya no tenía remedio.

—¿Qué quiere decir que lo dejó?

—Que corté del todo. Ya le he dicho que lo veía de vez en cuando. Ahora ya no lo veo.

—¿Por qué lo hizo?

—Manuel estaba perdido. No dejaba las drogas, no tomaba la medicación, no iba a los controles, no hacía nada para que pudiésemos estar juntos. Cada día estaba peor. La última vez quiso hacer la cosa sin condón. Me forzó y tuve que escapar como pude. No diga nada, que mis padres no lo saben. Le dije que tenía un novio, que me iba a vivir con él y que no me esperase nunca más.

—¿Y no lo ha visto más?

—No. Me han dicho que está muy mal. Por lo visto, está siempre cabreado, se ha vuelto violento, se pelea continuamente, lleva un cuchillo, en fin, que no es él.

—¿Sabe quién era el doctor Pie?

—No lo conocía. Sé que es el cabrón que le dijo a mi hermana que él y yo teníamos el sida ese y por eso mis padres lo echaron de casa. Nosotros nos queríamos y vivíamos bien. Aquel hijo de puta nos destrozó la vida.

—¿Sabe si Manuel intentó hacerle algo?

—No paraba de maldecirlo, de jurar contra él, de decir que lo mataría. Lo culpaba de todos sus males, pero no sé si hizo alguna cosa. Que yo sepa, no.

—¿Me puede decir dónde encontrarlo?

—No lo sé seguro. La última vez que lo vi...

—¿Cuándo fue? —interrumpió Tomás.

—Hará cinco o seis meses, no estoy segura. Seguía en el almacén del bar de su primo.

—¿Dónde está este bar?

—Es el bar Flores. Está aquí al lado, cinco calles más para abajo, nada más girar a la derecha.

—Muchas gracias por hablar conmigo. Ha sido de gran ayuda.

—¿Ha pasado algo? ¿Ha hecho algo malo?

—No, no se preocupe. Solo quiero hablar con él. No ha pasado nada grave. Gracias.

Tomás llegó a la esquina y giró como le había indicado Zaira, enfocando la calle Monistrol. Anduvo hasta el quinto cruce y allí, frente a él, vio un gran letrero de madera pintado de marrón en el que se podía leer en letras de color ocre algo descolorido «Bar FLORES. Taberna». Estaba situado sobre una puerta de madera con cristal que daba entrada al local, flanqueada por sendas pizarras en las que, escrito con tiza y faltas de ortografía, se anunciaba el menú del día y algún que otro manjar para tapear. Era una estancia no muy grande, con una barra al fondo y seis mesas de mármol distribuidas en el espacio libre. Estaba casi vacío. Pensó que a aquellas horas, las once y algo, los desayunos habían terminado y los aperitivos y comidas estaban por llegar. Un solo cliente, un hombre de pelo blanco y piel amarillenta sentado frente a una copa y una botella de anís, permanecía allí, inmóvil, mirando a ningún lado, apurando su tiempo sin hacer nada.

Entró decidido hacia la barra y se dirigió a la persona que estaba tras ella. En la sala había poca luz, la suficiente para dejar claro que aquel hombre pertenecía a la etnia gitana.

—Buenos días. Venía a hablar con el señor Flores —dijo en tono amable.

—Ese soy yo —contestó el hombre.

—Perdone, creo que me he explicado mal. Busco a Manuel Flores Flores. ¿Es usted?

—No, qué va, ese es mi primo. No sé si está aquí. ¿Para qué quiere hablar con él? ¿Se ha metido en algún lío?

—No, hombre, no, al menos que nosotros sepamos. Soy el sargento Simón —dijo mientras enseñaba la placa— y estoy buscando información. He hablado con Zaira, su expareja, y me ha dicho que podría estar aquí.

—No sé si está. Es verdad que viene por aquí y duerme en el almacén. Entra y sale cuando quiere y a veces, cuando está bien, me ayuda. Voy a mirar si está durmiendo.

—Muchas gracias.

El hombre desapareció por la puerta que tenía detrás de la barra y regresó poco rato después.

—Ahora no está.

—¿Usted sabe dónde lo puedo encontrar?

—No. Cuando no está aquí se va a dar vueltas y no tengo ni idea de lo que hace y ni a dónde va.

—¿Trabaja?

—No, qué va, da vueltas no sé dónde. A veces vuelve pronto y se echa a dormir y otras aparece de madrugada, bueno, ya es casi de día, porque yo lo veo llegar cuando estoy abriendo el local. Está muy mal, muy enganchado a las drogas, y desde que Zaira lo dejó la cosa ha empeorado.

—Deduzco que va a ser difícil quedar con él aquí y encontrarlo, ¿no?

—Yo diría que imposible.

—Pues lo voy a tener que citar. Quería evitarlo, pero no me queda más remedio que hacerlo. Reitérele que me es imprescindible hablar con él y que, si no viene, tendré que dar una orden de busca y captura para llevarlo a comisaría.

—No se ponga usted así, buen hombre. Ya verá como irá a verle. No es una mala persona. Si hace falta, yo mismo lo acompañaré. A mí no me interesa que la pasma se deje ver por aquí.

—De acuerdo. Le quedo muy agradecido. Aquí tiene mi tarjeta. Detrás le he apuntado la hora, el día y la dirección para que vaya. Tiene mi teléfono. Por favor, si hay algún problema, llámeme. Si tengo que venir a buscarlo, lo haré discretamente. Se lo prometo.

20 – MARTES, 23/11/2004

Luis la acariciaba sin darse cuenta de que Clara, pese a sus esfuerzos, no respondía como otras veces. Desde hacía unos días, ella no conseguía sacarse a Javier de la cabeza. Era capaz de reconocer que había sido una mala persona y, a pesar de todo, aceptaba que nunca había conseguido dejar de quererlo. Decidió dar fin a aquel encuentro y, después, permanecieron un rato hablando y besándose antes de dormir.

Clara estaba decidida a cerrar el capítulo de Javier. Aun muerto, aun siendo como fue un ser odioso y deleznable, reconocía que lo amaba, que lo había amado con locura. Estaba convencida de que, si no contaba la verdad, si no confesaba todo lo que sabía, no podría pasar página, así que, tumbada en la cama junto a Luis, que roncaba desde hacía un rato, poco antes dormirse, decidió que lo confesaría todo.

—¿Diga? —dijo Lucía para contestar a la llamada.

—¿Hablo con la inspectora Lucía Serra?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días. Soy Clara Marsé, la exnovia de Javier Pie.

—Buenos días. ¿A qué debo el placer de su llamada? —respondió Lucía.

—Necesito hablar con usted. Hace unos días que estoy dando vueltas a todo lo que pasó con el accidente de Javier y no estoy tranquila. Hay cosas que me gustaría precisar.

—De acuerdo. ¿Cuándo le va bien?

—Mañana a las diez. ¿Puede ser?

—Sí puede ser.

—Si no es mucho pedir, me gustaría hablar con usted a solas. La presencia del sargento me cohibe y hablo con menos claridad, con menos libertad.

—No se preocupe. No hay problema, conversación entre mujeres. No habrá nadie más, se lo aseguro.

Lucía colgó el teléfono y abrió la puerta de su despacho para localizar a Tomás, que no tardó ni dos minutos en aparecer allí. La inspectora le explicó a su compañero el motivo de la llamada de Clara y Tomás aprovechó para contarle sus andanzas en busca de Manuel.

—Creo que los hemos citado el mismo día y casi a la misma hora —dijo él.

— Pues, como ya no tiene remedio, cada uno habla con el suyo y después nos juntamos para intercambiar información —dijo Lucía.

—OK. Voy a hablar con Albanell para ver qué ha encontrado sobre el que nos falta, el desconocido Nico.

De todos los compañeros de la comisaría Albanell era, para Tomás, el que más confianza le inspiraba. Llevaban ya muchos años juntos y sabía que era un policía minucioso en sus indagaciones tanto como respetuoso y comedido en sus comentarios. Albanell conocía a la perfección los límites de su trabajo, hasta dónde podía llegar y cuándo debía dejar paso a su jefe. A pesar de su enorme corpulencia, pues medía más de un metro noventa, era capaz de pasar desapercibido cuando convenía. Llevaba ya años trabajando con él y por esto cumplía sus órdenes como a este le gustaba. Raras veces se extralimitaba y nunca se metía donde no le habían dado permiso.

—Pasa, pasa, Albanell. Acabo de hablar con la inspectora y a lo mejor se abren nuevas pistas, pero, hasta ahora, no sabemos qué camino seguir. Vamos a ver si tu investigación nos ayuda.

—Buenos días, sargento. El tal Nico es un personaje poco limpio. No sé si lo que he descubierto servirá para nuestro propósito. Yo te explico lo que he hecho y lo que he averiguado. Te advierto de antemano que el trabajo está por terminar. Yo me he limitado a cumplir tus órdenes, es decir, hacer una toma de contacto.

—De eso se trata, compañero. Después decidiremos por donde tiramos del hilo.

—Pues te cuento —dijo sacándose del bolsillo una libreta más grande que la de su jefe, que empezó a consultar la suya mientras escuchaba—. Primero he investigado por internet quién es este tío y he podido comprobar que alterna con gente con mucha pasta. Es un hombre de cuarenta y cuatro años, mediana estatura, no muy agraciado, que cuida mucho su imagen. Esto lo he visto, no lo he encontrado en internet. Vive en un piso lujoso en la avenida Reina Elisenda, cerca del monasterio de Pedralbes. No hace falta que te diga más, parte alta de la ciudad. Tiene un Mercedes de color negro y trabaja, teóricamente, en la compra y venta de yates, sobre todo de lujo. Me parece que también los alquila para períodos cortos y tours turísticos.

—¿Y esto le da para vivir así?

—Ahí empieza lo raro. Tiene un pequeño despacho con una secretaria y allí, teóricamente, es donde trabaja. He podido comprobar que no vende ni compra casi nada. Creo que no es más que una tapadera.

—Me estás diciendo que vive como un rico, alterna con los poderosos y no se sabe de dónde saca el dinero. ¿Es así?

—Sí, con una salvedad. Deber pasta me parece que debe mucha. El piso está hipotecado y bien hipotecado, el coche está a crédito y en las cuentas bancarias poco hay. Eso sí, mover dinero parece que mueve, seguramente en negro, porque en el banco hay poco movimiento y para vivir como lo hace tiene que gastar bastante.

—Intuyo que me estás diciendo que tiene un negocio turbio. ¿Drogas?

—Pienso como tú que el negocio poco debe tener de legal, pero creo que no son drogas. Es posible que trapichee un poco, eso sí, pero sin dedicarse a este negocio. Mi teoría es otra.

—Venga, cuéntame lo que piensas.

—Que conste que no tengo ninguna prueba que lo demuestre y que corrobore lo que voy a decir; sin embargo, creo que no me equivoco.

—Conociéndote, dudo mucho de que tu idea sea errónea.

—Pienso que el tío organiza timbas clandestinas, seguramente de póker, con apuestas millonarias, entre gente poderosa.

—¿En qué fundamentas esta hipótesis?

—Lo he seguido durante varios días y varias noches y he visto cómo se movía en los casinos, en restaurantes caros y en yates privados con gente muy poderosa. Un día, mejor dicho, una noche, vi como cinco de estos ricachones iban a su casa. Todos ellos acompañados por uno o dos mastodontes de seguridad privada. Estuvieron allí toda la noche. Lo sé porque vi salir la luz del día, bueno, casi era de día.

—Esto quiere decir que te pasaste toda la noche de guardia.

—Sí, jefe, enterita.

—Yo no te pedí tanto sacrificio, solo una primera impresión. Podías haberme pedido ayuda.

—No tiene importancia; mientras no se entere mi mujer de que no era una orden, no pasa nada. Ya sabes que cuando una cosa me intriga, no puedo abandonarla a medias. Junto con estos tíos que te digo, vi entrar en la casa, un buen rato antes de la llegada de los presuntos jugadores, a tres hombres. Los busqué por internet y los tres son exconvictos nacidos en los Balcanes. Mucho me temo que el Nico este los tiene como guardaespaldas o que está metido en algún grupo delictivo.

—¿Una mafia?

—O algo parecido. No lo sé seguro. Como te he dicho antes, esto es el inicio y queda mucho por esclarecer.

—Compañero, has hecho un trabajo excepcional. Es evidente que habrá que hablar con Nico. Lo que has averiguado nos servirá de mucho en el interrogatorio. Creo que deberías tomarte un par de días de fiesta y reconciliarte con tu esposa. Hoy hablaré con Lucía para decirle que no cuente contigo estos días. Pásame las fotos que tengas y acabaré de preparar la entrevista con el señor Barnils.

—De acuerdo. Gracias, Tomás.

En cuanto Albanell salió por la puerta, Tomás trató de anotar todo lo que le acaba de contar su compañero.

21 – VIERNES, 26/11/2004

Como cada mañana, Tomás entró como un huracán en la sala general de la comisaría. Con la energía que derrochaba desde la primera hora del día, daba la sensación de que el café con leche y la pasta del desayuno le proporcionaban el combustible de un fórmula uno.

—¿Ha llegado la jefa? —preguntó el sargento.

—Sí, hace un rato —respondió uno de los policías—. Hoy hay movida, ¿eh?

—Parece que sí. Hoy a pares. A ver si hay suerte y avanzamos un poco.

Siguió por la sala con el paso apresurado que le era habitual y, tras pedir permiso golpeando la puerta con los nudillos, entró en el despacho de Lucía.

—Buenos días. ¿Todo bien? El mío ya ha llegado, así que, si te parece bien, voy a empezar. Si necesitas alguna cosa, estaré en mi zulo.

—Lo mismo te digo. Buena suerte. Me quedo aquí esperando a la exnovia, que tiene que llegar en media hora más o menos. Estoy intrigada por saber qué quiere.

Tomás recibió a Manuel en su minúsculo cubículo realmente sorprendido de que su entrevistado hubiese acudido a la cita. Manuel era un hombre muy delgado, con aspecto de enfermo, la piel de color oscuro y ojos amarillentos, con el pelo largo, muy desaliñado y sucio. Llegó en compañía de su primo, que decidió aguardar fuera del despacho, ya que prefería conocer poco de los andares de Manuel.

—Antes de nada, me gustaría darte las gracias por haber acudido a esta cita de forma voluntaria.

—Mi primo me ha traído. Me ha dicho que, si no venía, me obligarían a hacerlo y sería peor. Por esto estoy aquí —respondió Manuel.

—Tu primo parece una buena persona, ¿no?

—Sí es bueno. Conmigo, muy bueno. Vamos a ver, ¿por qué me ha llamado? ¿Pasa algo?

—¿Conocías al doctor Pie?

—¿Quiere usted decir el cabrón aquel que me arruinó la vida? Pues sí, sabía quién era y su nombre no se me olvidará nunca.

Tomás, que no se había sentado, sacó su libreta del bolsillo e hizo una anotación.

—Según tengo entendido, has estado amenazándolo y persiguiéndolo durante mucho tiempo.

—Ese hombre me jodió la vida. Se fue de la lengua con mi cuñada y por eso me echaron de casa y perdí a mi Zaira. A ver si no es normal que le desease todo el mal del mundo. Pues sí, lo amenacé y lo perseguí para hacerle la vida imposible.

—Y lo mataste —dijo Tomás con el semblante enfurecido y mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Yo? Pero ¿qué dice? Es verdad que lo amenacé y es verdad que me hubiese gustado verlo muerto, pero no hice nada de eso.

—¿Y qué hiciste?

—Cuando me echaron de casa por su culpa, fui a verlo al hospital y le dije de todo. Me cagué en todos sus muertos y lo amenacé. Estaba como loco. Me había destrozado la vida. Yo, hasta entonces, estaba bien. Tenía casa, mi familia, bueno la de mi mujer, que era la mía, a mi Zaira, nadie sabía nada. Vivíamos tranquilos. Nos cuidábamos. Íbamos a revisión y nos medicábamos. ¿Qué más podía pedir? Por su culpa lo perdí todo. ¿Qué quería que hiciese? A la que pude, fui a verlo y le dije que le haría la vida imposible. Que le amargaría la existencia por cabrón, por hijo de puta.

—Él no lo hizo adrede. Fue un error.

—Y a mí qué me importa. Por su puta culpa yo estaba en la calle.

—¿Qué le dijiste en aquel momento?

—¡Yo qué sé! Le dije todo lo que sentía, que ya no me quedaba otro trabajo más que el de hacerle pagar lo que había hecho, que le arruinaría la vida, que lo vigilaría día y noche a él y a su familia, que él me había jodido la vida y yo se la jodería a él. Cosas así le dije. No lo recuerdo bien.

—¿Le dijiste que lo matarías?

—No lo sé. Seguro que sí, porque ganas no me han faltado nunca.

—Y al final, lo mataste.

—Ya le he dicho que no, que yo no he hecho nada. Oiga, si está muerto, bien muerto está. No es cosa mía.

Tomás seguía de pie con el rostro serio, impasible, dando vueltas alrededor de Manuel, que, convertido en un atajo de nervios, no cesaba de moverse en la silla. Se paró un momento y volvió a anotar alguna cosa en su libreta. Luego siguió preguntando.

—Si no lo mataste, seguro que al menos lo intentaste.

—Algún día lo esperé en el hospital, cuando salía, y me puse delante de él. A veces lo insulté, me acerqué a él y le dije que, como podía comprobar, podía matarlo cuando me diese la gana, que yo no olvidaba el mal que me había hecho y que lo pagaría.

—¿Estabas sereno cuando ibas a buscarlo?

—A veces sí y a veces no. Ya sabe, a veces tienes para ponerte y a veces no.

Tomás se sentó con la intención de darle un pequeño respiro antes de volver a la carga. Intentaba ponerlo muy nervioso para tratar de pillarlo en alguna contradicción. Manuel estaba inquieto. Tocaba objetos de encima la mesa. Los cogía, los miraba, los dejaba. Se miraba las manos, observaba las paredes, el techo, y alguna vez, de reojo, al policía. Pasado un rato, el sargento volvió a la entrevista.

—Mire, señor Flores, a mí me gustaría creerle, pero, no sé por qué, creo que no me está contando la verdad y pienso que lo que me ha contado no es, ni mucho menos, todo lo que usted le ha hecho al doctor Pie. ¿Estuvo en su casa?

El hecho de que de repente el policía le hablase de usted lo puso aún más nervioso.

—¿Por qué me habla de usted y por el apellido?

—Se me ha escapado. Así es como acostumbramos a llamar a los sospechosos.

—¿Sospechoso? ¿De qué?

—Aún de nada. Dependerá de si me cuentas la verdad o sigues mintiendo, porque yo creo que o mientes o no me dices todo lo que pasó. Contéstame la pregunta, ¿estuviste en su casa?

—¿En cuál? ¿En la de Barcelona? Sí, lo esperé en la puerta de su casa.

—Vamos a ver si lo entiendo —preguntó mientras volvía a hacer anotaciones su libreta—. ¿Averiguaste dónde vivía?

—Sí. Un día cogí un taxi y lo seguí al salir del hospital y descubrí donde vivía.

—¿Qué querías hacer? ¿Hablaste con él?

—Sí, una vez sí.

—Quieres decir que estuviste allí en más ocasiones.

—Algunas. Solo me encaré con él una vez. Iba con una niña y huyó.

—¿Qué pretendías?

—Acojonarlo. Que supiese que conocía a la familia. Quería asustarlo y amargarle la vida.

—Lo que querías era matarlo. Esta es la verdad.

—Ganas no me faltaban. La verdad es que lo pensé muchas veces, pero nunca lo intenté y no lo maté. Se lo juro.

—Vamos a ver si yo me concentro. Hace un rato, cuando te he preguntado si sabías dónde vivía, me has dicho si hablaba de la casa de Barcelona. ¿Acaso sabes dónde vivía ahora?

—Sí, en Vallvidrera.

—¿Cómo sabías esto?

—Porque un día fui a su casa en Barcelona y no lo vi. Repetí varias veces y no lo encontré. Pensé que ya no estaba allí. Lo esperé al salir del hospital y lo seguí.

—¿Lo seguiste? ¿Y cómo lo hiciste? ¿A pie?

—No, en moto.

—¿Tú tienes moto? —preguntó Tomás, que no paraba de hacer anotaciones en su libreta.

—No, yo no. En la calle hay muchas.

—Es decir, robaste una moto para seguirlo.

—Sí.

—¿Lo hiciste otras veces?

—Algunas.

—Y robaste una moto para matarlo.

—No. Ya le he dicho que no lo maté.

—Entonces, ¿qué hacías cuando lo veías?

—Nada, me dejaba ver y le decía que no lo olvidaba, que no podría escapar. Lo asustaba. Es que cuando Zaira me dejó me volví loco de pena. Bebía mucho, me pinchaba mucho y a veces no sabía lo que hacía.

—¿Cómo sabes que lo mataron? Porque yo no te lo he dicho en ningún momento. El doctor Pie tuvo un accidente, pero yo nunca te he dicho que lo mataron.

—Me enteré en el bar. La hermana de Zaira a veces va por allí y lo comentó. Mi primo me lo dijo y entonces yo fui al hospital y lo confirmé.

—¿Sabes qué día murió?

—Más o menos.

—Fue el día 21 de octubre. ¿Dónde estuviste aquella noche?

—Supongo que por ahí, como siempre, o durmiendo en el almacén. No lo sé.

—Manuel, te estás metiendo en un buen lío. Procura recordar porque, si no, te voy a tener que detener.

—Pregunte a mi primo. Seguro que estaba durmiendo en el almacén.

—Lo haré.

Tomás salió del despacho y pidió a un compañero que indagase sobre los robos de motos denunciados el día del asesinato de Javier. Acto seguido fue a hablar con el primo de Manuel y le preguntó si sabía dónde había estado el jueves 21 de octubre. Al principio obtuvo una respuesta vaga. Cuando el sargento le explicó el motivo de la pregunta, el primo afirmó que había estado en el bar ayudándolo y que había dormido allí. Dijo que lo recordaba porque aquel día había jugado el Barça un partido de Champions. Tomás pensó que comprobaría si era cierto y que era mejor esperar a

conocer los datos de los robos de motos y a hablar con Lucía, ya que, en realidad, no tenía ninguna prueba comprometedoras.

Entró en el despacho con el primo de Manuel y dejó que ambos se marchasen no sin antes advertirle que volvería a llamarlo para aclarar cosas que no había entendido bien. Pensó que a lo mejor la entrevista había sido capaz de provocar la comisión de algún error. Esta seguía siendo su mayor, y casi única, esperanza para poder resolver el caso.

Sentado en su mesa, llenó su libreta de anotaciones y dio orden de que lo vigilaran. Se moría de ganas de hablar con Lucía.

Mientras su compañero estaba entrevistando a Manuel, Clara entró en el despacho de Lucía. Iba vestida casi como lo había hecho en la anterior entrevista. Sus tejanos azules apretados, su camiseta blanca con dibujos llenos de colores, su Barbour, sus zapatos deportivos y su casco. Aparentaba ser más joven de lo que era.

—Buenos días y bienvenida —dijo Lucía al saludarla.

—Buenos días, inspectora Serra.

—Me tiene usted muy intrigada, aunque imagino que ya lo sabe. ¿A qué debo esta visita suya?

—A que he recapacitado y quiero reconciliarme con mi misma. Sé que, si no lo hago, nunca podré pasar página —le aseguró Clara.

—Pues aquí me tiene. Sola, como me pidió, dispuesta a escuchar todo lo que me quiera decir.

—En la anterior entrevista no fui del todo sincera y no conté toda la verdad. No es solo que mintiese en algún momento, sino que tampoco conté todo lo que ocurrió, todo lo que sé.

—Pues usted misma. Usted sabrá lo que ocultó. Le agradeceré que en esta ocasión no lo haga. Piense que al final todo acaba descubriéndose y que no colaborar con la investigación puede tener castigo. La escucho.

—La otra vez les dije que tras separarme de Román dejé de ver a Javier y que solo lo había visto esporádicamente, y esto no es del todo cierto.

—¿Qué quiere decir?

—Que seguí viéndolo, con menor frecuencia, solo de vez en cuando, pero seguí viéndome con él hasta poco antes de su muerte. No sé lo que me pasaba con este hombre. Necesitaba verlo, follar con él. Esto es lo que yo no quería que oyese el sargento. Pese a saber lo mala persona que era y todo lo que había hecho, yo seguía sintiendo un enorme deseo sexual por él. Lo que me daba en la cama no me lo daba nadie y yo lo necesitaba. No me pregunte el por qué. No lo sé. Era una atracción animal que nunca pude superar. Tuve otras parejas, de hecho, vivo en pareja, y a pesar de todo seguía viéndolo. No sé cómo explicarlo. No me considero una cualquiera, como se podría deducir, y espero que usted pueda entenderme.

—No se preocupe. No estamos aquí para juzgar a nadie. Nosotros solo intentamos saber lo que ocurrió, lo demás no es de nuestra incumbencia. Deduzco, por lo que me dice, que conoce hechos relacionados con sus últimos días, así que, por favor, cuénteme lo que sepa.

—Como le decía, continué viendolo. No de forma muy seguida, pero si una o dos veces al mes. Primero en su casa de Barcelona y luego en Vallvidrera. Eran encuentros esporádicos y cortos. Nos veíamos para follar y hablábamos poco.

—A pesar de hablar poco, debe saber por qué cambió de casa.

—Sí, fue por dinero. No sé si lo saben. Javier tenía un hijo.

—Conocemos a su hija, Alicia, creo que se llama —dijo Lucía mirando al tablero de corcho.

—Además de su hija con Rosa, su exmujer, tuvo un hijo, Bruno, con Marta, la bibliotecaria que lo había ayudado con lo de la tesis. Después de todo el follón con Román, la tesis y mi separación de él, dejó de ver a Marta. A ella la despidieron. Unos meses más tarde, no sé exactamente cuántos, supo que ella estaba embarazada de él. Con todo lo cabrón que era, él no se desentendió de la situación y la ayudó a tener el hijo, como ella quería. Cuando nació el bebé lo reconoció, el niño se llama Bruno Pie, y se comprometió a pagarle una pensión a la madre. Por si no se lo ha imaginado, Marta odiaba a Javier por lo que le había hecho y el desprecio que le había

mostrado cuando todo aquello ocurrió, ya que él la borró de su mapa de la noche a la mañana. Al principio ella se conformó con poco, pero con el tiempo, a medida que el niño crecía y costaba más, ella comenzó a exigirle más y más, de forma que él empezó a tener dificultades para pasarle la pensión. Lucía escuchaba todo aquello con la boca abierta y sin parar de escribir en las cuartillas blancas que sacaba de la impresora para no olvidar nada. Por aquella época —siguió Clara—, se encontró con un amigo de juventud, un tal Nico no sé qué más, que por lo visto estaba metido en temas algo turbios de casinos, apuestas y timbas. Javier congenió con él, empezó a jugar, a apostar y a participar en partidas de póker o algo así. No sé muy bien de qué se trataba. La consecuencia fue que entre la presión de Marta y las deudas de juego empezó a tener serios problemas económicos. Tuvo que vender su piso e irse a vivir a Vallvidrera.

—¿Usted conoce la casa de Vallvidrera?

—Sí. Había sido de su abuela y estuvo abandonada mucho tiempo. Sus padres murieron hace años en un accidente y nadie vivía allí. Él la arregló un poco, muy poco, pues no tenía dinero para más.

—¿Ha estado dentro de la casa más de una vez?

—Sí, varias. No recuerdo bien, a lo mejor siete u ocho veces. Nos llamábamos. Quedábamos en la casa y, si él aún no había llegado, lo esperaba en el bar que está cerca. Tomábamos algo y luego nos íbamos a eso, a lo que íbamos.

—Queda claro. ¿Vio alguna cosa rara en alguna de las visitas?

—Sí, vi varias cosas y alguna me sorprendió. Una vez vi a su exesposa merodeando y observando por los alrededores de la casa.

—¿Qué hacía?

—Dio varias vueltas, trató de abrir la verja, no pudo y se fue.

—¿Alguien más?

—Algo que me extrañó mucho. Un día cuando llegué y él aún no estaba, me encontré con Román en su moto, parado ante la puerta, mirando. Le pregunté qué hacía allí y no supo qué decirme. Me contestó con evasivas y se fue inmediatamente. Estuvo maleducado,

algo raro en él. Creo que actuó como un niño al que pillan con una travesura. No se lo conté a Javier.

—¿Durante el tiempo que vivió en la casa de la abuela usted notó cambios en él?

—Sí. Iba empeorando progresiva y lentamente. Estaba triste, agobiado y cada vez cuidaba menos su apariencia.

—¿Le contó algo de sus deudas?

—Lo último que me dijo fue que Marta lo estaba presionando mucho porque llevaba unos meses sin pasarle la pensión del niño y que debía mucho dinero al tal Nico. Bueno, no a él directamente, sino a unos amigos de este que le estaban exigiendo, bajo amenaza de muerte, que lo devolviese.

—¿Diría que estaba preocupado?

—Sí, mucho. Me pidió dinero y me dijo que estaba esperando una reunión, yo creo, por la manera en que lo dijo, que se refería a una partida de póker, en la que recuperaría todo lo que debía. Entonces me devolvería lo que le dejase. No le hice ni caso y no le dejé ni un duro. A pesar de la situación no parecía tener miedo, aunque estaba muy nervioso.

—¿Recuerda algo más?

—Creo que no. —Hizo una pausa mientras reflexionaba y siguió —: Perdona, me olvidaba. Otra cosa que le tenía muy angustiado era la presencia de un hombre, parecía gitano, quiero decir, de etnia gitana, que lo perseguía desde hacía unos años y que últimamente lo hacía con mucha frecuencia. De hecho, yo lo vi dos o tres veces, por esto he dicho que parecía gitano, merodeando por la casa e increpándole. Se esperaba en la puerta y cuando llegábamos, se le acercaba y lo amenazaba, lo insultaba. Le decía que algún día lo pillaría solo y que no saldría de la casa. La verdad es que daba miedo y a Javier lo tenía realmente acojonado.

—¿Sabe si el doctor tenía armas en casa?

—No, no lo sé. Conociéndolo, dudo mucho que tuviese alguna.

—¿Algo más? —preguntó Lucía.

—Creo que no. Si recuerdo algo más, la llamaré. Me gustaría poder esclarecer lo que ocurrió.

—De acuerdo. Le digo lo mismo. Si necesito saber más cosas, contactaré con usted, no se preocupe. Muchas gracias por la información, puede sernos de gran ayuda.

Ya sola en el despacho, Lucía se apresuró a escribir, con el mayor número de detalles posibles, lo que acababa de oír. Luego se acercó al tablón de corcho, escribió algunas cosas debajo de las fotos de los sospechosos que estaban colgadas y a su lado añadió otro nombre, aún sin foto: Marta.

Lucía estaba deseando hablar con Tomás.

A última hora de la mañana y una vez terminadas sus respectivas entrevistas, se reunieron en el despacho de ella.

—Veo que has añadido uno más al tablón —dijo él antes de sentarse delante de su compañera.

—Sí. El ovillo cada vez se hace mayor y no sé si decir que más interesante. Empieza tú con tus novedades y luego te cuento yo las mías.

Tomás sacó su libreta y explicó todo lo que acababa de conocer de Manuel. Explicó que había tratado de ser duro con él para ponerlo nervioso y que, según su opinión, era un firme sospechoso. El problema residía, como ya sabían, en poder demostrar algo con las pruebas que tenían. Estaba convencido de que Manuel estaba muy enfermo, tanto físicamente por el sida como psíquicamente por lo ocurrido al ser expulsado de la casa y acabar perdiendo a su amor, Zaira. Parecía muy enganchado a las drogas. Estaba muy solo y obsesionado en hacer daño, en vengarse y, por tanto, podía ser capaz de matar. El hecho de que su primo le hubiese proporcionado una coartada y que, aun careciendo de una moto, disponía de todas, pues se lo había dicho cuando manifestó que «la calle está llena de motos», hacían muy difícil poder demostrar su participación en los hechos.

—Por esto lo he dejado ir. No podía probar nada. De todos los que llevamos investigados, para mí este es el número uno, aunque sé que me voy a quedar con las ganas de demostrarlo. Tengo que

volver a hablar con el primo. Estoy seguro de que la coartada es falsa y tengo que sacarle la verdad. De momento no tengo más que impresiones.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Lucía.

—He mandado revisar todos los robos de motos ocurridos el día de la muerte y el anterior. Dudo que encontremos alguna prueba seria, pero hay que intentarlo. Mientras hacemos esta investigación he ordenado que lo vigilen y, como te he dicho, volveré a hablar con el primo. A él le da mucho miedo que la pasma vaya por el bar. He pensado en presionarlo explicándole lo que puede pasar si sigue mintiendo con lo de la coartada. Lo amenazaré con denunciarlo por obstruir la investigación. Mi esperanza es que se acojone y discuta o presione a Manuel. A lo mejor consigo que se sientan intimidados y nos proporcionen alguna pista. ¿Se te ocurre algo más?

—No. Es un buen plan, aunque su éxito depende de que hable. Poco tenemos para demostrar que fue él.

—Muy bien, me pongo en marcha. Ahora cuéntame lo tuyo. Veo que has colgado un nuevo cliente en el tablón.

Lucía sacó las hojas en las que había tomado apuntes y explicó con tantos detalles como pudo todo lo que Clara le había contado. Tomás escuchó con asombro lo del hijo de Javier y Marta y corroboró que el doctor en sus últimos tiempos tenía serios problemas económicos, algo que parecía deducirse de algunas de las declaraciones anteriores.

—El doctor Pie es una caja de sorpresas. Cada vez tenemos a más personas interesadas en su muerte. Lo de Nico no me ha extrañado porque Albanell ya me había hablado de él. Lo del hijo y lo de la bibliotecaria me ha cogido desprevenido. Realmente había cometido el error de olvidarme de ella —dijo Tomás.

—Supongo que te has percatado de que ha aparecido un nuevo móvil para asesinarlo. Hasta ahora solo habíamos conocido gente que lo odiaba o que quería vengarse. Ahora aparecen sospechosos cuya motivación es el dinero, móvil potente para matar a alguien.

—Claro que me he dado cuenta. Además de tener a todos los demás en observación y a Manuel en estricta vigilancia, ahora nos toca entrevistar a estos dos candidatos. Creo que acabaremos

teniendo ocupados a todos los compañeros de la comisaría en este caso. Por cierto, no sé si te lo he dicho. Le he dado dos días libres a Albanell por el esfuerzo que hizo en la investigación del tal Nico. Creo que su esposa se lo merecía.

—Bien hecho. Cítame al tal Barnils lo antes posible.

—La próxima semana lo tendremos aquí.

22 – MARTES, 30/11/2004

Habían transcurrido ya cuatro días cuando, tal como el sargento había prometido, Barnils se presentó en el despacho de Lucía con camisa Oxford blanca, de finísimas rayas azules, cuello abierto, sin corbata, americana azul marino con abroche cruzado, pantalón *beige* claro con dobladillo y mocasines negros, muy altanero. Era un hombre de mediana estatura, algo más de metro setenta, pelo ondulado de color negro con algunas canas y mirada avispada como la de cualquier ave de rapiña.

—Supongo que ahora me explicarán por qué estoy aquí —dijo sentándose en la silla situada frente a Lucía.

—Tengo que comunicarle que en esto no ha sido muy original. Ha hecho la misma pregunta que todos los que han venido y cada uno de ellos, como le ocurre a usted, sabe perfectamente el por qué. Espero que, en el supuesto caso de que desconozca el motivo de su visita, al menos tenga alguna sospecha —dijo Tomás muy serio y con mirada intimidatoria—. Lo que sí tengo que reconocer es que los demás no han sido tan chulitos como usted.

—No se preocupe. Ahora mismo se lo contamos todo, aunque, en realidad lo que esperamos es que sea usted el que nos cuente cosas —intervino Lucía en un intento de suavizar la situación—. Para empezar, yo soy la inspectora Serra y él es el sargento Simón. Supongo que usted es Nicolás Barnils, ¿no?

—Sí, soy yo. Habitualmente me llaman Nico.

Tomás se sentó en la silla colocada al lado de Barnils, encarándolo, mientras Lucía lo ponía al corriente del asesinato del doctor Pie.

—Lo siento. Yo no sabía que había sido asesinado. Conocía la noticia de su muerte en un accidente de coche. Solo eso. Ignoraba que alguien lo había matado.

—Pues ahora ya lo sabe, e imagino que entenderá la razón de su presencia aquí.

—Sí y no, porque yo no tuve nada que ver con su muerte.

—Mejor para usted —dijo Lucía—. Pese a ello, nuestro trabajo es hablar con todos los que lo conocían y pueden aportar algo de luz al caso. Así que será bueno que nos empiece a contar.

—La verdad es que no sé por dónde empezar.

—No se apure, yo le ayudo —dijo Lucía—. Sabemos que usted le mandó a Javier, poco antes de morir, al menos una carta en la que hablaba de una deuda y de una amenaza de muerte. Nos interesa saber cómo llegaron hasta este punto. Es decir, necesitamos averiguar cómo se conocieron, a qué se dedica usted, de dónde viene la deuda, quién les amenazaba de muerte, todo, todo lo que usted sabe.

—¿Por dónde empiezo? —volvió a preguntar Nico tratando de ganar tiempo para pensar.

—¡Coño! Se lo acaban de decir, por el principio. ¿Dónde se conocieron? ¿De qué trabaja usted, si es que trabaja? —inquirió Tomás alzando la voz y dándole un tono autoritario. Estaba molesto por la arrogancia del entrevistado,

—Javier y yo nos conocimos hace muchos años, cuando éramos jóvenes y salíamos de fiesta. Íbamos de juerga juntos y empatizamos pronto, por lo que nos hicimos lo que se puede llamar amigos. Pasados unos dos años, nuestras vidas se separaron. Él se dedicó a la medicina, creo que se casó, y yo me dediqué a los negocios.

—¿A qué negocios, señor Barnils? —interrumpió el sargento.

—Compro y vendo yates de lujo.

—¿Y esto le da para vivir como lo hace usted, con ropa cara, vivienda en Reina Elisenda y coche, digamos, de gama alta? —siguió Tomás.

—Tenga en cuenta que por mi trabajo tengo que alternar y mezclarme con gente muy adinerada, ya que allí es donde encuentro

a mis clientes, y no tengo más remedio que aparentar, vestir bien, ir a restaurantes de lujo, salas de fiesta o coctelerías caras y cosas de este tipo.

—Siga, por favor —intervino Lucía.

—Hace algo más de dos años, Javier y yo nos encontramos por casualidad en un bar de copas. Según me contó, estaba solo, se había separado, y como yo también era un lobo solitario, empezamos a salir de fiesta juntos. Íbamos a cenar, luego a tomar alguna copa, a salas de juego, a casinos, a los lugares donde yo acostumbraba a ir en busca de clientela.

—¿Qué pasó con esta vida tan bonita? ¿Las deudas del doctor Pie vienen del juego? —inquirió el sargento.

—Sí —respondió Barnils—. Él empezó a jugar cada vez más y, como ocurre siempre en estos casos, perdió, se endeudó, se convirtió en un ludópata y allí empezaron sus problemas. Dejó de pagar la pensión a Marta, pidió dinero, un dinero que no devolvió, a sus amigos, a los bancos, a todo el que pudo.

—¿Mucha pasta? —preguntó Tomás—. ¿Tanto como para amenazarlo de muerte?

—Espere un momento —terció Lucía—. ¿Quién era esa Marta y a qué viene lo de la pensión?

—Creía que ya lo sabían, disculpen. Por lo visto, antes de que volviéramos a salir juntos, él tuvo una relación con Marta, la bibliotecaria del hospital, y ella se quedó embarazada. Él se enteró del embarazo cuando ella estaba ya de casi cinco meses y se comprometió a darle al niño sus apellidos, como así fue, ya que el niño se llama Bruno Pie, y a pasarle una pensión mensual para ayudar a su manutención. Marta estaba sin trabajo, pues la habían echado del hospital por culpa de él. Javier cumplió su palabra hasta que, como consecuencia de las deudas que tenía, lo de la mensualidad se le hizo inasumible.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Porque después de nacer el niño intimé con Marta, a la que ya había visto una vez, me enamoré de ella y en la actualidad somos pareja.

En esta ocasión, el sonido que salió de la garganta de Lucía fue espectacular.

—Y esto de que son ustedes pareja, ¿el doctor Pie lo sabía? —preguntó Tomás.

—Sí, claro. No vivimos juntos aún porque mi trabajo lo dificulta, pero somos pareja.

—De acuerdo. Hago un resumen para ver si lo voy entendiendo todo. Usted frecuenta lugares de juego, tugurios, restaurantes y coctelerías de lujo, es pareja de Marta, que tiene un hijo de Javier, compra y vende barcos y convirtió, bueno, vamos a suavizarlo, indujo involuntariamente al doctor Pie a convertirse en un ludópata cargado de deudas. ¿Es más o menos así? —dijo Tomás.

—Menos lo último, que no fue culpa mía, es así.

—Muy bien. Ahora vamos a la deuda capaz de provocar amenazas de muerte. Supongo que lo que debía era mucho dinero si se sumaban todas las deudas, pero, como usted ha dicho que tenía muchos acreedores, cabe pensar que a cada uno de ellos no le debía demasiado, o al menos no tanto como para asesinarlo. Es decir, que la deuda a cada uno de ellos no era tan alta como para llegar a amenazarlo. ¿Voy bien? —Barnils asintió con la cabeza—. Antes de seguir tengo que contarle que nosotros hemos investigado su empresa y el año pasado vendió muy poco, casi nada. Los clientes que ha tenido en un año se pueden contar con los dedos de la mano y estoy convencido de que no le da para vivir como vive. Se lo explico antes de que pretenda mentirnos y meter la pata, cosa que podría provocarle un buen enredo. Sabemos que usted organiza reuniones de poca gente, toda ella con mucho dinero, una vez a la semana, más o menos, que acaban pasadas las cuatro de la mañana. Espero que nos cuente la verdad. ¿De dónde saca usted el dinero? ¿De dónde viene la deuda que el doctor Pie y, al parecer usted también, tenían? —preguntó Tomás.

—¡Caramba, pues sí que saben cosas! —Nico hablaba con naturalidad. Su voz era muy agradable. Sus gestos, su actitud, conseguían que todo lo que decía fuese creíble. Era muy convincente, un seductor de la palabra—. Voy a contárselo todo. Lo de los yates es un negocio tapadera. Yo gano el dinero invitando

gente a mi casa. Les permito que jueguen a las cartas y, si quieren, que apuesten.

—Para que nos entendamos y no hable más con tapujos, usted organiza timbas de póker en su casa y cobra comisiones de lo que se juega —dijo Tomás, visiblemente enojado.

—Sí, podemos decirlo así.

—Siga —ordenó el policía.

—Cuando Javier se endeudó tanto, me pidió participar en una de las partidas. Yo me resistí tanto como pude. Él me aseguraba que ya había sacado dinero de donde podía, incluso había vendido su piso y se había ido a Vallvidrera, y que no tenía otra solución para pagar lo que adeudaba. Tanto insistió que al final cedí. Pedí prestado dinero al grupo de guardaespaldas que me ayudan en las reuniones, y se lo di.

—Deben ser una mafia ¿no?

—Si usted lo quiere llamar así, pues sí. Para mí son vigilancia personal. No me gustaría que en alguna de las partidas se produjese algún altercado. Me gusta tenerlo controlado.

—¿Cuánto pidió?

—Ciento sesenta mil euros. —El carraspeo de Lucía volvió a ser muy sonoro—. Son partidas en las que se juega mucho dinero. Se las dejaron a cambio de que, en dos meses, devolviese ciento noventa y dos mil, un veinte por ciento más. Aquella noche sucedió lo peor y Javier lo perdió todo. Al acabar la partida, el grupo de mis guardaespaldas lo llevó aparte, lo arrinconaron contra la pared y le recordaron que en dos meses tenía que devolver ciento noventa y dos mil euros o atenerse a las consecuencias. Aprovecharon para decirme a mí que, puesto que el dinero se lo habían prestado porque lo pedía yo, si él no pagaba, debía hacerlo yo o correría la misma suerte. El aviso fue claro y contundente.

—No está mal, señor Barnils. Quién podía imaginar todo este jaleo viéndolo aquí, tan tranquilo —dijo Lucía—. ¿Cómo acabó todo esto? Para usted parece que bien, pero para el doctor Pie, no tanto.

—Lo sé. Puedo asegurarle que su muerte nada tiene que ver conmigo y creo que con nada de lo que les estoy contando. Tras aquella noche, la vida de Javier, como la mía, se convirtió en un

calvario. Durante las tres primeras semanas buscamos dinero por todos lados sin éxito. A él, además, los acreedores que ya tenía de antes lo perseguían y le exigían el pago. Sé que incluso Marta fue a verlo. Ella pretendía entrar en casa de la abuela, la de Vallvidrera, y llevarse cualquier cosa de valor que se pudiese vender con el objetivo de recuperar lo que pudiese de la deuda. Por lo que sé, tuvieron una discusión muy fuerte. Más o menos una semana antes de finalizar el plazo, Javier me hizo una propuesta. Me pidió que lo dejase jugar una última partida. Como buen ludópata, estaba convencido de que ganaría, de que la suerte, en esta ocasión, caería de su lado. Si perdía, como sabía que lo iban a matar, me daba la casa de la abuela. Él ya no la necesitaba y yo la podía vender. Dudé mucho. Al final acepté, pues no había otra salida.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Tomás con los ojos abiertos de par en par.

—Que ganó. Su ganancia superó lo que debía. Pagó los ciento noventa y dos mil euros y aún le sobraron veinticuatro mil.

—¿Qué hicieron con el dinero que sobró?

—Yo lo primero que hice fue llamar a Marta y explicarle lo sucedido. Fue poco antes de acabar la última jugada. Una vez acabada la partida y cuando todos los jugadores y los guardaespaldas ya se habían ido, abrimos una botella de cava, saltamos, gritamos, nos abrazamos, estábamos como locos. Finalmente, pagó su deuda y se fue.

—¿Se llevó el dinero? —preguntó Lucía.

—Sí, claro. Se llevó veintidós mil en una bolsa. Dos mil me los dio a mí porque eran gastos que debía a la casa.

—¿No volvió a saber nada más de él? —preguntó el sargento.

—No. La siguiente noticia que tuve es que había muerto en un accidente de coche. Pensé que había sido culpa del alcohol, pues habíamos bebido bastante. Lo del asesinato ha sido una noticia de hoy mismo.

—De acuerdo, señor Barnils, nos ha ayudado mucho. Seguramente tendremos que volver a llamarle porque nos ha abierto un camino que no conocíamos y ahora vamos a empezar a

profundizar en él. Por ahora puede usted irse —dijo Lucía tendiéndole la mano.

Una vez solos, los policías se miraron hasta que Tomás rompió el silencio.

—Quién nos iba a decir, cuando empezamos, que la película era tan larga. Todo esto es una historia inédita. Vaya con el doctorcito.

23 – MIÉRCOLES, 1/12/2004

—Buenos días, sargento. ¿Puedo hablar contigo? —preguntó Albanell.

—Pues claro. Ahora que te veo, aprovecho para felicitarte, una vez más, por tu trabajo de investigación con Nico Barnils. Hemos hablado con él y todas tus sospechas han quedado confirmadas. Todo era como dijiste, así que mi más sincera enhorabuena.

—Muchas gracias, jefe. Solo cumplí con lo que se me pidió. Ahora vengo a notificarte alguna pequeña novedad. Por lo que sé, tenéis un buen embrollo montado y pienso que cualquier detalle puede servir.

—Tienes razón. El caso cada vez se complica más y van apareciendo nuevos sospechosos.

—Lo que yo tengo que contarte puede que no sea demasiado importante. Yo creo que debes saberlo y después ya juzgarás. Nos mandaste hacer un seguimiento de los sospechosos. En una de las vigilancias, el doctor Torres, el examigo del doctor Pie, hizo una visita al dueño del bar que está cerca de la casa donde vivía el muerto y preguntó sobre la noche del accidente, quién había ido, si alguien había preguntado por Javier y cosas así. El dueño del bar es de los que tiene la lengua larga y cuando lo hemos entrevistado no ha parado de hablar. Parece que la actitud del doctor carece de sentido, puesto que el doctor Pie está muerto. A nosotros nos ha llamado la atención y por esto te lo cuento.

—Tienes razón. Es difícil de explicar. La verdad es que teníamos olvidado al dueño del bar. No lo hemos interrogado y a lo mejor sabe

cosas que nos pueden interesar. Buen trabajo. Gracias, en este asunto toda ayuda es poca.

—Yo he venido a contarlo. Quien de verdad ha hecho la investigación es González —dijo Albanell, en un alarde de sinceridad y humildad.

—Dale las gracias de mi parte.

—Lo haré.

Tomás se fue a ver a Lucía. Por el camino pensaba que realmente se habían olvidado de hablar con el dueño del bar y a lo mejor tenía alguna información de interés.

Cuando el sargento entró en el despacho, Lucía estaba hablando por teléfono. Esperó unos instantes hasta que colgó.

—Hola, jefa. Albanell me acaba de contar que el doctor Torres ha ido a ver al dueño del bar de Vallvidrera y le ha hecho unas cuantas preguntas.

—Nosotros no nos hemos planteado hablar con este hombre. A lo mejor tiene información de utilidad. Yo no había caído en esto. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Me he dado cuenta ahora, me he caído de culo y aún estoy sentado en el suelo. ¡Vaya fallo! Si te parece bien, me voy ahora a verlo y a lo mejor recabo alguna información que nos ayude en la entrevista con Marta.

—Me parece bien. No te acompañe porque tengo aquí muchos líos.

—De acuerdo.

Tomás estaba convencido de que sacaría muy poco provecho de la información que iba a obtener. A pesar de todo, estaba seguro de que era imprescindible hacerlo. A lo mejor había suerte y aparecía algún detalle sorpresa. Cogió el coche y se dirigió a Vallvidrera.

—Hola. ¿Podría hablar con el dueño del restaurante? —dijo dirigiéndose al que parecía ser el propietario de aquel bar al que, con toda intención, acababa de subir de categoría.

—Sí, soy yo. ¿Qué se le ofrece?

—Soy el sargento Tomás Simón —dijo mostrando la placa—. Desearía hacerle algunas preguntas sobre el que era su vecino, y seguramente cliente, el doctor Pie.

—Pregunte lo que usted quiera, que si lo sé, se lo contaré. Pobre hombre, vaya manera más dramática de morir, un accidente de coche. Lo que no he llegado a entender aún es a dónde iba por aquella carretera y a aquella hora. No me lo sé explicar.

—Nosotros tampoco. Por esto he venido a hablar con usted, por ver si nos puede ayudar de alguna forma

—¡Faltaría más! Dígame qué quiere saber.

—¿Era un buen cliente de su establecimiento?

—Venía con cierta frecuencia. —Como había dicho Albanell, aquel hombre hablaba por los codos y se sentía ufano de ser importante en aquel momento—. A veces solo, a veces acompañado, a veces había gente que estaba aquí, esperando a que llegara.

—Si le parece bien, vamos a hacer una cosa. Yo le enseño fotos de personas y usted me cuenta qué sabe de ellas.

—Si las conozco, lo haré con mucho gusto.

Tomás sacó las fotos de todos los sospechosos que tenía hasta aquel momento y empezó su examen. El hostelero parecía entusiasmado con aquel ejercicio.

—Este vino varias veces. Preguntó mucho, mucho, sobre él. A qué hora llegaba, si vivía solo y cosas parecidas. Como es lógico, yo no solté prenda. Curiosamente, hace muy pocos días volvió y empezó a interrogarme sobre el día del accidente. Quería saber si había venido alguien a visitarlo, si había discutido, a qué hora vino, en fin, mil cosas sin interés, al menos así lo creo yo, ahora que ha muerto. En resumen, un chafardero.

—¿Usted sabe si este hombre tuvo alguna discusión o alguna pelea con el muerto? No me refiero a ahora, sino a anteriormente, hace meses o semanas.

—No, me dijo que habían sido muy amigos, pero que ahora hacía tiempo que no se veían. Yo nunca los vi juntos.

—¿Puede decirme si estuvo aquí el día de la muerte?

—Que yo recuerde, aquel día no vino.

El sargento guardó la foto de Román y sacó la de Bonmatí.

—A este no lo he visto nunca por aquí.

Tomás guardó aquel retrato y le enseñó el de Manuel. Obtuvo la misma respuesta. Luego le mostró el de Rosa. La respuesta del

dueño fue que la había visto con el muerto. Recordaba que venía con una niña y que, a veces, los había visto discutir. También le explicó que en una ocasión la había visto hablar con Román. La siguiente foto que sacó fue la de Clara.

—A esta sí que la he visto bastantes veces. A esta, creo yo, y perdone que lo diga así de claro, se la follaba.

—Los vio discutir.

—Sí, varias veces. Siempre que reñían, hablaban de dinero. Nunca fueron grandes peleas. Lo debían arreglar en la cama. Lo que si recuerdo es que la última vez que los vi juntos, aproximadamente dos o tres semanas, o quizás menos, antes de la muerte, él lloró como un bendito.

—Para conocerlo poco, no está mal lo que sabe usted. ¿Y este? —dijo Tomás enseñándole la foto de Nico Barnils.

—Vino a verlo varias veces antes de morir. Unas dos o tres semanas antes. Era un pijo en todos los sentidos, vistiendo, hablando, tratando a la gente, en resumen, un comemierda. Se lo veía desesperado. Yo lo vi llorar un par de veces.

—¿Discutieron, se pelearon?

—Discutir y enfadarse quizás sí, pelearse no. Parecía que estaban en el mismo equipo. El pijo rogaba, exigía, y el otro trataba de calmarlo.

—¿Lo vio el día de la muerte?

—No. Como ya le he dicho, vino varias veces, unas dos o tres semanas antes del accidente, luego ya no. Oiga, que yo le cuento lo que pasaba aquí y lo que yo veía. Si se veían en su casa o en otro sitio, yo ya no lo sé.

—Evidentemente. Esto es lo que quiero yo, que me cuente lo que pasaba aquí y lo que vio y lo que le pareció, nada más. Ya le saco la última y no lo molesto más —dijo enseñándole la foto de Marta.

—Uy, esta. Es la más nueva y la más revoltosa. Yo solo la vi dos veces. No la había visto nunca hasta una o dos semanas antes del accidente. Se sentaron en aquella mesa de allá y tuvieron una discusión morrocotuda. Por lo que entendí, él le debía mucha pasta de un niño, creo que un hijo suyo. Ella gritaba y chillaba tanto que todo el mundo se enteró de que él no le pasaba la pensión y le

debía dinero. No fue una discusión muy larga, pero los gritos, los insultos, lo que ocurría entre ellos, fue conocido por todo el mundo. Luego, se vieron otra vez, tres o cuatro días antes de morir, y volvió el mismo tema. En esta segunda ocasión ella le exigía entrar en la casa y llevarse no sé qué. Estaba hecha una furia. Quería pegarle. Lo atosigó tanto que él se levantó y la dejó con la palabra en la boca.

—¿Oyó usted que ella lo amenazara de alguna manera?

—No paró de amenazarlo. Le decía que si salía vivo de no sé qué y ella no cobraba, lo mataría con sus propias manos. Fue muy desagradable. Todo el comedor no hacía otra cosa que mirarlo.

—Cuando el doctor se levantó y se fue, ¿qué hizo ella?

—Lo siguió un rato, increpándolo, chillándole. Como el otro no le hacía ni caso, cogió su moto y desapareció.

—¿Tenía una moto?

—Seguro no lo sé. Imagino que sí, porque entró y se fue con un casco de moto.

—Pues no le entretengo más. Muchas gracias por su colaboración. Espero que nos sea de utilidad. Gracias una vez más.

24 – JUEVES, 2/12/2004

—Buenos días, jefa.

—Buenos días.

—No estuvo mal lo del otro día con el Barnils ese.

—No, fue una visita muy instructiva. No tuvimos tiempo de comentarlo porque tuve que marchar, pero a mí me ilustró bastante. Con el tiempo que llevo trabajando en la comisaría y aún descubro negocios nuevos.

—¿Qué tal te fue por el cole de Pablo?

—Muy bien. Han creado un grupo de alumnos dedicado a la prevención del acoso y para ayudar a los que puedan padecerlo. Son todo alumnos, uno o dos de cada clase, aunque la escuela ha nombrado a un profesor como interlocutor y para ayudarlos si hace falta. La idea de los niños es autogestionarse. Han nombrado a Pablo coordinador del grupo. Ayer hizo un breve discurso de presentación, y no es porque sea mi hijo, pero estuvo brillante. Estoy muy orgullosa de él.

—Me alegro mucho. Después de lo que hizo y de lo que está consiguiendo, merece un buen reconocimiento.

—Tienes razón. Gracias. Volvamos a lo nuestro. Tengo que aceptar que tenía totalmente olvidada a la bibliotecaria.

—Y yo. No pensaba que tuviese nada que ver en todo esto y mucho menos que hubiese tenido un hijo con el doctor. De todas maneras, lo importante es que en el coche había veintidós mil euros que alguien, seguramente el mismo asesino, se llevó. Una de las preguntas que me hago es si el homicida sabía que este dinero estaba allí o si lo encontró por casualidad.

—Pienso que fue por casualidad. Lo mataron por otras razones y encontraron el dinero de rebote.

—No sé qué decirte. El dinero, junto con el sexo, es uno de los móviles más frecuentes, por no decir el que más, en las muertes violentas. Si lo pensamos bien, poca gente conocía la existencia de tanta pasta: Nico, Marta, los gánsteres y, a lo mejor, Clara. Creo que nadie más. En este caso que investigamos, si el móvil del crimen es otro, yo apuesto por el gitano. Ya te lo dije, desde que lo vi es mi primer sospechoso, no me preguntes por qué porque no lo sé, es mera intuición. Hoy voy a ir al bar del primo para corroborar o deshacer la coartada, y ahora mismo cito a Marta en unos días porque se acerca un puente precioso de cuatro o seis días, dependiendo de si el día 7 piensas venir a trabajar. Por cierto, ayer estuve en el bar de Vallvidrera y no saqué nada nuevo, salvo que Marta vio a Javier poco antes de su muerte en dos ocasiones y montó una trifulca de mil pares de... eso. Según me contó el hostelero, estaba enfurecida y, a gritos, reclamaba su dinero.

—De acuerdo. Ve al bar del primo de Manuel y no te olvides de citar a Marta. Si puede ser, a partir de las diez. Así no tenemos prisas. Que lo sepas, yo no vuelvo hasta el día 9. Este puente no me lo quita nadie.

—De acuerdo.

Tomás procuró aparecer en el bar del primo de Manuel a la misma hora que en su anterior visita. Parecía que era la hora de poca actividad y, por tanto, ideal para mantener una conversación. Como había previsto, la sala estaba casi vacía. Igual que en la otra ocasión, solo el hombre de pelo blanco y color amarillento de piel permanecía allí sentado, inmóvil frente a su copita de anís, como una figura de decoración del establecimiento. No había nadie más. Nada más entrar vio al primo de Manuel detrás de la barra.

—Buenos días —dijo el sargento.

—Buenos días. ¿A qué se debe tan grata visita? Si busca a Manuel, ahora no está aquí. Acabo de verlo salir.

—No, no le buscaba a él. Te buscaba a ti.

—¿A mí? Pues aquí me tiene. ¿Usted dirá?

—Perdona, ¿puedo saber tu nombre?

—Pues claro. Julián me llaman, para servirle.

—Julián, necesito hablar un rato contigo.

—Pues ahora es un buen momento.

Se sentaron en una de las clásicas mesas de bar, redonda, con patas de hierro y un tablero de mármol envuelto por un borde metálico, situada a cierta distancia del eterno cliente.

—Mira, Julián, voy a serte muy sincero. El otro día, cuando estuviste en comisaría con Manuel, me aseguraste que la noche del accidente tu primo estaba durmiendo aquí. Yo no sé si es verdad o no. Lo que sí sé es que esta coartada, tú sabes qué es eso, ¿no? — Julián asintió con la cabeza—, descarta el hecho de que Manuel pudiese tener algo que ver con lo que estamos investigando. Si no es verdad, si has mentido, te estás metiendo en un buen lío. Yo sé que dijiste lo que dijiste para ayudar a Manuel. Piensa que, en el caso de que él no estuviese aquí aquella noche o que tú no puedas asegurarlo, no significa que Manuel fuese culpable de nada. Aún no lo sabemos. Estamos investigando el robo de motos de aquel día y el anterior. ¿Tú sabías que Manuel robaba motos e incordiaba y perseguía al doctor Pie?

—No, no lo sabía.

—Pues lo hacía y, al parecer, con relativa frecuencia. Él mismo me confesó que las robaba para seguir y amenazar al doctor. Como te estaba contando, estamos investigando este hecho. He venido a decirte que, en el caso de que encontremos algo y sospechemos que tú nos estás mintiendo, te voy a llenar el bar de policías hasta que conozcamos la verdad. Yo sé que a ti no te gusta vernos por aquí. Lo que está claro es que, si tenemos que averiguar lo que Manuel hizo aquel día, vendremos tantas veces como sea necesario, vestidos de uniforme, y esto a tu clientela no le gustará. Además, no debes olvidar que, si nos mientes, estás obstruyendo una investigación y esto quiere decir que te puede caer un buen palo. Yo he venido a avisarte y te lo he contado todo. Si lo que me dijiste en comisaría es verdad, adelante, no pasa nada. Si me mentiste para ayudar a Manuel, ahora es el momento de rectificar. Luego será demasiado tarde y ya no habrá remedio.

—Como usted dice, yo confesé que había estado aquí porque no sabía lo de las motos y me creía que estaba por el barrio. No me imaginaba que esto iba tan en serio.

—Es muy serio porque hay una persona muerta. Ahora ya lo sabes. Cuéntame la verdad.

—Lo cierto es que yo no vigilo a Manuel. A veces entro en el almacén y lo veo en el catre y otras veces su cama está vacía y yo me voy a casa sin haberlo visto en todo el día.

—¿Y aquel día?

—No lo sé. No recuerdo si estuvo o no, si lo vi o no lo vi. No le puedo asegurar nada porque no lo sé.

—¿Sabes que con lo que me acabas de decir desmientes su coartada?

—Usted me ha pedido que diga la verdad y es lo que he hecho. No lo sé.

—De acuerdo. Ahora tendrás que ir a la comisaría y hacer esta declaración delante de alguno de los policías que hay allí. Acuérdate de ir, ya que, si no lo haces, lo que vale es lo que contaste la primera vez.

Tomás salió de allí satisfecho. Sus sospechas se habían confirmado. Nada más llegar a la comisaría fue a la sala común y preguntó:

—¿Quién de vosotros está mirando lo de las motos robadas?

—Yo —contestó González—. Bueno, Albanell y yo, pero ahora él no está aquí.

—¿Cómo vais?

—Hay muchas denuncias. Hemos tenido que acotar la búsqueda. Si con esto no encontramos nada, ampliaremos el objetivo.

—De acuerdo. Yo creo que debemos buscar motos de 250 cc o más que hayan desaparecido durante las veinticuatro o cuarenta y ocho horas previas a la fecha de la muerte y que hayan sido devueltas o encontradas en el barrio de Gracia o sus alrededores. Si no encontramos nada, ampliamos la búsqueda a motos de 125 cc. Más pequeñas no creo que nos interesen.

—Más o menos es lo que habíamos hecho. A ver si hay suerte.

Acto seguido se fue a su despacho y revisó las declaraciones de Román y Clara tratando de encontrar algún detalle que se pudiese haber escapado. No descubrió nada interesante. Sacó su libreta y repasó, sin suerte, sus anotaciones. Como no halló respuesta a sus preguntas, cogió el teléfono, llamó al doctor Torres y lo citó para volver a interrogarlo.

25 – JUEVES, 9/12/2004

—Buenos días, jefa.

—Hola, Tomás. Cuántos días sin verte. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien, mejor de lo que esperaba.

—¿Dónde has estado?

—En mi pueblo, Vejer de la Frontera, en Cádiz, viendo lo poco que queda de la familia y de los amigos.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes que soy hijo único. Mis padres ya no están, mis tíos tampoco, solo me quedan dos primos a los que hacía años que no veía. Para mí, han sido como dos extraños. Amigos me quedan pocos. Muchos marcharon y allí solo quedan dos o tres. Eso sí, son de la juventud, y esto hace que, para una visita corta, los tengas a mano para recordar y salir de copas. En resumen, me sentí como un forastero en mi tierra.

—¡Pues qué bien! ¿Cómo se te ocurrió ir?

—Ya llevaba días barruntando la idea de ir y al final me decidí. No me arrepiento ni un poco, que conste. Me lo he pasado bien. Ya sabes, vinitos, cervezas, pescadito, flamenco, en resumen, de juerga continua. Lo que pasa es que me he dado cuenta de que pocas cosas me unen al pueblo. Yo, para ellos, ya soy catalán y allí no estamos muy bien vistos. Reciben una información muy sesgada y tendenciosa. Dejemos de hablar de mí, ¿y tú?

—Yo bien. Con los niños y unos amigos en una casa rural muy bonita haciendo excursiones, respirando aire puro, viendo paisajes preciosos, en fin, salud y relajación.

—¿Con novio?

—Qué pesado eres. Ya sabes que ni tengo ni quiero. Cuando me quedé viuda decidí dedicar todo mi tiempo y mi amor a mis hijos, así que ya no me queda para nadie más. Me veo incapaz de empezar una nueva relación y meter a otro hombre en casa.

—¿Qué pasará cuando los niños sean mayores?

—Mira que lo hemos hablado veces. Eres muy insistente, casi más que en el trabajo, cosa difícil. A lo mejor para entonces ya se me ha pasado el arroz. Anda, vete a trabajar, que Albanell se acerca para avisarte.

—De acuerdo. Ya no digo nada más. Luego te lo cuento.

Tomás esperó a su visita sentado en su mesa de trabajo. Al poco rato, su compañero abrió la puerta y dio paso a Román.

—Buenos días, doctor —dijo al verlo entrar por la puerta.

—Buenos días, sargento. Otra vez aquí. ¿Ha pasado algo nuevo?

—No. Prácticamente seguimos igual. Necesitaba hablar con usted. Hay algunas cosas que no acabo de entender.

—Pues usted dirá. Yo creo que le conté todo lo que pasó y que yo sé.

—¿Fue sincero en su relato?

—Claro. No sé qué quiere decir. ¿Por qué me lo pregunta?

—Si a mí alguien me hubiese hecho lo que a usted le hizo el doctor Pie, creo que lo hubiese matado. Me cuesta entender cómo pudo superar lo ocurrido.

—Ya le conté que lo pasé muy mal y que durante un tiempo le deseé lo peor. Hubo un momento, cuando recibí de golpe las noticias de lo de Clara y lo de la tesis, que, en caliente, a lo mejor podía haber cometido un disparate. Por suerte para mí, aquel día no lo encontré. Luego ya no. Lo odiaba, sí, es cierto, pero soy incapaz de hacer daño a nadie. Con el tiempo me volví muy pragmático y aprendí a mirar hacia delante. Aproveché las oportunidades que se me presentaron, me adapté a lo que tenía y traté de olvidar el pasado. Con esta filosofía conseguí vivir mejor.

—Lo acepto. De todas formas, yo creo que nunca llegó a olvidar lo ocurrido. Estoy convencido de que, aunque el doctor Pie ya está muerto, usted aún no ha conseguido vivir en paz.

—No sé en qué fundamenta su teoría. Yo creo que ya pasé página hace tiempo. Si tengo que serle sincero, la muerte de Javier no me ha importado nada. Ni me he alegrado ni me ha dolido. Indiferencia es lo que he sentido.

—Si esto que me está contando es verdad, explíqueme por qué ha estado usted preguntando y buscando después de su muerte. Sabemos que ha ido al bar de Vallvidrera, el que está junto a la casa de Vallvidrera, investigando algo. ¿Puede decirme qué?

—Nada en especial. Simple curiosidad. —Román empezó a moverse en la silla. Estaba inquieto. Tomás lo notaba y se sentía satisfecho de estar consiguiendo lo que se proponía.

—Doctor Torres, yo ya soy mayorcito y hace tiempo que me afeito la barba y que soy policía. No me venga con historias vacías. No me mienta, por favor. Si lo hace solo conseguirá complicarse la vida.

Román bajó la vista y se quedó callado en esa posición. Tomás, que en su última intervención había subido el tono de voz, se puso frente a él con cara muy seria, mirándolo fijamente. En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Qué quieres, Albanell? Estoy en una entrevista.

—Perdona, no lo sabía. Venía a enseñarte lo que hemos encontrado sobre las motos. Cuando acabes, me llamas y te lo muestro.

—¿Habéis encontrado algo?

—Puede ser que sí.

—Voy y me lo cuentas. ¿Me perdona un minuto? Vuelvo enseguida —dijo Tomás dirigiéndose a Román.

Salió del despacho con Albanell. Román permaneció, los pocos minutos que estuvo solo, con la cabeza entre las manos mirando al suelo. No paraba de cavilar. Cada vez estaba más nervioso. Notó como sus manos mostraban un pequeño temblor.

—Disculpe la espera —dijo al volver a entrar en su despacho al tiempo que observaba lo nervioso que estaba su interlocutor—. Voy a decirle una cosa que a lo mejor le ayuda a contarme la verdad. Sabemos que en el accidente del doctor Pie intervino una moto. Por casualidad, ¿no sería la suya?

Román saltó de su silla como si le hubiesen pinchado con una aguja y con voz trémula dijo:

—No era yo, no era yo, se lo juro. Yo no estuve allí aquella noche. Ya le dije que yo no tuve nada que ver con lo ocurrido.

—Entonces, ¿a qué vienen todas las preguntas que ha estado haciendo al dueño del bar? ¿Por qué quería saber quién fue aquella noche y si hubo discusiones? ¿No será que quiere usted saber si alguien lo vio? Si no recuerdo mal —dijo, mientras consultaba su pequeña libreta—, usted no tenía coartada. Quiero decir que nadie puede corroborar que estaba en casa.

—Nadie puede hacerlo porque vivo solo, ya se lo dije en su día. Yo estaba en casa, durmiendo. Se lo aseguro.

—Puede que sea cierto. Tiene que explicarme, porque aún no lo ha hecho, el porqué de todos sus movimientos después de la muerte del doctor Pie.

—Lo haré. No lo he hecho hasta ahora, es cierto. Es que me da un poco de vergüenza.

—Será mejor que se la coma porque se juega mucho.

—Ya le he dicho que lo voy a hacer. Usted tenía razón al decir que yo no había acabado de pasar página. Con el tiempo, todo deseo de hacerle daño físico se desvaneció y llegó a desaparecer. Lo que no he sabido gestionar es la traición, la derrota, no sé cómo llamarla, científica. Me era y aún me es muy difícil aceptar que una persona como él se pasease impunemente por la universidad y diese clases allí con un título de doctor robado, un título que debía ser mío. Durante todo el tiempo, desde que aquello ocurrió, he estado buscando la manera de desprestigiarlo sin conseguirlo. Llegué a convencerme de que era mucho mejor atacar a su honor, a su credibilidad, a su moral, que provocarle algún daño físico. Hace algo más de un año, un compañero que está en la comisión de doctorado de la universidad, respondiendo a mis preguntas, me dijo que, si yo podía demostrar lo que él había hecho, podría ser despojado del título de doctor. Yo ya tenía desde hace mucho tiempo los informes del doctor Miranda en los que proponía mi tesis y su dirección. Necesitaba conseguir el listado que la bibliotecaria le había dado a él con todos los trabajos que yo había seleccionado y clasificado.

—Vamos a ver, todo esto ya se sabía, ¿no? Por esto despidieron a la bibliotecaria, ¿no?

— Claro, lo sabía el hospital, no la universidad, ya que nadie lo había denunciado. El título de doctor depende de la universidad, no del hospital. Son cosas diferentes. Yo podía denunciarlo a la comisión de doctorado siempre que aportase pruebas. Si conseguía tener en mis manos esta lista, podía cotejarla con la mía y así demostrar que me había robado. Con este documento y lo que yo ya tenía se podía incoar un expediente y comprobar, con los testimonios de la bibliotecaria, de Miranda, de Bellido y el mío, o solo con alguno de ellos, si mi relato era cierto o no. Si se comprobaba la certeza de mis afirmaciones, él podía perder su título fraudulento. Era una idea algo descabellada, difícil de demostrar, a la que me aferré y por la que estaba luchando este último año. Deseaba con toda el alma conseguirlo.

—¿Una simple lista podía demostrar que se la había robado a usted? ¿No podía ser al revés?

—No, porque las listas que salen de la biblioteca salen con el nombre del que la ha pedido, el sello de allí y la fecha. Yo tenía la mía. La suya, estoy convencido, también debía llevar el sello y la fecha, que debía ser posterior a la que yo tenía. Con esto, y algún testimonio, pensaba que sería posible demostrar lo ocurrido. Era la única posibilidad a la que aferrarme. Soy consciente de que era muy difícil, pero necesitaba intentarlo. Puedo asegurar que era mi único objetivo desde que hablé con mi compañero y reconozco que estaba un poco obsesionado.

—Lo acepto. Todo esto, que dicho sea de paso me parece una locura, ¿qué tiene que ver con sus preguntas y visitas al bar tras la muerte del doctor?

— Yo había ido al hospital, a buscar en la biblioteca, y averigüé que el listado no estaba allí y que podía estar en poder de Javier. Yo sabía, por Clara, que seguramente lo tenía. Clara me había contado que aún se veían de vez en cuando. Se me ocurrió tratar de convencerla para que buscase este documento o, si ella no lo encontraba, que me facilitase la entrada en la casa para poder buscarlo yo. La muerte se adelantó a mis planes, y no llegué a

tiempo de pedirle a Clara lo que quería. Estaba convencido de que ella me ayudaría. Por esto estaba indagando si alguien, especialmente ella, aún iba por la casa. Mi objetivo era colarme en la vivienda y buscar el documento. Mis pesquisas fueron inútiles, ya que, por lo visto, ya nadie entra allí y, por tanto, no podía hacer nada. Además, por si fuese poco, mi compañero me dijo, hace dos días, que, muerto Javier, nadie de la comisión iniciaría un expediente de investigación. Así que aquí ha acabado mi búsqueda.

—Doctor Torres, me ha dejado usted de piedra. Su relato es tan descabellado, tan loco, que me lo voy a creer. Es difícil que un asesino elabore una historia tan rocambolesca y por esto pienso que es creíble. Veo que el daño que le hizo este hombre es inconmensurable. Perdona que se lo diga, pero lo siento mucho por usted. No sé cómo ha podido vivir tanto tiempo con este dolor, este rencor, esta pena en su interior. Solo espero y deseo que esta muerte le sirva para curarse. Le agradezco la información de hoy y, como le he dicho, de momento, voy a creerle. Necesito un tiempo para digerir y procesar todo lo que me ha contado. Si me lo permite, le aconsejo que pida ayuda. No se puede ser feliz con lo que guarda en su interior.

Tras despedir al doctor Torres, Tomás se fue a buscar a su compañero Albanell.

—Perdona la interrupción, sargento. No sabía que estabas ocupado.

—No te preocupes. En realidad, tu aparición me ha ido muy bien porque me estaba meando y así he podido salir. ¿Qué me tenías que contar?

—Hemos acotado la búsqueda de motos robadas, como nos has sugerido, y nos parece que hemos encontrado algo. El dueño de una Honda 250 denunció su desaparición el mismo día del accidente, hacia las siete de la tarde. Al día siguiente, la moto apareció en la plaza del Raspall, en el barrio de Gracia.

—¿Cerca del bar de Julián?

—Sí, si es el bar de su primo, sí. El hombre dice que cuando se la robaron la tenía aparcada en el paseo de San Juan, también relativamente cerca de allí. Cuando la encontraron, la moto estaba

bien. No tenía ningún desperfecto. Bueno, habían roto la cadena con que la que estaba atada y nada más.

—Por lo que me dices, es como si alguien la hubiese tomado prestada y después de usarla la hubiese devuelto.

—Sí. Eso parece.

—Id a buscar a Manuel y me lo traéis aquí.

—¿Detenido?

—No. No tengo ninguna prueba de nada y no lo puedo arrestar. Lo que quiero es que se acojone un poco y que llegue aquí un poco asustado. Además, si lo cito para que venga, no lo hará. Así que lo vais a buscar y, de esta forma, seguro que lo tendremos aquí.

Una hora más tarde Albanell entró, tras pedir permiso, en el despacho de Tomás acompañado de Manuel, que no paraba de despotricar.

—Hola, Manuel —dijo Tomás. El aspecto de aquel hombre era impactante. Su piel y sus ojos estaban teñidos de amarillo. Los huesos de la cara, así como todos los demás, estaban pegados a la piel, dejando entrever, con detalle, su esqueleto. Su marcha era muy lenta y necesitaba apoyo para dar pequeños pasos que le permitiesen adelantar unos metros.

—Hola, sargento. Déjeme sentar, que estoy muy jodido. Ya no me aguanto de pie. Creo que me voy a morir pronto.

—Siéntate, hombre. No te preocupes, que eso no va a pasar. Los médicos no dejarán que ocurra. Dentro de poco podrás volver a las andadas.

—Ya veremos. ¿Por qué me ha hecho venir?

—Necesito hablar contigo. Quiero que me cuentes la verdad. ¿Para qué robaste una moto el día de accidente? Sé que lo hiciste y fuiste a ver al doctor Pie. Es así, ¿no?

—Sí, es verdad. Aquel día estaba dispuesto a matarlo. No pude porque se me adelantaron. Me acababan de decir que me quedaba poco tiempo de vida, así que me dije que lo único que me quedaba por hacer antes de irme al otro barrio era matar al que me jodió la vida. Mi vida por la de él. Ahora ya no me importa decirlo. Este era el negocio, pero no pude. Alguien llegó antes que yo.

—¿Qué quieres decir? No te acabo de entender.

—Aquel día robé una moto en el paseo de San Juan, no sé cuál, y me fui a su casa, allí en Vallvidrera. Como el cabrón no estaba, me escondí en el bosque de delante y esperé a que llegara. Había cogido un cuchillo del bar de mi primo, uno muy grande, para rajarlo. Estaba decidido a hacerlo en cuanto me fuese posible. Me costó poco decidirme. Yo iba a morir y no podía hacerlo sin cepillarme antes a aquel hijo de puta. Esperé mucho rato. Se hizo de noche y me quedé dormido.

—¿Qué más pasó?

—No sé qué hora era. A medianoche o de madrugada, no sé, él llegó a su casa y tras él iba una moto conducida por una mujer. Discutieron a gritos allí, en la puerta. Por esto me desperté. Él quería salir del coche. Ella no lo dejaba. Le puso la moto en la puerta y no lo dejaba salir. —Manuel tenía que hacer pequeñas pausas, ya que, si no, se ahogaba. Tomás tenía que acercarse a él, pues hablaba muy flojito.

—¿Cómo sabe que era una mujer?

—Por la voz. Con los gritos que pegaba no había ninguna duda. Chillaba como una loca.

—¿Qué ocurrió entonces?

—El coche, de repente, arrancó y se fue a buscar la carretera. La moto hizo lo mismo. Se puso en marcha y fue tras él.

—¿Qué hiciste tú?

—Lo mismo que ellos. Los seguí... —Manuel empezó a tambalearse sobre la silla, se cogió la cabeza con las manos y se desplomó.

—¡Albanell, Albanell! —gritó Tomás—. Ayudadme. —Intentó estirarlo en el suelo y ponerlo de lado, en posición de seguridad. Pedid una ambulancia urgente.

Media hora más tarde, mientras Manuel iba camino del hospital, Tomás, solo en su despacho, maldecía no haber podido acabar la entrevista. Lucía, al oír los gritos y el ruido, acudió. Cuando el enfermo fue trasladado a la ambulancia, se sentó frente a él y escuchó el relato de su compañero.

26 – LA PARTIDA

El robo de la tesis de Román seguido de la separación de Clara provocó cambios importantes en la vida del doctor Pie.

En el hospital Vall d'Hebrón, el conocimiento de lo ocurrido con la tesis de Javier dio lugar a una importante división de opiniones sobre el tema. Unos, sobre todo los que solo conocían su versión, creían que había actuado correctamente. Otros, sabedores de la versión de Román, opinaban que lo que había hecho Javier no tenía nombre, que era una infamia y una falta de ética. A pesar de ello, la situación no afectó al trabajo del equipo, por lo que Miranda, el jefe del servicio, no tuvo que intervenir en ningún momento.

La dirección hospitalaria investigó los hechos, tras lo cual se consideró que la actitud de la bibliotecaria no había sido correcta. Para ellos, Marta había tenido una actuación inmoral, fuera de todas las normas éticas e indigna del puesto de trabajo que ocupaba, por lo que la llamó el jefe de personal, quien, sin ofrecerle la oportunidad de justificarse, explicarse o defenderse, se limitó a darle la hoja de despido y el finiquito. De hecho, no la dejó ni sentarse cuando la destituyó.

Marta salió de allí destrozada moralmente. Se había sentido tratada como una delincuente. Sabía, además, que le costaría encontrar un nuevo trabajo, muy posiblemente nunca más sería bibliotecaria de un hospital. Por si fuese poco, todo lo sucedido puso en su conocimiento la relación entre Clara y Javier, hecho que ella, hasta entonces, desconocía. Todo esto le hizo tomar la decisión más dura: acabar con su relación. Le costó porque estaba locamente enamorada; sin embargo, se dio cuenta de que había sido engañada, manipulada y utilizada para un objetivo innoble que le

había costado el trabajo y que afectaría a su futuro. Su sentimiento de amor empezaba a transformarse en odio. El mismo día que la echaron del hospital apareció en casa de Javier y le dijo, a gritos, todo lo malo que se le ocurrió. Le explicó que ella había hecho todo aquello por amor y que, a cambio, solo había obtenido engaño, desprecio y vergüenza. Lo insultó, lo increpó, lloró sin llegar a perder la compostura y acabó marchándose, cerrando la puerta con un fuerte golpe y gritando que no quería volver a verlo.

Por su parte, él, a pesar de que había conseguido aquello que pretendía, no se sentía a gusto. No estaba tan feliz como pensaba que estaría tras obtener el título de doctor. En el hospital se sentía juzgado, notaba que el trato con algunos compañeros ya no era el mismo, y esto lo hacía estar nervioso e incómodo en su trabajo. Además, que Clara hubiese cortado la relación y la forma en que lo había hecho le hacía sentir mal. Se daba cuenta de que la quería más de lo que imaginaba. Tenerla sin compromisos, sin ataduras, le había hecho obviar que la necesitaba. A él, la situación que habían vivido le iba bien. Tenía claro que en la cama no había otra como ella. Había estado con muchas mujeres y ninguna había conseguido superar el placer, la comunión entre cuerpos, el deseo que había experimentado con ella. Todo esto le había provocado un importante estado de tristeza, de pérdida, de soledad. Seguía sin arrepentirse de nada, pero no lo disfrutaba como se había creído que ocurriría. En cuanto a Marta, aprovechó el último día, cuando ella fue a su casa para romper la relación, para decirle que nunca la había querido y le dejó claro que se había aprovechado de ella. Le confesó que, cuando le pidió que le pasase los trabajos seleccionados por Román, estaba convencido de que ella no iba a ser capaz de hacerlo. Su actitud y la entrega de los documentos le habían demostrado qué tipo de persona era. La trató como poco profesional, carente de ética y con una moral más que discutible. La despidió de su casa con malos modales.

—Alguien con algo de dignidad y ética profesional jamás se hubiese prestado a hacer lo que hiciste —fueron sus últimas palabras al despedirla.

Un día, harto de estar solo, salió a cenar con la intención de darse un homenaje. Fue al restaurante Vía Veneto, establecimiento conocido por su decoración modernista y por poseer una estrella Michelin, donde dio cuenta del menú degustación, con maridaje, rodeado de profesionales que supieron acompañarlo en su soledad. Luego, decidió ir a tomar una copa en una coctelería de moda de la calle Tuset.

El lugar, amenizado con música *jazz* en directo, estaba decorado como una taberna de San Francisco. Se sentó en la barra y pidió un Lagavulin, un *whisky* de malta escocés de dieciséis años.

—¿Tú no eres Javier Pie? —le dijo un hombre de su edad, elegantemente vestido y oliendo a Eau Sauvage de forma exagerada.

—Sí. ¿Y usted es...? —respondió Javier, sorprendido al no reconocer a quien le hablaba.

—Soy Nico, Nico Barnils. ¿No te acuerdas de mí? Hace años que no nos veíamos.

—Hombre, ahora sí. Entre la poca luz, que estaba distraído y el tiempo que hace que no nos veíamos, de entrada, no te he reconocido.

—Añade lo cambiados que estamos, que los años no pasan en balde.

—No creo que hayas cambiado tanto. Tengo que confesar que estoy buscando excusas por no haberte reconocido a la primera. Tienes muy buen aspecto. No esperaba encontrarte aquí. ¿Cómo te va todo? ¿Qué es de tu vida? ¿A qué te dedicas? Perdona, que te estoy avasallando. No sé si estás con compañía o esperas a alguien y te estoy molestando. Perdona.

—No te preocupes. En realidad, he sido yo quien te ha abordado, así que la culpa es mía. Tengo aquel tío de allí —dijo mientras discretamente señalaba a un hombre calvo, bien vestido, con aspecto de proceder del Este de Europa, sentado en una mesa y sorbiendo algo que Javier no supo reconocer— esperándome. Voy a hacer un negocio importante y no me puedo entretener. Me gustaría volver a verte y recordar viejos tiempos, cuando éramos más jóvenes y hacíamos tropelías. Te doy mi tarjeta. Dame tu teléfono y

te llamaré. Puede ser cualquier noche o cualquier mediodía, y vamos a comer o a cenar. Tú decides.

—A la hora de comer acostumbro a estar trabajando en el hospital, así que mejor cualquier noche.

—Es cierto. Había olvidado que eres médico. Te llamaré la semana que viene y vamos a cenar y a ponernos al día.

—De acuerdo.

Nico cumplió su promesa y a los seis días lo llamó y fueron a cenar. No pararon de hablar recordando los viejos tiempos y contándose el uno al otro sus diferentes caminos y sus vivencias personales. Supo que Nico no había acabado sus estudios de económicas y se había dedicado a la compraventa de barcos de lujo. Este era un tema que seguramente conocía bien, pues era hijo de una familia adinerada de Barcelona y siempre se había movido por este mundillo de ricachones, pensó Javier. La vida de Nico transcurría, según contaba él mismo, sobre todo por la noche. Se movía por restaurantes caros, clubs, coctelerías de moda y casinos, que eran los lugares donde le era más fácil encontrar clientes. Mientras contaba su vida, Nico recordó cómo, de jóvenes, frecuentaban lugares parecidos, mucho más humildes que los actuales, y la afición que durante una época tuvieron en acudir a los casinos para apostar en la ruleta.

—Aún recuerdo que tú eras un tío con suerte —dijo Nico.

—No me puedo quejar. Gané muchas veces, pero perdí lo mío. Yo pienso que me quedé a la par.

—Te aseguro que no. Ganaste bastante dinero. —Y se puso a reír mientras Javier, que le daba la razón, arrancaba una carcajada de satisfacción.

—Si quieres, luego nos damos una vuelta por un casino y probamos suerte. A lo mejor hasta encuentro algún cliente —dijo Nico.

A partir de aquel día se vieron muchas veces. Javier se agarró a Nico como a la única escapatoria que le quedaba. Sin pareja, sin amigos, rodeado de odio, él era su salvavidas. Se habituó a ir a lugares de juego y apuestas, a casinos. Empezó a apostar y, como

ocurre muchas veces, al principio ganó, y ello le incitó a seguir haciéndolo.

Un día, mientras estaban cenando, apareció, como por arte de magia, Marta, la bibliotecaria del hospital.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido, Javier.

—Llevo días buscándote. Siento interrumpir. Tengo que hablar urgentemente contigo —respondió ella.

—Tú dirás.

—Creo que sería conveniente hablar a solas.

—Perdona Nico, ahora vuelvo.

Hacía ya cuatro meses, casi cinco, que Marta había desaparecido de su vida y su presencia allí le había causado mucha sorpresa.

—Tengo que darte una noticia. He dudado mucho en hacerlo hasta que me he convencido de que mi obligación es decírtelo. Estoy embarazada y es tuyo.

—¿Qué? ¿Cómo no me lo habías dicho hasta ahora?

—Te reitero que he tenido muchas dudas. Pensé en no darte nunca la noticia porque no te lo mereces. Mi familia y mis amigos me han hecho entender que el niño no tiene ninguna culpa y que tiene derecho a saber quién es su padre, aunque, por desgracia, seas tú.

La noticia lo cogió por sorpresa. Estuvo haciendo preguntas para asegurarse de que Marta le decía la verdad y el niño era realmente suyo. Tantas fueron que llegó un momento en que ella se hartó.

—¡Basta ya! Sabía que eras un cabrón y aun así he venido a explicártelo. No voy a tolerar más impertinencias ni más investigaciones. Te guste o no, es tuyo. A partir de aquí, haz lo que quieras. Debes saber que, como consecuencia de lo que me hiciste hacer, me quedé sin trabajo y ahora, además, en este estado nadie me contrata. Debes saber que el niño no tiene la culpa de tener el padre que tiene y que, si tú no quieres, él nunca te llegará a conocer. Creo que te lo tenía que decir por él, solo por él. A mí no me importa lo que hagas, allá tú con tu conciencia.

—No, Marta, no. No soy tan malo como te crees. Me has cogido de sorpresa. Cuando nazca lo reconoceré, le daré mis apellidos y te ayudaré a cuidarlo. Te prometo que te ayudaré en la crianza.

Déjame un poco de tiempo para digerirlo y reflexionar y nos volvemos a ver para sellar un compromiso.

—De acuerdo. Quedamos otro día y hablamos —contestó ella, que había arrancado a llorar.

Javier volvió a la mesa donde estaba Nico esperando.

—¿Quién era esta chica tan guapa?

—Una antigua amiga.

—¿Problemas?

—Sí, y además inesperados. Creo que voy a necesitar más dinero.

Marta y Javier se encontraron en varias ocasiones para concretar un pacto. Bruno, que así se llamó el niño, nació sin problemas. Su padre cumplió su palabra y el niño llevó su apellido. Desde aquel día, Marta recibió una pensión mensual bastante generosa.

Un día, semanas después del nacimiento, Marta le pidió hablar, y él, que quería evitar una reconciliación, la citó a propósito en el restaurante donde cenaba con Nico para no estar solos. Marta acudió a la cita mientras cenaban. Estaba muy guapa. Vestía de rojo con un enorme escote que insinuaba unos pechos generosos. Había adelgazado, lo que, unido a unos zapatos de tacón alto, le conferían una figura muy esbelta. Nico solo la había visto en una ocasión y no había reparado en los preciosos ojos ni en los labios carnosos, ahora pintados de rojo carmín, de la chica. Quedó prendado de ella. En cuanto acabaron de cenar se las arregló para acompañar a Marta a su casa.

Nico la invitó a tomar la última copa en su piso y ella aceptó. Entraron ansiosos de sexo. Él la besó una y otra vez y ella le respondió. Aquella noche iniciaron su relación de pareja.

Javier era conocedor de lo que ocurría porque ellos no se escondían y Nico se lo contó. Se enamoraron. No vivían juntos porque Marta creía que, por la estabilidad del niño, era mejor mantener aquella situación, ya que Nico usaba su piso como lugar para los negocios y llevaba una vida con horarios muy desordenados. Por su parte, él estaba satisfecho con el planteamiento. En sus planes no entraba, en aquel momento, ocuparse de la educación y la crianza de un niño, pese a que, sin darse cuenta, lo estaba haciendo. Además, esa situación les permitía

que Javier no los viera como una verdadera pareja y siguiera pasando la pensión de su hijo. A pesar de que desconocía verdadero vínculo de amor y de pareja que ellos mantenían, a él no le parecía mal que saliesen.

Seguía cenando, al menos una vez por semana, con Nico. Con él frecuentaba casinos y salas de juego y apostaba sin control. Poco a poco, se iba convirtiendo en un verdadero ludópata. Empezó a pedir créditos, a endeudarse y a ahogarse económicamente. Descubrió que el negocio de su amigo no era la compraventa de embarcaciones de lujo, sino la organización de partidas de póker en las que se apostaban grandes sumas de dinero y que se jugaban en su piso. Nico se embolsaba un buen porcentaje de las ganancias, además de cobrar el alquiler de la casa y las consumiciones y gastos de otro tipo que se producían. Supo también que, por seguridad, estaba relacionado con un grupo de matones, organizados, muy violentos, es decir, una pequeña mafia, que le servía de protección en caso de altercados e impagos.

Javier había pedido dinero a todo el que conocía: amigos, bancos, prestamistas, compañeros, etc. Tan pronto como lo recibía, lo apostaba y casi siempre lo perdía. El ahogo financiero hizo que fuese disminuyendo la ayuda que daba a Marta para la crianza de su hijo hasta que llegó un momento en que dejó de ingresarle nada. Ella estaba enfurecida, pues sabía por Nico que quemaba el dinero en el juego. La desesperación de Javier llegó a tal punto que un día pidió a su amigo que lo dejase participar en una de las timbas de póker que organizaba.

—Yo soy un buen jugador y, si como dices, en estas partidas se juega mucho dinero, seguro que podré recuperarme.

—No seas iluso. Solo conseguirás hundirte más y esta gente que viene a casa no está para monsergas. ¿Por qué te crees que yo pago una protección? Cualquiera de los que viene a jugar es capaz de matar por dinero. ¿Qué te crees que pasará si pierdes?

—Algunos pierden, lo que quiere decir que otros ganan. Se juega con fichas, ¿no? Pues tú me das las fichas y yo te las pago luego con lo que gane. Debo mucho dinero. He tenido que vender mi piso e irme a casa de mi abuela en Vallvidrera, hace tiempo que no le paso

la pensión a Marta. Estoy desesperado. No tengo otra salida. Ayúdame, por favor.

Nico puso toda clase de trabas y excusas para disuadirlo, sin conseguirlo. Por precaución, habló con su pequeño grupo de mafiosos y estos aceptaron cubrir las pérdidas, si se producían, durante dos meses y con un interés del veinte por ciento. Con esto, Nico acabó por acceder a la petición de Javier y una noche le dejó participar en una de las timbas. Tuvo el corazón encogido durante toda la partida, pues sabía lo que ponía en riesgo. Javier, por el contrario, parecía ser un inconsciente y jugaba como siempre. Tal como era de prever, comenzó ganando, se envalentonó y empezó a apostar fuerte. En las últimas partidas forzó la máquina, trató de recuperar subiendo las apuestas, pero lo pillaron en dos faroles y acabó perdiendo ciento sesenta mil euros, que sumados a los treinta y dos mil del veinte por ciento que le exigían los prestamistas representaban una deuda de ciento noventa y dos mil a la banda de gánsteres que colaboraba con Nico.

Una vez acabada la partida, justo en el momento de salir, uno de los matones, pese al esfuerzo de Nico para evitarlo, lo cogió por la camisa, lo empujó contra la pared y le dijo:

—Nos debes ciento noventa y dos mil euros. Tienes dos meses para devolverlo. Si no lo haces, vas a tener que atenerte a las consecuencias. Y tú —dijo dirigiéndose a Nico— estás en su mismo equipo. Le dejamos el dinero porque tú nos lo pediste, así que o paga él o pagas tú. Si no lo hacéis, las mismas consecuencias serán para uno y para el otro.

Los días pasaron y Javier no tenía de donde sacar el dinero. El plazo se estaba agotando y no encontraba solución. Por si fuese poco, Marta, que conocía la situación, le presionaba para recuperar lo que le debía, algo más de seis mil euros. Él había pedido, sin éxito, ayuda económica a todo el que podía. Lo único que le quedaba era la vieja casa en la que vivía, cuya venta tampoco alcanzaba para saldar la deuda. Tenía claro que, si no conseguía ofrecer una alternativa, aquellos matones cumplirían su sentencia. Su muerte no les aportaba ningún beneficio, salvo el de servir de ejemplo y aviso para otros deudores. En realidad, lo que ellos

pretendían era cobrar. Estaba convencido de que su única salvación pasaba por presentar alguna propuesta que permitiese que sus acreedores atisbaran la posibilidad de saldar la deuda o gran parte de ella.

Tras mucho cavilar creyó haber encontrado una única posibilidad de devolver todo lo que debía. Era una idea descabellada, difícil de conseguir y que, además, requería la colaboración de Nico. Este también estaba desquiciado por las circunstancias y se aferraba al hecho de que podía dar su piso como garantía a pesar de que debía una gran hipoteca, y a que las timbas, que proporcionaban unos pingües beneficios a los matones, se celebraban en su casa y con gente que él reclutaba. A pesar de que se sabía prescindible, en caso de necesidad alguna posibilidad de negociar tendría. Valorando y teniendo en cuenta todos los aspectos de la tesitura por la que estaban pasando, Javier se fue a ver a su compañero de deuda y le hizo una propuesta.

—Mira, Nico, yo, si no encuentro una solución rápida, soy hombre muerto. A mí no me necesitan para nada y si me matan lo harían como muestra de lo que les ocurrirá a los que no paguen sus deudas. No es tu caso. Ya sé que me escribiste hace pocos días, desesperado como yo, exigiéndome, porque el plazo se acaba, que te pague un dinero que no sé de dónde sacar. Solo me queda una salida que, además, puede servir para que tú te libres del castigo.

—No digas eso. Yo estoy tan perdido como tú. Mi piso no bastará para cubrir la deuda porque está hipotecado.

—Tienes razón, pero hay varias cosas que tener en cuenta. A ti te necesitan porque eres quien recluta a los jugadores. No les va a ser fácil encontrar otro como tú. Además, las partidas se juegan en tu casa y ellos necesitan un lugar como el que les ofreces. En consecuencia, por poco que les des, es muy posible que se avengan a negociar.

—Es cierto. Esto también lo he pensado yo. ¿Y que les voy a dar?

—Una parte de la deuda.

—No tengo dinero para eso.

—Imagínate que tuvieses ciento veinte mil euros para darles. ¿Tú crees que podrías negociar con ellos?

—No lo sé. Es muy posible que ganase tiempo. A lo mejor sí que podría.

—Claro que podrías pactar. Por ejemplo, puedes proponerles devolver el resto aumentando el porcentaje de lo que se llevan o pedir más tiempo para devolverlo, no sé, eso ya es cosa tuya.

—Esta es una solución que podría plantearse si yo tuviera ciento veinte mil euros. Da la casualidad de que no los tengo.

—Lo sé, y ahí empieza mi propuesta. Me apuntas a la próxima partida. Si gano, todo estará resuelto; si no todo, casi todo. Solo dependerá de lo que gane.

—¿Y si pierdes? Los dos al hoyo.

—Si pierdo, a mí me matarán. Entonces, tú te convertirás en el propietario de mi casa, la vendes y utilizas el dinero para negociar.

—¿Tu casa de Vallvidrera?

—Sí. La he hecho tasar y la valoran en unos ciento cincuenta mil euros, lo que quiere decir que por ciento veinte mil se venderá pronto. Es evidente que muerto ya no la necesitaré y tú podrás devolver una parte de la deuda y negociar con ellos la forma en que devuelves el resto. En el fondo, a ti te necesitan y ellos lo que quieren es cobrar. No ganan nada matándote. En mi caso, si vendo la casa ahora, no sabré dónde ir y no tengo nada más para negociar. Tú tienes cosas que les interesan. Puedes ganar tiempo haciendo valer tu posición.

—Esto es muy arriesgado. No sé qué decirte.

—¿Tienes otra solución? Si conoces otra forma de arreglarlo, dímelo. Si no pago, soy hombre muerto, así que esta es mi única salida y posiblemente la tuya. No olvides que, si gano, lo arreglamos todo, y te advierto que esta vez ganaré. En la última partida tuve mala suerte y perdí dos manos por cartas pésimas. No volverá a ocurrir porque esta vez la suerte estará de mi lado, ya lo verás. Ya sabes que en esto del juego acaba habiendo equilibrio y a mí ahora me toca ganar, no lo dudes.

—Hablas como todos los ludópatas. Siempre pensáis que la suerte va a cambiar y que al final ganaréis y, por desgracia, no es así.

—Estoy convencido de que ganaré, ya lo verás.

—De todas maneras, tienes razón. Pocas salidas más tenemos. No quiero ni pensar lo que nos puede ocurrir si pierdes.

—No perderé. Recuperaré lo que debemos. Seguro.

—Mira, yo estoy muy nervioso. Déjame pensarlo y lo volvemos a hablar mañana.

La propuesta de su amigo había dejado a Nico descolocado. Pasó la noche en vela con Marta, que, además de estar tan nerviosa como él, estaba corroída por la rabia de saber que podía quedarse sin recuperar su dinero. Repasaron una y otra vez la lista de las personas a las que podían pedir ayuda y no encontraron ninguna nueva. Todas ya les habían dicho que no o les habían ofrecido cantidades insuficientes. Al final ella le dijo:

—Si lo matan, que se joda. Es un cabrón y se lo merece. Tú procura pactar con ellos. Te quedas con su casa, pagas una parte de la deuda y consigues ganar tiempo. Si no hay otra solución, pues lo siento. A mí me debe mucho dinero, bueno, mucho para mí, nada que ver con lo que debe. Me corroe la idea de no cobrar, así que iré a su casa y me llevaré cualquier cosa que pueda vender. Ya se lo dije el otro día cuando fui a verlo para reclamar lo mío, y estuvimos discutiendo. ¡Ah!, que no se te olvide llamarme si gana. Pienso ir a recuperar lo mío a la hora que sea y donde sea. Este tío me ha jodido la vida y es capaz de jodérmela aún muerto, así que, si gana, voy a sacarle todo el dinero que pueda.

Tras oír las palabras de Marta y sintiéndose acorralado, sin salida, Nico decidió aceptar la propuesta de su amigo.

—Hola, Javier. He estado meditando y he llegado a la conclusión de que tu proposición es la única manera de escapar que tenemos. No sé si has pensado lo que te puede pasar si pierdes. Tengo muchas dudas de poder escabullirme del castigo, pero a lo mejor puedo intentarlo. Tú no creo que puedas.

—Lo sé, sé de sobra lo que me juego. Estoy convencido de que, si no hago algo, mis días están contados, así que tengo que intentarlo. No pasará nada porque voy a ganar. La suerte estará de mi lado, ya lo verás.

—Yo te daré las fichas. Tú deberás hacer ver que tienes dinero con que respaldarlas, ya que no vamos a conseguir más préstamos.

—Ya me lo imagino. Como en el caso de que pierda me van a matar, si pierdo, que se jodan.

—La partida será en cuarenta y ocho horas, el jueves 21. Viene gente de mucho dinero. Te espero a la hora de siempre y que sea lo que Dios quiera.

—El jueves estaré allí con los papeles de la casa arreglados para que pase a ser tuya si hace falta. Ganaré, no lo dudes.

Llegó a casa de Nico aparentemente tranquilo. Sabía lo que se jugaba. Con la absoluta confianza de que la fortuna estaría de su lado, se sentó en la mesa donde sus contrincantes, menos uno, estaban esperando mientras tomaban unas copas. El último jugador apareció poco después con un vasito de orujo en la mano y aires de superioridad y mirando uno por uno a todos los demás. Javier pensó que era una táctica para tratar de ponerlos nerviosos, hecho que con él no servía, ya que su partida era a vida o muerte y peor no podía estar. Nico, que lejos de la mesa observaba todos los movimientos, estaba pálido, tembloroso. No conseguía estar quieto e iba de un lugar a otro.

El juego transcurrió, como suele ser habitual, con altibajos en las ganancias y las pérdidas. Javier empezó exponiéndose poco, manteniéndose con ganancias muy discretas. Observaba, estudiaba, analizaba las estrategias de los demás y prefería esperar su oportunidad.

Como no le bastaba quedar a la par o ganar poco, cuando la partida llevaba ya tres horas, se dispuso a arriesgar. Con un trío de dieces pilló a un contrincante en un farol y aquella mano le supuso una ganancia de ochenta mil euros. A partir de aquel momento el destino empezó a sonreírle y ganó varias manos, lo que, aun sin ser suficiente, le permitió gozar de cuantiosos beneficios. Se fue envalentonando y aumentando las apuestas. Nico, que observaba sin caber en su propia piel, empezó a ponerse muy nervioso. Le dolía el estómago, tenía ganas de vomitar, iba a orinar continuamente. Javier perdió dos manos seguidas, con lo que sus ganancias quedaron reducidas a noventa mil euros, cantidad insuficiente. La última mano empezó hacia las tres y cincuenta de la mañana, ya que, las normas, que no siempre se cumplían, aconsejaban que a las

cuatro el juego debía terminar. Javier cogió sus cartas; tenía tres ochos. Cambió dos cartas y cuando las recogió vio que el milagro era posible. Con un póker de ochos en la mano, se enfrentó sin saberlo, pero sintiéndose salvado, a un jugador que tenía un *full* de reyes y que estaba convencido de ganar. Javier apostó fuerte; su contrincante replicó y subió la cantidad. Él aprovechó para aumentarla aún más y el otro hizo lo mismo. Hasta en cinco ocasiones aumentaron, ora uno, ora el otro, lo apostado. La tensión se transmitió al ambiente y a todos los presentes. Antes de cada apuesta se hacía un silencio enorme. Javier simulaba no saber qué hacer para aumentar la cantidad apostada. Su contrincante se quedaba pensativo un rato hasta que igualaba y aumentaba la puja, convencido de su victoria, con la consiguiente satisfacción de Javier, que replicaba una y otra vez. En la mesa había doscientos cincuenta mil euros cuando ambos enseñaron las cartas. Javier superó con su póker de ochos el *full* de su oponente y, aunque trató de disimularlo, explotó de alegría. Su corazón empezó a latir muy rápido y muy fuerte. Tuvo que contenerse. Nico, que hasta entonces había tenido el alma en vilo, enloqueció de tal forma que se fue al baño para que nadie viese su expresión de júbilo. Lo primero que hizo fue llamar a Marta.

—Cariño, Javier está ganando, más de doscientos mil euros. ¡Estamos salvados!

—No me lo creo. ¡Qué alegría! ¿Falta mucho para acabar? ¿Cuánto ha ganado? —preguntó ella.

—Ya te lo he dicho. Falta muy poco. Ya son las cuatro y veinte. Creo que acabará ganando unos doscientos veinte mil, más o menos.

—O sea, que tiene para saldar la deuda y para pagarme lo que me debe. Un beso muy fuerte. Me voy a cobrar. —Y colgó el teléfono.

Nico volvió a la sala y esperó con ansiedad a que la partida acabase definitivamente. Confiaba en que, durante el tiempo de juego que quedaba, Javier mantuviese una actitud conservadora, como así fue, y finalizase con ganancias suficientes para saldar la deuda.

Concluida la partida, el grupo de matones se acercó a Javier con una sonrisa en los labios.

—De buena te has librado, cabrón —le dijo el que parecía mandar sobre los demás.

—¿Solo yo? Vosotros también habéis salido ganando. Si hubiese perdido, a lo mejor me hubieseis matado, pero no habríais cobrado.

—Eso es lo que tú te crees. Nosotros siempre acabamos cobrando. Hay muchas maneras de hacerlo y matarte no era nuestro primer objetivo. ¿Conoces a Alicia?

Javier palideció al oír estas palabras. Por primera vez se dio cuenta de que, posiblemente, había salvado algo más importante que su vida.

—Como no ha sido así, mejor lo olvidamos —respondió.

—De acuerdo —le contestó el matón con una leve sonrisa—. Ve con mucho cuidado porque te vas a llevar mucho dinero. ¿Necesitas protección?

—No, gracias.

—Vale pues. Hasta la próxima.

Cuando el último de aquellos mafiosos abandonó el lugar, los dos compañeros pudieron desatar su alegría. Se abrazaron, gritaron, descargaron toda la adrenalina que habían estado acumulando.

—Al final, ¿cuánto he ganado exactamente? —preguntó Javier.

—Doscientos dieciséis mil —respondió Nico—. Es decir, que una vez pagados los dos mil que me debes de gastos y la deuda, te quedan veintidós mil.

—Te había prometido que la suerte iba a cambiar y así ha sido. Tienes que invitarme a más partidas. Verás como todo será diferente. Voy a ganar en el casino y en las timbas también.

—Por favor, guarda el dinero y deja de apostar. Hoy ha habido suerte, toda la del mundo, no la tienes otra vez. ¿No te das cuenta de que por culpa del juego has estado al borde de la muerte? Y no solo eso, porque la referencia a tu hija me ha puesto la piel de gallina.

—Tú lo has dicho. Tienes razón. Me he jugado la vida y ha salido bien. Hasta ahora era una cosa, y ahora es otra. Es el momento de hacerse rico.

Consciente de que no conseguiría convencerlo, Nico cobró lo que le correspondía, le dio el resto a su compañero y se despidió.

Exultante de felicidad, Javier salió de casa de Nico con una bolsa con el dinero sobrante tras el pago de las deudas y la colocó en el asiento trasero. Llevaba la radio del coche con el volumen muy alto e iba cantando las canciones de moda, como *Mambo Number Five*, *La Lola*, *Diecinueve días y quinientas noches* y otras, a grito pelado, como si intentase quedarse afónico. Sus gritos eran tan potentes que sofocaban las voces de los cantantes.

27 – MARTES, 14/12/2004

A las diez y unos minutos, Albanell pedía permiso para entrar en el despacho de la inspectora Serra acompañado de Marta.

—Buenos días —dijo Lucía tendiendo la mano a la recién llegada—. Supongo que usted es Marta Vílchez. Gracias, Albanell, puede seguir con su trabajo. Soy la inspectora Lucía Serra y este es mi compañero, el sargento Simón. Siéntese, por favor.

—Buenos días. Sí, soy Marta Vílchez. Supongo que me han llamado por la muerte de Javier Pie.

—Efectivamente. Sabemos que tuvo usted una relación con él y, lógicamente, deseábamos conocer lo que nos pueda contar.

—No sé si les podré ayudar mucho. Sé que murió a causa de un accidente y supongo que por eso están investigando, pero yo nada tuve que ver. Hace ya mucho que me separé de él.

—Supone bien, salvo por un detalle importante. El doctor Pie no murió en un accidente, sino que fue asesinado— dijo Tomás—. A estas alturas usted ya debe saberlo, puesto que hemos hablado con el señor Barnils, su actual pareja, según tenemos entendido, y es de imaginar que él ya se lo ha contado.

—Sí. Tiene usted razón. Nico me ha contado lo del asesinato. Como supe que hubo un accidente de coche, en un principio pensé que había muerto por esto. Nico me explicó tras hablar con ustedes lo del asesinato. ¿Qué pasó?

—Lo siento. Esto no va así, señora Vílchez. Quien debe explicar lo que pasó es usted —dijo Tomás mirándola a los ojos con semblante muy serio.

—Mire, Marta, ¿me permite que la llame así? —intervino Lucía, y su interlocutora asintió con la cabeza—. Nosotros queremos saber

todo lo que usted pueda contarnos de su relación con el doctor Pie. ¿Cómo se conocieron?

—Javier empezó a frecuentar la biblioteca con la excusa de hacer una búsqueda bibliográfica sobre una enzima y me enamoré de él. En aquella época yo estaba ayudando a un compañero suyo, el doctor Torres, con una lista de trabajos científicos útiles para una tesis doctoral curiosamente relacionada con esta enzima. Él apareció por allí interesado por el mismo tema, me pidió ayuda, nos conocimos y, como ya le he dicho, me enamoré perdidamente. Tuve una relación intensa creyendo que él era sincero conmigo. La realidad me demostró que no me quería. Me engañó y me convenció para que le pasase el trabajo había hecho con el doctor Torres y yo caí en su treta. Cometí el gran error de darle los trabajos que su compañero ya había seleccionado, clasificado y comentado y, con ello, le robó la tesis. No pretendo buscar excusas. Sé que la culpa fue mía y que falté a mi deber y actué en contra de cualquier consideración ética. Lo que hice acabó por costarme el trabajo. Estaba muy enamorada de él y convencida de que él también de mí. Sé que esto no justifica lo que hice, pero era así. En aquel momento yo desconocía que él tenía otra relación. Al final, cuando obtuvo lo que buscaba, se deshizo de mí de malas maneras, sin explicaciones y con muy poco tacto. Me atrevería a decir que me trató como a un trapo sucio, como a una fulana. Me convertí en un estorbo para sus planes. Dejó de verme y de hablarme y me mandó a la mierda. Me arruinó la vida, pues, además de romperme el corazón, perdí mi puesto de trabajo y la posibilidad de encontrar otro empleo.

—Debió pasarlo muy mal —comentó Lucía.

—Sí. Estuve llorando, desesperada, perdida, durante unos meses, pues no sabía qué hacer. Su menosprecio ayudó a mi hundimiento como persona y afectó gravemente a mi autoestima. Busqué sin éxito trabajo en otros sitios. Mientras esto ocurría me enteré de que estaba embarazada. Era lo que me faltaba. Aquel hombre me había destrozado.

—No toda la culpa era de él, ¿no? Usted también hizo lo suyo —dijo Lucía.

—Evidentemente. No pretendo eludir mi responsabilidad en nada. Mi queja, mi rabia, mi rencor, fueron consecuencia de cómo me abandonó, cómo me trató como persona. Se aprovechó de mí y luego me tiró como un objeto viejo y usado.

—Vaya, que durante un tiempo le tenía usted cariño y luego lo odió y le deseó lo peor. Uno más que añadir a la lista. ¿Qué más pasó? —intervino Tomás.

—Poco tiempo después de acabada la relación supe que estaba embarazada. Yo soy antiabortista, así que decidí tener el bebé. Al principio no le quería decir nada. No quería saber nada de él. Mi familia y mis amigos me hicieron comprender que él no podía eludir su responsabilidad y como mínimo tenía que saberlo. El niño tenía derecho a saber quién era su padre, aunque fuese un cabrón. Yo, además, en aquella época necesitaba dinero. Iba a ser madre soltera y no tenía trabajo, así que entre una cosa y otra decidí hablar con él, a pesar de las pocas ganas que tenía de hacerlo. La verdad es que me sorprendió y me dijo que reconocería al niño y, sin que yo se lo pidiese, añadió que me ayudaría económicamente. Me dijo que en sus circunstancias no se veía capaz de criar a un niño, pero que me ayudaría en todo lo posible. Cumplió su palabra. El niño lleva su apellido y durante bastante tiempo me pasó una pensión. Todo acabó cuando, como consecuencia del juego, empezó a acumular deudas, se quedó sin dinero y dejó de pagarme lo que había prometido.

—¿Cómo sabe usted que era consecuencia del juego? —preguntó Lucía.

—Porque Nico me lo contó.

—A propósito, ¿qué tiene que ver el señor Barnils en todo esto?

—Javier me pagaba la pensión en negro la mayoría de las veces. Yo iba donde él me decía y allí me daba la pasta. En una de estas citas conocí a Nico. Nos enrollamos, nos enamoramos y empezamos a salir.

—¿Vive usted con él? —siguió preguntando Lucía.

—No exactamente. Aunque está muchas veces en mi casa, conoce a mi hijo, lo trata como si fuese suyo, salimos los fines de semana, en fin, hacemos vida de pareja, él aún vive en su casa, ya

que allí tiene su negocio. Además, por su trabajo tiene que salir muchas noches y a veces acaba muy tarde. Es más cómodo para todos que siga en su casa. Viene con frecuencia a la mía, pero no cada día.

—Conocemos lo que usted llama su negocio. ¿Cuánto dinero le debía el doctor Pie? —preguntó Tomás.

—Algo más de seis mil euros. Llevaba ya unos meses sin darme nada.

—¿Usted se lo había reclamado?

—Sí, muchas veces, y siempre sin éxito.

—¿Conocía toda la movida de la partida de cartas y la amenaza de muerte? —continuó preguntando Tomás.

—Pues claro. Nico también estaba amenazado.

—¿Y ahora cómo diría que se encuentra usted?

—Ahora estoy bien. Después del susto, de lo que podía haber ocurrido, estoy de maravilla.

—¿Trabaja en la actualidad? —Tomás enlazaba las preguntas con mucha rapidez, casi sin darle tiempo a responder, sin dejarle espacio para pensar.

—Un poco. Quiero decir que, de forma fija, hago de canguro de una niña y gano algo de dinero. Tengo un pequeño sueldo.

—¿Cuántas horas trabaja?

—Unas veinte a la semana. A veces más y a veces menos.

—Esto es muy poco dinero, ¿no?

—No es mucho, no. Nico contribuye con los gastos de la casa y del niño.

—¿Tiene usted coche?

—No. Me desplazo en moto. Para ir por Barcelona es más cómodo.

—¿Es una moto pequeña?

—No. Es una moto de verdad, una Ducati 250.

—Cuénteme que pasó el día de la última partida.

—Imagínese qué día. Como puede suponer, yo tenía los nervios a flor de piel. La vida de Nico peligraba si Javier perdía. En cambio, si ganaba, aparte de que el peligro de muerte se desvanecía, yo podría recuperar mi dinero.

—¿Cómo se enteró de que el doctor Pie había ganado?

Marta se iba poniendo cada vez más nerviosa. Las preguntas que le hacía Tomás parecían balas de una ametralladora y, además, tenía su cuerpo casi encima de ella, con cara de pocos amigos y su mirada clavada en la suya.

A Marta le costaba soltar las palabras, dudaba, se atropellaba, mientras sus movimientos denotaban lo mal que lo estaba pasando.

—Porque Nico me lo contó cuando llegó. Yo le había pedido que me contase el resultado en cuanto lo supiese, y eso hizo. Mi idea era la de cobrar cuanto antes para evitar que se lo volviese a jugar o que pagase otras deudas antes que la mía.

—¿Está usted segura de lo que dice? —inquirió Tomás, alzando el tono de voz—. Nico nos ha dicho que aquel día no fue a su casa a dormir, que se quedó en la de él.

—Puede ser que me llamase por teléfono. No lo recuerdo bien.

—De acuerdo. ¿Qué hizo cuando se enteró por teléfono que Javier había ganado? Porque fue así, ¿no?

—Sí, fue así. ¿Qué iba a hacer? Nada. Me dormí y pensé en ir a verlo al día siguiente, nada más levantarme.

—Vamos a ver. Procure no mentirnos más porque va a ser peor para usted —dijo Tomás, acercando la cara de forma amenazante a la de ella—. ¿No será que usted se fue a Vallvidrera con la intención de cobrar su deuda esa misma noche?

—No, no, yo me quedé durmiendo.

—A pesar de que Nico había salvado la vida y de que usted podría cobrar su deuda, a pesar de todo esto, ¿se durmió? Le recuerdo que acaba de mentirnos haciendo ver que no sabía que lo habían asesinado y con lo del teléfono y ahora ¿pretende que la creamos? Se está usted metiendo en un buen berenjenal, así que será mejor que nos diga la verdad.

Marta había llegado al límite. Sabía que se había equivocado y que la habían pillado en el error. No sabía cómo ponerse ni cómo salir del lío en el que estaba.

—Sí. Fue así —dijo con voz temblorosa.

—No nos mienta más, por favor. Voy a decirle alguna cosa más que hemos averiguado. Sabemos, porque lo que confesó él, que

Nico la llamó por teléfono, cuando aún no había acabado la partida, para contarle que Javier había ganado. Además, en esta llamada le dijo que tras pagar la deuda sobraría una buena cantidad de dinero, al final fueron veintidós mil euros los que ganó. Este dinero, que se llevó en una bolsa, jamás apareció. En el coche accidentado no había ni un euro, es decir, alguien se apoderó de él.

Hemos comprobado que, por arte de magia, pocos días después de la muerte, los problemas económicos que usted tenía, porque usted también tenía deudas, habían desaparecido. Su cuenta bancaria creció de repente. Muy pocas personas conocían la existencia de este dinero: Nico, los mafiosos y usted. Haga el favor de contarnos la verdad de lo que ocurrió. Será mucho mejor porque no tiene escapatoria.

Lucía, que había carraspeado varias veces, miró a su compañero. En un momento, Tomás había atado los cabos y había soltado un farol con lo de la cuenta bancaria y las deudas. De repente, Marta explotó y empezó a llorar desconsolada. Tomás miró a su jefa esbozando una sonrisa.

—Yo no quería, yo no quería, les juro que no quería. Yo solo pretendía recuperar lo mío. Fue un accidente —fueron las únicas palabras que salieron de la boca de aquella mujer que permanecía con la cabeza entre las manos llorando sin parar.

Marta tardó un rato en serenarse y cesar en su llanto. Miró a Lucía primero y luego a Tomás.

—Les contaré lo que sé. Les aseguro que yo no quería que sucediese algo así. Nico me llamó y me dijo que Javier había ganado la partida y que se iba a ir habiendo pagado la deuda y con una buena suma de dinero, el que había sobrado. Como yo lo conocía y sabía que era capaz de volver a apostar, me levanté y me fui a su casa. Unos días antes nos habíamos reunido en el bar cercano a su casa y tuvimos una pelea muy fuerte. Yo le pedí entrar en la vivienda para llevarme todo lo que de valor hubiese allí para venderlo. Estaba convencida de que él iba a morir. No me importaba su final. Lo que yo pretendía era recuperar todo el dinero que me fuese posible. Nos peleamos, tuvimos una discusión muy fuerte en el bar. No conseguí entrar en su casa. Por esto, cuando Nico me contó

lo que había sucedido, me fui a buscarlo para cobrar todo lo que me debía. Llegué antes que él y lo esperé. Cuando vi su coche, lo seguí y, cuando se paró frente a su casa, intenté coger el dinero que llevaba en el asiento de detrás, en una bolsa. No me dejó. Puso los seguros y sujetaba la puerta con fuerza. Forcejamos un poco. Yo con la moto le bloqueé la puerta del conductor. Él, al ver mi maniobra y que no podía salir, arrancó y se metió por una carretera llena de curvas. Iba muy deprisa. Corría como un loco. Yo lo perseguía.

Con la moto era más fácil coger las curvas que con el coche. Intenté adelantarle varias veces sin conseguirlo hasta que en una curva bastante cerrada logré ponerme a su lado, adelantarle y cortarle el camino. Él hizo una maniobra brusca para evitar colisionar conmigo. Dio un golpe de volante hacia el otro lado y se salió de la carretera sin apenas frenar. Se estrelló contra la montaña. El coche quedó desecho, con el morro empotrado en la ladera, las luces encendidas y todas las puertas abiertas. Me acerqué y vi su cuerpo inerte volcado sobre el *airbag*. Inmóvil. El brazo le colgaba y no lo movía. Me pareció que estaba muerto. Nunca pensé que pudiese estar vivo. Como las puertas se habían abierto, vi la bolsa de dinero en el asiento trasero. La cogí y me fui volando. Estaba muerta de miedo.

—¿Se bajó usted de la moto en algún momento?

—No. Me acerqué al coche montada en la moto, vi la bolsa, la cogí y me fui. Sé que miré a ambos lados para ver si alguien me había visto y, al no ver a nadie, salí de allí corriendo.

—¿Tocó usted al doctor?

—No. No me bajé de la moto. Lo vi allí quieto, sin moverse, con los brazos caídos, y creí que estaba muerto. Me asusté mucho y me largué de allí.

—¿No vio ninguna herida?

—Creo que no. No lo recuerdo.

—¿Seguro que no vio sangre en el brazo que colgaba?

—No. Ya le he dicho que no. No había heridas, no había sangre que yo recuerde.

—¿No se planteó que podía estar vivo?

—En ningún momento. Estaba convencida de que estaba muerto. Por eso hui. Yo no quería que pasase eso. No quería matarlo. El golpe había sido tan fuerte que no imaginé que pudiese estar vivo. No sé qué velocidad llevábamos. Solo sé que íbamos muy deprisa. Pensé que había muerto del choque. Solo quería mi dinero, por eso lo cogí y me fui. Tenía miedo y temí que alguien me hubiese visto.

—¿Le ha contado lo ocurrido a alguien?

—No, hoy es la primera vez que lo cuento.

—¿A Nico tampoco?

—No, aunque imagino que él sospecha que yo tuve algo que ver con lo ocurrido porque el dinero apareció de repente. Él nunca ha preguntado nada y yo nunca he mencionado nada de todo esto. Les prometo que mi intención no era matarlo. Nunca imaginé que podía ocurrir algo así.

—Si le sirve de consuelo, él no murió del golpe. Está claro que, si usted lo hubiese ayudado, aun estando como estaba, posiblemente estaría vivo. El que usted abandonara el lugar sin hacer nada ayudó a su muerte. ¿Durante todo el tiempo no vio a nadie?

—¿Me está diciendo que no murió del golpe, que cuando me fui estaba vivo?

—Sí, así es. Insisto, ¿vio a alguien?

—No, que recuerde no. Bueno, perdone, sí que hubo una cosa que me llamó la atención. Cuando estuve en casa de Javier me pareció ver a alguien escondido entre los matorrales, en el bosque que hay frente a la casa. Estaba tan ofuscada en recuperar el dinero que no presté mucha atención. Tuve la sensación de que había alguien, pero no podría asegurarlo. También recuerdo que, cuando volvía, mientras me alejaba del accidente ya con el dinero, me crucé con una moto, no sabría decir si conducida por un hombre o una mujer, que, curiosamente, estaba parada en la calzada.

—¿Estaba lejos del accidente?

—No sabría decirle con exactitud. Yo diría a unos quinientos metros o algo más.

—¿Vio qué moto era?

—No. Iba muy deprisa. Estaba muy oscuro y, además, apagué mis luces para tratar de pasar sin que pudiese ver la matrícula.

—Muy bien. Yo creo que por hoy tenemos bastante —dijo el sargento mirando a su jefa, que asentía con la cabeza—. Las cosas empiezan a estar más claras. Va a tener que llamar a un abogado. Vamos a detenerla. Debe explicarle muchas cosas al juez.

Tomás llamó a Albanell, quien le leyó sus derechos a la detenida, la esposó y se la llevó.

28 – JUEVES, 16/12/2004

Tras la entrevista con Marta, el ánimo de Lucía había cambiado. Estaba eufórica. Por primera vez en toda la investigación parecía esperanzada en resolver el caso.

—Hemos avanzado mucho y la verdad es que no me lo esperaba. Los hechos, según parece, ocurrieron como imaginábamos —dijo—. Vamos a comer para celebrarlo. Invito yo.

—Tienes mucha razón en lo de que hemos dado un gran paso. Yo tampoco lo pensaba, y menos aún que esta mujer a la que, tengo que confesarlo, tenía olvidada fuese la llave para resolver el enigma. Acepto la invitación con gusto, aunque te recuerdo que el caso no está resuelto. Si nos creemos lo que nos contó, ella no lo mató, ya que nuestra víctima no murió del choque —respondió Tomás.

—Ya veremos. Por ahora, es evidente que es la responsable del accidente, ya que lo provocó y, además, ha tratado de ocultarlo. Pronto comprobaremos si, estando detenida, recapacita y acaba contándonos cosas que ha obviado y conseguimos cerrar el caso. Es muy posible que sea la asesina.

—Eres muy optimista. No tenemos ni una sola prueba objetiva de que sea la responsable de la muerte, solo su relato, y este nos dice que ella provocó el accidente, que robó el dinero, no que fuese la causante de la muerte. ¿Quién más estaba allí? No olvides que, a partir de ahora, esta mujer estará asesorada por un abogado y veremos si habla más o se desdice de lo que ha contado. Ahora vamos a comer y luego, si me lo permites, seguiré indagando.

—Así me gusta. Esta es la actitud. De momento, a comer bien y a celebrar nuestro descubrimiento. Después seguiremos buscando. Mi olfato me dice que acabará confesando.

Los dos policías fueron a un restaurante de comida mediterránea en Sarriá, cerca de la comisaría. No era día de menú. Era día de un buen ágape regado con un vino del Priorato. Tomás disfrutó con su *esqueixada* de bacalao y un filete al punto mientras Lucía optaba por una ensalada de habitas verdes y un rodaballo a la donostiarra. La comida terminó una tarta Tatín para cada uno y sendos cafés. Durante la comida no pararon de hablar de ellos, de su vida, de sus cosas, y no nombraron el caso.

De camino al trabajo, disfrutando de un agradable paseo con el estómago lleno, Tomás pidió permiso para continuar buscando al posible culpable de la muerte de Javier.

—Me parece muy bien —respondió Lucía—. Tú sigue investigando. Yo, como ya te avisé, me voy con mis niños esta noche. El mayor juega una final de fútbol sala en Alicante. El lunes, cuando vuelva, aprovecharé para apretarle las clavijas a nuestra detenida. A ver si entre los dos tenemos suerte y conseguimos resolverlo definitivamente.

Con el objetivo concretado, Tomás se planteó algunas posibilidades de por dónde seguir tirando del hilo y llegó a la conclusión de que debía profundizar en la historia de Manuel, puesto que el interrogatorio había quedado interrumpido. Temía que fuera muy difícil demostrar nada en el caso de que Manuel fuese el culpable. Pese a ello, él seguía convencido de que así era.

—Por favor, id a buscar Manuel y traédmelo en cuanto podáis. Estaré esperando en mi despacho.

Pasada una hora, más o menos, Albanell abrió la puerta y le dijo:

—Jefe, Manuel está ingresado en el hospital. Se lo han quedado allí al salir de la entrevista. Dicen que está muy mal y no saben si podrá recibir visitas.

—Ya te aseguro que va a hablar conmigo. Coge el coche oficial y llévame al hospital —ordenó mientras cogía la chaqueta.

Tomás se acreditó como investigador de un caso de asesinato y exigió ver al paciente. Tras una pequeña discusión consiguió vencer la resistencia del equipo sanitario y le concedieron una entrevista de breves minutos.

Al entrar en la habitación el sargento se estremeció. El cuerpo de Manuel yacía sobre la cama rodeado de tubos conectados a brazos, nariz y tórax. Su color de piel parecía aún más amarillento, respiraba con dificultad y estaba dormido.

—Solo tres minutos —dijo la enfermera al cerrar la puerta.

—Se lo prometo. Manuel, soy el sargento Simón, ¿me recuerdas?

—¿Qué hace por aquí? —dijo el enfermo con un hilo de voz tan débil que obligó al policía a acercarse para entenderlo.

—Necesito que me aclares una cosa porque el otro día, cuando ibas a explicarme que los seguiste, te desmayaste y no pudiste acabar.

—Los seguí. Me costó mucho porque iban a toda mierda. Entraron en una carretera de curvas. La moto intentaba adelantarlo. Él no lo permitía. Llegó un momento en que los perdí de vista porque había muchas curvas y yo corría menos. Como todo estaba oscuro, solo se veían las luces y se oían los motores cambiando las marchas.

—¿Cómo acabó la carrera?

—Con una hostia descomunal. Hizo un ruido enorme que resonó por toda la montaña. No vi cómo pasó, pero estaba seguro de que se habían estrellado. Al menos uno de los dos. Paré la moto allí y me quedé quieto. No sabía si ir a ver.

—¿Fuiste o no a ver lo que había ocurrido?

—Dudé mucho porque a mí la sangre no me gusta.

—Menos mal, porque dices que llevabas un buen cuchillo.

—Eso es otra cosa. Al cabo de un rato oí que la moto se ponía en marcha y volvía, venía hacia mí. Apagué las luces de la mía y me quedé quieto, en el borde la calzada. La moto, sin luces, no tardó mucho en pasar por mi lado. Entonces entendí que el coche se había estrellado y decidí ir a ver lo que había pasado.

—¿Qué encontraste?

—Lo que me imaginaba. El coche se había estampado contra la montaña. Allí estaba, destrozado, con las luces encendidas y todas las puertas abiertas.

—¿Había alguien?

—El cabrón. Estaba volcado sobre el globo ese del volante, más muerto que Paquirri.

—¿Qué hiciste?

—Cagarme en todos los muertos, en su familia y en el que se había adelantado y lo había matado.

—¿Cómo sabías que estaba muerto?

—¡Coño! ¿Por qué va a ser? Porque se veía. Yo bajé de la moto y fui andando hacia el coche. Allí estaba el tío, más tieso que la mojama. No se movía. Estaba muerto.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Cómo lo sabes si no lo tocaste?

—Solo hacía falta mirarlo. Sí, hombre, sí, muerto del todo estaba.

—Necesito saber si lo tocaste o no. Es muy importante.

—Sí, lo toqué

—¿Y qué hiciste?

—Como ya no podía matarlo y él me había matado a mí, y la culpa de todo la tenían los pinchazos de la puta droga, cogí un cristal del suelo y se lo clavé en el brazo. Si no lo había podido matar, al menos lo remataba y me daba el placer de hacer lo que había decidido hacer. Me quité la mala leche.

—¿Pasó algo entonces? ¿Se movió?

—¡Qué va! ¿No le digo que estaba tieso? Empezó a salir sangre, creo que mucha, que le caía por el brazo. Como ya no tenía nada más que hacer, cogí la moto y me fui.

—¿No se movió en ningún momento?

—No. Con la de veces que podía haberlo mandado a criar malvas y no lo hice, cuando me decido, llego tarde. También es mala leche.

—A ver, Manuel. Voy a darte dos noticias y te dejo tranquilo. La primera es que cuando le clavaste el cristal, el doctor Pie estaba vivo. El doctor murió desangrado por la herida que tú le hiciste, no por el accidente. Es decir, que fuiste tú quien lo mató. La otra es que voy a tener que detenerte por el asesinato del doctor Pie, lo que quiere decir que cuando estés bien vas a tener que ir ante el juez y ya veremos qué pasa.

—A mí qué más me da. Para lo que me queda, poco me importa. Si lo maté, pues bien, era lo que quería. Me da usted una alegría. Un cabrón menos.

Tomás explicó al equipo médico que el paciente iba a ser detenido y que, por tanto, iba a ordenar vigilancia policial. Cuando salió del hospital, su cara reflejaba su satisfacción por haber resuelto el caso y por comprobar, una vez más, que su olfato de sabueso no fallaba.

Cogió el teléfono y llamó a la comisaría para explicarle a Lucía lo que acaba de oír sin recordar que aquel viernes ella había pedido un día libre y se había ido de viaje con sus hijos. Pensó que no debía molestarla y que ya se lo contaría todo el lunes. Se sentó en un banco de la calle, sacó su pequeña libreta y empezó a escribir toda la historia sin dejarse ni un detalle.

29 – LUNES, 20/12/2004

A diferencia de otros lunes, aquel día Tomás se levantó pronto y se apresuró para llegar al trabajo. Estaba ansioso por contarle a Lucía su entrevista con Manuel.

Entró en la sala y empezó a caminar hacia el despacho de la jefa cuando Albanell le cortó el paso.

—Buenos días, sargento. Tengo que decirte algo. Manuel, el detenido del hospital, ha muerto.

—¿Cuándo?

—Esta madrugada.

—¿Le habéis contado algo a la inspectora?

—No, y eso que ya lleva un rato aquí. Tal como nos ordenaste, hemos estado callados, conteniendo la euforia.

—Muchas gracias. Me hacía ilusión darle yo la noticia.

—Lo entendemos.

Tomás se quedó pensativo y callado un buen rato. Dio las gracias, una vez más, a su compañero por la información, y siguió su camino.

—Buenos días, Tomás. Qué serio estás.

—Buenos días. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—Muy bien. ¿Qué te pasa?

Tomás sacó su libreta de apuntes y le explicó la confesión de Manuel.

—Albanell acaba de decirme que ha muerto esta madrugada. No tenemos pruebas y lo único que nos queda es su confesión oral.

—Qué más da —dijo Lucía, que acababa de explotar de alegría y se había levantado para abrazarle—. El caso, para nosotros, está resuelto. El juez que decida lo que quiera. Lo que te contó este

hombre coincide con el relato de la señora Vílchez, luego habrá que creer que realmente es lo que sucedió. Al asesino ya no lo pueden castigar ni él puede hacer daño a nadie, por tanto, lo judicial que lo resuelvan como quieran. Nosotros cerramos un caso que creíamos que no descifraríamos nunca y que hemos podido solucionar gracias a tus investigaciones y a tu olfato, que, por lo visto, nunca te falla. Ya puedes guardar tu libretita e ir a comprar otra para el próximo caso. Así que recibe tú, y todo el equipo, mis más sinceras felicitaciones. Ahora los reunimos a todos, les explicamos lo que ha pasado, aunque seguramente ya lo conocen, y les comunicamos que el caso está cerrado y resuelto. Lo hemos hecho solo en sesenta días y yo estaba convencida de que nunca lo resolveríamos. Aprovecharé este momento para repartir mi enhorabuena y mostrar mi agradecimiento a todo el equipo. —Dicho esto, abrió la puerta del despacho para convocarlos a una reunión inmediata, hecho innecesario puesto que todos estaban esperando su salida y empezaron a aplaudir.
